

Jorge Andrés Jiménez Rodas

**TRANSFORMAR LA MASCULINIDAD:
ENTRE LO ÍNTIMO Y LO POLÍTICO.
Narrativas y discursos de hombres activistas
antipatriarcales latinoamericanos**



Universidad
Pontificia
Bolivariana



Jorge Andrés Jiménez Rodas

Es originario del oriente de Antioquia, Colombia. Psicólogo, Magíster en Psicología Social y Doctor en Ciencias Sociales. Su trabajo académico se ocupa de temáticas como la identidad, la subjetividad y el género desde una perspectiva psicosocial. Es investigador del grupo de Psicología: sujeto, sociedad y trabajo de la Universidad Pontificia Bolivariana y docente en diferentes universidades de Medellín.

Colección Humanitas

La Colección Humanitas, de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, está orientada a divulgar los mejores trabajos de grado de maestrías y doctorados de la Universidad Pontificia Bolivariana. En ella se presentan los textos más destacados de las maestrías y doctorados que han sido reconocidos como meritorios y las tesis de doctorado en las mismas áreas que han recibido la calificación *Magna* y *Summa Cum Laude*. En algunos casos, también se destacan trabajos significativos de pregrado. Se busca dar a conocer los esfuerzos de los estudiantes de formación avanzada de la UPB que son importantes porque muestran los mejores productos de las Escuelas y las nuevas líneas de búsqueda e investigación en los campos científicos y humanos.

Jorge Andrés Jiménez Rodas

TRANSFORMAR LA MASCULINIDAD:
ENTRE LO ÍNTIMO Y LO POLÍTICO.
Narrativas y discursos de hombres activistas
antipatriarcales latinoamericanos

Director

Milton Danilo Morales Herrera
Doctor en Psicología Social



302.15

J61

Jiménez Rodas, Jorge Andrés, autor
Transformar la masculinidad: entre lo íntimo y lo político.
Narrativas y discursos de hombres activistas antipatriarcales
latinoamericanos / Jorge Andrés Jiménez Rodas – 1 edición
– Medellín : UPB, 2021. – (Colección Humanitas)
249 páginas, 16.5 x 23.5 cm.
ISBN: 978-958-764-996-3

1. Equidad de género – 2. Identidad de género –
3. Masculinidad (Sociología) – I. Título – (Serie)

CO-MdUPB / spa / rda
SCDD 21 / Cutter-Sanborn

© Jorge Andrés Jiménez Rodas
© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana
Vigilada Mineducación

Transformar la masculinidad: entre lo íntimo y lo político. Narrativas y discursos de hombres activistas antipatriarcales latinoamericanos

ISBN: 978-958-764-996-3

DOI: <http://doi.org/10.18566/978-958-764-996-3>

Primera edición, 2021

Escuela de Ciencias Sociales

Facultad de Psicología

Doctorado en Ciencias Sociales

CIDI. Grupo de investigación en psicología: sujeto, sociedad y trabajo. Proyecto: Atribuciones sociales sobre la violencia sexual hacia las mujeres en estudiantado universitario de la ciudad de Medellín. Radicado: 8001B-06/17-10.

Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín: Mons. Ricardo Tobón Restrepo

Rector General: Pbro. Julio Jairo Ceballos Sepúlveda

Vicerrector Académico: Álvaro Gómez Fernández

Decano de la Escuela de Ciencias Sociales: Omar Muñoz Sánchez

Gestora Editorial: Dora Luz Muñoz

Editor: Juan Carlos Rodas Montoya

Coordinación de Producción: Ana Milena Gómez Correa

Corrección de Estilo: Carmenza Hoyos

Diagramación: Ana Mercedes Ruiz M.

Foto portada: Shutterstock. ID de foto de stock 725518897

Dirección Editorial:

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2021

Correo electrónico: editorial@upb.edu.co

www.upb.edu.co

Telefax: (57)(4) 354 4565

A.A. 56006 - Medellín-Colombia

Radicado: 2127-05-08-21

Prohibida la reproducción total o parcial en cualquier medio o para cualquier propósito sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

Agradecimientos

Una tesis se presenta como una autoría individual, y vista así, adquiere la forma de un evento solitario, casi monástico, que fluye en una introspección aislada y encerrada en cuatro paredes. No obstante, esto es solo un espejismo, porque en todo el proceso siempre se hace necesario agradecer, y en este acto habita ya la certeza de que nunca se estuvo solo, de que siempre y en cada momento uno fue apoyado, motivado y acompañado por alguien más. Una tesis es un producto de autoría individual que reúne en el nombre de quien firma, toda una asamblea de cuerpos, afectos, diálogos y entretenimientos.

En mi proceso son varios los nombres presentes, incluso, en retrospectiva, emergen figuras muy anteriores a toda intención de hacer un doctorado, pero que en los hilos de mi propia historia trazaron un camino que hoy puede leerse como posible. Nombrar a cada persona es un acto que corre el riesgo de la omisión, pero no hacerlo también deja un ambiente de injusticia que hay que sopesar. Es por esto que mis agradecimientos son amplios, están dirigidos a los miembros de mi familia en general, quienes me ofrecieron el soporte material para emprender este viaje, y me acompañaron con su comprensión, motivación y afecto por la decisión tomada.

También está mi tutor y director de tesis. Él confió en mis capacidades y me motivó a asumir cada uno de los retos académicos que se fueron presentando. En él pongo la representación de todos los otros profesores y profesoras que me aconsejaron, que me instruyeron y que fueron críticos con mi trabajo. En ellos y ellas encontré la certeza de que conocer es también dialogar, crear y soñar. Doy gracias a la Universidad que supo poner a estos docentes en mi camino y que con apertura permitió que su diversidad de estilos se incluyera en nuestros diálogos doctorales.

Quiero agradecer a mis amigos y amigas, a los que compartieron mis intereses académicos y que además de ser compañeros en el ocio, fueron interlocutores y creadores de ideas. A los que sin deferir mis intereses intelectuales me acompañaron en risas, en brazadas, en deporte y en arte. Su presencia fue una ruta de escape necesaria para no sucumbir a una vida monotemática. Finalmente, a mis estudiantes, a los que sabiéndolo, o aún sin saberlo, me motivaron con su entusiasmo, espíritu y ganas de conocer. A todos y todas muchas gracias, a los aludidos y a los que no.

Contenido

Resumen.....	11
1. Introducción.....	12
1.1 Camino al problema de investigación	12
1.2 Apuntes metodológicos	20
1.3 Los datos y los participantes	22
1.4 Los procedimientos de análisis.....	25
1.5 El informe de investigación	28
2. Sujetos del género, la constitución de sujetos a partir del dispositivo sexo/genérico	31
2.1 Las posibilidades más allá del sujeto moderno	33
2.2 Del sujeto a las posiciones de sujeto.....	38
2.3 Hacerse sujetos, la paradoja de la subjetivación en Judith Butler.....	44
2.4 De sujetos en género. El género como dispositivo.....	50
3. El llamado a las masculinidades.....	56
3.1 Trabajar con las masculinidades. Campos de desarrollo e interpelaciones políticas a los varones.....	59
3.2 La estructura del género y la masculinidad hegemónica en R.W. Connell	67
3.2.1 Dimensión de las relaciones de poder en la estructura de género.	70
3.2.2 Dimensión de las relaciones de producción en la estructura de género	71
3.2.3 Dimensión de la catexis en la estructura de género	72
3.3 Mandato de masculinidad y su intersección con otras categorías y relaciones sociales	75
3.4 Hegemonías enmascaradas: precauciones, advertencias y revisiones críticas a los estudios y colectivos de género y masculinidades	83

4. Instrumentos, relaciones y escenarios en las narrativas sobre la transformación de la masculinidad	87
4.1 El feminismo: instrumento teórico y existencial de la acción	91
4.2 Momentos asociativos y de encuentro, el otro como protagonista de la acción.....	100
4.3 Escena y contexto de la acción.....	109
4.3.1 Escenario y contexto familiar	113
4.3.2 Institucionalidad: escenarios de reflexión, articulación y disputa.....	123
4.3.3 Telón de Fondo: la racionalidad de un modelo ...	131
4.4 Tramas íntimas y políticas	141
4.4.1 La trama íntima: el “yo masculino” y su vigilancia	141
4.4.2 Trama política: articulaciones íntimas y plurales.....	145
5. Tensiones, gestión de sí y afectos. Repertorios interpretativos sobre la transformación de la masculinidad	150
5.1 Repertorio de tensión y fuga.....	156
5.2 Repertorio de gestión de sí	167
5.3 Repertorio estético-afectivo	179
6. Discusiones y conclusiones: consideraciones teóricas y metodológicas para pensar la masculinidad y sus transformaciones	192
6.1 Racionalidad, materialidad y afecto. Una triada comprensiva para pensar la cuestión de la masculinidad	193
6.2 La cuestión ético-política en la transformación de las masculinidades.....	206
6.3 Cruce de caminos, cuestionar la masculinidad y más allá	213
7. Nota entre los márgenes, la investigación en mi piel.....	218
Referencias bibliográficas	223
Anexos.....	237

Lista de figuras

Figura 1	Estructura de prácticas de género según R.W. Connell.	73
Figura 2	Masculinidad hegemónica según el modelo de R.W. Connell.	75
Figura 3	Proceso de análisis narrativo.	91
Figura 4	Escenarios de la acción.	113
Figura 5	Modelo tríadico racionalidad, materialidad y afectividad.	199

“No man who does not actively choose to work to change and challenge patriarchy escapes its impact”.
bell hooks, *The will to change*.

“La evolución del varón es crucial para la transformación de la sociedad puesto que si el sujeto del patriarcado, el hombre y su construcción de masculinidad no varía, no cambia casi nada”.
Àngels Carabí, *Nuevas Masculinidades*.

Resumen

El presente trabajo explora en las narrativas y discursos de hombres latinoamericanos que realizan algún tipo de activismo por la transformación de la masculinidad y la eliminación de inequidades e injusticias de género. El objetivo fue analizar cómo se tejen en las narrativas las transformaciones identitarias y los repertorios interpretativos que emergen en el relato de cada participante. Para cumplir con este propósito se recurrió a un análisis narrativo, centrado particularmente en develar los elementos estructurales de la narración para luego ahondar en las tramas de significado que entretejen y unen las historias. Este ejercicio fue complementado por un análisis de discurso enfocado en la identificación de repertorios interpretativos usados por los participantes para constituir el problema de la masculinidad y sus orientaciones de cambio y transformación. Siguiendo este camino se presentaron dos bloques de resultados. El primero de ellos tiene que ver con los protagonistas, los espacios e instrumentos presentes en las historias y que se agrupan en una trama íntima, que describe una mirada que se articula sobre la propia condición de masculinidad; y una trama política que da cuenta de las movilizaciones y reivindicaciones que se realizan teniendo como punto de partida el cuestionamiento a los mandatos de masculinidad. El segundo bloque de resultados describe tres repertorios interpretativos presentes en el discurso de los participantes. Estos agrupan, en torno a las ideas de tensión y fuga, gestión de sí y estético-afectivo, los tropos, variaciones y funciones que tiene el discurso a la hora de hablar sobre lo masculino y los horizontes de cambio. Con base en estos análisis se extraen dos conclusiones y discusiones. La primera de ellas propone un modelo triádico para comprender y abordar el fenómeno de la masculinidad, mientras que la segunda ahonda en una reflexión ético-político que implica estas transformaciones.

Palabras clave: Masculinidad, repertorios interpretativos, análisis narrativo, análisis del discurso.

1. Introducción

Al margen de las primeras páginas que corresponden a las presentaciones protocolarias, la introducción como inicio de un texto carga sobre sí una responsabilidad mayúscula. Es así como desde este punto advierto que el lenguaje aquí plasmado difícilmente perdurará en toda la integridad del texto, porque el tiempo en el cual se tejieron las palabras de este trabajo fue amplio y dilatado, y entre sus límites acontecieron temporalidades de todo orden, corporales, climáticas, sociales, académicas, que dieron un estilo particular a cada sección. Esto hace que el texto inaugural trace una ruta en retrospectiva, que abre y pone en contexto a los lectores a partir de un pensamiento que se mezcla entre recuerdo, afecto y análisis. Una introducción es, a falta de mejores palabras, una revisión final de lo escrito que en este movimiento hacia atrás logra posicionarse en el primer lugar, en la génesis del trabajo. Es de alguna forma una voz narrativa que, una vez ha conocido toda la historia, adquiere el protagonismo para crear una atmósfera y contexto general del trabajo, deja claro el problema estudiado y los aspectos metodológicos que se consideraron para producir el texto final.

1.1 Camino al problema de investigación

Como ya lo anuncia el título, este trabajo es sobre hombres que narran su experiencia de activismo en temas de género, y de manera puntual aborda la transformación de la masculinidad y la eliminación de las injusticias basadas en un sistema de género dicotómico, inflexible y con pretensiones totalizantes. Llegar a estos hombres no fue un camino inmediato. El interés por esta población surgió después de una reflexión general sobre algunos fenómenos que son leídos desde una perspectiva de género. La violencia contra las mujeres fue una de estas situaciones y reflexiones que detonaron la idea final que busqué desarrollar en la tesis.

Pensar este problema abrió una serie de líneas de análisis que, acompañadas de una larga revisión bibliográfica, definieron a estos hombres como protagonistas de mis indagaciones.

Para poder pensar sobre la violencia contra las mujeres, me hizo falta la confluencia entre una trayectoria académica que apenas daba sus primeros pasos y una oportunidad administrativa que me diera la posibilidad de iniciar mis estudios doctorales. Es así como a partir de mi postulación a la Beca de Formación Investigativa de la Universidad Pontificia Bolivariana, y mi eventual selección como pasante investigador, quedé vinculado al proyecto dirigido por el Doctor Milton Morales sobre Atribuciones Societales de la Violencia Sexual en estudiantes de universidades de Medellín. Una de las primeras peticiones que se me hizo, una vez iniciada mi pasantía, fue la vinculación de mi tesis doctoral con la temática. Esto llevó a que iniciara una lectura sobre un tema que antes no había abordado más allá de las preocupaciones mediáticas y políticas en mi vida cotidiana.

El rastreo que inicié buscaba responder dos preguntas fundamentales: la primera ¿qué se entiende por violencia contra las mujeres?, y en segundo lugar ¿cómo vincular el problema con categorías como identidad y movilización social, que ya venía desarrollando desde mi maestría? Como elemento adicional y transversal, asumí la lectura desde una posición crítica que tiene presente el papel del discurso en la constitución del fenómeno. La categoría en mente, que daba fondo a este rastreo, es la de reflexividad, entendida como esa propiedad del habla que “tiene que ver al mismo tiempo con la descripción de una situación y con su construcción, en el sentido de que describir es construirla” (Íñiguez, 2006, p. 75). Esta simple definición en su forma no hace justicia a toda su profundidad analítica, pues si al describir un fenómeno hacemos parte de su construcción, queda inmediatamente la necesidad de pensar y preguntarse sobre cómo las descripciones y los discursos sobre la violencia contra las mujeres se disputan en el campo social su definición desde lugares académicos, jurídicos y mediáticos. En el fondo, surge una pregunta por las prácticas que articulan el fenómeno con conceptos, ideologías e imaginarios, y por las consecuencias de estas.

Unos cuantos trabajos sirvieron para revisar estas intersecciones. En ellos se describe la violencia contra las mujeres desde una perspectiva histórica y política que otorga visibilidad al fenómeno, pero al mismo

tiempo construye un corpus teórico que favorece su comprensión y las acciones para su superación (Arranz Lozano, 2015; Badillo, 2015; Ibarra Meló & García Otero, 2012). El problema se complejiza, pues en su condición ontológica, asisten las acciones de instituciones, leyes, teorías y movimientos que van trazando los límites de comprensión, rompen con una homogeneidad y ofrecen diferentes caminos para entender la violencia contra las mujeres (M. L. Jiménez & Guzmán, 2015). Entre estas concepciones uno de los primeros intereses para mi tesis apuntaba a rastrear esas prácticas discursivas que en el contexto colombiano operaban, como una oportunidad de reflexividad.

La idea era poder revisar, desde diferentes fuentes discursivas, las minucias de este proceso, las particularidades retóricas utilizadas por los diversos actores para dar forma al tema, las acciones movilizadas desde estos discursos y sus variaciones a partir de los diversos repertorios interpretativos que se emplean. Pero, motivado por mi interés por la noción de identidad, esta empresa fue tomando otra dirección, sin renunciar a su primera problematización. La novedad que llegó partió de las lecturas realizadas y de manera específica de la definición que la legislación colombiana da del concepto de violencia contra una persona. Mi pregunta se fue orientado por los protagonistas de dicha violencia, por los sujetos nombrados en su definición, descripción y análisis, y por la reflexividad que opera no sólo en la construcción de una situación social, sino de los actores que participan en ella: ¿son claros? ¿están naturalizados? ¿se comprenden desde una perspectiva cultural?

Según la ley 1257 del 2008, del Estado Colombiano, la violencia contra las mujeres se define como “la acción u omisión, o la amenaza de tales actos que se dirige a las mujeres por el sólo hecho de ser mujeres y que tiene como consecuencias, daños o afectaciones físicas, sexuales, psicológicas y/ o económicas” (Ramírez, 2010, p. 12). Lo que me pareció relevante de esta definición fue la mención directa al ser de las mujeres. En ello queda claro que el factor de la identidad sexo/genérica es un criterio de demarcación para entender cuando hay o no, violencia contra las mujeres. Además, esta forma de comprender el problema remite directamente a motivaciones que se sustentan desde allí,

es decir introduce al género femenino como un objeto de violencia por su condición ontológica, y lo pone en un lugar desequilibrado en las dinámicas sociales, ocupando específicamente una posición de sumisión.

Ante este escenario, surgió la pregunta: si las mujeres son los sujetos de esta acción u omisión violenta ¿quién está del otro lado de esta balanza desigual? Responder a esta cuestión no fue una acción automática, pues requería ir a la literatura que define el problema y constatar en ella que los principales actores de la violencia contra las mujeres son los hombres, no sólo por el hecho de serlo, sino que en el curso de su constitución en una identidad masculina se encuentran vinculados a la reproducción de una estructura social hegemónica y jerarquizada que prioriza la posición masculina como espacio de poder, acción, positividad y razón en detrimento de lo femenino como debilidad, cuidado y emocionalidad. Esta estructura es nombrada como patriarcado (Bosch-Fiol et al., 2006; Osborne, 2009) y tiene como característica central una dicotomía naturalizada (Segato, 2010), que cierra los límites de lo que un sujeto es en relación a determinantes naturales sobre los cuales se levanta un discurso que esencializa y universaliza las identidades de género, y que tiene en la violencia una expresión de dicho dominio (Fernández-Villanueva et al., 2015; Segato, 2016).

Este tipo de comprensiones define claramente a los sujetos que ejercen la violencia, o por lo menos centra en su base explicativa una categoría social de sus protagonistas como pilar fundamental de su acción y entendimiento. Esto es aún más claro cuando una revisión de la literatura, científica e institucional, amplía la reflexión y dibuja escenarios futuros de resolución en donde el trabajo con las masculinidades y con los varones son una prioridad (Aguayo et al., 2011; Mankayi, 2014; Vela & Yes, 2014) Los hombres adquieren un lugar en las reflexiones que no se limita al de perpetradores de violencia contra las mujeres, pues pasan a ser objetos de trabajo e intervención para erradicar el problema (Aguayo et al., 2011; Ferrer-Pérez & Bosch-Fiol, 2016; Gonzalez, 2014; C. Herrera, 2019; Oddone, 2017).

Estas derivas reflexivas que he descrito fueron marcando puntos de inflexión y vértices de giro, que aportaron en la construcción de mi problema de investigación y en el eventual desarrollo de esta tesis. De una pregunta general sobre los discursos referidos a la violencia contra las mujeres, pasando por la indagación de los sujetos de estos discursos,

fue adquiriendo cada vez más relevancia la figura de los hombres y sus masculinidades. En lo epistemológico esto representó una ventaja que con el tiempo se transformaría en una cuestión personal. Me refiero que al ir adquiriendo centralidad la pregunta sobre las masculinidades, yo como investigador, y reconociéndome como hombre, podía justificar el posicionamiento de mis intenciones investigativas desde el punto de vista de mi propia experiencia de género. Encontré que indagar en esta dirección, permitía que mis pesquisas y exploraciones tuvieran como centro el género en el que me reconozco, y evitar en este sentido asumir una colocación de neutralidad o de apropiación de cuestiones femeninas desde mi posición masculina. Al mismo tiempo, mi objeto de investigación hacía que lo que consultaba e investigaba se moviera en diferentes direcciones, entre ellas una vuelta hacía mi propia subjetividad. Aquello que estudiaba me construyó una mirada diferente de mí mismo, en tanto que mi objeto es además estructurante de mi subjetividad.

Mis rastreos documentales fueron incluyendo cada vez más categorías como “hombres”, “masculinidades”, “varones” que se cruzaban con “violencia de género” y “violencia contra las mujeres”. Mi interés ahora se centraba en encontrar rezagos teóricos que me facilitaran pensar el problema más desde el género masculino. En los primeros hallazgos emergieron trabajos que describían las subjetividades masculinas en contextos donde se había demostrado que se había ejercido violencia contra las mujeres, específicamente en el campo de las relaciones de pareja. Este tipo de estudios se interesaban principalmente en detallar y visibilizar la presencia de factores comunes en el discurso, o la presencia de creencias y estereotipos con una carga sexista dicotómica que en sí misma es usada como base explicativa de la reproducción de violencias (Camilo Cardona et al., 2015; Durán et al., 2014; Gómez-Etayo, 2014; Quiroz & Duque, 2009; Rottenbacher, 2010).

Un primer acercamiento a estos planteamientos me brindó una certeza metodológica. Llegué a la conclusión de que los hombres agresores no serían el objetivo de mi investigación. Las razones para justificar esta exclusión tienen que ver con la abundante presencia de diferentes trabajos orientados a este asunto, y en segundo lugar consideraba que en el fondo muchas de estas indagaciones omitían algo al estar centrados de manera hermética en la categoría de género y masculinidad, como una construcción social que actúa con tal contundencia que no deja

espacio a otros determinantes del comportamiento violento o a las ideas que están en la base. Así que orienté mi búsqueda de información sobre experiencias o investigaciones que fueran más allá de esta caracterización epidemiológica de lo que son y piensan los hombres que violentan a las mujeres.

Con esta intención en mente me encontré con trabajos que ponían el foco en actuaciones pedagógicas que agrupaban la intención de superar las condiciones psicológicas, sociales y culturales que están involucradas en la reproducción de la violencia contra las mujeres, y en términos generales las consecuencias de una estructura patriarcal. Estos trabajos aportaban una novedad en tanto incluían otras variables, que, si bien no eran centrales, sí enunciaban y abrían el campo de análisis. Me refiero a nociones que tienen que ver con lo territorial, con el Estado, la orientación sexual y/o el ciclo de desarrollo que estos hombres atraviesan o las prácticas sociales en las cuales se ven involucrados (Ariza-Sosa et al., 2015; Baquerín, 2019; Brown et al., 2012; Carabí & Armengol, 2015; Ferrer-Pérez & Bosch-Fiol, 2016; Javaid, 2015; Vela & Yes, 2014).

Estas miradas me abrían una posibilidad interesante al desmarcarse de los actos de violencia ya consumados, y orientar la reflexión hacia las posibles acciones de transformación que pueden emprender. Adicionalmente me permitían incluir un análisis que, sin perder la centralidad de la categoría de género, me posibilitara entender esta en vínculo con otras relaciones sociales que la exceden, pero que están estrechamente vinculadas. Finalmente, este rastreo me hizo ser más consciente no sólo de los estudios sobre las masculinidades, sino de la presencia de grupos y colectivos masculinos que tienen encarnada la intención de redefinir la masculinidad y ofrecer una resistencia a las situaciones que desencadenan la violencia contra las mujeres, las inequidades de género en términos generales, y que además representan una afectación para ellos mismos como varones (Flood, 2015; Guzmán, 2014; Peretz, 2017). Se empezó a visibilizar más el hecho de que, impulsado por las reflexiones que plantean los feminismos en relación con la desnaturalización del género, se fue constituyendo un campo de acción y pensamiento que tomaba como objeto de discernimiento a la masculinidad e hilaba ideas en relación a su transformación en subjetividades menos violentas y formas más equitativas (Guzmán, 2014).

De esta manera emergió el primer interés determinante que orienta esta tesis. Surgió la pregunta sobre los hombres que ejercen este tipo de activismos, sobre sus discursos, sobre la forma como se refieren a la masculinidad, generan líneas de fuga y acciones de transformación, que resisten los marcos hegemónicos. Detrás de esta indagación hay además una reflexión sobre la subjetividad y sobre el género que busca escapar de posiciones deterministas bien sea desde una perspectiva biológica o cultural. Judith Butler fue de gran ayuda en esta exploración. En su trabajo *El Género en Disputa* al hacer una reflexión sobre el significante mujer que se dice representar en las movilizaciones feministas, la autora concluye que este no puede ser entendido como una constante universal que actúa de una vez y para siempre en cada uno de los sujetos y momentos históricos, porque finalmente:

Si una “es” una mujer, es evidente que eso no es todo lo que una es; el concepto no es exhaustivo, no porque una “persona” con un género predeterminado sobrepase los atributos específicos de su género, sino porque el género no siempre se constituye de forma coherente o consistente en contextos históricos distintos, y porque se entrecruza con modalidades raciales, de clase, étnicas, sexuales y regionales de identidades discursivamente constituidas (Butler, 2007, pp. 45-46).

Si el género no se constituye siempre de manera unívoca, y parte de esto tiene que ver con la interacción que tiene con otras posiciones de sujeto o categorías sociales, se abre la posibilidad para indagar sobre las particularidades en las que un grupo de sujetos se constituye en un género particular, y cómo sus diferentes posiciones de sujeto, relaciones sociales y afiliaciones ideológicas, entre otras, tienen un papel protagónico en la variabilidad y diversidad de género. Ser hombre deja de estar determinado biológicamente, pero al mismo tiempo lo deja de estar culturalmente, ya que al margen de lo que implica el significante en una cultura particular, el significado está sobredeterminado por su relación con otras categorías, dejando espacio para las innovaciones y fugas.

Todo lo anterior determinó el objeto de esta investigación. Las preguntas se centraron en las posiciones de los sujetos y los discursos, en poder comprender cómo es que, aún reconociéndose como hombres, y aún afectados por este significante, sus acciones e intenciones estaban

dirigidas a transformar la estructura hegemónica, que paradójicamente, también es la que les da el reconocimiento en un género. En esta estructuración de mi objeto de investigación, el interés fue desplazándose de la violencia contra las mujeres como fenómeno central, hacia los discursos, narraciones y particularidades de los hombres que ejercen algún activismo contra este problema y contra las inequidades de género en general.

La intuición que seguí a partir de este punto tuvo que ver precisamente con la condición precaria de las categorías sociales con las cuales nos describimos a nosotros mismos y con la interacción que hay entre ellas. Lo que me interesó en aquel momento y que busqué responder en esta tesis es un por qué, ¿por qué estos hombres no siguen los patrones tradicionales de género?, ¿cómo fue que llegaron a involucrarse en la transformación de la masculinidad para superar fenómenos como la violencia contra las mujeres y las inequidades de género?, ¿cómo fue que se constituyó en ellos un cuestionamiento sobre su género?, ¿qué podemos aprender de sus experiencias con miras a encontrar líneas de actuación para encaminarnos a superar las brechas de género y las violencias que estas producen?, ¿cuáles son los discursos que se emplean en esta ruptura con los modelos tradicionales de la masculinidad?, ¿cómo potenciar su discurso para que, en articulación con la ya constante y potente lucha feminista, se pueda hacer frente al resurgimiento de discursos conservadores que insisten en la división jerarquizada y dicotómica del género en base al sexo?

Es claro, en el caso de esta población, que la fuerza del significante masculino para determinar al sujeto no imprime la potencia de lo que se considera como hegemónico. El género en su caso no cumple coherentemente con las construcciones sociales asignadas a los hombres y de hecho se ve cuestionado por la acción de los sujetos. Esta distancia entre reconocerse hombre, pero romper con las concepciones y prácticas que se esperan de esta identificación, da espacio a todos estos cuestionamientos, y centra el interés en los procesos de subjetivación de estos hombres para intentar comprender los hitos y protagonistas de esta iteración variante. En esta distancia emergieron movilizados con fuerza diversos cuestionamientos que me guiaron en la realización de esta tesis. Estas reflexiones fueron dando forma a los objetivos que busqué cumplir con ella y que organizaron en adelante las decisiones y acciones me-

metodológicas. Las reflexiones orientaban mi interés hacia la comprensión de la trayectoria de estos hombres, a la interacción con sus historias de vida, prestando especial atención a aquellos momentos que en la trama narrativa fueran entendidos como determinantes, que fueran puntos de giro constituyentes del cambio.

Llegar a este punto en el cual mi interés investigativo adquiriría una forma más concreta facilitó el proceso de construcción de los objetivos. Estos guiaron las decisiones metodológicas y las reflexiones teóricas que devinieron en los análisis finales. Mi objetivo principal era *analizar las narrativas sobre la masculinidad en un grupo de hombres que practican algún activismo para erradicar la violencia contra la mujer y la transformación de las masculinidades*. Mi pretensión era dejar en claro el carácter metodológico y los participantes de la investigación. De allí se desprendieron dos objetivos específicos que indicaban los caminos analíticos a tomar. El primero, *analizar la estructura y la función de las narrativas de los participantes de la investigación*; y el segundo, *identificar los repertorios interpretativos presentes en la narrativa de los participantes de la investigación con relación a la masculinidad*. Finalmente, a estos dos objetivos específicos se les sumó un tercero con la intención de cerrar las referencias metodológicas en un ejercicio que buscó *comprender las transformaciones en la masculinidad a la luz de la función de las narrativas y los discursos de los participantes*. Estas indicaciones y orientaciones a la acción guiaron el trabajo que presento a continuación.

1.2 Apuntes metodológicos

Trazado este camino en el cual desde diferentes puntos de giro fui encontrando las preguntas y objetivos que emprendería en mi tesis, la siguiente cuestión era cómo lograrlos. Si bien en cada uno de los capítulos de resultados dejo clara la ruta metodológica que sigo para llegar a estos, busco en este apartado plantear algunas líneas generales de mi trabajo, así como las apuestas y articulaciones que consideré para llegar a los productos y conclusiones que presento en la tesis. Mi intención es precisar al máximo posible, un marco general que pueda abrigar a cada uno de los procedimientos analíticos que llevé a cabo.

Al interesarme por la experiencia de los hombres que rompen con la categoría masculina hegemónica y practican algún activismo con este objetivo y el de erradicar las inequidades de género, las decisiones metodológicas debían orientarse en captar, al máximo, la complejidad del proceso por el cual llegaron a esta situación. La primera consecuencia de esto es que la especificidad de la población descartaba la posibilidad de aplicar metodologías cuantitativas, ya que más que rastrear variables operativizadas previamente por algún marco teórico, me interesaba tener un contacto con su experiencia desde las formas como se narraban estos hombres a sí mismos y los recursos que utilizaban para dar cuenta de su vida, y ver cómo en este ejercicio discursivo los significados no sólo eran expresados sino construidos. En este propósito, los métodos de captación de la información y su posterior análisis, no se distanciaban del proceso de construcción teórica. Ambos estaban implicados de forma estrecha desde el planteamiento del problema, la definición de los procedimientos y su consecuente análisis. Esto me llevó a inclinarme por un paradigma cualitativo, pues más que leyes o aspiraciones nomotéticas, mi interés se centraba en lo ideográfico, en la singularidad de los hombres participantes de la investigación. Más que una generalización probabilística o estadística, con mi trabajo busqué comprender lo particular de estos hombres a partir de una exploración profunda de su experiencia con relación a los asuntos de género.

La investigación cualitativa me permitía estructurar mis rutas metodológicas en este sentido, entendiendo que su propósito es “proporcionar un examen a profundidad de los significados operantes, más que un vistazo sobre una superficie tan amplia como sea posible” (Banister et al., 2004, p. 26). Esto la ubica en un paradigma interpretativo en el cual, más que dar cuenta de una variable aislada, la búsqueda se centra en entender las categorías y los conceptos en los contextos propios donde estos adquieren su significado. La base filosófica del enfoque cualitativo resalta el carácter constructivo de los hechos sociales, que lejos de ser tomados como datos concretos y universales, se les entiende como procesos que se forjan en el curso de las relaciones sociales y de poder en la cual se ven involucrados los sujetos (Dobles, 2018; Galeano, 2012; Moebius, 2012).

El contacto directo con los sujetos es primordial bajo este paradigma pues al ser parte de la trama social, sus acciones, prácticas y discursos adquieren sentido en el contexto o marco de significación en el cual se desenvuelven. Su participación y enunciación están involucradas en la constitución de los contextos a los cuales se dicen representar. Los sujetos no son estabildades determinadas en un único momento y por un solo proceso, sino que su constitución está involucrada con los nodos y articulaciones que definen su contexto particular, estos están entreverados, por lo que la indagación de la subjetividad entraña también cuestionamientos y comprensiones del contexto en el que estos se producen (Laclau & Mouffe, 2010).

Ante este panorama, Anselm Strauss y Juliet Corbin (2002) establecen tres componentes principales sobre los cuales guiar las acciones metodológicas, estos son: los *datos*, los *procedimientos* y los *informes escritos o verbales*. A partir de estos tres componentes he tomado las decisiones metodológicas que trazaron el camino para elaborar las ideas que aquí someto a reflexión. Los presentaré por separado para abordar las decisiones que tomé con relación a la muestra de participantes y los procedimientos de análisis.

1.3 Los datos y los participantes

Los datos de mi investigación provienen del discurso de cada uno de los participantes. Teniendo en cuenta que mi interés se centraba en explorar un proceso que se configuraba en el tiempo, y que ante la imposibilidad de presenciar de manera directa el origen de las transformaciones, el lenguaje adquirió aquí un papel protagónico. Este se concibe más allá de su función expresiva, dando lugar a lo performativo como característica central. Es decir, el lenguaje constituye una acción con consecuencias, por lo que al hablar se están haciendo cosas con palabras (Austin, 1962; Iñiguez et al., 2011). En el contexto de mi investigación el lenguaje de los participantes constituye una acción que da forma al tiempo a través de su narración. Al dar cuenta de su vida y de las experiencias que los llevaron a interesarse por los asuntos de género, el discurso y las narrativas tienen un papel fundamental en la articulación de eventos y

situaciones que adquieren significado a partir de las pertenencias sociales de los participantes y del acto mismo de la enunciación.

Por tal razón, el lenguaje como estructurador de la vida social y de los significados, se inserta en las pretensiones comprensivas y analíticas propias de la investigación cualitativa. El discurso, visto desde una perspectiva amplia, comprende no solo lo que los sujetos dicen, sino el contexto social en el cual lo que se enuncia tiene un sentido. Dicho así, al indagar sobre él y al constituir el corpus de datos de la investigación, se genera una comprensión de los sujetos, al tiempo que se ofrece un camino para recorrer el contexto social. Los participantes “producen activamente las realidades por medio de los significados atribuidos a ciertos acontecimientos y objetos” (Flick, 2007, p. 44), y esta situación posiciona al lenguaje como una acción orientada en este sentido. Acceder a la experiencia de los sujetos, tomando esto en consideración, es más que alcanzar un objeto prestablecido ya que la palabra hace parte de la construcción de la experiencia. El análisis consistirá, posteriormente, en indagar sobre los mecanismos y sobre cómo dicha experiencia se construye en el hablar y se refleja en el texto.

Siendo el lenguaje y el discurso la fuente principal para obtener los datos, opté por llegar a ellos a través del método oral de la entrevista. Se entiende esta como una conversación profesional semiestructurada en torno a un interés investigativo. La entrevista explora y construye conocimiento a partir del diálogo entre el investigador y los participantes de la investigación (Kvale, 2011). Este instrumento de recolección de información se sustenta epistemológicamente en el giro lingüístico que las ciencias sociales fueron tomando, cuando en la búsqueda de un lenguaje totalmente objetivo, fueron arribando en la certeza cada vez mayor del papel performativo y la orientación a la acción del discurso (Ibáñez, 2006). Esto hace que el discurso obtenido por los participantes de la investigación no sea simplemente un registro objetivo de los hechos, sino que en él se articule una acción de construcción de significado y realidad social. Por estas razones se estructuró una entrevista que asumía como principal provocación una incitación a una historia. Se buscaba con esto que los participantes dieran cuenta de su proceso a partir de la articulación narrativa de diferentes hechos y situaciones. La pregunta con la que esta entrevista iniciaba era: ¿cómo fue que usted llegó a cuestionarse sobre la masculinidad y a trabajar en la transfor-

mación y superación de las inequidades de género? Se buscaba que a través de la historia se abarcaran diferentes temáticas relacionadas con la identidad, la subjetividad y el género, asuntos que eran indagados según la dinámica singular de cada entrevista.

Para obtener la información definí unos criterios mínimos que debían cumplir los participantes con relación a los objetivos de la investigación. Este procedimiento de búsqueda y rastreo de los colaboradores fue intencional y tuvo como principal referencia una determinación homogénea, es decir se seleccionó una pequeña muestra para el estudio a profundidad de un grupo social que representa unas características determinadas (Izcara Palacios, 2014). Entre ellas estaba que los participantes se reconocieran como hombres y que hubieran hecho parte de algún proceso o movilización que tuviera entre sus objetivos el cuestionamiento y la transformación de las masculinidades. A partir de allí inicié una búsqueda activa, identificando iniciativas locales que trabajaran en el tema de las masculinidades y apoyándome en recomendaciones o señalamientos que me hacían mis colegas. De esta forma contacté a cuatro sujetos mayores de cuarenta años que se reconocían como hombres y con la característica de habitar y actuar en ciudades grandes y medianas. Adicionalmente dos de ellos se reconocían como heterosexuales, los otros dos como homosexuales. Con ellos realicé una primera fase de entrevistas. Posteriormente, apliqué una estrategia de bola de nieve o de cadena en donde los entrevistados me contactaron con otros posibles participantes (Izcara Palacios, 2014).

Para realizar la segunda fase de entrevistas, tomé en cuenta los resultados y las características de las primeras. A los criterios iniciales agregué la posibilidad de entrevistar hombres menores de cuarenta años que practicaran su activismo en zonas rurales o ciudades pequeñas, y también la posibilidad de incluir hombres con orientaciones sexuales diversas. Fue así como completé el grupo de participantes a saber: cinco hombres heterosexuales mayores de cuarenta años, que tenían una iniciativa de nuevas masculinidades y cuyo trabajo se acomete en ciudades pequeñas y áreas rurales. También participaron tres hombres menores de cuarenta años, dos de ellos que se reconocen como homosexuales, y el otro como heterosexual.

En total se reunieron 12 testimonios. Para esto se realizó un primer encuentro donde se ejecutó la entrevista. Cada sesión tuvo una dura-

ción aproximada de una hora y treinta minutos. Una vez terminado el contacto con los participantes, este se mantuvo por medio de las tecnologías de la información y la comunicación, lo que me permitió complementar aspectos de sus relatos que en el primer encuentro fueron difusos o que no habían quedado del todo claros. Como acción investigativa adicional, participé en diferentes encuentros y actividades promovidas por los participantes, espacios como conversatorios, talleres y conferencias que me llevaron a acercarme aún más a la experiencia de estos y ver sus discursos en otros escenarios al margen de la entrevista.

Cada entrevista se realizó con el consentimiento expreso de los participantes, quienes también consintieron que la sesión fuera grabada. Los audios quedaron almacenados digitalmente y se transcribieron para su posterior análisis. Mi participación fue permanente en cada uno de esos momentos, desde la realización de la entrevista hasta su posterior transcripción. Esto ayudó a tener una mayor cercanía y conexión con cada uno de los testimonios, situación que representó una ventaja para fortalecer las entrevistas siguientes y una mayor familiarización con los contenidos de cara a sus análisis. Con respecto a mi asistencia en otros espacios conté con un diario de campo en el cual registraba mis impresiones, las prácticas que observaba y los discursos que escuchaba. En total asistí a dos talleres vivenciales, un foro y tres charlas, todos ellos organizados por los participantes de la investigación.

1.4 Los procedimientos de análisis

Definidos los datos, las fuentes y los participantes de la investigación, lo que sigue, según los tres elementos señalados por Strauss y Corbin (2002), corresponde a los procedimientos para organizar y analizar los datos. En este punto es preciso aclarar que la orientación principal del diseño de la investigación no se desliga del papel del discurso como una acción social, y a partir de esta concepción se despliegan diversas formas de afrontar los datos según los intereses de la investigación y que en el campo de los estudios y el análisis del discurso tienen diferentes orientaciones y tradiciones.

Para el cumplimiento de los objetivos de esta investigación opté por dos formas de abordar el discurso y el lenguaje. El primero de ellos

corresponde a un análisis narrativo (Chase, 2015; Coffey & Atkinson, 2003), y el segundo a un análisis del discurso según los planteamientos de Jonathan Potter y Margaret Wetherell (1987). Cada uno corresponde a un capítulo de resultados, y en ellos, hago una descripción del procedimiento que llevé a cabo para obtener las ideas que se desarrollan en cada capítulo. Por esta razón, más que hacer una descripción detallada de los dos procedimientos, en este apartado tengo la intención de abordar los ejes comunes de estas dos formas de afrontar los datos, y en cada sección donde uno u otro es utilizado, se hará mayor detalle.

Con respecto al análisis narrativo, su elección respondió al papel que las narraciones tienen en la construcción de la experiencia cotidiana, la formación del Yo y el sostenimiento y la reproducción de la cultura (Bruner, 2009). Las narrativas en las ciencias sociales son consideradas como una forma de discurso. Vistas así, se asumen como una acción verbal creativa que enunciada puede reflejar, mantener o controvertir el *status quo* (Chase, 2015). Adicionalmente, como una visión en retrospectiva sobre un fenómeno, ofrecen una lectura del pasado desde la articulación presente, ensamblando diversos acontecimientos heterogéneos en torno a una trama que cobra sentido en una matriz contextual y cultural. Son una forma de explorar la experiencia de los sujetos, pero no sólo como un reflejo de lo sucedido, sino como un proceso activo que adquiere relevancia en un tiempo presente, una reconfiguración que aporta a la construcción de sentidos desde la acción discursiva en la constitución de un tiempo pasado que se plantea como línea y causal de una posición presente.

Esta particularidad de las narrativas se compagina con la concepción del discurso como “conjunto de prácticas lingüísticas que mantienen y promueven ciertas relaciones sociales” (Íñiguez & Antaki, 1994, p. 63). En ambas, el lenguaje adquiere un papel activo, y su comprensión, aunque atañe al sujeto que lo enuncia, lo trasciende en la medida que reconoce que su articulación se da en un campo mayor donde dichos discursos estructuran la acción social y a los sujetos en sí mismos. En otros términos, la enunciación no responde simplemente a una intención autónoma de los hablantes, sino que está encadenada a las matrices de significado social que hacen posible cada enunciación y ofrecen a los sujetos la competencia lingüística para referirse a sí mismos y a las relaciones sociales (Moebius, 2012).

Desde esta perspectiva performativa del lenguaje, el análisis y la investigación no sólo se preocupan por comprender lo que se dice, sino por cómo esto tiene unos efectos específicos en los sujetos y sus contextos. Por esta razón el análisis funcional se hace presente en ambos enfoques analíticos. En otras palabras, tanto el análisis narrativo, como el discursivo, darán cuenta de las implicaciones que tiene lo que los hablantes dicen, pues los datos no son simples reflejos de una intencionalidad comunicativa de quien narra, sino que están articulados a una acción determinante de las estructuras y configuraciones sociales.

Esta particularidad teje la relación entre el análisis narrativo y el análisis del discurso. Su vínculo se estrecha bajo la concepción del discurso como acción social y como conjunto de procedimientos lingüísticos que dotan de significado el campo social. No obstante, la utilización de uno y otro corresponde a dos intereses diferentes pero complementarios. Por un lado, con el análisis narrativo se busca comprender el discurso desde una dimensión temporal que se expresa más que nada en la secuencia de hechos, personas, situaciones y contextos que los hablantes utilizan en la construcción de una trama. Se hace énfasis en los significados que constituyen los cambios y las transiciones de la historia. Por su parte, el análisis del discurso está más centrado en develar los recursos retóricos que los hablantes emplean para dar cuenta de una situación particular dejando de lado la dimensión temporal que está involucrada en las narraciones. Otra forma de decirlo es que en el análisis narrativo la búsqueda está enfocada en las formas sobre cómo los sujetos construyen un significado de su experiencia teniendo como recurso el discurso. Por su parte, en el análisis del discurso que se ha propuesto en esta investigación, la intención se orienta en la pragmática del lenguaje, en la forma como ese discurso en la narrativa es utilizado.

Al margen de las distancias entre los dos métodos, ambos se articulan en el análisis funcional tanto de las narrativas como de los discursos. Los dos procedimientos de análisis se preguntan sobre las consecuencias que tienen las narraciones y los discursos en el campo de relaciones sociales en el que adquieren relevancia. Por tal razón, si bien realicé dos formas de análisis de los datos en mi tesis, estos están vinculados por una reflexión sobre la función que estas producciones lingüísticas tienen a la hora de comprender la cuestión masculina y los asuntos relacionados con su transformación. Los dos procedimientos de análisis

encuentran una unidad en la premisa básica del lenguaje como acción social, y la desarrollan a partir de un análisis funcional que se hace presente en ambos razonamientos.

1.5 El informe de investigación

Una vez abordados los componentes de los datos y los procedimientos, el siguiente paso correspondió al informe escrito que es esta tesis. Este texto sintetiza el proceso llevado a cabo desde el inicio. Su estructura está diseñada en torno a los componentes básicos de la investigación: Planteamiento del Problema, Metodología, Antecedentes, Referencias Teóricas, Resultados y Discusiones y conclusiones. No obstante, en la organización final me tomé algunas licencias para ordenar y presentar los capítulos de la tesis.

En esta introducción he procurado dejar explícitas las perspectivas que me llevaron hasta el planteamiento del problema, así como a los apuntes metodológicos. Posterior a este apartado comparecen dos capítulos en los cuales desarrollo una reflexión teórica en torno al sujeto, el género y las masculinidades. El capítulo inicial *Sujetos del Género, la constitución de sujetos a partir del dispositivo sexo/género* desarrolla el marco general de la concepción de sujeto que asumo en el trabajo y que sustenta tanto la indagación inicial, como la propuesta de los resultados. Allí abordo una noción teórica que se aleja de la idea sustancialista y universal del sujeto de la modernidad y en su lugar recorro a posturas teóricas que señalan el dominio procesual, construido e histórico de los sujetos. Para esto me apoyo en propuestas teóricas como las de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe en diálogo con concepciones en la misma temática como las desarrolladas por Alain Touraine y Edgar Morin. Finalmente, apoyado en los postulados de Judith Butler conecto el tema de la subjetividad con el de género, analizando cómo a partir de este nos constituimos como sujetos, lo que esto tiene de problemático y las posibilidades que se vislumbran.

En el siguiente capítulo continuo con esta línea, pero enfocado más hacia una reflexión sobre el tema de las masculinidades. Allí hago una síntesis de la bibliografía revisada durante el rastreo de antecedentes, describiendo cómo se ha abordado el tema de las masculinidades

en la literatura y generando algunas reflexiones críticas con respecto a esta producción. Además, desarrollo teóricamente, apoyado en las propuestas de R.W. Connell y Rita Segato, los puntos centrales que luego abordaré en las discusiones y que abren el panorama comprensivo de la masculinidad. Este apartado completa, con el capítulo anterior, el marco teórico que guió mis reflexiones ulteriores.

De allí doy paso hacia los dos capítulos que desarrollan los resultados de la investigación. Cada uno inicia con una descripción metodológica. Lo que hice fue detallar el proceso analítico que llevé a cabo y los elementos centrales que lo compusieron. El primero de los dos capítulos se titula *Instrumentos, Relaciones y Escenarios en las narrativas sobre la transformación de la masculinidad*. Este a su vez se divide en dos partes, la primera da cuenta de un análisis narrativo estructural en donde reflexiono sobre los protagonistas, instrumentos y contextos que son utilizados por los participantes en sus narrativas, la segunda hace un análisis funcional que apunta a describir las consecuencias de estas narraciones. Este último se vale del examen de las tramas narrativas que agrupan los elementos desarrollados en la estructura narrativa, dejando entrever una dualidad funcional que apunta hacia el sujeto y el contexto sociopolítico que se articula al tema del género y las masculinidades.

El siguiente capítulo que compone los resultados lleva por título *Tensiones, Gestión de sí y afectos. Repertorios interpretativos sobre la transformación de la masculinidad*. Como lo anuncia desde el inicio, este despliega un análisis del discurso siguiendo la propuesta de los Repertorios Interpretativos de Jonathan Potter y Margaret Wetherell. En términos generales se describen tres repertorios que son analizados en conjunto a partir de su funcionalidad y variabilidad. Estos son complementarios al análisis narrativo y expanden su exploración, pero esta vez centrados más en la pragmática del lenguaje, y no tanto en la construcción histórica de la narración.

Abordados los resultados doy paso hacia un capítulo de discusiones y conclusiones titulado *Consideraciones teóricas y metodológicas para pensar la masculinidad y sus transformaciones*. Inicialmente, presento una síntesis de lo visto en los capítulos anteriores poniéndolos en diálogo. Este hecho fue fundamental para luego generar una discusión con la teoría. Concretamente pongo en discusión los resultados con las propuestas desarrolladas en el capítulo teórico sobre las masculinidades, lo

cual aporta una visión triádica para comprender la masculinidad. Dicho sea de paso que esta propuesta amplía su concepción, abordando la masculinidad como un fenómeno que no se limita a los determinantes culturales del género, sino que abarca otras dimensiones y relaciones que lo influyen y complejizan. Finalmente, concluyo con una reflexión sobre la dimensión *Ético-Política de la cuestión masculina*, haciendo énfasis en lo ético como una praxis dirigida a los sujetos, a la forma como llevan su propia vida, y lo político a las luchas y reivindicaciones en una escala más amplia y social. La conclusión busca dejar en claro que para pensar la transformación de la masculinidad no basta con una comprensión netamente subjetiva o política, sino que hará falta establecer, o dicho de mejor modo, tejer rutas de integración entre estas dos dimensiones. En este punto, reflexiones como las de la interseccionalidad permitieron expandir las rutas analíticas y abordar en integridad la masculinidad con otros determinantes sociales, entre los que se incluyeron el territorio y la orientación sexual, entre otros.

Para concluir la tesis, dedico una última sección a reflexionar sobre el propio proceso de investigación que llevé a cabo. Surgió allí una narrativa paralela a la de los participantes: la mía. Si bien ya dejé en claro en esta introducción parte de la historia que concluye en este texto, en el último apartado resumo las implicaciones que tuvo en mi propia vida y en mi condición de hombre investigar sobre esta temática y escribir la tesis. No habrá mucha extensión en este ejercicio, pero con él busqué cerrar un producto que de ninguna manera puede desligarse de mi propia experiencia, de la forma como lo investigado, lo escrito, lo leído y lo escuchado, se articularon para expandir los límites de mi propia subjetividad y mi condición de género.

2. Sujetos del género, la constitución de sujetos a partir del dispositivo sexo/genérico

En todos los casos, el poder que en un principio aparece como externo, presionado sobre el sujeto, presionando al sujeto a la subordinación, asume una forma psíquica que constituye la identidad del sujeto.

Judith Butler, Mecanismos Psíquicos del Poder.

Traer a las letras y a las palabras la cuestión del sujeto es un ejercicio no sólo teórico, sino también histórico. Dicho de esta forma toda referencia al sujeto no debe entenderse como una constante, ya que, en la consolidación de esta categoría, pueden identificarse rupturas históricas y paradigmáticas con las cuales vienen anexas formas de entender la realidad y el conocimiento, que marcan transformaciones profundas en las maneras como se desarrollan las ciencias sociales. El sujeto, como producto histórico, trae consigo la idea de que para su comprensión no basta con una descripción de las características contenidas en su cuerpo, pues hace falta también reconocer en un trabajo de carácter hermenéutico, sobre cómo lo que es, llegó a serlo.

Emprender una empresa de exclusividad histórica sobre las diversas formas y cuestiones del sujeto, no es mi objetivo en este trabajo. Por esta razón, más que realizar un viaje hacia el pasado, que vaya develando uno a uno los diferentes momentos, lugares e ideas sobre el sujeto, partiré de un tiempo específico. Esta decisión del punto de partida tiene una intencionalidad y no es una elección arbitraria, responde a diferentes intereses y necesidades investigativas que enumeraré a continuación. En

primer lugar, los momentos y rupturas en la comprensión de la cuestión del sujeto han sido elegidos para dar cuenta de una posición ontológica y epistemológica que como investigador asumo en la realización de este trabajo. Por esto, el movimiento que pretendo dejar en claro es aquel que va de la consideración del sujeto como un ser autocontenido, como una entidad delimitada y sustraída de otras instancias ontológicas, a un ser más relacional, emergente en una matriz de correlaciones donde se incluyen variables como el poder, los discursos, el reconocimiento, entre otros.

Atendiendo a esto, partiré de una concepción moderna del sujeto, inaugurada en una tradición del pensamiento que, asumiendo un lugar común en las ciencias sociales, tiene uno de sus puntos de partida en los planteamientos de René Descartes. Por supuesto, este punto de desplazamiento implica también asumir una relación específica con aquello que denomina el significante realidad, así como una relación específica con el conocimiento. Soy consciente de ello y espero poder articular entonces a la reflexión sobre el sujeto, mis compromisos paradigmáticos.

La segunda razón por la que he decidido partir desde ese punto, es un efecto inevitable que tiene que ver con la concepción de sujeto, y que sustentará otro de los conceptos pilares de mis reflexiones. Me estoy refiriendo a una articulación entre la noción de sujeto y la comprensión del género como un dispositivo de biopoder. Con respecto a esto ya habrá más tiempo y espacio para desarrollar el argumento. No obstante, como lo que pretendo hacer es exponer las razones por las cuales he elegido un punto de partida, debo precisar que, para concebir el género como un dispositivo y un nodo de la matriz de emergencia del sujeto, requiero asumir al sujeto de una manera específica, pero sobre todo como un efecto y producto de un orden discursivo y unas relaciones de poder. Dicho de una manera más sintética, es para mí fundamental entender que no hay una reflexión posible sobre el género sin abordar la cuestión de la formación del sujeto. Al hablar del sujeto y del género estoy asumiendo una postura ontológica y epistemológica que es crítica, por un lado, de los universalismos abstractos, y por el otro, lo es por un objetivismo ingenuo que a mi juicio suprime la complejidad propia de la vida y la trama social, y en la especificidad de mi trabajo, la experiencia narrativa de la masculinidad.

2.1 Las posibilidades más allá del sujeto moderno

Al hablar de modernidad estoy haciendo referencia a un espacio socio temporal específico en el cual se delimitan unos principios que guían la mayoría de las actividades de la sociedad. De manera específica me refiero a aquellos que tienen que ver con las relaciones de producción, las políticas y las de conocimiento. Además, el uso de este tipo de categorías marca una línea temporal que indica un movimiento o un cambio, uno que obviamente no es abrupto pero que en términos analíticos permite resaltar los movimientos con mayor claridad, divisar lo socialmente aceptable y mirar también las prácticas que bien pudieran ser consideradas como marginales.

La modernidad es algo más que un momento determinado, es un espacio y tiempo social que se teje a partir de múltiples relaciones y de esta manera constituye un lugar en el cual se configura una forma de concebir y pensar a los sujetos. Su referencia y comentario es útil para entender las continuidades y discontinuidades a la hora de entender el género y temas más específicos como la masculinidad. Tomás Ibáñez (2001) describe la concepción de la modernidad tomando como referencia las posibilidades que se abrieron desde la innovación tecnológica y social a través de la imprenta. A su juicio, este descubrimiento cristaliza el proceso de la modernidad, ya que “La imprenta va a permitir el desarrollo de uno de los principales elementos constitutivos del discurso de la modernidad, a saber, la “ideología de la representación” (Ibáñez, 2001, p. 93).

Esta última se asienta en la convicción de que el conocimiento puede reflejar la realidad, es decir que puede ser un registro fiel de esta. Y anexa a su figura se sitúa un sujeto racional con la capacidad de abordar y conocer dicha realidad siempre y cuando acuda al método adecuado. Este sujeto se caracteriza por estar autocontenido, trazado por un límite que instaura la dicotomía sujeto/objeto y sobre todo por el ejercicio y el uso de la razón como motor del conocimiento y la búsqueda de la verdad, un fin que asentado en la objetividad del conocimiento no sería problematizado social y políticamente, ya que su rigurosidad sería garantía de asepsia ideológica.

Como antecedente hay una situación caracterizada como liberadora, una ruptura con la dependencia y el absolutismo de los discursos

teológicos que dominaron en Europa durante la Edad Media. Los dogmas se dejaron a un lado para que en su lugar se posicionara la razón como medio de avance y progreso social (Álvarez-Uría, 2001). En palabras de Emile Cioran (2014) cuando el hombre renuncia a todos los dogmas él mismo se convierte en su dogma. En tal contexto, estas palabras articulan el hecho de que una vez dejada la voluntad divina como explicación universal de la realidad, la acción se sitúa en los sujetos de la razón y en su voluntad para actuar. Al dominio de lo divino lo releva la génesis social situada en el individuo y su razón.

Bajo este paradigma de la modernidad, el sujeto es “autónomo y puede llegar a ser dueño de sí mismo, puede llegar a ser agente de su propia historia, y la conciencia puede llegar a ser transparente para sí misma” (Ibáñez, 2001, p. 95). Esto en otras palabras implica un sujeto total, con límites y fronteras bien trazadas, además de sólidas, entre lo que es y lo que son los otros; entre su “yo” y su contexto. Unas ideas que tienen unas hondas consecuencias para el ejercicio de las ciencias sociales que pueden concebirse como de este mundo, pues “sus raíces se encuentran en el intento, plenamente desarrollado desde el siglo XVI y que es parte inseparable de la construcción de nuestro mundo moderno” (Wallerstein, 2006). De allí que su práctica de conocimiento no pueda desligarse en principio de esta concepción y que la cuestión del sujeto también tenga que ver con la forma como nos planteamos un pensamiento sobre él.

Como práctica orientada a la búsqueda de conocimiento y verdad, la modernidad deja para la ciencia la tarea de descubrir “detrás de la complejidad aparente de los fenómenos, un Orden perfecto legislador de una máquina perfecta (el cosmos), hecha ella misma de microelementos (los átomos) diversamente reunidos en objetos y sistemas” (Morin, 1996, p. 30), en otros términos, la búsqueda de la sustancia sobre la que se organiza la existencia y el movimiento del mundo. La localización de los primeros principios que guían la vida y la naturaleza (Carvajal, 2007), de las verdades esenciales, del sustrato irreductible de conocimiento capaz de representar de manera lógica y matemática el orden y el movimiento del universo.

Esta idea y propuesta epistemológica incide de manera directa en la concepción que se construye del sujeto moderno. Por un lado, están las características ya citadas, pero en adición a estas, debo decir que la idea

de sujeto está construida bajo la consideración de una esencia inmutable, de un aislamiento de la existencia de un “yo” como entidad aislada y privada, como expresión directa e irrefutable de la individualidad de un sujeto, como totalidad cerrada y anterior a la historia. Una forma de entendimiento que como lo señala Kenneth Gergen (2016) tiene profundas raíces en el concepto de alma de las tradiciones judeocristianas, pero que fue continuada por la premisa de un yo psicológico y racional.

El sujeto se reúne en un universo autocontenido y delimitado por la razón. Este espacio comprende al “Yo” como el reflejo psicológico del sujeto (Zuluaga, 2014), y a su identidad, y a la expresión de esta como una operación que responde a su esencia, una constante que funciona como primer principio de su comportamiento y de su existencia. El sujeto se vuelve contenedor de una verdad, y en las prácticas de conocimiento científicas de la modernidad, todo saber sobre lo que signifique ser una persona aspirará a clausurar el sujeto en las enunciaciones que se produzcan. Dicho de otra forma, el conocimiento sobre este determinará la verdad de este, pero sobre todo lo ubicará en un contexto de pensamiento que lo captura en una esencia. Las consecuencias que esto tiene para entender los fenómenos relacionados con el género parecen obvias, pero aún así merecen ser mencionadas, porque bajo estas reglas del juego todo conocimiento de lo masculino y lo femenino implicaría decir una verdad que se sostiene en el tiempo y que es universal sobre lo que significa ubicarse en estas dos posturas identitarias. A un nivel político, abonaría los argumentos para establecer relaciones de dominación que se justifican bajo la idea de naturalidad y verdad.

Concebir un sujeto de esta manera, desde un mandato de verdad y universalidad, implica la exclusión de una discusión histórica y social. Si el sujeto es en sí mismo una totalidad ya acabada, la historia, los contextos y los otros, no tendrían ninguna influencia. El sujeto se posiciona como anterior a la historia y como una constante universal. Esto no está exento de varias dificultades, muchas de ellas señaladas por posturas teóricas diferentes, y algunas subalternas, como las propuestas decoloniales. En esta línea de sentido, Aníbal Quijano (2000) hace una crítica directa a las teorías sociales, tanto a las liberales como a las estructural-funcionalistas, entre ellas la marxista. Su juicio apunta a mostrar precisamente cómo el sujeto es entendido por fuera de la historia ocultando que existen relaciones de poder que son históricas y

que dan como resultado su formación. Esto permite además denunciar cómo una visión del sujeto, amparada en las ventajas políticas y epistemológicas de la Europa colonial-moderna, generó que su medida fuera el hombre europeo, blanco e ilustrado (Castro-Gómez, 2010).

En este sentido, lo diferente, aquello que se apartaba de los ideales del sujeto moderno, no tenía cabida en los valores universales que dicha modernidad había establecido. Se genera una jerarquía entre aquellos que eran sujetos en toda regla y los que no, teniendo como punto de referencia una particularidad que se hacía universal. No obstante, esta visión, lejos de estar garantizada en el tiempo, ha sido debatida en el campo mismo de la modernidad, ya que esta, como espacio y tiempo social, alberga un sinnúmero de relaciones y tensiones que abren las puertas para visiones alternativas a la idea moderna.

Una de tantas es la ya mencionada postura decolonial. Siguiendo los planteamientos de Santiago Castro-Gómez (2010, 2019) esta corriente teórica señala la simultaneidad que hay entre la modernidad europea y la colonialidad. Llama la atención sobre el vínculo entre ambas y cómo estas se retroalimentan entre sí, de tal forma que no se pueden pensar de manera diferenciada. Por ejemplo, la idea del hombre europeo, blanco e ilustrado no es posible sin los otros que complementan la red de diferencias donde este sujeto es plenamente diferenciado (Castro-Gómez, 2019). Expresándolo con otras palabras podría decirse que la idea del sujeto moderno, y su constitución, instituyen una serie de exterioridades que fundamentan su existencia y la hacen discernible. Si se piensa en clave de género, toda identidad y expresión como masculina o femenina no lo sería por sí misma sino en su relación con lo otro. Lo masculino requeriría de una exterioridad que fundamente y cierre sus límites, que favorezca el ejercicio de diferenciación entre el ser o no ser hombre.

Este tipo de planteamientos proponen una visión ampliada del sujeto, ya no delimitada sino puesta en contexto, desde una perspectiva relacional que hace pensar no en un ser delimitado, sino como una red de elementos interdependientes que se constituyen a sí mismos de diferentes maneras. A partir de la crítica del sujeto moderno es posible ampliar la visión y articular a ella el elemento histórico y político que se había silenciado. Se reconoce que el sujeto responde más a un proceso en donde se dan relaciones de fuerza y articulaciones lingüísticas, y que,

en todo caso, más que un ser autocontenido es uno con relación a una estructura de diferencias y equivalencias que lo constituyen. Esto implica una reformulación de la categoría del sujeto que Ernesto Laclau y Chantal Mouffe resumen de esta forma:

Esta crítica ha tomado básicamente tres formas: la crítica a una concepción del sujeto que hace de él un agente racional y transparente a sí mismo; la crítica a la supuesta unidad y homogeneidad entre el conjunto de sus posiciones, y la crítica a la concepción que ve en él el origen y fundamento de las relaciones sociales (el problema de la constitutividad en sentido estricto) (Laclau & Mouffe, 2010, p. 155).

En primer lugar, está el cuestionamiento a la razón y la transparencia. Se insta una sospecha y se resalta que hay algo que se oculta a estos sujetos, un elemento propio de su constitución que se disemina a lo largo de la historia y se cubre bajo un manto de naturalidad. Esto implica pensar algo que constituye al sujeto, pero no está totalmente integrado en su racionalidad y que para el caso del sujeto moderno representa en gran medida un rechazo a la idea de interdependencia (Butler, 2018a; Pié Balaguer, 2019). La segunda crítica que plantean estos cuestionamientos, tiene que ver con la totalización del sujeto y la coherencia que se espera bajo esta. En su lugar se sitúan las continuidades y discontinuidades que determinan el devenir del sujeto, además de su variabilidad en las relaciones de poder. Finalmente, la tercera crítica nos ubica en la tensión agente-estructura, haciendo especial énfasis en la ruptura de una agencia libre y totalmente voluntaria, resaltando la determinación del sujeto a estructuras más allá de él (Apodaka & Villareal, 2015).

Estas críticas son articuladas por los autores desde una perspectiva lingüística que toma distancia de la idea del sujeto como una sustancia. Sus propuestas, al igual que las de los pensadores de las posturas decoloniales, ponen sobre la mesa “argumentos para abandonar la idea de un núcleo único y acabado de la identidad, que guía el sentido de la acción colectiva” (Flórez, 2015b, pp. 70-71). Al poner en duda tanto la transparencia del sujeto hacia sí mismo, como el hecho de que no es el punto de origen de las relaciones sociales, se abre un campo para una comprensión más indeterminada del sujeto, una que no intenta

ocultar las costuras que lo conforman y tampoco las clausura del todo. Deja abierta la posibilidad de ruptura, se asienta en una porosidad de la identidad que abandona su esencia para asumirse como un devenir en un contexto socio-histórico y discursivo (Iñiguez, 2001).

Esta posibilidad más allá de la modernidad concibe al sujeto siempre en el lugar que ocupa con referencia a los otros de los cuales toma sentido. Rompe con la totalidad y la autonomía de este, ya que tan solo serán posibles fijaciones parciales y precarias que “no pueden ser pensadas con independencia del sistema de relaciones diferenciales del que forman parte” (Castro-Gómez, 2019, p. 66). De allí que la expresión *posiciones de sujeto* tome sentido para referirse al sujeto, en su concepción se resalta el vínculo y la locación de los individuos con relación a las estructuras en las cuales se deviene como sujeto.

2.2 Del sujeto a las posiciones de sujeto

Como lo señala Juliana Flórez (2015b) la crítica al sujeto moderno no implica una renuncia del concepto de sujeto, pero sí requiere precisiones y formas de entender que suponen pensar de una forma no esencialista. Esto implica un movimiento que posiciona el concepto de Subjetividad como aquel que cierra la brecha entre una posición netamente moderna y una que rechace la experiencia y persistencia de los sujetos en su ser.

Quizás uno de los primeros desplazamientos que debemos hacer es el de la idea de sociedad como un todo ya estructurado y contenedor de las relaciones sociales. Sin este movimiento se corre el riesgo de continuar atrapados en determinadas identidades fuera de la historia que se conciben como constantes universales, tal y como ocurre con ciertas posiciones marxistas que reducen los antagonismos sociales a posiciones de clase. Se demanda entonces una complejización de lo social si se quiere pensar al sujeto de otra forma. Esto implica pasar de la sociedad como una positividad a una articulación en la cual “No existiría un espacio saturado que podamos concebir como una “sociedad”, ya que lo social carecería de esencia” (Laclau & Mouffe, 2010, p. 132).

La sociedad no debería concebirse como un espacio instaurado una sola vez y para siempre. En su lugar, como articulación, implica pensar un proceso de asociación y ensamblaje constante, una acción que con-

solida un orden determinado que es finito en la medida en que las condiciones que determinan su articulación pueden ser diferentes y tener en consecuencia otros productos. Esto no elimina el antagonismo de las posturas marxistas, pero sí la expande en la medida en que un orden social particular, que en otros términos sería un proceso articulador específico, no está garantizado en el tiempo, ya que dada la complejidad de este, siempre existirán elementos que no logran ser organizados y que representan en sí mismos la negación del orden dominante, permitiendo pensar en otras posibilidades que expanden las fronteras de lo hegemónico. Se constituyen como una externalidad necesaria para este y al mismo tiempo amenaza su continuidad. Adicional a esto, este antagonismo es visto desde la variedad de posiciones que existen, las diferentes formas como la existencia se experimenta y que van más allá de las determinaciones económicas de la clase. Para Ernesto Laclau (1995) el asunto se ve reflejado en la proliferación de luchas particulares que se distancian de las reivindicaciones de clase que exigen procesos de articulación complejos en los cuales estas variedades no se anulan, pero tampoco se mantienen estables.

En otros términos, un orden social sería un intento de captura y totalización de la sociedad. Más que un hecho concreto, es un estado actual de articulación que engloba las diferencias y las equivalencias en una postura específica y en constante tensión. De esta situación surgirá una estructura en la que los diferentes elementos pasan a ser momentos articulados bajo cierta hegemonía y toman una posición diferencial con relación a los otros (Laclau & Mouffe, 2010). Esta captura es precaria en sí misma, ya que toda posición está sobredeterminada a la relación que tiene con las demás, su significado no se agota en una universalidad, sino que está presente en una temporalidad y espacio específico, susceptible de transformaciones y tensiones. De esta condición se insinúa su apertura al cambio, se constituye una resistencia, o la posibilidad de esta. Para que esto sea posible, el proceso de articulación debe ser entendido también como una tensión y disputa de fuerzas, una relación de poder dinámica que promete la inestabilidad de lo establecido.

Esta perspectiva es deudora de la idea de poder de Michel Foucault, quien se aleja de definiciones que apuntan a entenderlo como soberanía, una forma de ley específica o como la unidad de dominación de un grupo sobre otro. En su lugar entiende el poder como:

La multiplicidad de las relaciones de fuerza inmanentes y propias del campo en el que se ejercen, y que son constitutivas de su organización; el juego que por medio de luchas y enfrentamientos incesantes la transforma, la refuerza, las invierte; los apoyos que dichas relaciones de fuerza encuentran las unas en las otras, de modo que formen cadena o sistema, o, al contrario, los desniveles, las contradicciones que aíslan a unas de otras, las estrategias, por último, que las tornan efectivas, y cuyo dibujo general o cristalización institucional toma forma en los aparatos estatales, en la formulación de la ley, en las hegemonías sociales (Foucault, 1977, p. 87).

Una perspectiva del poder como la citada, tiene la virtud de ser dinámica y reunir una serie de acciones que determinan momentos de hegemonía, institucionales y normativos en los que un orden se posiciona como principal. No obstante, en el campo social, al ser inmanentes las relaciones de fuerzas se mantienen y abren la posibilidad a nuevas articulaciones, actualizan constantemente la tensión entre formas posibles y no posibles de vincular lo social. Es desde esa concepción que encuentro un vínculo entre la idea de sociedad como articulación de Laclau y Mouffe y la concepción de poder de Foucault, ya que estas orientaciones evitan totalizar la sociedad desde posturas que la sustraen de un análisis histórico y la llevan hacia una reflexión estática que señala elementos como entidades aisladas.

En su lugar, plantean un presente de no clausura donde pueden emerger otras formas de gestionar dichas relaciones, y que como producto de esto, se establezcan cambios entre continuidades y discontinuidades históricas. Más allá de la idea de estructuras estables, estas se entienden como contingencias de un proceso histórico, cultural y político que alberga en sí la posibilidad de movilidad y articulación. Se las entiende desde su dinámica, en la promesa de variabilidad, en su dilatación y contracción futura, en el juego constante de las relaciones de poder y las acciones de articulación.

Visto de esta forma, la reflexión da espacio a una representación diferente para entender a los sujetos, puesto que la imposibilidad de fijar lo social repercute también en la concepción que tenemos de estos. Ya lo habíamos anticipado, la idea que va más allá del sujeto moderno es la de uno relacional en articulación con los otros, y a la luz de estas

reflexiones un sujeto no clausurado en los dos sentidos de la palabra: como entidad cerrada y menos como terminada. Pero esto requiere otros matices y precisiones, pues hay que decir que si lo social no está fijado de una vez y para siempre, su sentido, es decir el lugar y el significado que ocupe en un tiempo y un espacio, estará sujeto a una variabilidad que debe leerse histórica y contextualmente. Este significado no está determinado de manera definitiva, e insistir en esta idea es importante porque brinda la movilidad para pensar los cambios y transformaciones que se dan en la sociedad y para entender que “la dinámica de fuerzas genera siempre nuevos pliegues y nuevas combinatorias diferentes de sus elementos” (Castro-Gómez, 2019, p. 65), y es en estas novedades, en las cuales aquello que no logra completar un ejercicio articulatorio, surge como posibilidad.

¿Cómo entender al sujeto relacional bajo esta idea de sociedad? La primera precaución que se debe tomar antes de continuar, alerta sobre la reificación de las divisiones que se pretenden superar. Judith Butler (2007) ha situado la crítica en lo que denomina la metafísica de la sustancia, la certeza de que existe un “Yo” anterior a la historia, a los desarrollos culturales e incluso a los procesos articulatorios que asume de manera voluntaria su lugar y posición en la sociedad. En su lugar tenemos a un sujeto que es producto de una subjetivación, es decir de un proceso que configura la experiencia de sí, su identidad e incluso su psicología (Flórez, 2015b). Un sujeto que no es anterior a la historia, sino que es producto de esta, que adquiere su significado a partir de las acciones articulatorias que se desarrollan en un orden social determinado. De forma puntual el sujeto está determinado por las condiciones sociales que lo hacen posible (García-Borés, 2011).

Todo sujeto, de la mano de este razonamiento, es una *posición de sujeto* en la medida que adquiere sentido, y sus condiciones de posibilidad, se desarrollan en la práctica articulatoria. El sujeto es un en-cadenamiento posicionado en la estructura discursiva¹ que determina

1 Para Ernesto Laclau y Chantal Mouffé una estructura discursiva es el resultado de toda práctica articulatoria que “establece una relación tal entre elementos, que la identidad de éstos resulta modificada como resultado de

un orden social. En esta medida ser sujeto no es una entidad aislada, sino que su existencia se halla siempre en relación con el otro, cómo se posicione con este y su significado siempre estará sobredeterminado por los demás elementos con los cuales entra en relación. De allí que sea imposible pensar una identidad esencial o una identidad separada de otras, pues en el proceso articulador esta posición se constituye de diversas formas.

Como posición de sujeto la identidad no es la expresión de una esencia inmutable de un individuo, más bien “Los individuos llegan a ocupar el lugar del sujeto (el sujeto emerge simultáneamente como “lugar”) y adquieren inteligibilidad sólo en tanto que están, por así decirlo, previamente establecidos en el lenguaje” (Butler, 2017, pp. 21-22). La posición de sujeto da cuenta de una articulación en una cadena de diferencias donde este elemento identitario adquiere el sentido que tiene. Ser sujeto implica posicionarse de una manera en esta estructura discursiva y ejercer un doble proceso de producción, pues a la vez que se afirma a sí mismo en una identidad, al mismo tiempo afirma el contexto donde esta tiene pleno sentido (Laclau, 1995). Esta comprensión implica reconocer que no se es, sino que se deviene como tal, que su formación es la historia misma que lleva abarcar determinada posición, que sus condiciones de existencia están marcadas por su pertenencia a un orden discursivo en el cual se instauran los marcos de legibilidad que hacen posible pensar la existencia con relación a los otros, reconocerse

esa práctica” (Laclau & Mouffe, 2010, pp. 142-143). A partir de allí buscan explicar el carácter lingüístico de toda identidad y orden social, como una serie de posiciones diferenciales, entre las cuales el significado está atado a la relación que tiene con otros. En su trabajo los autores se acercan a la idea de “regularidad en la dispersión” de Foucault, con lo que expresan que todo significado es parcial y determinado por la articulación que en un momento puntual se le dé a la diversidad de elementos. El sujeto es posición de sujeto en tanto cualquier referencia que haga de sí, sólo es posible en la estructura discursiva. Más adelante, algunas posturas posestructuralistas como la de Judith Butler, expandirán esta idea, resaltando también el encadenamiento discursivo para entender al sujeto, pero haciendo referencia también al papel e importancia de pensar el exterior de la estructura discursiva como un elemento constitutivo.

en una categoría social y con una acción específica en este contexto, una que a su vez está limitada y posibilitada por él.

A diferencia de la perspectiva moderna, que da por sentada la existencia del sujeto y su expresión en un “Yo” que se manifiesta desde la razón, concebir a todo sujeto como posición de sujeto debe ir acompañado de una reflexión sobre cómo llega a ser tal. Los asuntos de subjetivación, entendidos como “procesos mediante los cuales los sujetos devienen tales, o bien los individuos asumen posiciones de sujeto” (Sabsay, 2012), adquieren relevancia no sólo en la medida que dan luces sobre la formación, sino también sobre aquellas situaciones de indeterminación que dan cabida para pensar el cambio, el desplazamiento, los pliegues y las articulaciones entre estas posiciones de sujeto.

Este marco conceptual es de especial interés para mi investigación porque aporta los elementos para pensar la masculinidad como una posición de sujeto y no una esencia inmutable, pero tampoco como un mandato cultural incuestionable. En esta medida la pregunta sobre qué significa ser hombre no puede responderse de manera total porque dicha posición está en relación con diversas posiciones en la matriz de inteligibilidad, entre ellas la clase, la nacionalidad y la orientación sexual, entre otras. Adicional a esta visión, permite pensar la masculinidad más allá de que sea un manual en el cual los varones se encuentran encasillados sin ninguna salida. Por el contrario, esta masculinidad se ve plegada en su combinación con otras posiciones de sujeto, con otros sujetos y situaciones que son las que motivan el interés de mi trabajo. Abre la posibilidad a comprender cómo los sujetos que se reconocen desde la masculinidad no reproducen en su totalidad un patrón negativo y patriarcal, y cómo asumen esta no reproducción como una acción política.

Pero para llegar a ese punto quiero responder otras preguntas. Siguiendo el hilo de la reflexión teórica de este capítulo dedicaré un espacio a ampliar la cuestión sobre la formación del sujeto, y de allí me serviré de manera central del pensamiento de Judith Butler. Esta reflexión me servirá, finalmente, de puente para dejar en claro la forma en cómo entiendo el género en esta investigación. Describiré entonces cómo el género es una categoría polisémica en los mismos estudios de género, cuyo significado no está unificado y cómo, ante esta situación,

asumo y argumento en compañía de varias autoras, una lectura desde el concepto de dispositivo.

2.3 Hacerse sujetos, la paradoja de la subjetivación en Judith Butler

Al renunciar a la idea de un sujeto universal, poniendo en su lugar la concepción de este como un devenir, son muchos los interrogantes que se abren y que exigen una respuesta. En primer lugar, debo resaltar que en la escena de la crítica al sujeto moderno hay una tensión inherente que se mueve entre concebir al sujeto libre, en una expresión individual y con potencia de acción, a una posición mucho más nihilista donde esta libertad se ve sometida a estructuras que lo exceden. Esta es una tensión que no atañe solo a una comprensión desde las ciencias sociales, sino que, como lo ha expresado Zygmunt Bauman (2006), el dilema se reedita en la situación antropológica de verse volcado a la libertad individual, pero al mismo tiempo tener la necesidad de pertenecer a una comunidad.

Lo crucial en dicha tensión es que se ponen en juego una teoría y una posibilidad del cambio. Se establecen las líneas de fuga que convertirían una situación problemática en una acción orientada hacia la transformación y aquí son muchas y diversas las posturas. Por citar un ejemplo, Alain Touraine (2000) previendo un peligro en los posicionamientos posmodernos que apelan por un fraccionamiento del sujeto, retoma lo que para él es sin duda uno de los logros de la modernidad: la ruptura con la idea de un orden supremo, trascendental, que gobierna el destino de los sujetos. Con esto resalta el papel de la potencia transformadora del sujeto, lo postula como “la voluntad de un individuo de actuar y ser reconocido como actor” (Touraine, 2000, p. 267), pero al mismo tiempo llama la atención sobre cómo este “yo” debe ser concebido en una continuidad con otros factores como el contextual. De forma resumida, rescata al sujeto como fuente de acción transformadora, de lo que supone un uso de sus cualidades y atributos como tal, pero reconociendo que dicha acción está enmarcada en procesos de pertenencias sociales.

Otra postura en este sentido es la conceptualización que hace Edgar Morin (1994) de sujeto. Para el autor francés, hoy es posible hablar de la autonomía de manera científica y al margen de las posturas mecanicistas. No obstante, este ejercicio debe hacerse con un matiz complejo que entiende la acción en términos de grados de libertad y no absoluta. Con esto se plantea que el sujeto como sistema abierto no está determinado de forma última, pero su constitución está al tiempo determinada por aquellos otros sistemas con los cuales se relaciona. Su autonomía es compleja y relativa, pero existe como parte del proceso de auto organización. Adicional a esto y como un factor importante, Morin llama la atención sobre la necesidad de pensar el sujeto en el lenguaje de una cultura particular, ya que:

Cuando hablo, al mismo tiempo que yo hablamos “nosotros”; nosotros, la comunidad calidad de la que formamos parte. Pero no hay solamente el “nosotros”; en el “yo hablo” también está el “se habla”. Se habla, algo anónimo algo que es la colectividad fría. En cada “yo” humano hay algo del “nosotros” y del “se”. Pues el yo no es puro y no está solo ni es único. Sino existiera el “se”, el yo no podría hablar (Morin, 1994, p. 83).

Traigo a colación estas dos posturas por dos razones: la primera de ellas por identificar como tendencia el negarse a renunciar a la categoría de sujeto como potencia de acción y transformación, y en segundo lugar, porque las posturas de Touraine y Morin son esfuerzos por conceptualizar dicha potencia, pero no desde un positivismo extremo que centre todo el protagonismo en el sujeto. A mi juicio, esta es una postura que se asienta en las críticas de la concepción moderna sin perder la posibilidad de establecer al sujeto como fuente de acción política. Pero en este esfuerzo es fácil caer en una reontologización de la universalización si asumimos el devenir del sujeto exclusivamente en un marco discursivo y lingüístico, que para autoras como Leticia Sabsay (2012), es precisamente el pecado de ciertas posturas constructivistas extremas, ya que a su juicio, estas tienden a posicionar al sujeto en un horizonte de conciencia y razón que desconoce aquello que puede estar por fuera del discurso y de manera más precisa aquello que es arrojado afuera como exterioridad de tales discursos.

Esta crítica y precaución la incorporo en mi ejercicio de disertación teórica y la retomo para establecer las preguntas que me llevan a encon-

trar un vínculo con la teoría de Judith Butler. Por un lado, cuando Alain Touraine plantea al sujeto como la voluntad de un individuo por ser reconocido como actor, este reconocimiento nos pone en relación con el otro que reconoce, y en tal sentido, ¿tiene algún precio e implica esto que mi condición de sujeto siempre tendrá un factor de subordinación? Y teniendo en cuenta el “se habla” al que hace alusión Morin, que puede ser leído como un registro histórico y antropológico de la referencia que tiene de sí un sujeto posicionado en una estructura cultural determinada, ¿implica ese “se habla” una coexistencia entre los elementos que me determinan y me constriñen, y la potencia y autonomía que tengo para actuar?, y ¿hay algo más allá del “se habla”, de los límites y las barreras del lenguaje?

Estos cuestionamientos abren un terreno donde la paradoja germina y en el cual la tentación de superarla puede inducir a asumir estas posiciones que reontologizan al sujeto en la razón, que de hecho reducen su acción a una reflexión de logos sobre el cual se asienta una identidad (Tirado & Domènech, 2009). Del otro lado, se ubicarían posturas que desestiman la categoría de sujeto, desarticulando cualquier posibilidad para ejercer un cambio y una transformación política que emerja de su acción. Para mis objetivos en este trabajo, implican pensar que la masculinidad bien puede ser un elemento de libre elección, una cubierta que se pone sobre un sujeto que en un ejercicio más afinado de la razón puede prescindir de ella, dejarla a un lado y asumir otras posiciones de género²; o bien tomar partido por una postura que simplemente se conforme con la crítica y asuma un fatalismo que considera la masculinidad como una estructura cultural rígida y aislada de la acción de los sujetos.

- 2 Al respecto de estas posturas que conciben al género como una práctica más de la gestión de sí mismo y de la identidad, Antar Martínez (2015) hace una reflexión sobre cómo las nuevas categorías sexuales son articuladas bajo un paradigma neoliberal del rendimiento y el control. Este tipo de concepciones conciben al género dependiente sólo de la agencia individual, invisibilizando las relaciones de fuerza y poder que hacen parte de su conformación y reduciendo el discurso de las disidencias sexuales a una articulación comercial y de consumo de identidades. Leticia Sabsay (2012) es muy crítica con esta tendencia al señalar que a pesar del quiebre del “giro posmoderno” la figura del individuo liberal parece seguir viva cuando se adoptan estas posturas voluntaristas.

La lectura que hace Judith Butler (2018b) pretende asumir de manera productiva esta paradoja resaltando, como lo hace en la introducción de su libro *Cuerpos que importan: Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*, que la cuestión no es renunciar al sujeto sino interesarse por las condiciones de su formación. Es decir, que más allá de hacer una categorización de lo que es un sujeto, como podemos verlo en los casos ya citados, prestar atención a su formación arroja claves no sólo sobre su comprensión, sino sobre las articulaciones y acciones posibles para pensar una teoría de cambio.

Continuando con tal perspectiva, y retomando la idea de la paradoja, partiré de la postura que no la rechaza, sino que la ubica como núcleo comprensivo en su formación. En su propuesta para entender cómo se forma el sujeto, Judith Butler (2017) propone asumir una posición crítica frente al sometimiento como la base explicativa del mismo. En este sentido, su propuesta se pregunta por la conciencia que este tiene de sí mismo, y recurre a explicaciones que toman en cuenta el análisis de la melancolía en Freud, la idea de la Interpelación de Althusser, la mala conciencia de Nietzsche y la dialéctica del amo y el esclavo de Hegel. La filósofa llama la atención sobre el vínculo apasionado que existe con el otro en la necesidad de reconocimiento existencial y en esta medida como fuente que garantiza la persistencia de la vida. En términos concretos, su arquitectura conceptual despierta el interés sobre cómo un vínculo necesario para la vida fundamenta una primera subordinación en la figura de este parentesco apasionado que explota a su vez dicha condición (Butler, 2017).

Más allá de una lectura nihilista o negativa de esta situación, Judith Butler propone una revisión crítica de este sometimiento teniendo en cuenta las siguientes precisiones:

- (1) Una descripción del modo como el poder regulador mantiene a los sujetos en la subordinación produciendo y explotando sus requerimientos de continuidad, visibilidad y localización; (2) el reconocimiento de que el sujeto producido como algo continuo, visible y localizado se halla sin embargo habitado por un residuo inasimilable, una melancolía que marca los límites de la subjetivación; (3) una descripción de la iterabilidad del sujeto que muestre que la potencia bien podría consistir en oponerse a las condiciones sociales que lo engendran y transformarlas (Butler, 2017, p. 40).

Esta propuesta parte de la idea de que el sujeto emerge como tal en la conciencia que tiene de sí mismo. Pero esta, más que una cualidad intrínseca en sí, es el producto de un poder, de un sometimiento y de un orden social que configura los marcos de inteligibilidad donde un sujeto es posible, un cuerpo que importa, una vida que merece ser llorada (Butler, 2006, 2010, 2018b, 2018a). La constitución del sujeto está determinada por la formación de esta conciencia que se vincula con las normas que constituyen la inteligibilidad social. En este proceso operan cortes y forclusiones que delimitan lo vivible y lo no vivible, o dicho de otra forma, toda identidad se establece con base en exclusiones constitutivas que ubican algunos cuerpos en el lugar de lo no admisible, con lo que amenaza la estabilidad social.

Para esto la filósofa hace uso de la propuesta y comprensión que tiene Michel Foucault del poder, especialmente de su concepción productora. Retoma la idea de que la norma no sólo se refiere a un sujeto, sino que lo constituye apoyándose, entre otras, en las ideas de Vigilar y Castigar en donde Foucault (1990b) retoma el análisis del cuerpo articulado a su concepto de biopolítica, como una forma de producción de sujetos a partir de la intervención de los cuerpos en diferentes y dispersos dispositivos, institucionales, culturales y jurídicos, entre otros.

Es así como Butler plantea que el sujeto no es un objeto del poder, sino que es efecto y garantía de este. Es decir, nos constituimos como sujetos en el campo de fuerzas en donde se desarrollan estas relaciones. Pero también es importante resaltar que su concepción del poder no está alineada con aquellas visiones que lo ubican como una externalidad, sino que, deudora de Foucault en este sentido, se entiende como un campo de fuerzas, como algo que se ejerce desde las prácticas y acciones que a diario se ejecutan sobre sí. Al respecto recuerda que:

A juicio de Foucault, la moral es inventiva, requiere capacidad de invención e incluso, como consideraremos más adelante, tiene un costo. Sin embargo, el “yo” engendrado por ella no es concebido como una agencia psíquica que se reprende así misma. Desde el inicio constituyen un reto, si no una pregunta abierta, la relación del yo asuma consigo mismo, su modo de forjarse en respuesta a un mandato, su manera de construirse y el trabajo que realice sobre sí mismo (Butler, 2009, p. 32).

La norma es vista como una acción, un acto que acompaña la cotidianidad de los sujetos que a partir de ella se forjan en su mandato. Habilita a los sujetos en la acción a partir de un marco normativo que no es del todo de ellos, pero del cual logran generar los procesos de reconocimiento de sí y de los demás. El poder de la norma para producir el marco de reconocimiento en donde el sujeto emerge con consciencia de sí mismo y de los otros, no es un acto soberano, directamente localizable o encarnado en una única figura. Más bien, y siguiendo los planteamientos foucaultianos, “El poder desempeña “un papel directamente productivo”; “viene de abajo”; es multidireccional; opera de arriba hacia abajo y de atrás hacia adelante” (Dreyfus & Rabinow, 2001, p. 216), y se haya disperso en diferentes prácticas cotidianas que representan su materialidad.

La paradoja de la formación del sujeto propuesta por Butler propone que es la acción y la conciencia de sí, esa posibilidad de agencia, que en las definiciones de Touraine y Morin representan la conservación de la posibilidad de un cambio y compromiso político a partir de la categoría de sujeto, de su capacidad de razón, está desde un inicio determinada por un marco normativo que es social, y en todo caso no es una singularidad de los individuos. El sujeto, como posibilidad de transformación, como fuente de la acción es de por sí una renuncia o un sometimiento que se hace desde un inicio, es el producto de ese vínculo pasional. Dicho de forma más concreta, el poder que somete es el que genera al sujeto, no es una externalidad a él.

Me gustaría puntualizar sobre dos elementos que hacen parte de toda esta trama conceptual y teórica. El primero es que la perspectiva de la formación del sujeto transita los obstáculos que una idea moderna tenía de este, al concebirlo como ser autocontenido y transparente, ya que como intenté demostrar anteriormente, para Butler todo sujeto es en sí una renuncia, un proceso de exclusión y sometimiento, que está en algún sentido desposeído pues las condiciones de su formación no son plenamente suyas y singulares, por lo que siempre hay algo a él mismo que se le hace opaco. En segundo lugar, se encuentra la visión que no cae en un nihilismo ya que como efecto de este sometimiento la acción del sujeto queda instaurada y es en ella en donde se fundamenta la materialidad del poder. Este hecho deja abierta la posibilidad de un cambio en las normas a partir de la crítica y conciencia instituida en el sujeto, un ejercicio que, de acuerdo con Butler (2009, 2018b), implica

cuestionar al mismo sujeto, a su formación, y poner en entredicho la transformación de los marcos normativos y de reconocimiento en donde aquellos arrojados a la exterioridad pueden ser tenidos en cuenta y representen posibilidades existenciales para el sujeto y la sociedad.

2.4 De sujetos en género. El género como dispositivo

Llegado a este punto quisiera sintetizar esta disertación sobre la teoría del sujeto que asumo en mi trabajo, en relación con la cuestión específica del género como una categoría que representa diversas opciones analíticas y de ocupación en las ciencias sociales. Más que una descripción pedagógica de cada una de las posturas o formas como se puede abordar el concepto, me interesa presentar una versión sobre él, que se acople a la perspectiva que he expuesto anteriormente. En este sentido mi meta es llegar a ubicarme en una comprensión del género como un dispositivo en el cual se den las condiciones para la formación de ciertas posiciones de sujeto, y bajo esa perspectiva no sea simplemente un conjunto determinado de rasgos y características.

El trabajo de hacer una lectura del género como dispositivo de poder ha sido detallado de manera precisa en las contribuciones de Patricia Amigot y Margot Pujal (2009), donde, por medio de los desarrollos teóricos de Judith Butler, y de las observaciones y expansiones que esta hace de los análisis de Foucault, entienden que la perspectiva del dispositivo permite hacer un uso no reificador de esencialismos en la categoría, y aporta “gran potencialidad analítica a partir de la heterogeneidad de situaciones y procesos de dominación de las mujeres, asumiendo que las identidades, de mujeres y varones, y las relaciones entre individuos están producidas y reguladas sociohistóricamente” (Amigot & Pujal, 2009, p. 120).

Esta perspectiva retoma las reflexiones que ya he expuesto y reconoce al género como una normativa que establece los marcos de inteligibilidad en los que cada individuo se reconoce como un ser generizado (Butler, 2006). De esta forma la categoría no se entiende como un conjunto de rasgos distintivos que se construyen culturalmente en torno a una división sexual natural. De hecho, según lo describe Judith

Butler (2007) en *El Género en Disputa. El Feminismo y la Subversión de la Identidad*, la idea de un sexo anterior al discurso es una de las formas como se ha diseminado la normativa de género, estableciendo en esta dicotomía, que es perfectamente cuestionable con la emergencia de otros cuerpos, una naturalización de la estructura dicotómica y binaria.

El género no sería entonces algo que uno tiene, una suerte de adición a un sujeto ya existente antes de su género, y tampoco es algo que uno es, pues como lo expuse antes, el ser como una identidad y unidad de un “yo” nunca es algo particular y autónomo, sino que emerge en el marco de una normativa específica. En su lugar, uno se hace sujeto en un género, asume una posición en esta estructura normativa, y de manera más esquemática, en un dispositivo sexo-genérico que dispone los elementos heterogéneos del campo social en una determinada cadena y articulación. El género es un dispositivo formador de sujetos, una forma como el sometimiento que antes describía como generador, se materializa de manera compleja y heterogénea.

Para aclarar y reforzar este argumento considero importante una revisión del concepto mismo de dispositivo. Giorgio Agamben (2011) rescata en un artículo las características de este concepto según como fue utilizado por Foucault en las últimas etapas de su producción intelectual. Más allá de la lectura que él realiza sobre la sociedad actual, su trabajo ubica al dispositivo como un conjunto heterogéneo que “incluye virtualmente cada cosa, sea discursiva o no: discursos, instituciones, edificios, leyes, medidas policíacas, proposiciones filosóficas. El dispositivo en sí mismo, es la red que se tiende entre estos elementos” (Agamben, 2011, p. 250). Una de sus particularidades es que, en su encuentro, frente a frente, con lo que él denomina sustancia (los seres vivos), surge el sujeto. Algo que dicho de otra manera tiene relación directa con lo que he venido argumentando sobre la emergencia del sujeto y sus condiciones de formación, ya que en su conceptualización el sujeto es un producto y no una esencia previa al encuentro cuerpo a cuerpo con el dispositivo.

Un dispositivo reúne en sí mismo diferentes elementos. De allí que una lectura del género desde esta perspectiva trascienda una lista específica de características en una sociedad determinada y encadene una analítica de discursos, prácticas, instituciones y artefactos que cotidianamente reproducen la normativa del género y establecen la escena de interpelación en donde los sujetos en su fase productiva actúan en rela-

ción con un mandato específico. Como red de elementos heterogéneos, un dispositivo habla de las relaciones entre instituciones, prácticas, discursos, formas de gobierno que generan y regulan los sujetos (Martínez, 2014). No se concibe como una unidad delimitada, sino que se debe seguir su rastro y su actuación a partir de diferentes dispersiones e instancias que incluyen la cotidianidad de los sujetos.

Pensar esta conceptualización en términos de la categoría género, requiere hacer una vuelta de tuerca, o más que eso, de lo que tradicionalmente se conoce o se define como tal. Quizás una de las formas más comunes de entenderlo es haciendo alusión al término como categoría analítica que da cuenta de las construcciones sociales que se tienen sobre varones y mujeres (Ferrer, 2017; García & Nava, 2016). Pero desde una lectura del género, más que una serie de construcciones, hace alusión al entramado de elementos heterogéneos que constituyen posiciones generizadas de sujetos. Más que un grupo de ideaciones simbólicas sobre un binarismo biológico, el género como un dispositivo constituye toda una red móvil en la cual se encuentran elementos institucionales, imaginarios y filosóficos. Al mismo tiempo comprende prácticas, ritos y formas de llevar el cuerpo. Esta heterogeneidad confluye en torno a la producción de un sujeto que se posiciona como masculino o femenino, y estabiliza las condiciones de esta identificación en un movimiento que naturaliza las diferencias, al tiempo que constituye unas relaciones de poder específicas (Amigot & Pujal, 2009; Butler, 2007; Lamas, 2014).

Un movimiento teórico de este nivel con relación a una categoría que con el tiempo ha venido asentándose en la generalidad de las ciencias sociales, permite, entre muchas cosas, reconocer que no hay un sujeto previo al género al cual se pueda apelar, sino que es el género mismo una condición de la producción de los sujetos. Adicional a esto, si aceptamos las caracterizaciones de lo que se entiende por dispositivo, el género no es simplemente algo que se adhiere a un cuerpo, sino que es tanto interiorizado como exteriorizado. Tiene una incidencia en la forma como los sujetos establecen una conciencia de sí, pero de la misma manera es un proceso constante que se asienta en factores que exceden a la corporalidad biológica y se instala en instituciones que interpelan a las personas a decir y definir su identidad de género, se instala en artefactos que adquieren un valor de uso en función de la reafirmación de dicha unidad identitaria.

Además de esto, pero no menos importante, el género como dispositivo retoma la idea de uso práctico en la estructuración, reproducción y mantenimiento de las relaciones de poder, como lo describió Foucault. Con su análisis no sólo viene una diferenciación categorial sobre las diferencias que se establecen entre hombres y mujeres, sino que se movilizan formas de dominio, que en el caso de la masculinidad como lo desarrollaré más adelante, han sido ubicadas en el lugar del control, dominación y exaltación a expensas de lo femenino y lo feminizado.

Otra de las posibilidades de esta perspectiva es entender que en el análisis del género la acción del sujeto cuenta. No es simplemente una imposición externa que le constriñe de una vez y por todas, sino que el dispositivo, como productor y regulador de los sujetos (Martínez, 2017), se ve expuesto continuamente en la cita que se hace de él de manera persistente y ritual. Para Butler (2007) esta es una de las características de la performatividad del género cuando retoma la idea de Derrida de que la autoridad de la norma no está en sí misma, sino en la cita constante que se hace de ella. Los sujetos reafirman esta normativa a partir del uso diario, sistemático y ritual de diferentes prácticas y situaciones en donde se les interpela en un género y donde se reafirman como tal. De hecho, retomando la idea de la paradoja de la formación del sujeto, posicionarse en un género es una de las formas en cómo los sujetos habilitan su acción como tal.

Esta lectura del género como dispositivo de poder reúne las condiciones conceptuales y analíticas para articularlo con con la idea de formación de sujetos que desarrollé antes. Para dejar claro este asunto enumeraré las características que considero las más relevantes. Lo primero es puntualizar que la concepción del dispositivo como red heterogénea de elementos que consolidan la formación de sujetos generizados en las relaciones de poder, saber y dominación es compatible con la propuesta de la sociedad como negatividad y articulación descrita por Chantal Mouffe y Ernesto Laclau (2010). El dispositivo constituye así un recurso analítico para rastrear discursos, ideologías, prácticas e instituciones, entre otros elementos, que se organizan en un orden social específico y en una determinada ubicación sociohistórica. El dispositivo abarca en sí, de manera analítica, la formación de trayectorias, nodos y conexiones sobre los cuales se erigen los marcos normativos en los que frente a frente con el individuo, se garantiza la formación de sujetos.

El género es una forma de devenir sujeto y no es sólo un conjunto de características que se aplica sobre una existencia previa. Tal determinación está en consonancia con la propuesta de Judith Butler, y en términos teóricos orienta una reflexión compleja y crítica sobre las identidades de género, ya que comprender una acción política orientada a la transformación de las relaciones de dominación e inequidad inherentes, debe partir de la constitución paradójica de la subjetividad. Debería reconocer el hecho de que la afirmación identitaria o incluso la crítica a un orden social determinado, es al mismo tiempo una crítica a las formas de ser sujeto y requerirá comprender aquellos elementos excluidos y relegados a las fronteras de los marcos de inteligibilidad que serán tenidos en cuenta como fugas, alternativas y resistencias.

En segundo lugar, es importante resaltar que el devenir sujeto en un género es una forma de materialización del poder a partir de diversos discursos y narrativas de los sujetos, también en sus cuerpos y en sus prácticas. Esto implica que el dispositivo de género está operando constantemente a partir de la acción misma de los sujetos en un ejercicio rutinario y repetitivo (Butler, 2007, 2018b). Pero esta reiteración, esta articulación, no es total, siempre es parcial y precaria y con base en las exclusiones que opera constituye las líneas de fuga, de dilatación y transformación. La posibilidad que esto abre con respecto al género centra la atención sobre las porosidades, sobre estos elementos que no logran articularse en la hegemonía, pero que de manera paradójica son asumidas en la acción del sujeto a partir de la conciencia que dicho orden produce. El efecto paradójico de la subjetivación surge entonces como comprensión de la formación del sujeto, pero también como herramienta analítica para articular la acción política.

Finalmente, una comprensión del género que agrupa la concepción de formación del sujeto y al género como dispositivo de poder, genera puertos de entrada y salida para que las relaciones de género sean pensadas en articulación con otras relaciones de poder y dominación que también intervienen en la formación del sujeto. Esta conexión puede ser comprendida bajo la propuesta de la interseccionalidad o bajo la idea de que una categoría social no está aislada de su relación con otras, tales como la raza, la clase y la nacionalidad, entre otras (Ordaz & Jiménez, 2015; Viveros, 2016). Si el sujeto es efecto de diversas relaciones de poder, dimensiones como el género no operan en exclusividad y

aislamiento. Deben entonces analizarse las trayectorias que conectan con otras situaciones sociales, con otras relaciones. Este ejercicio, más que una suma de opresiones, debería trazar una ruta que vislumbre los factores comunes que favorecen la articulación y la interseccionalidad, y comprender las dinámicas y los dispositivos que constituyen a los sujetos y a las relaciones de dominación e inequidad.

Esta relación ha sido ilustrada en trabajos como los de Gayle Rubin (2013) quien muestra el vínculo entre una estructura de género y la organización política y social de una comunidad; también en los aportes de Ángela Davis (2016) en relación con la cuestión de las mujeres y la raza en la abolición de la esclavitud y la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos; y en los aportes de los feminismos decoloniales como los de Rita Segato (Segato, 2010, 2016, 2018), María Lugones (2008) y Liliana Suárez y Rosalba Hernández (2008), quienes han señalado los vínculos entre una estructura de género patriarcal y los procesos de colonialidad experimentados por países y comunidades ubicadas en el sur global.

He esbozado hasta este punto la concepción de sujeto que asumo en mi trabajo y su relación con la cuestión del género. Este marco conceptual será una pieza clave y estructural para los análisis que presento más adelante en relación con los discursos y las narrativas de los hombres participantes de la investigación. Esta postura por un lado ofrece las herramientas analíticas para afrontar esta producción y justifica metodológicamente las narrativas como un método de recolección y análisis de la información, toda vez que es en ellas en donde se movilizan los elementos heterogéneos que dan cuenta del sujeto y aportan claves para la comprensión de su formación (Bruner, 2009). Comprender al género como un dispositivo permite la exploración de los discursos que lo conforman. En este mismo sentido, los participantes de la investigación al ser no sólo formados por dichos discursos, sino también al hacer uso de estos, ofrecen los elementos analíticos para rastrear las articulaciones en las cuales devienen sujetos en relación a una idea determinada de masculinidad. Su narrativa, además de ser una expresión y recuento de su vida y experiencia, es también una acción que traza líneas en la reorganización, resistencias y creación de nuevos sentidos de lo masculino y el género. Daré paso así a un análisis de la cuestión de la masculinidad en las ciencias sociales y a desarrollar algunos elementos teóricos importantes para el proceso de análisis posterior.

3. El llamado a las masculinidades

The crisis facing men is not the crisis of masculinity, it is the crisis of patriarchal masculinity. Until we make this distinction clear, men will continue to fear that any critique of patriarchy represents a threat.

Bell hooks, *The Will to Change*.

La masculinidad como un objeto de indagación por parte de las ciencias sociales y como objetivo de un ejercicio crítico tiene una historia que se cuenta en un pasado relativamente reciente. Si bien, como afirma Michael Kimmel (2008), se podría sostener que los hombres como objeto de conocimiento tienen la misma edad que el ejercicio de conocer, ya que desde un inicio éstos se han centrado en la figura de lo masculino. Cuando se habla del estudio de género de las masculinidades se sienta un posicionamiento que se preocupa por entender este ejercicio de indagación en un marco teórico y político propiciado por diferentes rupturas estructurales en los órdenes sociales dominantes y en los aportes teóricos del feminismo, teniendo como foco los procesos sociales de construcción identitarios y las relaciones de poder inherentes a este (Núñez Noriega, 2016).

Michael Kimmel (2005) en sus ensayos sobre la historia de los hombres en Estados Unidos y Reino Unido ubica temporalmente las situaciones que vuelcan la mirada sobre los hombres en los inicios del siglo XIX con las evoluciones industriales que sufren las economías dominantes del mundo y la transformación del trabajo en un ejercicio rutinario y dependiente; también en las subsecuentes transformaciones de la paternidad y las relaciones entre hombres y mujeres. A su juicio, este escenario histórico, movilizado en ocasiones por los desarrollos teóricos del feminismo, brinda un marco para entender lo que denomina la crisis de las masculinidades, que es entendida como una ruptura con

las ideas e identidades tradicionales de los hombres y su posición social, en relación con la transformación que las identidades e ideas de lo femenino.

Este hecho, más que una nota al pie de las transformaciones que el feminismo en sí mismo tenía y tiene para las mujeres, representa un verdadero reto y un punto de partida para que la masculinidad sea llamada al escenario de la reflexión, investigación y crítica social (Moreno & Gómez, 2013; Vela & Yes, 2014). (Spanish. Además de esta incitación teórica, diferentes respuestas se han desarrollado con respecto a estos cambios, muchas de ellas en busca de sostener estructuras dominantes y patriarcales, pero otras que alineadas a los aportes y cambios del feminismo deciden emprender acciones que modifiquen el *statu quo* y propendan de manera intencional por una transformación de las estructuras inequitativas de género.

La descripción de Kimmel, si bien no puede ser universalizada, sí ofrece elementos claves para entender cómo las masculinidades devienen en un objeto de estudio y reflexión, teniendo como un elemento central la presencia, tensiones y desestabilizaciones de las certezas que trajo el desarrollo de los movimientos y las teorías feministas. En esta misma línea, Elizabeth Badinter (1994) llama la atención sobre cómo el cuestionamiento de los roles femeninos tiene un efecto en la identidad masculina. El argumento sobre el que reposa su afirmación asume la masculinidad y la femineidad como dos significantes relacionados entre sí y sobredeterminados uno con el otro. Es así como el movimiento político y existencial de las mujeres agrietó las bases sobre las cuales se asentaba el reconocimiento de lo masculino y abrió el camino para tensiones y respuestas a este proceso que en ocasiones son reaccionarios y en otras representan una oportunidad de cambio³.

3 Michael Kimmel (2005) caracteriza las repuestas a la crisis de la masculinidad en 3. En primer lugar, están aquellas en contra del feminismo y que buscan el retorno a un dominio plenamente masculinista. Estos grupos se asientan en argumentos biologicistas, religiosos y conservadores con los cuales pretenden sostener la idea de que la equidad y la igualdad de género es un acto antinatural. Una segunda respuesta serían grupos que, si bien no establecen una crítica, ni asumen una oposición directa, con el feminismo; si perpetúan

Elizabeth Gómez Etayo (2014) plantea este proceso a partir de tres momentos. El primero toma la reflexión sobre la construcción social del género y asume a la masculinidad como un producto social. Este paso, fundamental para establecer una teoría del cambio, centraría la atención sobre los aspectos sociales, políticos y culturales en los cuales surge la identidad masculina. Como resultado de esto se consolida una serie de caracterizaciones que develan cómo en relación con lo masculino se han asociado y naturalizado cualidades que denotan la actividad, la fuerza, la razón y el control del espacio público (Arisó & Mérida, 2010; hooks, 2004; Moreno & Gómez, 2013).

El segundo momento puede representarse con los aportes de teóricos y teóricas que desarrollaron más este campo a partir de sus investigaciones, entre los que se destaca R.W. Connell. El paso que dan con respecto al campo semántico anterior, tiene que ver con ir de lo singular a lo plural en el significante masculinidad. Este tipo de estudios reconoce la existencia de múltiples formas de masculinidad que se producen según los diversos momentos, relaciones y contextos que viven los hombres. Tales posturas complejizan el análisis al reconocer las relaciones de dominación entre hombres y mujeres, pero también las que existen en un nivel intragénero, entre aquellos hombres que están más cerca de las formas tradicionales y hegemónicas, y los que por no representar cabalmente este ideal, confluyen en masculinidades oprimidas o subalternas (Fleiz et al., 2008; Rios, 2015; Tomasini, 2010). La idea en su forma más condensada es que la pluralidad aplica a la masculinidad, y que, en lugar de hablar de un hombre universal, hay que comprender la complejidad materializada en diversas formas de asumir lo masculino.

ciertos esencialismos al asegurar que existe un problema en la igualdad fundada en el excesivo poder de las mujeres de la esfera privada y la educación de los hombres. Entre estos grupos se encuentra el movimiento Mito poético que asegura que la socialización de los varones debe estar a cargo de los hombres, para que de esta forma los hombres puedan desarrollar su potencial y esencia (Clatterbaugh, 1995). Finalmente estaría la respuesta de los hombres profeministas que ven en estas transformaciones una oportunidad para los hombres y para la consecución de una sociedad más equitativa y justa. En estos últimos se podrían categorizar los participantes de mi investigación.

El tercer momento, descrito por Elizabeth Gómez Etayo (2014), retoma las reflexiones anteriores para ampliar el campo de la discusión y de esta forma profundizar en las diferentes situaciones en las que los sujetos devienen como tal desde una identificación masculina, además que el reconocimiento de la pluralidad exige realizar miradas situadas en las que intervenga una visión articulada de las diversas posiciones de sujeto que los hombres asumen. Lo nuevo, o la complejidad introducida, remite no sólo a la caracterización de lo que es un hombre, sino a la descripción de los contextos y las relaciones en las que un hombre deviene como tal, en donde la masculinidad es una posición de sujeto en un encadenamiento y articulación de elementos particular.

Todo este contexto teórico ha implicado que a partir de los años setenta hasta el día de hoy se hayan desarrollado diversas investigaciones que tienen como foco de atención las masculinidades. Estos esfuerzos se ha caracterizado por dos elementos centrales que pasaré a describir. En primer lugar, se encuentra la expansión de los campos empíricos de análisis, aquellas situaciones de la masculinidad que son investigadas y donde un enfoque de género es aplicado. El segundo elemento es el teórico, una serie de materiales analíticos que permiten entender la formación de la masculinidad y el papel que tiene en un contexto social específico.

3.1 Trabajar con las masculinidades. Campos de desarrollo e interpelaciones políticas a los varones

El camino que ha seguido la cuestión de las masculinidades para alcanzar la centralidad académica y política que tiene hoy día, ha sido posible gracias a la movilización de diferentes acciones, instituciones y prácticas que han consolidado un campo de estudio más o menos sólido. En el contexto latinoamericano estos procesos van desde la creciente producción de trabajos académicos en los pregrados y posgrados de la región, pasando por la realización de coloquios y congresos que

ahondan en la temática⁴; hasta la emergencia de diferentes campañas y acciones políticas que buscan involucrar a los varones en la superación de problemáticas como la violencia contra la mujer⁵ (Fernández, 2016; Guzmán, 2014).

La proliferación de este tipo de acciones ha traído consigo una variedad de producciones académicas, que lejos de centrarse en un campo de relacionamiento específico, han abordado una variedad de situaciones en las que los hombres se han visto involucrados y en las que las formas como devienen sujetos masculinos representan algunas dificultades. Michael Kimmel, Jeff Hearn y R.W. Connell (2005), conscientes de esta problemática editaron en la fecha referenciada un Manual de Estudios sobre hombres y masculinidades. Este trabajo resalta, por un lado, la variedad de campos que se han abierto, pero adicionalmente, hace énfasis cómo cada uno de estos estudios está relacionado con un desarrollo de acciones políticas civiles y gubernamentales, que además de producir conocimiento solicitan un cambio y compromiso por parte de los hombres.

- 4 Para 2019, en Costa Rica se realizó el VII Coloquio Internacional de Estudios sobre hombres y masculinidades. Un evento que se realiza cada dos años y que es organizado por diferentes iniciativas regionales e internacionales interesadas en los estudios de género de masculinidades y comprometidas en la superación de las problemáticas de inequidad de género. Iniciativas como el Instituto WEM, MenEgaje Alliance hacen parte de la promoción y organización de este tipo de eventos en los cuales se discuten diversas investigaciones asociadas a los varones, sus problemas, sus alternativas y las acciones que se emprenden desde diferentes sectores para la superación de formas tradicionales y opresoras de la masculinidad.
- 5 La campaña Lazo Blanco (White Ribbon) surgió en 1991 en Canadá y de allí se ha ido extendiendo a lo largo del mundo. Tiene como propósito involucrar a hombres y chicos en la prevención de la violencia basada en género, promoviendo la equidad y la transformación de normas sociales - <https://www.whiteribbon.ca/>. En el contexto colombiano el Colectivo Hombres y Masculinidades ha trabajado en esta y otras iniciativas a partir de 1996. Sus acciones comprenden campañas, investigaciones y un número amplio de publicaciones en las que se detallan trabajos de sensibilización con diferentes colectivos - <http://colectivohombresymasculinidades.com/>

El resultado de esta reflexión demanda una invitación generalizada a involucrar la perspectiva de género de masculinidades para resolver las problemáticas asociadas a las inequidades existentes entre hombres y mujeres. Un llamado a escalar las reflexiones en el ámbito de las políticas públicas, retomando las que señalan que para superar cada una de las situaciones problemáticas que la estructura jerárquica de género produce, no bastará con la lucha comprometida de las mujeres si la otra parte de la población no se involucra con un cambio significativo y si no la incluimos en el diseño de programas de intervención y políticas públicas (Aguayo et al., 2011; Carabí & Segarra, 2000; Hernández, 2014).

La discusión feminista siempre está presente en el trasfondo de estas situaciones. El proyecto de una transformación de las subjetividades masculinas viene acompañado de la certeza que hay sobre la necesidad de desestabilizar estas identidades, y está fundamentado en el principio teórico de que el Yo no es una sustancia acabada, integral y autocontenida (Carabí & Armengol, 2015), de allí que el cambio epistemológico que desarrollan e introducen los feminismos en las ciencias sociales, tenga tanta importancia para pensar una transformación social.

El trabajo con las masculinidades, entendido como el interés que hay sobre las formas y relaciones sociales que implican la asunción de una subjetividad masculina, pero también el involucramiento de los varones en un ejercicio de transformación social es, según la exposición que he llevado hasta aquí, el resultado de un cuestionamiento identitario que se orienta hacia una transformación cultural y política. Dicho de otra forma, un interrogante por lo masculino no es un simple ejercicio cognitivo de revelación, de reconocimiento y reafirmación, sino que viene directamente encadenado a una idea de cambio que abarca tanto aspectos individuales, como relacionales, culturales e ideológicos.

En este contexto la producción de conocimiento y la creación de programas de intervención responden a necesidades muy variadas. Una de estas dimensiones tiene que ver con la relación que tienen los hombres consigo mismos. Basados en la idea de que la masculinidad tradicional interpela a los varones a ciertas actitudes y valores relacionados con la fuerza y la potencia, algunos trabajos han puesto de manifiesto

el malestar y el dolor que esto puede generar específicamente en escenarios donde dicha potencia se ve cuestionada por problemas de salud, rupturas amorosas, pérdidas laborales o relaciones con otros hombres que los ponen en situaciones de inferioridad (Fleiz et al., 2008; Javaid, 2015; Tomasini, 2010). El mensaje que transmiten este tipo de producciones pone en evidencia cómo la masculinidad es en sí misma una normativa social que también genera huellas y sufrimientos en el cuerpo de los varones y en la forma como estos se reconocen en sus emociones y en el manejo de las mismas cuando las situaciones sociales ponen en duda la potencia que los interpela⁶.

Las consecuencias emocionales de la masculinidad adquieren importancia, pero paralelas a estas, también están las repercusiones materiales que involucran una relación con el propio cuerpo. En este caso las investigaciones y trabajos son claros en describir conductas de riesgo que amenazan la estabilidad física y las condiciones de salud de los varones, producto de diferentes conductas de riesgo que van desde una sexualidad sin prevención y protección, a un descuido o desinterés por los asuntos relacionados con la salud (Aguayo & Nascimento, 2016; del Campo & Moraga Rodríguez, 2015; Duany Navarro & Hernández Marín, 2012; Gómez et al., 2015; Ochoa-Marin & Vásquez-Salazar, 2012; Organización Panamericana de la Salud, 2019; Reny, 2020)2019; Reny, 2020. La asociación más recurrente es que entre la sexualidad, la salud y la masculinidad se ensamblan una serie de creencias, actitudes y prácticas basadas en la normativa hegemónica de lo que significa ser hombre, razón suficiente para que el comportamiento consigo mismos, con la vivencia de su sexualidad y el cuidado del propio cuerpo sean

6 Existe una lectura alternativa a este proceso. En vez de ser la masculinidad un proceso que genere situaciones de vulnerabilidad, esta posición de sujeto implica la negación y el escape de los sufrimientos inherentes a toda condición humana. Para Rita Segato (2018) el mandato de masculinidad es un proceso de huida a una falta constitutiva, una negación de la vulnerabilidad y dependencia; en sus palabras ser hombre, ante esta situación implica “escenificarse, dramatizarse, ante los otros, en completud” (Segato, 2018, p. 67). En este sentido lo masculino no es lo que genera huella, sino aquello que la oculta, que impide que esta sea asumida como condición existencial.

riesgosas y peligrosas para hombres y mujeres (Sabo, 2005). La ruta de acción que marca este tipo de conclusiones enfoca el trabajo con los hombres hacia el aprendizaje y la sensibilización con respecto a sus emociones (Ramos & Fokker, 2018), con su cuerpo, con los problemas de salud que pueden tener e incluso con un compromiso y racionalización en relación con la planificación familiar (Viveros, 2009).

El espacio privado, tan cercano como la relación con el cuerpo y las emociones y con la gestión de la sexualidad en las relaciones afectivas y familiares, tal y como ha sido abordado como foco de interés en estos trabajos, brinda las certezas para asentarse en la conclusión de que el trabajo con los hombres aborda aspectos que están relacionados con la vida cotidiana, con las prácticas que en el día a día los hombres ejecutan, pero que sin importar su simpleza, reflejan un ejercicio constante de hacerse hombres, de estar frente a frente al dispositivo y consolidar de forma material en su experiencia lo que la normativa interpela como masculino. La potencia performativa de esta situación es trasladada a la posibilidad del cambio y la resistencia, con el argumento sencillo pero directo que sostiene que en estos escenarios cotidianos es en donde hacerse hombre puede acarrear transformaciones y opciones hacia lo hegemónico.

Compatibles con estos trabajos centrados en la relación de los hombres consigo mismos, sus emociones, su cuerpo y su sexualidad, la relación entre masculinidad y violencia ha sido otro de los tópicos en los cuales se ha desarrollado una amplia gama de estudios e intervenciones. Como eje común, este tipo de análisis establece un vínculo entre la masculinidad dentro una normativa social de género y la interpelación de los sujetos por cumplirla y las relaciones de poder que se constituyen. El crimen como expresión de potencia y acción disruptiva adquiere un significado estructural como práctica que hace parte de la formación de sujetos masculinos (Messerschmidt, 2005). De manera más precavida, si bien no todos los crímenes se pueden explicar por un modelo de masculinidad hegemónica, la prevalencia de los hombres como mayores perpetradores de estas acciones lleva a pensar al género como una de las aristas a tener en cuenta para la comprensión de la problemática.

Este vínculo se hace más evidente cuando la tipificación de la violencia se acota en la categoría de la agresión basada en género y contra las mujeres. En este campo son muchos más los trabajos y estudios que sustentan como recurso explicativo la desigualdad entre hombres y mu-

jeros, la desvalorización de lo femenino y la organización social de las relaciones de poder en torno a un patriarcado como origen de la violencia y la expresión de una masculinidad hegemónica (Arisó & Mérida, 2010; Mankayi, 2014; Osborne, 2009). La violencia tiene una base en las desigualdades de género, en los imaginarios que ponen a los hombres en la posición de dominación con relación a las mujeres. Estas formas de pensar y actuar son reconocidas como un reto muy actual, aún hoy cuando el feminismo como teoría ha ido adquiriendo mayores alcances. La razón de su persistencia está en la actualización que muchos de estos mitos tienen hoy por hoy en discursos más actuales, formas matizadas de sexismo que en el fondo reproducen el esencialismo que justifica y propicia las violencias (Bosch-Fiol & Ferrer-Pérez, 2012; Durán et al., 2014; Medina-Vicent & Vicente Pallarés-Domínguez, 2017).

Tales reflexiones buscan establecer líneas para el cambio de esta situación en la que se reconoce mucho trabajo por hacer, ya que, como quedó registrado en el informe de Desarrollo Humano de las Naciones Unidas, para el año 2019 sólo el 14% de las mujeres y el 10% de los hombres no tienen sesgos de género. Estos datos fueron obtenidos en un estudio realizado en 77 países que representan el 81% de la población mundial (PNUD, 2019). De allí que muchas de las acciones que se describen como posibilidad estén orientadas a realizar cambios articulados con un ejercicio pedagógico liberador que explore otras formas de ser hombre, más allá de la posición hegemónica (Ríos, 2015), intervenciones que buscan desmontar estos sesgos, mitos o perjuicios que sostienen una estructura jerarquizada y lesiva para los sujetos.

El vínculo directo entre inequidad de género, masculinidad y violencia basada en géneros hace que el trabajo tanto investigativo como la intervención encuentren profesionales, hombres y mujeres, encaminados a indagar e investigar sobre las formas como es abordada la problemática, cómo los hombres son involucrados en estos procesos, o si por el contrario, existe una ausencia de esta perspectiva, para así establecer acciones que generen líneas de fuga a las formas de sexismo que explican la violencia contra las mujeres y las violencias basadas en género (Ariza-Sosa et al., 2015; Ferrer-Pérez & Bosch-Fiol, 2016; Hernández, 2010; I. M. Jiménez et al., 2015; Vela & Yes, 2014).

En esta misma línea, pero desde otro enfoque, el trabajo con los hombres también se ha preguntado por aquellos que no representan el modelo hegemónico y cuya posición nos puede permitir encontrar presentes y futuras soluciones para un cambio en el estado actual. Este enfoque es el que asumo en mi trabajo, donde la pregunta está centrada por aquellos hombres que de diversas maneras se separan de los modelos tradicionales de la masculinidad. Trabajos de este tipo llaman la atención pues se detienen a pensar en las situaciones de vulneración, y cómo el haber experimentado maltrato en la infancia, genera posibilidades para que los hombres decidan tomar un camino alternativo al que experimentaron, explorando en sus narrativas de vida las distancias e identificaciones negativas que hacen los modelos tradicionales de la masculinidad (Schöngut, 2014). Estas indagaciones también preguntan por cómo el experimentar alguna vulneración o discriminación étnica y sexual puede abrir paso para una comprensión de las desigualdades de género, permitiendo mayor empatía y conexión de los hombres con las discriminaciones y violencias que sufren las mujeres cuando estas provienen de una lectura inequitativa en relación con una identidad específica (Peretz, 2017).

La relación entre masculinidad y violencia, tanto en una lectura criminalista, como en articulación con el fenómeno de la violencia basada en género y contra las mujeres, es un factor fundamental y de amplio desarrollo. La presencia de actitudes y prácticas sexistas en los casos de violencia registrados permiten estrechar aún más esta relación (Quiroz & Duque, 2009). Se trata de una afirmación no menor, ya que cierra la distancia que genera una lectura de los hombres que violentan como un tipo de sujetos diferentes, fácilmente aislables y diferenciables del resto. Por el contrario, al reforzar la relación entre masculinidad como una forma de pensar y actuar en los contextos más cotidianos, y la violencia como una expresión y afirmación de dicha identificación, la línea de frontera se difumina planteando la violencia como un componente cotidiano del ser hombre, oculta en formas de agresión directas o indirectas, pero sobre todo que deja de lado la diferenciación entre ángeles y demonios (Bosch-Fiol et al., 2006; Gómez-Etayo, 2011, 2014; M. L. Jiménez & Guzmán, 2015).

Las descripciones que he hecho hasta aquí sobre diferentes trabajos con las masculinidades dejan ver un campo amplio de indagación. Aspectos como la salud, la sexualidad, las emociones y de manera muy protagónica las inequidades y violencias basadas en género, demuestran por un lado la proliferación de intereses y trabajos con relación a la masculinidad, y sobre todo como este ejercicio es entendido como paso primordial para el establecimiento de cambios significativos. El protagonismo que los estudios de género de las masculinidades han ido adquiriendo son una señal clara de la forma compleja como es entendida hoy la masculinidad, que más allá de una caracterización única y cerrada, comprende diversas relaciones en las que lo masculino no es un atributo *a priori* de los varones, sino que responde a un proceso social en donde ser hombre implica una constante que puede tener repercusiones negativas para éstos.

En el fondo de estos trabajos se trasluce un desarrollo teórico amplio que se ha interesado por entender el papel de la masculinidad en nuestra sociedad y cómo es que ha llegado a considerarse de esta forma. Este ejercicio, que en un inicio tuvo una exclusividad en la categoría de género, hoy por hoy se ve expandido en una interacción más compleja con otras categorías analíticas y aborda las relaciones de poder ancladas a las del género y a las retroalimentaciones que existen entre estas. Con el fin de ahondar más en este asunto, y de sentar una postura teórica a la hora de entender la masculinidad, daré espacio a un comentario sobre la teoría de las masculinidades de R.W. Connell teniendo como apoyos tanto lo ya descrito de la obra de Butler, como los aportes de Rita Segato.

3.2 La Estructura del género y la masculinidad hegemónica en R.W. Connell

En el primer capítulo de este trabajo describí una lectura del género como dispositivo, como una red heterogénea de elementos, discursivos, institucionales y prácticas, entre otros, que condicionan las normativas

sociales en las cuales devenimos como sujetos. Había advertido que esta perspectiva encuentra una alternativa a la paradoja de la subjetivación que no sea huir, sino afrontarla como marco analítico para la comprensión del devenir sujetos y la acción política de estos. La arquitectura conceptual que brinda este posicionamiento teórico establece también los parámetros para hacer una lectura de la masculinidad, o de las masculinidades, entendiendo la categoría como efecto y como elemento articulado en el dispositivo de poder.

Así, al abordar la cuestión de lo masculino no será suficiente con una descripción de las características que en determinado momento tienen los hombres, tampoco con la simple afirmación de que estas categorías son elementos activos que se asientan sobre un cuerpo vacío. En su lugar, la perspectiva analítica que asumo se preocupa por entender el surgimiento de los sujetos sobre estas normativas como una tensión paradójica, como lo señalé en el primer capítulo, y por otro lado entender el valor instrumental de este dispositivo en el escenario social, es decir en qué dimensiones y de qué forma organiza y dispone de las relaciones y prácticas de los hombres. Este último es precisamente el objetivo que persigo en este apartado, toda vez que ya he señalado cómo la masculinidad ha sido visibilizada y problematizada en el seno las ciencias sociales.

La cuestión de la masculinidad, contando con las precisiones anteriores, y los modelos teóricos que intentan explicarla no es un asunto que pueda abordarse de manera homogénea. Son muchas las posiciones y afirmaciones teóricas que se ofertan y que entran, en muchos casos, en disputa. Asumir una postura determinada implica, en este sentido, alinear aquellas propuestas de lo masculino con el paradigma del sujeto que se comparte. Dicho de otra forma, y como manifestación de responsabilidad por las posturas que voy a describir, una teoría sobre la masculinidad y las masculinidades no está desligada de la forma como se comprende la categoría de sujeto y los procesos de subjetivación.

El camino que he elegido para sentar mi posición comprensiva de la cuestión masculina tiene, en consonancia con lo señalado, una relación estrecha con la concepción de sujeto que he asumido. Es esta razón la

que me ha llevado a inclinarme por las posturas teóricas de R.W. Connell como un punto de partida para entender la masculinidad. Uno de los principales aportes de su planteamiento tiene que ver con la manera como aborda al género. En sus palabras, este es “una de las formas en las que se ordena la práctica social. En los procesos de género, la conducta cotidiana se organiza en relación con un ámbito reproductivo, definido por las estructuras corporales y los procesos de reproducción humano” (Connell, 2003, p. 109).

Se destaca en esta definición, aunque el autor de manera intencionada no se ubica desde allí, la lectura performativa del género. Las menciones a las prácticas cotidianas dejan de manera implícita el género como una constante, como un acto o como práctica presente que se hace manifiesta a partir de una estructura corporal determinada. No es un acto fundacional que ocurre en un momento determinado de una vez y para siempre, sino que se hace presente y adquiere su poder en las acciones del día a día. Al no ser un acto fundacional, sino un conjunto de prácticas organizadas en torno a un ideal de género que se efectúan a diario, esta postura teórica conserva una relación con la afirmación de que “dichos actos, gestos y realizaciones -por lo general interpretados- son *performativos* en el sentido de que la esencia o la identidad que pretenden afirmar, son *invenciones* fabricadas y preservadas mediante signos corpóreos y otros medios discursivos” (Butler, 2007, p. 235).

Consideraciones así concuerdan con la síntesis de que el género no es algo que uno es, o que uno tiene, sino algo que uno hace y que lo hace a uno. En otros términos el género es una normativa que no está por encima, ni por debajo del sujeto, sino que están a la par en una tensión constante que constriñe pero habilita también la acción política (Erma, 2009). Como normativa establece las condiciones de posibilidad para reconocerse en un género, pero la materialización en la acción cotidiana de los sujetos, a partir de estos actos repetitivos otorga valor y poder a la norma.

En este sentido, y tomando distancia de posturas que redundan en esencialismos sociales o biológicos, Connell (2003) considera el género como una *estructura de la práctica social*, una afirmación que se acerca a la lectura del mismo como dispositivo y que reúne la relación frente

a frente con el individuo en la producción de sujetos. Una dialéctica a la cual esta autora hace también referencia importante. Su propuesta de comprensión implica asumir la identidad masculina no como un elemento cristalizado, ni como impregnado en un cuerpo pasivo. En su lugar, es un proceso articulatorio y una actividad productiva, y más allá de ser algo externo, constituye los cuerpos que dice regularmente, convierte el cuerpo en el resultado de unas relaciones de poder. Así lo afirmaba Michel Foucault cuando refería que “en toda sociedad el cuerpo queda atrapado en el interior de poderes muy ceñidos que le imponen coacciones, interdicciones u obligaciones” (Foucault, 1990b, p. 159).

El género guía la acción de los sujetos, dispone en el caso de los hombres, de aquello que se espera de ellos y constriñe su cuerpo en el cumplimiento de este ideal regulatorio. Ahora bien, en esto la lectura de Connell (2003) se acerca al concepto de dispositivo, pues la centralidad en la regulación de las prácticas tiende a invisibilizar, o corre el riesgo de aislar del análisis otro tipo de elementos que están involucrados en la normativa y la producción de sujetos de género como las instituciones, los imaginarios, las ideologías, y los artefactos, entre otros. Este riesgo debe hacerse consciente para no caer en las posibles omisiones, pero aun así su modelo hace un acercamiento crítico a las masculinidades, detallando las dimensiones en las cuales opera el género.

Para Connell (2003) son tres dimensiones las que están involucradas en la estructura de género. Una de las ventajas de su descripción es una movilidad analítica sobre el problema, develando diferentes ámbitos en los cuales dichas prácticas son reguladas y puestas en ejecución. De esta forma la centralidad no se halla solo en un ámbito de las relaciones sociales, sino que toma en cuenta la simultaneidad que existe entre espacios privados y públicos. El género no es reducido a un simple aspecto, sea este intrapersonal, relacional o social. Por el contrario, esta movilidad hace una visión integrada de los diferentes niveles y establece los puntos de anclaje que llevarán a pensar la cuestión de la masculinidad con relación a otros paralelismos de poder, un aspecto importante que señalaba al final del primer capítulo, cuando en la lectura del género como dispositivo, llamaba la atención sobre su articulación con otros dispositivos que disponen y regulan las relaciones sociales. Pasaré a hacer un análisis de cada una de estas:

3.2.1 Dimensión de las relaciones de poder en la estructura de género

Con estas dimensiones la autora hace referencia a la subordinación existente en las mujeres por parte de los hombres en diferentes situaciones y espacios. Ejemplo de esto puede citarse la disparidad en la participación y representación política por parte de los hombres, las brechas salariales y también la relación inequitativa de sobrecarga para las mujeres en las actividades no remuneradas como el cuidado del hogar (Arisó & Mérida, 2010; Connell, 2003). Esta dimensión da cuenta de cada una de estas prácticas que se ejercen y reafirman una superioridad basada en las posiciones de género, implica considerar lo que Foucault (1990a) llamó tecnologías de dominación, es decir, todos aquellos métodos que producen relaciones de sumisión y subordinación, tales como leyes, medidas y estrategias de control y vigilancia, entre otras.

No obstante, con una consideración mucho más amplia de estas relaciones de poder, también hay que incluir en el análisis las llamadas Tecnologías del Yo, esas que:

Permiten a los individuos efectuar, por cuenta propia o con la ayuda de otros, cierto número de operaciones sobre su cuerpo y su alma, pensamientos, conducta, o cualquier forma de ser, obteniendo así una transformación de sí mismos con el fin de alcanzar cierto estado de felicidad (Foucault, 1990a, p. 48).

A partir de este tipo de tecnologías se configuran estas desiguales relaciones de poder. En función de las dos tecnologías se constituyen no sólo normas jurídicas, regulaciones, acciones de vigilancia y castigo, sino que a la par, se instituyen formas de autorregulación que van encaminadas a sostener las relaciones. En el nivel de las prácticas esto se acerca a la idea que describe Pierre Bourdieu (2000) con su concepto de Violencia Simbólica, con el cual pretende describir aquellas acciones, situaciones y creencias que permiten que un grupo subordinado asuma sin oponer resistencia y de manera “voluntaria” las condiciones de su sumisión. Pero quizás la cercanía teórica y conceptual con relación a estas dos tecnologías está en la explotación del vínculo pasional, que

para Judith Butler representa la condición de sumisión que otorga los marcos de nuestro propio reconocimiento y el de los otros.

En síntesis, la dimensión de las relaciones de poder describe las prácticas en relación con los otros, pero también consigo mismo que determinan su forma de dominación y subordinación. Esto brinda un marco de comprensión para pensar la gestión de la identidad masculina como una práctica constante que ejerce control y dominación sobre lo femenino, pero también permite centrar la mirada en cómo una gestión de la identidad a partir de la incorporación de ciertas prácticas, reafirma estas relaciones de poder en los sujetos que hacen una administración de sí. Dicho de otra forma, en este ejercicio de reconocerse como sujetos, y en la costumbre reiterada de actos, gestos y prácticas, los sujetos masculinos ejecutan acciones que favorecen su reconocimiento como tal, y de esta forma reafirman la estructura de dominación que naturaliza su supuesto dominio.

3.2.2 Dimensión de las relaciones de producción en la estructura de género

En esta dimensión Connell describe aquellas prácticas que designan y distribuyen las tareas con relación a los procesos productivos y de trabajo. Entrarían en el análisis aquellas formas de división sexual del trabajo, la forma como se constituyen ámbitos de producción y acumulación de riqueza de manera desigual, reservando la mayoría de los dividendos para los sujetos que ocupen las posiciones masculinas. Este punto ya genera una apertura importante y claramente intencionada para pensar el vínculo del género con otros dispositivos de poder. En este sentido Connell afirma que:

Una economía capitalista basada en los géneros es, necesariamente, un proceso de acumulación que también depende del género. Por lo tanto, el hecho de que sean los hombres, y no las mujeres, los que controlen las corporaciones más importantes y las grandes fortunas privadas no es ningún accidente estadístico, sino parte de la construcción social de la masculinidad (Connell, 2003, p. 113).

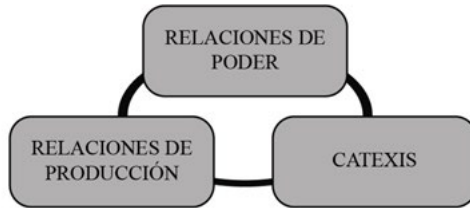
El vínculo entre cierta forma de entender la masculinidad y una organización global de los procesos económicos saca al género de cualquier comprensión aislada, llamando la atención sobre su conexión y articulación con otro tipo de relaciones, y establece una base subjetiva para la promoción de la acumulación. Es decir, en términos económicos, la riqueza y la acumulación de capital encuentra en una normativa y una subjetividad, la base para diseminarse como meta axiológica en un sistema económico determinado. Como ya lo había mencionado en el capítulo anterior, los términos género y economía se retroalimentan y sustentan el uno al otro, no se pueden pensar de manera aislada, como lo planteó Gayle Rubín (2013).

3.2.3 Dimensión de la catexis en la estructura de género

La tercera dimensión propuesta por Connell (2003) retoma el concepto de deseo de Freud, entendiéndolo como la energía emocional asignada a un objeto. Con esto busca describir cómo el deseo es organizado en la estructura de género normativizándolo. En este caso, las prácticas masculinas estarían determinadas por una forma particular de orientación sexual. La masculinidad demanda una coherencia de la identidad, de la posición del poder y del lugar que se tiene en la cadena productiva. También regula las prácticas íntimas, exigiendo una coherencia entre todo lo anterior y la forma de desear y expresar la sexualidad.

El llamado de unidad tiene un papel importante a la hora de estructurar las prácticas sociales. Al respecto Judith Butler afirma que “Los géneros “inteligibles” son los que de alguna manera instauran y mantienen relaciones de coherencia y continuidad entre sexo, género, práctica sexual y deseo” (Butler, 2007, p. 65). En este sentido, la heterosexualización del deseo implica la exigencia e instauración de oposiciones discretas y asimétricas entre lo femenino y lo masculino “entendidos estos conceptos como atributos que designan “hombre” y “mujer” (Butler, 2007, p. 65). En términos generales, el dispositivo de género, instaura prácticas relacionadas con la sexualidad que determinan las divisiones y normativas a alcanzar en una estructura binaria de género. Los hombres, con relación a esto, se verán interpelados a reconocerse en su masculinidad a partir de la puesta en práctica de dicha orientación sexual que se asume como natural.

Figura 1 Estructura de prácticas de género según R.W. Connell.



Estas son las tres dimensiones que propone Connell para entender el género y la organización social de la masculinidad. A partir de la relación entre las tres (relaciones de poder, relaciones de producción y catexis) la autora pone en ejecución un aparato conceptual para entender la cuestión masculina. Haciendo uso del concepto de hegemonía de Gramsci, introduce el de *Masculinidad Hegemónica* para definir la estructura de la práctica “que incorpora la respuesta aceptada en un momento específico, al problema de la legitimidad del patriarcado, lo que garantiza (o se considera que garantiza) la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres” (Connell, 2003, p. 117).

En detalle, la masculinidad hegemónica es aquella que tiene un papel dominante e impone sobre los demás grupos sociales una posición de mando. Esta forma de entender la cuestión masculina es más móvil y abarca no sólo a los representantes de dicha masculinidad sino también a los recursos culturales que son utilizados para sostener dicha hegemonía: representaciones, símbolos e íconos, entre otros, y aunque este ideal cultural hegemónico no necesariamente está encarnado en los hombres más poderosos, “la hegemonía sólo se establecerá si existe cierta correspondencia entre el ideal cultural y el poder institucional, colectivo sino es que individual” (Connell, 2003, p. 117).

La introducción de este concepto permite analizar la *Masculinidad Hegemónica* como un terreno en disputa, como una normativa que regula las relaciones sociales al ocupar una posición dominante, pero no como un rasgo universal de todos los varones. El complemento que incorpora Connell al concepto de masculinidad implica entenderlo como un ideal regulatorio que no se encarna en todos los sujetos y que tiene una prevalencia histórica y social determinada, puede cambiar y transformarse. Acercando estos conceptos a la lectura del género como dispositivo y la cuestión de la masculinidad, y con relación a las dimensiones de la estructura de género, la masculinidad hegemónica puede ser entendida como la articulación de elementos que dispone el reconocimiento de los individuos como sujetos masculinos en un tiempo y un espacio determinado.

Esta claridad conceptual además de prevenir el riesgo de universalización de lo masculino, incorpora al análisis a aquellos sujetos y situaciones que producen una tensión con lo hegemónico a partir de los elementos que han sido excluidos y devienen en resistencia. Adicionalmente, permite hacer una lectura de contexto, identificar los aspectos que determinan las relaciones de poder, de producción y la catexis en un determinado momento. Así, cuando en diferentes trabajos se hace referencia a lo masculino como fuerza, potencia, dominio del espacio público, uso de la violencia, heterosexualidad, entre otras, cada una de estas no debe entenderse como una esencia o una huella impresa sobre un cuerpo pasivo, sino como un ideal regulatorio, una normativa que dispone de la producción de sujetos. No obstante, como señalaba ya en el capítulo anterior, esta normativa presenta fallas, constituye al tiempo las condiciones de su resistencia en los elementos que excluye. Esto debería dirigir la mirada a lo que Connell nombró como **Masculinidades Subordinadas y/o Marginadas**, aquellas que no logran encarnar lo hegemónico que eventualmente pueden devenir en una acción política de cambio y resistencia.

de las intersecciones políticas y culturales en las que constantemente se produce y se mantiene” (Butler, 2007, p. 46).

El concepto más cercano a esta idea es el de interseccionalidad (Hill Collins & Bilge, 2016), a través de él se ha llamado la atención sobre la necesidad de incorporar en el análisis de los temas de género la articulación de otras categorías analíticas como la clase, la etnia, la raza y la nacionalidad, entre otras (Ordaz & Jiménez, 2015). No obstante, esta adición no debe hacerse desde una lógica sumatoria, sino desde un enfoque analítico complejo que comprenda la producción y emergencia de subjetividades a partir de la confluencia heterogénea de diversas relaciones sociales. En el terreno de los feminismos, los decoloniales tienen puntos de interés y encuentro con esta perspectiva, al igual que ocurre con las posturas posestructuralistas. El interés de complejización del sujeto analítico-político a través de la visibilización de diversas formas de opresión requiere entender también cómo los significantes mujer y hombre se relacionan con las demás categorías sociales (Suárez & Hernández, 2008).

Angela Davis (2016) retrata la necesidad de la complejización de este análisis con el caso de las mujeres negras esclavas en Estados Unidos, partiendo del hecho de que en el contexto norteamericano, el desarrollo del capitalismo industrial fortaleció la división entre el trabajo y el hogar y puso a las mujeres en el espacio minorizado de la casa. Es sabido que las mujeres blancas estadounidenses feministas buscaban que este no fuera su destino natural y se les permitiera ser parte de la fuerza productiva, de esta forma uno de los núcleos básicos de la lucha feminista se configuró en torno a la denuncia de la clausura de lo femenino al espacio privado. No obstante, este tipo de análisis no puede ser aplicado de manera prístina en el caso de las mujeres negras esclavizadas, ya que era precisamente el hogar donde encontraban un espacio de humanidad y agencia. La agudeza de su análisis deja clara la necesidad de comprender el género en su relación con otras formas de relacionamiento social, en su caso el asunto económico, el racial y la situación de las mujeres.

Estas ideas ya estaban de manera explícita en la dimensión productiva de la estructura de género que establece Connell (2003), como una de las tres para entender la masculinidad, así como en la analítica de Aníbal Quijano (2000) sobre la heterogeneidad del poder, en la cual

el género es una de las relaciones, conjuntamente con la raza, la etnia y la clase, que están articuladas a un eje estructural del poder. Todo esto, con relación a la masculinidad, pero en términos generales con otras categorías, implica que su análisis más que una lista de características, implica una genealogía sobre el concepto. Es decir, analizar sus relaciones y su valor instrumental para el mantenimiento de determinadas relaciones de poder, rastrear las relaciones sociales a las que responde determinado conocimiento sobre el ser, y analizar de forma crítica la funcionalidad de dichas relaciones.

El trabajo de Rita Segato (2010, 2016, 2018) aborda este ejercicio. En su propuesta retoma diversas experiencias investigativas de su campo como antropóloga. Entre ellas se encuentran los estudios realizados con las comunidades yoruba, los grupos étnicos del Brasil y de manera particular sus investigaciones con hombres condenados por violación. En estos trabajos ha descrito lo que son a su juicio las estructuras elementales de la violencia, conceptualización que remite a la organización jerárquica de las sociedades, y que, a pesar de que la modernidad extendió una estructura de igualdad de derechos, el contrato previo de jerarquía persiste en diversas prácticas, entre ellas las de violación (Segato, 2010).

El género, como referencia a lo que se considera femenino y masculino, da cuenta de cómo se generan representaciones hegemónicas de la identidad y la sexualidad que son necesarias para sostener dicha organización jerárquica. Como perteneciente al campo simbólico, el género da cuenta de la relación entre posiciones y de allí captura los cuerpos en un modelo dismórfico y binario, que deja por fuera otras subjetividades y las subordina a su dominación (Segato, 2018). Para mantener este estatus de la jerarquía, el polo dominante en una estructura de prácticas debe validar su posición a expensas de ese otro subordinado. De esta acción surge lo que la autora nombra como *Mandato de Masculinidad*, que no es otra cosa que la reafirmación de su posición dominante en la encarnación de las prácticas organizadas sobre la masculinidad hegemónica. Una demostración de la condición de virilidad que tiene tanto un eje vertical de dominación/subordinación, en donde esta última posición es asumida por esas subjetividades minorizadas o feminizadas, y una dimensión horizontal que representa “relaciones de alianza o competición” (Segato, 2010, p. 249) y que pone a las prácticas

de los hombres en relación con otros hombres, como complicidad y demostración de la masculinidad hegemónica.

Continuando con estas reflexiones, la autora indaga sobre los modelos universalistas o relativistas del género, y asumiendo su posición antropológica como base del análisis, concluye que la evidencia que se puede recolectar de los diferentes mitos fundacionales en las culturas del mundo, es que la estructura jerárquica y patriarcal, en donde el poder es ejercido por la posición masculina parece tener un soporte universal (Segato, 2010). A su juicio la mayoría de las cosmovisiones del mundo relatan, a partir de estructuras narrativas, los momentos en los cuales el origen del mundo y la sociedad responden a un mandato masculino, o en el cual un hombre se apropia de la posibilidad de organizar las relaciones sociales.

Su perspectiva aporta un punto de partida para generalizar y universalizar el análisis del patriarcado, no obstante, llama la atención sobre la existencia de diferencias en cómo esta estructura jerárquica del género se despliega en cada contexto. Si bien reconoce que la posibilidad de un patriarcado hace parte de la prehistoria de la humanidad y que se extiende por el globo, también advierte que en articulación con otras relaciones de dominación, estas relaciones se agudizan y se vuelven más intensas. Esta última idea es la que hace un vínculo entre las relaciones político-económicas y la cuestión de género⁷.

7 La idea de un patriarcado prehistórico, casi universal, que propone Rita Segato ha sido cuestionado críticamente por otras posturas feministas decoloniales. Autoras como María Lugones (2008) quien defiende que categorías como hombre y mujer son un producto moderno y colonial, proponen argumentos para consolidar esta crítica. Para ella la estructura binaria y jerarquizada del género no se concebiría como una constante histórica, sino como un producto específico de Occidente y llama la atención sobre experiencias y evidencias antropológicas de pueblos que no tienen una definición binaria del género y el sexo. En estas experiencias se encuentran los “dos espíritus” o *berdache* como categorías que dan cuenta de formas no binarias de género y sexualidad ajenas a la modernidad occidental. Si bien este tipo de críticas aportan elementos interesantes para entender las relaciones género y colonialidad, mi interés en la propuesta de Rita Segato reside por un lado sobre la descripción del pacto simbólico jerárquico, que ofrece un modelo

Para establecer el vínculo distingue entre lo que denomina el Mundo-Aldea, es decir el mundo previo a los procesos de la Modernidad-Colonialidad y los procesos consecuentes a este. Revisando de manera específica las culturas en Latinoamérica diferencia entre un patriarcado de baja intensidad en donde la jerarquía está presente, pero en donde existe también una ontología de la mujer, de otro que se politiza y que le da un lugar en las relaciones sociales. En este sentido llama especialmente la atención sobre el espacio del hogar como un terreno con peso político en el gobierno de las comunidades (Segato, 2016).

En contraposición a esto ubica un patriarcado de alta intensidad que adquiere sus dimensiones a partir de los procesos de la modernidad-colonialidad y la criollización. En el fondo de esto está el argumento de las posturas decoloniales que establecen como simultaneidad la conquista y la modernidad, señalando la universalización del sujeto europeo como referente de progreso y civilización, pero advierte que solo fue posible a costa de los beneficios y tributos que dejó la colonialidad y sus procesos subsecuentes (Segato, 2010, 2016). Es precisamente a partir de la conquista que se amplifica la relación jerárquica que tiene como base las correlaciones de género, intensificando los procesos de minorización y devaluación de lo otro.

En este caso, lo masculino se erige como el referente de lo universal y aquello que no encaja con su estructura de prácticas y relaciones es feminizado, expropiado de todo poder político y puesto al servicio del poder hegemónico (Segato, 2016). Una síntesis de este asunto, en sus

explicativo para entender la adaptación y aculturación de los varones colonizados y conceptualizados bajo la categoría criollización. Por otro lado, la relación que Segato establece entre patriarcado de alta intensidad, colonialidad y mandato de masculinidad me ofrece un marco conceptual con el cuál abordar la cuestión de la masculinidad como un marco normativo que no se limita solo a las relaciones de género y conecta con las relaciones políticas y económicas dominantes. Finalmente, mi interés no reside en diferenciar una masculinidad anterior o más allá de la masculinidad hegemónica de los procesos de modernidad/colonialidad. Más bien me interesa entender cómo a partir de los procesos de subjetivación de este modelo moderno, surgen quiebres y rupturas que expanden las posibilidades, pero también reconocen su influencia.

palabras, es que se pasa de una estructura dual (donde existe la diferencia pero esta no implica núcleos identitarios cerrados, ni relaciones de expropiación) a un binarismo que se naturaliza en la justificación biológica de las diferencias de género. Sobre esta base se agudizarán otro tipo de relaciones que guardan la misma dinámica, como lo son la raza y la clase social.

Esta síntesis, que no es justa con la densidad y profundidad teórica que propone Rita Segato, permite ver cómo sobre las relaciones de género se articulan otro tipo de procesos y cómo, estas relaciones son puestas al servicio de diversos intereses en poderes hegemónicos de un determinado tiempo y espacio. Por esta razón, Rita Segato ha llamado la atención sobre de qué manera la violencia contra las mujeres no puede ser entendida simplemente como un problema de relaciones íntimas y afectivas, sino que como lo señalan casos emblemáticos como los de Ciudad Juárez en México⁸, detrás de estos actos existe una estructura jerárquica que hoy por hoy se ve maximizada con lo que denomina la fase apocalíptica del capital, que no es otra cosa que la intensificación de las relaciones de dominación y minorización en un ejercicio de dueñidad, en las que un grupo define los valores hegemónicos que rigen las relaciones personales y sociales de las demás lejos de cualquier perspectiva relacional o vincular.

8 Ciudad Juárez, en el Estado de Chihuahua de México está ubicada en la frontera con Estados Unidos. En esta ciudad la economía está dominada por la industria textil a través de diferentes maquilas norteamericanas; y de forma ilegal por actividades ilícitas como el narcotráfico. A partir de 1993 se han presentado diferentes feminicidios de los cuales no se han podido esclarecer las causas y los autores. El caso ha sido tan emblemático que Roberto Bolaños, escritor chileno, tomó la situación para construir una de sus novelas más reconocidas: *2666*. Rita Segato ha estudiado este fenómeno sistemático de feminicidios encontrando relaciones estrechas entre una estructura de género particular y el desarrollo de una economía neoliberal, en asocio con la ilegalidad y el narcotráfico. Su argumento central apunta a que estos crímenes son expresivos y denotan un poder y dueñidad, son una forma de comunicar quien ejerce el poder y de qué maneras se ejerce, teniendo al cuerpo de la mujer como el lugar donde se inscribe el mensaje (Segato, 2016).

Esta propuesta analítica deja claros dos aspectos fundamentales para complejizar la relación. El primero de ellos es que, al pensar las relaciones de género, toda reflexión deberá tener en cuenta los demás determinantes sociales circundantes. Ser hombre y ser mujer no deben entenderse al margen de las relaciones materiales y políticas que guían la cotidianidad a pequeña y gran escala de los sujetos, y como consecuencia de esto se requiere de herramientas analíticas que abracen dicha complejidad. En segundo lugar, las reflexiones de la propuesta de Rita Segato abordan ya esta complejidad con una postura crítica frente a las relaciones políticas y económicas articuladas en torno al capitalismo y su despliegue actual. De allí se deja claro el vínculo estrecho entre este sistema de ideas y regulación de prácticas y la subjetividad en un género específico. Lo masculino se entendería más como un dispositivo determinante en esta racionalidad que como un contingente aislado. En otros términos, el ser en un género es operativo a otro conjunto de relaciones sociales y toda analítica con respecto a esto deberá incluir una revisión de dicha funcionalidad.

Propuestas como esta se articulan con la concepción de interseccionalidad como una herramienta analítica para una investigación y práctica crítica. Patricia Hill Collins y Sirma Bilge (2016) al respecto señalan que el concepto más que un adjetivo para diferenciar grupos sociales, o un campo de estudio separado, es un recurso que busca abordar los bricolajes y tejidos que acontecen en los diferentes fenómenos sociales. En este sentido la propuesta de Rita Segato se inclina en esta línea al comprender el género como un elemento articulado a otros dispositivos de producción de subjetividad. En su teoría se trazan puntos de encuentro entre una forma de asumirse y reconocerse a sí mismo, en función de una racionalidad y gubernamentalidad más amplia, que en su versión actual se sustenta en las relaciones desiguales e inequitativas que se reproduce en diferentes estratos de la vida.

En términos generales, la propuesta de Rita Segato señala que, detrás de toda práctica social y de la asunción de categorías sociales, existe una estructura jerárquica, que tiene como base la diferencia de género y que ha sido intensificada y reproducida en otros dominios de la vida social por los procesos de Modernidad-Colonialidad. En esta estructura la Masculinidad constituye una posición que, a partir de una atribución biológica ha sido asignada para los hombres, pero que puede ser

asumida por otros sujetos indistintamente de su sexo. Como posición hegemónica en esta estructura, la masculinidad interpela a los sujetos que se reconocen en ella a dar muestras de su pertenencia, esto es el **Mandato de Masculinidad**. Una interpelación que implica en un eje vertical asumir prácticas de dominación hacia los otros minorizados y que en un eje horizontal despliega una serie de tecnologías del yo que lleva a que se apliquen acciones sobre el propio cuerpo de los varones que regulan la pertenencia.

De esta forma, la adecuación y la repetición ritual de los gestos de la masculinidad hegemónica se articulan también con las relaciones económicas, políticas, productivas y raciales, entre otras. Según Rita Segato, sobre la base de esta estructura de género se despliegan y sustentan otras relaciones sociales, vinculando directamente con ello la organización y participación política, la forma en que la economía y las relaciones sociales se desarrollan en un sistema capitalista que hoy por hoy es dominante.

En síntesis, la propuesta de Rita Segato describe un mandato de masculinidad que interpela a los varones en la normatividad de la masculinidad hegemónica. Esta forma está articulada y articula las prácticas de aquellos que en la estructura de género se ubican en esta posición de sujeto, tanto en un eje horizontal como vertical. Sobre estas relaciones se configuran otras prácticas que tienen como factor común la jerarquía y dominación de lo otro feminizado. En este panorama ampliado de las relaciones de género la Masculinidad Hegemónica adquiere un papel instrumental en el sostenimiento de formas de producción, dominación y subjetivación.

Hay algo importante para resaltar sobre este marco comprensivo. Tanto el mandato de masculinidad, como la masculinidad hegemónica son conceptos que visibilizan un ejercicio de poder específico, que como todos se constituye a base de exclusiones. En estos existen otras formas de asumir la masculinidad que no se adaptan a lo hegemónico, que no siguen el mandato, que no se afianzan en la demostración de fuerza, en el manto de invulnerabilidad, en la relación instrumental con lo otro.

Estas otras formas son producto de la condición de exclusión, de la expulsión que lo normativo hace de sus formas de vida, o de tránsitos y articulaciones vitales que encuentran las líneas de fuga en la conexión con otras relaciones de dominación. Todo este desarrollo teórico

se articula a lo que el llamado a la interseccionalidad ha puesto sobre la mesa. Es decir, el análisis complejo de las condiciones de sujeto en la configuración y articulación de categorías sociales. De allí que se pueda pensar en una movilidad, en aquello que el mandato no logra abrazar y racionalizar en su logos. En esta marginalidad, en estos momentos no articulados se configuran relaciones políticas de resistencia que de forma performativa desestabilizan la normatividad y la impulsan a su mutabilidad (Butler, 2018a).

Si hoy es posible pensar que la masculinidad hegemónica y el mandato de masculinidad implican una hombría vital, que hace uso de la fuerza, que copta el espacio público como dominio natural de los varones, que establece a partir del ejercicio de la violencia, una expresión de su superioridad, que instrumentaliza lo otro como tributo que retroalimenta su condición de dominación, que maximiza la posición paterna y la define a partir de la función proveedora, también es posible pensar y analizar otras formas, las líneas de fuga que trazan alternativas, que rompen o buscan atomizar la jerarquía de género. Y en articulación a las que he enunciado, preguntarse por otro tipo de dominaciones: ¿cómo son posibles estas otras formas?, ¿qué elementos se articulan en torno a estas otras historias?, ¿qué alternativas surgen a la masculinidad en estas resistencias? Estas son las preguntas que intentaré responder en los siguientes capítulos a partir de los resultados de mi investigación.

3.4 Hegemonías enmascaradas: precauciones, advertencias y revisiones críticas a los estudios y colectivos de género y masculinidades

Con la multiplicación de trabajos y visiones sobre los hombres, la constitución de colectivos de hombres y masculinidades también obtuvo un gran auge. A la par que se desarrollaban las teorías e investigaciones que buscaban dar cuenta de los procesos implicados en la subjetivación masculina y de las consecuencias de determinados ordenes normativos en este proceso de identificación, fueron surgiendo colectivos de hombres que discutían estas temáticas y ponían en el centro de la discusión la necesidad de transformar la masculinidad y las relaciones de género en general (Aguayo & Nascimento, 2016; Guzmán, 2014)”.

Toda esta situación representó un entusiasmo, y lo hace aún hoy, con la posibilidad de que se derrumbaran las barreras estructurales en las inequidades de género, esta vez con la consciencia y la participación de los hombres. Pero, esta esperanza y expectativa no está exenta de reflexiones y preguntas críticas sobre el lugar de los hombres en las reflexiones movilizadas por el feminismo y sobre cuál sería su rol y participación en la posición de privilegio y dominancia que representa la masculinidad en una estructura de género jerárquica y dicotómica. Estas dos tendencias están representadas en la declaración de motivos que Jokin Azpiazu Carballo (2017) da sobre en su problematización de la mirada sobre las masculinidades:

Parece que hay un interés por la movilización de hombres respecto a cuestiones de sexismo y machismo; parece que pensamos, o al menos representamos, que las formas de encarnar y demostrar la masculinidad están cambiando y, sin embargo, las consecuencias fatídicas del desequilibrio de poder entre hombres y mujeres parecen estar tan vivas como siempre (Azpiazu Carballo, 2017, p. 20).

Allí se resumen dos tendencias. Por un lado, la proliferación de acciones y estudios que tienen como objeto la masculinidad, pero, también la precaución y la distancia crítica por la persistente y a veces creciente disparidad en las relaciones de género. La pregunta subyacente es clara y busca entender cuál es el papel de los hombres, los colectivos de masculinidades y los estudios de género y masculinidades en el cuestionamiento y transformación de los órdenes de género vigentes. Un cuestionamiento dirigido a entender cómo, a pesar de que la pregunta sobre la masculinidad ha ganado terreno en el campo teórico y político, este no parece tener una repercusión contundente en las viejas, y aún actuales, problemáticas denunciadas y movilizadas por el feminismo.

Para Melissa Fernández Chagoya (2016) el problema central con los estudios y colectivos de masculinidades es una tendencia a concebir la masculinidad como una positividad identitaria. Es decir, que la pregunta sobre los hombres corre el riesgo de convertirse en una actividad reivindicativa y autorreferencial que centra la mirada sobre la identidad masculina, dejando de lado las reflexiones políticas y culturales que abrazan los efectos relacionales del género. Sin más, su crítica apunta a

una despolitización y pérdida del sentido crítico en aquellos estudios y movimientos de masculinidades que centran toda su energía en definir qué es un hombre y cómo llega a formarse.

En este mismo sentido, Luciano Fabbri (2016) es enfático al mostrar como un centroamiento en la figura del yo masculino, como objetivo exclusivo del estudio de las masculinidades, produce una tendencia autoflagelante y victimizante en los hombres. Su argumento advierte sobre la posibilidad de que estos estudios y grupos de hombres terminen reproduciendo un “yo también” en sus participantes como víctimas de determinados órdenes normativos de género, pero, sin una reflexión crítica sobre la forma como ellos mismos, desde su posición de sujetos masculinos, en diversas ocasiones son reproductores de las estructuras desiguales y jerárquicas. En suma, su señalamiento llama la atención sobre como la pérdida de un potencial crítico está presente en muchas de estas iniciativas.

Como consecuencia de esto, la cuestión de las masculinidades termina siendo una navaja de doble filo (Herrera, 2001), por su papel disruptivo en lo subjetivo, pero, problemática por focalización identitaria y, a veces, por su omisión de las dimensiones relacionales, de poder y políticas. Al respecto de este último problema, se cuestiona que toda esta movilización con relación al estudio de las masculinidades y los colectivos de hombres termine por reproducir, en formas nuevas, los viejos problemas ya relacionados a las posiciones masculinas. De forma específica, el riesgo que más se resalta es la cooptación por parte de los hombres de la agenda que las mujeres habían posicionado a costa de una intensa y persistente lucha. De esta forma, los estudios de las masculinidades correrían el riesgo de dar nuevamente un papel central a los hombres y de poner su voz como un elemento primordial en los debates de género, a costa de la opacidad nuevamente de la voz de las mujeres.

Estos llamados y advertencias se deben tener en cuenta, su consideración debe ser primordial en cualquier trabajo académico o político que aborde la temática. La razón principal de esto debe llevar a interpelaciones que sean generativas sobre cómo no renunciar a pensar, actuar y cuestionar la posición masculina en las transformaciones de género. Pero también a preguntas sobre cómo estar atentos a las posibles reproducciones de las viejas estructuras que se pretenden mo-

dificar desde el cuestionamiento y el trabajo con las masculinidades y los hombres. Pensar en este sentido requiere analizar de forma crítica la relación que tienen los varones con estructuras políticas y de pensamiento como el feminismo, las formas como construyen sus procesos de cuestionamiento y los procesos de articulación que motivan y determinan su acción política.

4. Instrumentos, relaciones y escenarios en las narrativas sobre la transformación de la masculinidad

Nuestras historias no solo cuentan, sino que imponen a lo que experimentamos una estructura y una realidad irresistible; y además una actitud filosófica.

Jerome Bruner, La Fábrica de Historias.

Las transformaciones que movilizan el interés de mi investigación buscan trazar las líneas para reconocer otros caminos posibles. No es la historia de hombres de libro, de manual, copias exactas y estáticas de lo que es la Masculinidad Hegemónica del patriarcado. Y no es este mi interés porque dicha coherencia y forma monolítica de ser hombre está refutada desde un inicio por mis enmarques teóricos. En su lugar propongo una idea de masculinidad que, de acuerdo con lo que piensan autoras como Judith Butler (2006, 2007, 2018b) y Rita Segato (2010, 2018), funciona más como un marco normativo, un ideal regulatorio que difícilmente es alcanzable en su totalidad, pero, tiene la capacidad de modelar el comportamiento y la actitud de los sujetos.

Hay muchas figuras que podrían ilustrar esta idea de devenir y des-encialización de la identidad. Se puede pensar, por ejemplo, en Heráclito, que en su momento afirmó que nadie se baña dos veces en el mismo río. Su pensamiento, que es parte del argot denominado sentido común, me parece útil y al servicio de mi argumento. Pienso en un río, en uno que tiene un nombre, pongámosle Amazonas. Según el pensamiento de Heráclito nadie podría bañarse dos veces allí, pero, no porque el río deje de la noche a la mañana ser el Amazonas, sino porque sus aguas fluyen constantemente. Algo así es la identidad, un nombre

que promete una estabilidad y continuidad en el tiempo, pero, que en realidad abraza un proceso de fluir y cambio constante, una posición de devenir que acepta en las posibilidades de cambio las influencias de contextos más allá de lo individual.

Las historias que conforman este capítulo tienen la intención de captar un poco ese fluir, ese paso de aguas entre dos orillas que llevan el nombre de masculinidad. Es claro que no voy a hablar de ríos, ni pretendo encasillar toda la reflexión en esta metáfora. Lo útil de la imagen lo encuentro en la ilustración que hace del cambio y el fluir. Este apartado pretende dar cuenta de eso, de la trayectoria que cubre la acción, o las acciones, que confluyen en un cuestionamiento a la masculinidad hegemónica y un compromiso de los participantes de la investigación: ¿qué hace que estos hombres se comprometan en la deconstrucción de la masculinidad?, ¿qué hace que cada uno de ellos a su manera genere una conciencia de las desigualdades de género y se comprometa a eliminar algunas de ellas? y ¿qué hace que ellos rompan con posiciones masculinas que en la práctica representarían para sí situaciones de ventaja y privilegio?

Este tipo de preguntas guiaron en su momento las entrevistas y propiciaron en cada uno de ellos un ejercicio narrativo que pretendo rescatar acá. La primera dificultad con la que me encuentro es que, a pesar de los muchos puntos en común, son también muchos los puntos diversos. Momentos, circunstancias, protagonistas, instrumentos son todos puntos de confluencia y distancia entre cada uno de los participantes. Esto hace que presentar una línea narrativa común a todos sea una tarea más allá de los objetivos de la investigación, razón por la cual he optado por presentar un análisis narrativo más clásico, que parta de un análisis estructural y temático. Este será la antesala para otro tipo de análisis más focalizados en los elementos del discurso, sus funciones y su variabilidad, pero para esto es necesario este paso previo.

Me he servido de las recomendaciones y precisiones que Sandra Jovchelovitch y Martín Bauer (2000) hacen de la entrevista narrativa y su análisis. De manera puntal, rescato como piedra angular la idea de que una narrativa tiene una orientación a la acción, describe un cambio de una situación en la cual aparecen contextos, eventos, personajes y puntos particulares, si se quiere puntos de giro, que tienen el valor narrativo de indicar dónde suceden los diversos cambios. Este ejercicio,

en el campo de las ciencias sociales y los estudios del discurso, no es neutro ni carente de sentido, ya que cada narrativa es un texto en el cual un agente articula acontecimientos y construye significados (Nicolas Schöngut & Pujol, 2015).

El potencial de la narrativa es precisamente la novedad que aporta. Paul Ricoeur (2004) en su descripción de la triple mimesis de la narración da cuenta de este ejercicio complejo que asemeja el potencial narrativo al potencial metafórico. Su argumento se centra en la idea de que toda historia está mediada por un proceso de configuración (mimesis II), que está entre una prefiguración (mimesis I), la capacidad que tenemos para hacer uso de una red conceptual de la acción y una reconfiguración (mimesis III) en donde sucede un cruce de horizontes que añade algo nuevo a la narrativa. De allí, que autores como Jerome Bruner (2009) rescaten el valor de las narrativas para configurar el universo simbólico que guía los actos intencionales de los sujetos. Dicho de otro modo, las narrativas más que ejercicios descriptivos de un tiempo pasado son actos presentes que articulan la experiencia temporal de las personas y estructuran su campo de actuación, intervienen sobre la realidad y producen transformaciones en ellas.

Estas consideraciones se asientan en una certeza epistémica en la cual la acción está prefigurada en un sistema simbólico que hace las veces de interpretante. Es decir, toda acciones comprensible para los sujetos en los recursos simbólicos inmanentes a su contexto cultural, o en otros términos, “los símbolos, entendidos como interpretantes, proporcionan las reglas de significación según las cuales se puede interpretar tal conducta” (Ricoeur, 2004, p. 121). Como carácter adicional a esto, estos símbolos adquieren una condición normativa por la cual no sólo se prefigura la acción, sino que esta se moldea y se orienta según este sistema simbólico. De allí que el valor narrativo para la investigación social no solo se encuentra en la exploración de significados propios del sujeto que participa con su narrativa, sino que en su acto de narrar existe un ejercicio de configuración y mediación de esta prefiguración simbólica.

Como recurso metodológico para la investigación social, las narrativas son cercanas a las posturas comprensivas y al giro lingüístico que transita de un lenguaje, como reflejo y espejo de la realidad, a uno que se considera una acción social con un papel performativo y constructivo en la producción de significados, relaciones y situaciones sociales

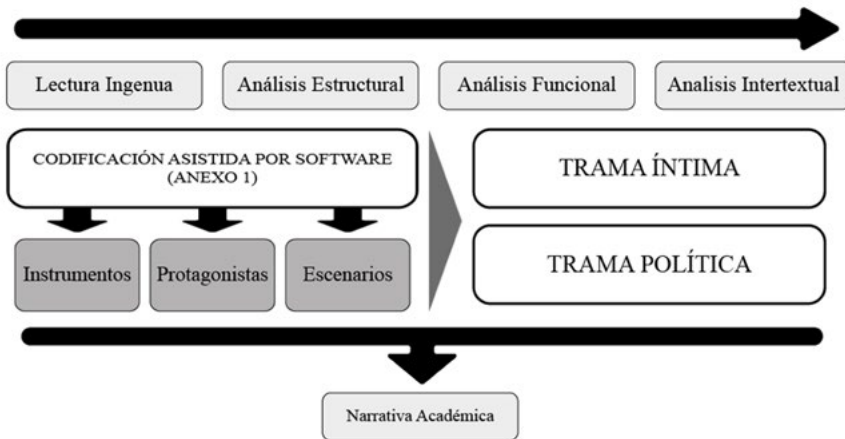
(Ibáñez, 2006). De allí que el interés no solo se centre en el lenguaje *per se* sino en lo usos que se hacen de este y en el acto de narrar como un ejercicio de mediación que no solo permite reconocerse en los sistemas simbólicos en los cuales se deviene sujeto, sino que conlleva también el ejercicio comprensivo de una trama narrativa que agrupa un conjunto heterogéneo de situaciones y lo convierte en una historia particular (Balaguer, 2002). De allí que al narrar se ejecuta un movimiento en el cual uno puede comprenderse a sí mismo, pero no como la develación de una esencia inmutable, sino como posicionado y prefigurado en una trama simbólica previa que la narración continúa, pero, al mismo tiempo, aporta elementos diferenciales que expanden lo canónico de estos simbolismos (Bruner, 2009; Ricoeur, 2000).

El camino tomado para aprovechar esta riqueza metodológica de las narrativas retoma el análisis que Eduardo Escalante Gómez (2013) hace de la perspectiva de Paul Ricoeur. En su trabajo describe tres momentos del análisis narrativo que constan de una lectura ingenua de la totalidad de la narrativa para identificar algunas tendencias preliminares, identificar aquellos recursos narrativos que se hacen recurrentes en la historia. Un segundo momento sería un análisis estructural. En este se reconocen los elementos paradigmáticos de la narrativa, es decir, personajes, escenarios, motivaciones e instrumentos (Bruner, 2009; Fraser, 2004; Jovchelovitch & Bauer, 2000). Estos elementos son los que se articulan a la red conceptual de la acción, aquellos que componen el núcleo comprensivo de lo que se narra. Finalmente, estos dos momentos llevarán al tercero que consiste en la comprensión en el orden sintagmático, esto es, en el campo de la trama de la narrativa. Allí es donde los elementos estructurales son organizados en torno al sentido de la historia.

Adicional a estos tres momentos, he incluido uno más, debido a que he trabajado con más de una historia. Este consiste en un análisis entre las narrativas, un cruce y vínculo entre las diferentes tramas para producir, en un quinto momento que es el que se presenta en este capítulo, una narrativa académica, un ejercicio donde mi voz y mi presencia como investigador se hace presente, fusionando los horizontes de sentido de los participantes de la investigación y el mío (Fraser, 2004). En total he seguido un camino en cinco momentos: lectura ingenua, análisis estructural, comprensión, comparación de narrativas y narrativa académica (ver figura 3).

Para llevar a cabo cada uno de los pasos tomé las narraciones ya descritas y las procesé en el software Atlas Ti. A través de esta herramienta inicié, junto a la lectura ingenua, un proceso de codificación que agrupaba fragmentos de la narración según un criterio descriptivo-analítico (ver Anexo 1) con el cual pretendía identificar los elementos de las historias que componían los elementos estructurales. Seguido de esto, los códigos fueron analizados y agrupados según su función, describiendo las tramas que agrupan los elementos heterogéneos y construyen sus sentidos. Lo que viene a continuación es un resultado de este proceso, condensado en ese quinto momento del análisis.

Figura 3 Proceso de análisis narrativo.



4.1 El Feminismo: instrumento teórico y existencial de la acción

La llegada del feminismo al terreno de debate de las ciencias sociales no está exento de obstáculos y retos por superar. Aun así, su desarrollo sentó las bases, como ya lo he señalado antes, para que la masculinidad fuera pensada. Al decir que fuera pensada no hace falta ningún otro complemento, ya que hasta antes de los debates feministas la posición

masculina parecía invisible, o lo que es igual, no se cuestionaba (Gómez-Etayo, 2014). Ser un varón, tener un cuerpo considerado masculino y actuar en consecuencia con esta realidad no merecía ninguna pregunta y no era problemático, lo cual resulta lógico desde una economía del placer, pues ubicarse en esta posición acarrea ciertos dividendos (Connell, 2003). Tanto los varones como la masculinidad eran un supuesto silencioso y universal. La ausencia de su abordaje no representaba una actitud ingenua de ignorancia ante un nuevo campo de estudio. Más bien no se cuestionaba porque se entendía como el punto de partida y de llegada, como un lugar omnisciente del cual emergía todo conocimiento posible.

Pero, el pensamiento feminista genera la ruptura necesaria para desnaturalizar esta relación. Se produce y señala la grieta en la forma de pensar el orden social, dejando claro que las mujeres son sujetos políticos/culturales, con similares capacidades para asumir diferentes roles más allá del cuidado y el hogar, pero, no con las mismas oportunidades en un sistema que las excluye, las instrumentaliza y las ubica en un escalón más bajo en el prestigio social. En resumen dos ideas: una que afirma las capacidades femeninas y otra que denuncia las relaciones de poder que se han estructurado en torno a una idea cultural del sexo (Auffret, 2019).

El reto para las ciencias sociales fue enorme, implicó un ejercicio de pensarse a sí mismo, de abandonar las posiciones universalistas, dejar de jugar al ojo de Dios y reconocer que en el ejercicio mismo del conocimiento se ponían en juego las relaciones de poder y de dominación (Haraway, 1995). Un desafío que abrió la posibilidad a un campo de estudios nuevo, al campo de estudios de género sobre las masculinidades, retomando lo masculino también como un producto histórico y una posición en un orden discursivo, no una expresión natural y homologable en cualquier tiempo y espacio (Núñez Noriega, 2016).

Para capturar esto en una expresión más sintética diré que: lo masculino empieza a ser pensado cuando la cuestión de la mujer irrumpe con la fuerza y la potencia, política y teórica, de los feminismos. Una verdad de Perogrullo: afirmar que el pensamiento femenino transformó el panorama de pensamiento de las ciencias sociales, que radicalizó muchos de los análisis que hasta el momento eran convenciones superficiales, pero, sobre todo, instaló un dispositivo analítico que despliega

posibilidades teóricas e investigativas que impactan en todos los niveles, tanto estructurales como en aquellos donde se asienta la vida cotidiana.

Este espectro amplio y teórico, promovido por los feminismos, es un prisma para estructurar las narrativas de los participantes de la investigación. El proceso general visto en las ciencias sociales es reproducido en las circunstancias narradas que llevaron a los participantes a asumir una posición contrahegemónica. La presencia del feminismo a gran escala en las ciencias sociales se hace presente en un nivel más situacional y personal como es el narrado por los participantes de la investigación. De allí que en la totalidad de las narrativas obtenidas el feminismo, ya sea como cuerpo teórico o expresión política, pero en todo caso como corpus de ideas y de acción, ha tenido un papel protagónico en las trayectorias narradas en las diferentes historias. Uno de los participantes narra su experiencia de esta forma:

“Cuando salí, los hijos ya estaban grandes, y bueno, ya había recorrido mucho con ellos. Tuve la oportunidad de sacarlos profesionales, entonces, ya ahí si me dediqué a trabajar el tema de género porque en la universidad encontré eh, di con la fortuna de encontrarme con profesoras feministas” **Darío.**

Su relato señala el vínculo que existe entre el trabajo de género y la orientación feminista de sus profesoras. Un vínculo que parece muy natural, o al menos naturaliza la relación feminismo y género, este último como producto del primero. Esta idea puede ser debatida, puesto que el género como categoría tiene usos y raíces más allá del feminismo, pero, es cierto que el uso que este hace del concepto le da la fuerza y estabilidad con una de las definiciones más consensuadas en las ciencias sociales, como “la forma en que las sociedades simbolizan la diferencia anatómica, y esa lógica cultural es la fuerza subyacente que impide tratar a hombres, mujeres, heterosexuales, homosexuales, transexuales y personas intersexuadas como ciudadanos “iguales”” (Lamas, 2014).

Aparte de esta vinculación que se hace, en el relato del participante el feminismo surge como antecedente de la acción de trabajar con el género gracias al acercamiento que hace a través de su profesora. Dicho de otra forma, el acercamiento al feminismo es uno de los factores que ponen en marcha la acción. Hay un acercamiento entre estos dos

factores, lo teórico y el trabajo que se realiza en el campo del género. El trabajo crítico y la vinculación por procesos que problematicen ordenes desiguales entre lo masculino y lo femenino son el resultado de una formación en estas temáticas específicas y en un acercamiento a estos conceptos. **Jarlan**, hombre salvadoreño lo expresa de la siguiente manera:

“Tenemos mucha influencia del feminismo decolonial, eh, Rita Segato. En tu país Uchi Curiel, Yuderkys Espinosa también de Colombia. Ellas nos han influenciado mucho, ¿verdad?, nunca nos hemos visto en persona, pero las seguimos mucho en lo que escriben, en lo que publican, y ellas afirman que el feminismo no debe trabajar solo por las mujeres, debe trabajar por la humanidad” **Jarlan**.

En este fragmento no hay una mención genérica al feminismo. La especificidad de posturas teóricas que enumera **Jarlan** da una pista por un lado de una lectura consciente e intencionada de ideas feministas, con un enfoque territorial claro que abre la posibilidad a reconocerse en este conocimiento a partir de otras posiciones de sujeto. Pero la particularidad que se señala al final da una idea también de su lectura del feminismo, una que se hará muy presente en muchas otras reflexiones, ya no del feminismo, sino de la masculinidad en general. Me refiero al hecho de que la apertura que genera la mención de “trabajar por la humanidad” descentra el problema de la exclusividad del género y lo abre a otras dimensiones que perfectamente pueden ser abarcadas por el significativo “humanidad”. Puede entenderse entonces un doble vínculo en la relación con las teorías feministas, uno generado por la posibilidad de conectar las ideas del feminismo con otro tipo de problemáticas sociales, hasta tal punto que es posible reconocerse como hombres, y como proyecto político la deconstrucción de la masculinidad, en estas propuestas teóricas.

Estos cruces los abordaré en otro momento. Lo importante en este apartado es señalar la presencia de las ideas feministas como estructurantes de la acción encaminada al activismo con relación al género, la deconstrucción de la masculinidad y/o la lucha contra las desigualdades de género. En otros términos, sin dejar de lado la reflexión sobre feminismo y masculinidad que escribí al inicio de este apartado, el camino que los participantes de la investigación realizan para involucrarse en

temas asociados al género y la masculinidad, reproduce a una escala personal el debate de las ciencias sociales. Se podría decir que, desde el punto de vista ontogénico, los participantes reproducen en sus historias de vida la llegada y las consecuencias filogenéticas que ha tenido el desarrollo de las ideas feministas en los estudios de las masculinidades. De esto reafirmo que el feminismo como tradición teórica y política tiene en su inventario de adjetivos ser un pensamiento de rupturas.

Paralelamente a esta afirmación, los testimonios llaman la atención sobre el papel del feminismo. Su capacidad para articular los diversos intereses de cambio y transformación. Esto es importante pues, como se desarrollará con mayor profundidad después, los participantes de la investigación han tenido en diferentes momentos encuentros con otros activismos, ya sean ambientales, culturales, territoriales, etc. De esto se desprende la conclusión de que el feminismo como corpus de ideas articula de otras formas las diversas luchas, ofrece una matriz de comprensión que diversifica los intereses, las reflexiones y las acciones de cambio que cada participante hace desde su trayectoria particular. Para ilustrar esto veamos el siguiente hecho narrado por **Ismael**, un joven abogado colombiano, militante de la izquierda y defensor de derechos humanos:

“Luego tengo una experiencia personal que prefiero no develar. Me cuestiona mucho sobre ese tema y eso se queda ahí, un ratico porque yo me alejo de la militancia un rato, un momento por cuestiones laborales, y ya cuando vuelvo a conectarme de lleno, ahí está el feminismo, y con toda la fuerza y toda la contundencia, y es como, yo lo asumo es como un mensaje de que, o es con el feminismo o no es izquierda” **Ismael**.

A través de este fragmento puedo rastrear la conexión que se hace entre dos formas de acción política y cómo el feminismo permite una resignificación de la lucha que **Ismael** hace desde su militancia en la izquierda. Su relato marca un antes y un después separado por una ausencia. La novedad que ocurre cuando llega es la presencia del feminismo en la lucha de izquierdas. La potencia de dicho cambio, su valor narrativo, radica en cómo para **Ismael** la llegada del feminismo resignifica su activismo anterior, a tal punto que condiciona su existencia. No hay izquierda sin feminismo, esa es la conclusión a la que ha llegado, una

conclusión que marca un cambio en la forma como **Ismael** entiende su lucha política incorporando horizontes de valor y cambio que antes no tenían la relevancia actual.

El feminismo en el relato de los participantes emerge como un instrumento articulador, como una herramienta que moviliza su acción y da origen a su activismo en cuestiones de género. Pero, esta no es la única aparición que el feminismo tiene en el discurso. Más allá de las habilitaciones que hace en la lucha política, el encuentro con las ideas feministas marca también una transformación personal. **Ricardo**, un hombre de 42 años de la ciudad de Medellín, relata de esta forma su relación con las ideas feministas:

“Lo único que yo sé es que el feminismo tiene ideas que a mí como hombre creo en ellas y me identifico. Es que yo soy, igual yo entiendo que hombre y mujer, hombre y masculino no son sinónimos, las luchas del feminismo me dieron hoy la libertad a mí. Porque yo me gratifico en lo femenino, es donde están mis apuestas. Y la Población LGTBI le debe mucho al feminismo, ¿cierto?, entonces el problema está en escindir como en bloques separados” **Ricardo**.

Este testimonio me resulta interesante pues la valoración del feminismo se hace desde una reafirmación de la posición masculina, pero en la misma cita, de forma paradójica, **Ricardo**, afirma que su gratificación está en lo femenino. El uso en el discurso de los significantes hombre, masculino y femenino resulta no menos que paródico, toda vez que el ser hombre en la narrativa es el lugar de afirmación de lo femenino, y como está claro en la cita, esto está antecedido por una identificación con las ideas feministas. Es importante aclarar que **Ricardo** se reconoce como un hombre, también se asume como homosexual, pero además ha practicado y participado desde muy joven en los circuitos de transformismo de la ciudad de Medellín. Pero, paralelo a esta precisión, **Ricardo** reconoce y postula al feminismo como conjunto de ideas que articula de forma política y personal la confluencia de diversas situaciones que en un marco normativo aparecen como contradictorias.

Su testimonio reafirma una posición masculina que en relación con el feminismo genera las rupturas, o establece los vínculos, para articular en esta posición lo femenino, no con una visión culposa o castiga-

dora, sino como posibilidad de transformación personal y horizonte de acción política. El discurso feminista en su caso no representa una destrucción o abandono de la posición masculina, tampoco la certeza de una división insalvable entre lo femenino y lo masculino, más bien representa la porosidad que establece canales comunicantes, articulaciones de lo uno y lo otro que amplían el espectro del campo discursivo desde donde se enuncia la acción.

Un relato similar se puede encontrar en otro de los participantes, esta vez un hombre de 32 años de la ciudad de Medellín que, a diferencia de **Ricardo**, se reconoce como heterosexual:

“Pero me gusta eso, a mí me gusta, porque además es como algo que le debemos al feminismo. O sea, los hombres pudimos dejar de ser ese tipo de hombres, tan fuertes, tan rudos, pues siendo como tocados por la duda del feminismo. Para mí, sobre todo hoy el feminismo es eso, sobre todo una duda, como una pregunta constante” **Víctor**.

Otra vez el feminismo aparece como una posibilidad de transformación personal, como una idea o filosofía que aporta elementos para otras situaciones existenciales y, de manera puntal, para asumir posturas que son ajenas o contradictorias a la masculinidad hegemónica. En el discurso de los participantes no veo el feminismo solo como una herramienta política, sino que en la mayoría de los casos es un dispositivo de auto-observación y cambio. Al final de la cita de **Víctor** se define al feminismo como duda y pregunta constante. Esto es una muestra de la apropiación que desde la posición masculina se hace del feminismo. El hecho de que se haga énfasis en la duda refuerza la comprensión de este movimiento y cuerpo teórico como un punto de inflexión en la situación de los hombres y la masculinidad, como afirma Coral Herrera (2019):

En un momento en el que cada vez hay más mujeres en lucha, desobedeciendo y dinamitando las bases de la feminidad patriarcal, los hombres se enfrentan a uno de los mayores desafíos que les plantea la historia de nuestro tiempo presente (2019, p. 27).

La relación con el feminismo hace parte de las circunstancias que marcan la trayectoria de acción de los participantes. Su fuerza radica en

la capacidad de resignificar la posición masculina, de desplazarla en el discurso en articulación con otras posiciones, en las cuales emerge una apropiación de lo femenino, o una encarnación de esto. En el discurso, el feminismo, toma forma de herramienta política que inicia o empuja la acción, toda vez que dota de un corpus conceptual que define el trabajo y lo articula con otras luchas o activismos. De la misma forma, surge una apropiación de las ideas feministas que tienen un impacto en la forma de identificarse como hombres o de expandir estas identificaciones en formas paródicas o al margen de la masculinidad hegemónica.

Este último punto postula una reflexión sobre la relación entre los hombres y el feminismo. Por un lado, está la incidencia de este en la denuncia y develación de las relaciones sociales desiguales entre hombres y mujeres. Pero, no se limita a esto. Estos testimonios me llevan a postular que el feminismo, además de su papel de denuncia y afirmación de lo femenino, puede ser apropiado desde una posición masculina como un instrumento de posibilidades existenciales, como un dispositivo de duda y pregunta, un escenario acogedor de diversidades masculinas, un dispositivo de expansión, desplazamiento y articulación de lo masculino en otras posibilidades y posiciones de sujetos que resulten como resistencia a una versión masculina basada en la fuerza y la dominación.

El feminismo y su relación con la cuestión masculina no se limita a señalar simplemente una serie de elementos empíricos que pueden dar fe de las condiciones de opresión que la masculinidad hegemónica genera en las mujeres y en los mismos hombres en un orden patriarcal. Por su puesto que es esto, una forma de prisma que resalta elementos en la trama social que permanecerían ocultos en otras circunstancias. Pero, como lo analizo en este tipo de relatos, el feminismo es un dispositivo teórico y de acción que permite rearticulaciones identitarias, y de esta forma, modificaciones en el orden discursivo del género. Hay una apropiación masculina del discurso feminista, sin embargo, dicha apropiación no se hace como captura de estas reflexiones, como expropiación del potencial productivo y teórico de las mujeres detrás del feminismo.

La apropiación es más del orden de lo generativo y articulatorio. Con esto pretendo puntualizar que el contacto que estos hombres hacen con el feminismo genera porosidades identitarias que resignifican la diferencia o los elementos diferenciales de una masculinidad hegemónica que, bajo este nuevo encuentro, toman la forma de reafirmación políti-

ca. Es una apropiación habilitante en la medida en que, paralelamente a las transformaciones en una dimensión personal, abre las posibilidades para que otros vínculos y compromisos políticos se den. **Bernardo** un hombre que ha volcado su trabajo al desarrollo de capacidades participativas en la región del Oriente Antioqueño, en Colombia, de manera contundente lo expresa de esta forma:

“Las mujeres nos cambiaron el pensamiento, nos tienen trastocados, nos tienen emproblemados. El movimiento feminista, y no es violento y no tiene tantos años” **Bernardo**.

Una transformación cognitiva, una situación trastocada, una circunstancia problemática. **Bernardo** lo expresa con una fuerza que enmarca la idea que trato de construir aquí. La relación de estos hombres con el feminismo es transformadora y política, genera un cuestionamiento de la misma posición masculina, una transformación en los marcos de pensamiento, pero, además es la representación y materialización de una acción contundente que, como se ve en la cita anterior, destaca por la ausencia de violencia. Esta especificidad en el discurso genera un punto de anclaje dentro de la axiomática de esta transformación: la ausencia de violencia, la transformación en un registro que se aleja de las tendencias de dominación y fuerza de una perspectiva más tradicional de lo masculino.

La doble presencia que tiene el uso de los discursos feministas, y la mención directa al movimiento teórico y político que este trae y promueve, se hace evidente en tanto estructura la acción de transformación de los hombres en un horizonte que es político. De allí que se movilizan conceptualmente diferentes situaciones donde las inequidades de género toman forma. Pero, además, el feminismo emerge en la historia como una posibilidad de estos hombres frente a sí mismos. Expande las fronteras de las matrices de inteligibilidad en las cuales se reconocen y acrecienta cuestionamientos que los llevan a desestabilizar la certeza de la masculinidad en un orden hegemónico. Impulsando de esta forma apropiaciones y expansiones identitarias que terminan por transformar la propia experiencia de la masculinidad.

4.2 Momentos asociativos y de encuentro, el otro como protagonista de la acción

Cada una de las historias transita en compañía de diferentes personajes. Protagonistas claves de la acción de transformación de los participantes en diferentes momentos de sus vidas. Sus trayectorias, si bien constantemente llegan a momentos de reflexión intrapersonal, o en las cuales se establece un diálogo consigo mismo, ninguno de estos momentos llega como resultado espontáneo. Por el contrario, se conecta con un proceso de apertura, encuentro y asociatividad. El contenido de estos momentos colectivos no tiene una naturaleza homogénea en las narrativas que hacen parte de mi investigación. El encuentro surge, en algunas ocasiones, en las relaciones personales e íntimas de los participantes. Unas relaciones de amistad que al mismo tiempo orbitan sobre algunos intereses políticos y sociales. **Jarlan** narra cómo inició su activismo a partir de este tipo de encuentros con sus amigos:

“Somos un grupo de amigos que ya trabajábamos diversos temas. Algunos trabajaban directamente el tema de género, otros trabajaban el tema de masculinidades, otros andábamos más en el rollo del medio ambiente y así otros de derechos humanos; y este grupo de amigos en algún momento nos reuníamos en las conversaciones que teníamos, las pláticas, fue saliendo el tema del machismo, ¿verdad? Iba saliendo la preocupación por la violencia contra las mujeres, y la preocupación sobre todo por la violencia social y el origen machista que tiene las diferentes formas de violencia” **Jarlan**.

Las reuniones con los amigos tienen la característica de ser un antecedente de la acción de cuestionamiento y deconstrucción de la masculinidad. **Jarlan** no especifica el género de estos amigos, no obstante, este puede inferirse teniendo en cuenta que su relato versa sobre la creación del colectivo de masculinidades en el cual trabaja, de allí que se asuma que son hombres. Como queda claro en la cita, y de manera tangencial ya lo había señalado en el apartado anterior, es una característica de muchos de los participantes el militar o haber militado en otro tipo de causas sociales o políticas, sean estas ambientales, culturales, de derechos humanos, entre otras. Este es un elemento central, que además se

desliza constantemente con una explicación causal política y económica de la masculinidad hegemónica que se trabajará más adelante. Por ahora quiero llamar la atención en la simultaneidad del encuentro y la conversación, en el ejercicio de encuentro reflexivo que genera confluencias explicativas entre los problemas previos que cada uno trabaja y las explicaciones de fondo que le dan a estos, de manera puntual al asunto de la violencia contra las mujeres. De este diálogo y encuentro surgiría después una iniciativa asociativa y política con sede en la ciudad de San Salvador, El Salvador.

Pero no es esta una trayectoria general que deban tener los encuentros y momentos asociativos. En algunas narrativas el encuentro con amigos tiene un papel más personal, responde a una trama de aprendizaje donde el protagonista, el participante de la investigación, está vinculado a un cambio producido por un “darse cuenta”. El caso de **Ramiro**, un hombre de la ciudad de Medellín permite explorar este camino. En su narrativa hay previamente un conflicto con su orientación sexual. Él se reconoce como homosexual, pero lejos de aceptar o actuar en consecuencia a esta identificación el camino que toma **Ramiro** es el de la huida. Decide “dejar de ser homosexual” y lo hace participando de algunas instituciones cristianas y de cursos con personalidades como Andrew Comiskey, reconocido por ofrecer “salidas a la homosexualidad”.

“En este caminar siempre están los amigos que lo dañan a uno. ¿cierto? De alguna forma, como, ¿eso que año fue?, como en el dos mil nueve participé, participé en unos grupos sobre masculinidades que estuvo liderando Hernando Muñoz, eh con algo de apoyo de la alcaldía de Medellín” **Ramiro**.

Quiero hacer énfasis en como la referencia a “siempre están los amigos” construye en el discurso de **Ramiro** un condicionante del cambio y la trayectoria, que por demás está referenciado como un daño, haciendo alusión a que el camino tomado por él, y en el que participan sus amigos, no es precisamente el correcto, o en el lenguaje que vengo utilizando no corresponde con lo hegemónico. En su caso el cambio y el acompañamiento de sus amigos es una fórmula inseparable a la cual se deben los resultados. Este proceso con los amigos deriva igual en la participación en grupos, esta vez con un apoyo institucional, en donde

se aborda la transformación y deconstrucción de la masculinidad. Pero, previo a esto, los amigos asumen otro papel en su historia, pues estos también son referenciados como un factor importante en el cambio de perspectiva en relación con su orientación sexual y a la idea de “abandonarla”. De manera sintética, lo narra de esta forma:

“Ahí estuve un par de años, y bueno, yo creo que las lecturas, las conversaciones con mis amigos y eso permitieron ver que estaba reloco y perdido allá intentando, eh, huir de lo que yo, intentando no huir, abandonar algo que yo consideraba que no era correcto para un hombre ¿sí?” **Ramiro**.

Los amigos no aparecen solos. Este testimonio me permite hacer un vínculo entre lo que analizaba en el apartado de *la relación con el feminismo* y el encuentro con los amigos. En estas dos menciones en la narrativa converge la posibilidad del cambio, la causa que el participante atribuye a su transformación, a la forma de entender la masculinidad. Los adjetivos que utiliza **Ramiro** son “reloco” y “perdido”, y denotan de manera implícita la funcionalidad que tienen aquí los amigos y las lecturas, como guías y como luces que favorecen el encuentro. Pero, quizás lo que más quiero resaltar de esto es que las fuentes de cambio y reflexión se ubican en el exterior del sujeto. La revelación no es producto de un proceso de introspección, una elucubración de reflexiones aisladas que ponen el foco de la mirada exclusivamente en el interior. De hecho, la revelación que enuncia **Ramiro** con respecto a su “Yo”, a lo que él intentaba hacer, son producto de una lectura y encuentro con elementos externos a sí mismo, a tal punto que el mismo logra proyectar una idea de sí en articulación con estos elementos exteriores.

En otras palabras, podría decir que el “Yo” reloco y perdido al que refiere **Ramiro** es observado por él cuando articula a su experiencia, y su discurso, elementos diversos y ajenos a este “Yo” narrado. No obstante, es sobre este mismo “Yo” sobre el que recae el cambio de la acción que narra el participante. Una reflexión como esta me lleva a reconocer que en el proceso de transformación o de cambio que narran los participantes de mi investigación, un proceso que asuma unas posiciones de sujeto masculinas en desplazamiento, en deconstrucción y en articulación alternas a lo hegemónico, tienen como elemento central y funda-

mental el encuentro y apertura constante con otros. **Víctor** responde a este cuestionamiento de la siguiente manera:

“Yo creo que el colectivo si es muy importante. Pues porque es que vos no te ves esos problemas, además vos, o siempre hay una predisposición de verte los problemas y a postergar su solución. Y yo creo que el colectivo si ve, o sea, los grupos, la familia, los amigos” **Víctor**.

Los momentos de encuentro con el otro, esta dimensión colectiva en las narrativas analizadas, cumplen un papel de vigilancia y contención de algo que es ciego para alguien en una dimensión individual. Hay algo del “Yo” que escapa a su revisión, a su fuero en un ejercicio de reflexión sobre la propia conducta. De allí que la presencia de los otros y este encuentro con ellos tome una posición tan relevante en el discurso de los participantes. En las tramas desarrolladas los otros son puntos de vista que se acoplan a la propia visión del “Yo” y lo constituyen. La comprensión de sí que hacen los participantes no es una representación individual, tampoco trae a la luz algo que está oculto, sino que es una articulación y una trayectoria que se recorre en el encuentro y conexión con los otros. Con respecto a esto **Víctor** complementa, en un ejercicio de proyección y deseo, que aspira a que en un futuro existan otros escenarios donde:

“Tener una conversación, con gente que se quiera, que quiera pensarse esto, producir cosas más simples que sean accesibles para la gente, que se puedan como preguntarse cosas ellos” **Víctor**.

El pensamiento es presentado como un producto de la acción colectiva. Pero, los objetivos de esta acción y dimensión reverberan sobre la mirada que se hace sobre sí mismo. En esta línea, el encuentro con los otros y los momentos asociativos son un faro que señala las limitaciones del “Yo”, expanden esta visión y resaltan elementos que esta idea de sí parece omitir. De tal forma que la presencia de otros es garantía del ejercicio de pregunta y reflexión. Esto remite, de igual manera, al papel generativo del encuentro. En este contexto la presencia de amigos, familiares que sintonizan en este pensamiento de género aporta diversidad de elementos sobre los cuales estructurar, articular y desplazar

la posición masculina. Un elemento que refuerza esto es la referencia a “cosas más simples” que hace **Víctor**. Esto lo entiendo también como parte de este momento colectivo, como un vehículo capaz de hacer más simples las reflexiones, es decir, más allá de un discurso académico o político inalcanzable, una simplicidad que no abandone la complejidad, como si el colectivo hiciera del pensamiento y la acción una dupla de sobriedad.

Mario, de la ciudad de Medellín, relata de esta forma una de las experiencias que ha tenido con grupos de hombres con los cuales ha confluído en el proceso de pensarse y actuar de manera diversa la masculinidad y que da luces para recorrer el camino de los aportes variados que representa el encuentro con otros:

“Teníamos ahí en la mesa central lo que llamábamos los juguetes. Entonces, cosas para tejer, no faltaba el que llevaba aceiticos, no faltaba por allá otro que llevaba un libro de poemas, no faltaba por allá otro que llevaba mambe ambil, ¿cierto? Entonces con esos juguetes ahí de por medio, eh, fueron fluyendo asuntos allí, fuimos llegando a las personas que nos encarretamos con cierto perfil de interés por el arte, de intereses, de inquietudes humanísticas, si se quiere, eh, y nos fuimos encontrando y generó entonces que nos fuéramos un grupo de personas, a asumir cómo es que queríamos seguirnos viendo, compartir entre hombres, porque nos hacía bien compartir entre hombres” **Mario**.

De este testimonio hay dos elementos que me gustaría resaltar. En primer lugar, la referencia a los juguetes, a esta serie de herramientas diversas, propuestas en una mesa central en la heterogeneidad de los participantes y que está registrada en esta frecuencia lúdica. Este punto es relevante si lo pensamos con los juguetes que se proponen. Hay un elemento nuevo que en algunas de las narrativas se irá haciendo cada vez más presente, un factor que a diferencia de los otros testimonios presentados hasta aquí no remite de entrada a una forma de verse, o una forma de pensar, sino que conecta más con la emotividad, la sensibilidad y la estética. Juega con los aromas, con las texturas, con las sonoridades e incluso, con referencia al mambe, con cuestiones espirituales. Este registro afectivo y estético no aparece de manera homogénea en

todos los relatos, pero su presencia si se puede rastrear. Dejaré para más adelante un desarrollo más profundo de esta idea.

Por ahora, la idea de que el encuentro con otros aporta riqueza material e instrumental para generar rupturas o fugas con el modelo hegemónico de masculinidad, es la que quiero rescatar. Entiendo aquí lo material y lo instrumental en este sentido lúdico, es decir, en la posibilidad de interactuar con otro tipo de objetos que anclan y movilizan trayectorias de fuga al modelo patriarcal de lo masculino. Esta idea me remite al papel que tiene el encuentro con otros en la conformación de una red que moviliza la acción. Una que está conformada por el encuentro, sí, pero que además establece conexión con otros participantes no humanos, en este caso los juguetes. Tomando palabras prestadas, la presencia material e instrumental remite a la idea de que la acción social es “desplazada y delegada a distintos tipos de actores que son capaces de transportar la acción a través de otros modos de acción, otros tipos de fuerzas completamente distintas” (Latour, 2008, p. 104).

El segundo aspecto que quisiera resaltar del testimonio de **Mario** tiene que ver con la notación que hace al final. Allí, después de describir los juguetes y cómo fue generando un proceso de encuentro y reunión, el participante dice: “*y nos fuimos encontrando y generó entonces que nos fuéramos un grupo de personas, a asumir cómo es que queríamos seguirnos viendo, compartir entre hombres, porque nos hacía bien compartir entre hombres*”. Resalto el aspecto que se hace más presente en todos los testimonios que he seleccionado para este apartado. La visión y el pensamiento emerge nuevamente. El encuentro y grupo de hombres retoma la posición del faro que hace un tipo de mirada sobre el “Yo” y que a la vez establece una posibilidad generativa que se resume en la pregunta sobre cómo se querían seguir viendo. De alguna manera el momento asociativo y de encuentro es un estado que alerta sobre la presencia de la masculinidad hegemónica, una mirada que articula al “Yo” elementos de una masculinidad que se quiere abandonar y motiva a la acción. Esto me narra **Fernando** sobre las repercusiones de haberse asociado al grupo Nuevas Identidades Masculinas (NIM):

“Parece que la vida es distinta. Que son otras realidades, ¿cierto?, y empezar a abrir la mente y los sentimientos hacia otras cosas, hacía otras expresiones de la masculinidad y de los afectos” **Fernando**.

En cada uno de los testimonios presentados, los momentos asociativos y de encuentro habilitan una forma de mirarse a sí mismos. Inauguran una reflexividad que toma al “Yo” como objeto de observación y pensamiento. Su acontecimiento es el de poner en el cetro a ese “Yo masculino” interpelarlo, juzgarlo en algunos momentos e incluso demandar de él un compromiso de acción. El testimonio de **Fernando** me permite seguir este rastro. Allí detecto un momento de señalamiento, de evaluación cuando dice “pare que la vida es distinta. Que son otras realidades”, pero, seguido a este momento evaluativo se abre la posibilidad y el camino de transformación señalando la necesidad de abrir la mente, expresión que remite nuevamente a un ejercicio cognitivo y del pensamiento que, en el caso de la masculinidad hegemónica, es reconocido como estrecho o limitado y también una mención a formas de expresión y de afectos que de por sí desplazan el posicionamiento de la masculinidad al articular dimensiones con las cuales, en el orden tradicional, no se le reconoce.

En este punto, los encuentros y momentos asociativos que he descrito y analizado de las narrativas que aportaron los participantes de la investigación han tenido como coprotagonistas relaciones cercanas, vínculos primarios o de amistad y, sobre todo, de encuentro con otros hombres. Sin embargo, existen procesos de encuentro y asociatividad que están mediados bien sea por relaciones institucionales o que no son encuentros con otros hombres, sino con mujeres. Ejemplo de esto es el testimonio de **Felipe**, un joven que se reconoce como hombre homosexual, del municipio de Rionegro, en el departamento colombiano de Antioquia:

“Eh, ya en la universidad, yo ya participaba del movimiento estudiantil, me relacionaba con el tema de la movilización social, específicamente me gustaba mucho ir a espacios académicos, a conocer sobre masculinidades y todo eso” **Felipe**.

La universidad es ese escenario de relaciones académicas e institucionales donde él encuentra estos otros y que derivarán posteriormente en su activismo y acción. Su participación en estos espacios, y sus intereses académicos que también están rodeados por la conexión con el feminismo, y la posibilidad de moverse en estos colectivos de reflexión

y acción. Al respecto **Felipe** agrega una experiencia de un colectivo del que hizo parte:

“Pues teníamos, no era ningún tema de una organización, de una fundación, era un tema de unas compañeras de trabajo social y de otras carreras, que nos gustaba preguntarnos por el tema de género específicamente, nos nombrábamos desde las disidencias sociales, sexuales y de género” **Felipe**.

El grupo encuentra una cohesión en torno a una pregunta y reflexión común. Este encuentro articula un ejercicio de pensamiento que se expande en un posicionamiento político específico cuando deciden nombrarse disidencia social, sexual y de género. Si bien hay una referencia a personas cercanas como amigos o compañeras de estudio estos encuentros están mediados en este relato por las dinámicas propias que facilita el contexto universitario, pero, que se expande a otros grupos y tipos de movilización de carácter social. **Fernando** aporta un testimonio que va en esta línea cuando relata su participación en algunos procesos asociativos de su territorio:

“Y allí, por ejemplo, empecé a aprender a participar de acciones públicas, de darles sentido a las movilizaciones, de que hay que ir más allá a parte de lo individual en la expresión y en la manifestación de esas inconformidades, de esas, rabias, y encausarlas de otra manera” **Fabian**.

Su testimonio traza una línea de transformación. Establece de manera implícita un antes donde la movilización no hacía parte de su repertorio de acción, pero, que luego de procesos de encuentro y momentos de asociación resignifica la inconformidad en el espectro de la acción colectiva y política. Este es un elemento importante que agregó a mi análisis porque me permite trazar un momento adicional del encuentro con los otros. Ya antes había mencionado el lugar del faro que mira al “yo”, es decir, cómo esta dimensión colectiva habilita cierta mirada sobre sí mismos, pero, también cómo hay un espectro generativo es este espacio que favorece la emergencia de otros pensamientos y fugas a la masculinidad tradicional. Con los testimonios de **Felipe**

y **Fernando** puedo establecer un efecto más tradicional, o al menos más esperado del encuentro con los otros y los momentos asociativos. Me estoy refiriendo de manera explícita a la habilitación política en la acción colectiva, a la articulación de ejercicios de incidencia política y movilización social.

Para la mayoría de participantes de mi investigación, la conclusión es que la asociación entre hombres y la movilización social son un paso esencial en el presente y el futuro. Es la razón por la que para **Jarlan** “es necesario en El Salvador crear un movimiento social de hombres, que sea un actor político que presione al Estado”, o que para **Bernardo** una de sus misiones en su activismo sea “que en el próximo plan de gobierno sea, tenga una mirada no patriarcal”, es decir, que parte de su incidencia y participación política está mediada por esta ruptura con respecto a los órdenes tradicionales del género. En términos concretos el encuentro aporta a la reflexividad de los participantes de la investigación, y al mismo tiempo, establece procesos generativos de fuga a la masculinidad hegemónica y articula estos elementos en una acción colectiva, una expresión política que da forma a sus procesos de movilización y activismo.

Para cerrar este segmento, quisiera condensar en este párrafo lo que los momentos asociativos y de encuentros representan. Pero, para esto aclararé que encuentro y asociación terminan configurando un proceso que no se limita al acercamiento de agentes humanos. Con esto lo que estoy proponiendo es que en las circunstancias que abarcan la acción de transformación que lleva a que los participantes de mi investigación asuman una posición personal y política frente a la masculinidad hegemónica, los momentos asociativos y de encuentro son situaciones de articulación y configuración de una red diversa de agentes que desplazan y habilitan la acción social. Con esto pretendo resaltar que en el encuentro median grupos primarios, personas cercanas, pero también se configuran y articulan instituciones, los procesos que allí se llevan y como expresé en el caso de los juguetes, también se agrupan en la acción de transformación materialidades e instrumentos. La dimensión colectiva cumple un papel logístico en la medida que aporta elementos, los reúne y los ponen en relación (J. A. Jiménez et al., 2016), favoreciendo, en este caso, una deconstrucción/construcción de la masculinidad y la acción política.

4.3 Escena y contexto de la acción

Cada historia refiere a una acción. Para Aristóteles, en su Poética, la imitación es una de las cualidades de lo humano y se expresa de diversas maneras, entre ellas en la tragedia y la comedia. A su juicio la característica base de estas historias es que constituyen una imitación de las acciones, para el caso de la tragedia unas que son exaltables y en el caso de la comedia las de carácter bajo o viles. De forma taxativa una historia abarca una acción, proceso que se denominará *mimesis*. Continuando con esto, Paul Ricoeur (2004), en su expansión de la *mimesis* aristotélica en la triple *mimesis* enumera tres elementos necesarios para que pueda constituirse una historia y esta pueda ser comprendida: La Red Conceptual de la Acción, La Mediación Simbólica y la temporalidad.

Con respecto a la primera, red conceptual de la acción, el pensador francés establece la acción no como una unidad sino como una configuración en la cual se articulan diversos elementos, de hecho al inclinarse por este concepto compuesto, en lugar de la categoría acción a secas, lo que busca es subrayar el hecho de que el término “tomado en el sentido estricto de *lo que* alguien hace, obtiene su plena significación de los demás términos de toda la red” (Ricoeur, 2004, p. 116). Esta red conceptual está conformada por fines, motivos, agentes, situaciones y escenarios. Es la relación entre estos elementos la que define la acción como tal.

Kenneth Burke (1969) establece un modelo dramático de cinco elementos: Actos, Escenas, Agentes, Instrumentos y Motivos. Según su explicación la relación entre estos elementos constituye un modelo dramático que sirve para responder a preguntas como: ¿qué está haciendo una persona? o ¿qué hizo una persona? Estos cinco elementos responden a su vez a las siguientes preguntas: ¿qué sucede?, que corresponde a los actos, ¿quién ejecuta la acción?, se responde con los agentes, mientras que con los instrumentos se responde a la pregunta ¿qué usa el agente para ejecutar la acción? Y la pregunta: ¿por qué se desarrolla la acción? está en el horizonte de los motivos. Finalmente, todo esto reunido es ubicado en un lugar, la escena que viene a ser, ya sea el espacio físico donde suceden los hechos, o de manera más amplia, el fondo y el contexto donde estos ocurren.

En los apartados anteriores he descrito algunos agentes e instrumentos de la acción de las narrativas investigadas. *La relación con el feminismo* y *Los momentos asociativos y de encuentro* rastrean algunos protagonistas y las herramientas de las cuales hacen uso. Ahora quiero dedicar mi análisis a una descripción y comprensión del escenario donde ocurre la acción, es decir, la escena o el contexto donde esta se desarrolla. Pero, antes de entrar al material empírico se me hace necesario dos precisiones con respecto a la escena y el contexto que me ocuparé de resolver y abarcar en este momento.

En primer lugar, retomare a Paul Ricoeur. Él afirma que el paso “de lo paradigmático a lo sintagmático constituye la transición misma de *mimesis* I a *mimesis* II. Es el fruto de la actividad de configuración” (Ricoeur, 2004, p. 132), la síntesis de lo heterogéneo. Para concretar un poco más esto recordaré algo que mencionaba al inicio de este capítulo, y es que, para el autor de *Tiempo y Narración*, la *mimesis* I constituye los elementos pre-narrativos que hacen posible la comprensión y elaboración de historias, en los cuales se ubica la red conceptual de la acción. Estos elementos, que son también parte de los cinco elementos del modelo de dramatismo de Burke, constituyen lo paradigmático y son tomados en su heterogeneidad y articulados en torno a una trama que les da un sentido particular en el proceso sintagmático. Cuando esto sucede es que se precisa el tránsito a *mimesis* II.

Desde este marco comprensivo, al referirme a escena o contexto no estaría hablando de un espacio con límites claros, sino que su significado está mediado por la relación con los demás elementos que conforman la acción y mediado además por el sentido que los narradores, los participantes de la acción, le dan a partir de sus historias. La escena como contenedora de la acción y de los agentes (Burke, 1969) no es estéril o neutra, tampoco es un elemento aislado, su lugar en la historia está afectado por el ejercicio narrativo que más allá de un enfoque representacional, por medio de la mediación que se realiza, tiene también la posibilidad de expandir los horizontes de aquello a lo que se refieren. Con esto, de manera puntual, estoy planteando que el escenario más que una copia fiel de un espacio físico neutro tiene un sentido y es

constituido desde el ejercicio narrativo, algo que puede ser leído desde el principio de Reflexividad de la etnometodología⁹.

El segundo aspecto que quiero reflexionar al respecto de la escena y el contexto de la acción tienen que ver con esto y hace parte de mi marco comprensivo de las narrativas que investigo. Aquí retomo una idea de la denominada *Sociología Simétrica* (Domènech & Tirado, 1998). Esta propuesta apunta a la superación de dicotomías como Social/Naturaleza y plantea, además, que estos dos elementos no sólo son productores de los fenómenos, sino que son productos en sí mismos, aduciendo además que por el principio de simetría deberían poder aplicarse los mismos métodos para estudiar el conocimiento de las ciencias sociales y de la naturaleza.

Cabalgando en este planteamiento teórico, Bruno Latour (2008) se aparta de una concepción de lo social como dominio de la realidad y en su lugar aboga por una comprensión de lo social como asociaciones. Esto cambia la forma como se entiende a la sociedad y a conceptos relacionados como el contexto, pues más que dominios específicos de la realidad deberían ser entendidos como procesos de articulación y asociación. Retomando esto, al hablar de escena y contexto de la acción, no hago referencia a un espacio delimitado donde simplemente ocurren las transformaciones narradas por los participantes de la investigación. Más bien, y de acuerdo con lo que plantea Latour, los contextos son entendidos en su sentido etimológico, del latín *contextus* que significa unión de dos o más elementos y las circunstancias en las que se encuentran.

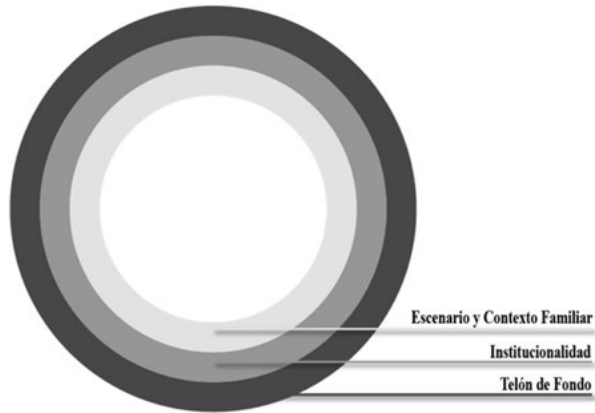
9 Lupicinio Iñiguez, refiriéndose al principio de Reflexividad de la Etnometodología, precisa que “mientras interactuamos con otras personas y hablamos con ellas, producimos simultáneamente el significado, las normas y la inteligibilidad de lo que hacemos” (Iñiguez, 2006, p. 75). Trasladando este argumento a la escena narrada y articulada en la trama de una historia, podría decirse que más que una descripción, cuando un narrador configura una escena con el resto de elementos de la red conceptual de la acción está construyéndola y no simplemente haciendo una descripción de esta. Es lo mismo decir que la escena narrada es significada y configurada en la narración, más que un espacio neutro, la forma en cómo emerge da cuenta del sentido que articula todos los elementos narrativos.

En síntesis, cuando hago referencia a la Escena y el Contexto de la Acción estoy haciendo referencia a los sentidos que esta toma en la construcción de la trama narrativa y de la misma forma lo que busco es dar cuenta de cómo a partir de esta descripción se entreteje, por la unión de diferentes elementos, un contexto, es decir se da cuenta de este, pero, también se constituye en el ejercicio narrativo. Cuando me refiero a la escena y el contexto, me referiré al proceso de articulación de elementos que definen y dan sentido, dan fondo, a la acción y la transformación de los participantes de mi investigación y no simplemente a una descripción de un espacio determinado.

Este tipo de claridad me parece importante. Una de las razones es que la variedad geográfica de los participantes de la investigación no presenta de manera integrada, o unificada, una descripción detallada de los espacios. La cuestión a la que me enfrento es presentar más cómo se construye el telón de fondo de las historias en lo que tienen de común. Para esto fue necesario que centrara mi mirada no solo en las referencias que se hacen a escenarios y contextos como el familiar, el institucional o el político, sino a las líneas que atraviesan cada uno de estos lugares en una serie de denominaciones que, en apariencia, parecen referir cuestiones diferentes, pero, que se homologan para dar cuenta de una forma de actuar específica y que de manera más directa representa la resistencia de los participantes de la investigación.

Los escenarios que presento a continuación se describen siguiendo una línea analítica que va desde lo más cercano e íntimo a los más abstracto y amplio (Ver Figura 4). No obstante, dicha separación es artificiosa, y debo dejar en claro que su diferenciación responde a un recurso comprensivo, pero son muchos los lugares en donde cada uno de estos espacios se une, máxime si lo que guía el análisis es un criterio funcional.

Figura 4 Escenarios de la acción.



4.3.1 Escenario y contexto familiar

La decisión que he tomado para iniciar este análisis es seguir una línea de referencias que van de contextos o grupos primarios, a reflexiones más abstractas como el territorio, la nación y, finalmente, el modelo o racionalidad hegemónica. Con respecto a la familia, puedo decir que su papel no es unitario. Las referencias a lo familiar emergen desde la particularidad. Su desarrollo responde a diferentes circunstancias narradas por los diferentes participantes. Hay testimonios que dejan ver escenarios familiares marcados por pautas de relacionamiento violento que tiene un lugar en la narración, juega un punto de giro, un antecedente del cambio. **Bernardo** refiriéndose a su infancia narra:

“Yo fui un niño, eh, que recibió mucho rejo de niño, porque mi papá pensaba que la letra con sangre entra” **Bernardo**.

En este caso, el contexto familiar está marcado por una posición de fuerza y castigo del padre. La creencia del padre responde a un dicho popular, un refrán que resalta el esfuerzo y el sufrimiento como fuente de aprendizaje. Francisco de Goya, pintor español, realizó una pintura

que lleva por nombre este refrán. En el cuadro se aprecia lo que parece ser un salón de clases, con un par de niños concentrados en escribir algo en una hoja de papel y otros muchos más de pie en el centro del salón. Algunos parecen sollozar, mientras que en el extremo izquierdo de la pintura está la figura de un niño de espaldas, inclinado, con sus pantalones abajo, mientras el docente sostiene en su mano derecha un látigo o cinturón que usará para golpear al que esta de espalda.

La representación de esta pintura y el testimonio de **Bernardo** reflejan un escenario de violencia y miedo, en el cual la formación y el aprendizaje están relacionados de manera muy estrecha. Para **Bernardo**, este contexto familiar representa una forma particular de familia que se reproduce en otros grupos, pero también, al centrar su relato en la figura del padre, da cuenta de una figuración de lo masculino que en lo personal lo cuestiona en el ámbito de las relaciones. Más adelante continuará su relato diciendo:

“Entonces que la educación, y me he movido mucho en el campo de la educación también, entonces que la educación es dominación. Eh, la educación no es para que vos saques tus posibilidades, sino que yo te perfilo para ser lo que yo quiero que seas. Entonces como todo el campo siempre ha sido de las relaciones” **Bernardo**.

La ampliación que hace de la anécdota familiar a una reflexión concluyente sobre lo educativo me parece muy interesante porque da cuenta de los acoples entre los diferentes escenarios que abarcan la acción. La conexión entre la idea de la educación y su experiencia familiar llama la atención sobre una línea que atraviesa estos contextos: la dominación. Cuando hace el relato de su situación con el padre en la infancia, este hecho está relacionado con el aprendizaje y una forma de pedagogía cruel y violenta en la que creía su padre. Más adelante, como narración de su trayectoria personal y profesional, en un ámbito mayor como es el educativo, esta violencia es reconocida como dinámica y desarrollo de este campo. La dominación es el elemento común que hila estos dos fragmentos, más puntual, una pedagogía violenta que atraviesa ambos contextos, familiar y educativo. Entre los dos hay un vínculo, un encuentro extensivo por una forma de relacionamiento que hace uso de las jerarquías. Puedo concluir del testimonio de **Bernardo** que la fami-

lia como escenario es estructurada y estructurante, es decir está modulada por una lógica que atraviesa muchas otras instancias, pero, al mismo tiempo ejerce la acción suficiente para dar paso a la acción de los sujetos, tiene una incidencia directa en cómo estos experimentan las relaciones. Como escenario estructurante, en la narración de **Bernardo** la familia es un espacio violento que influye en el desarrollo de su subjetividad y que se vuelve un punto de inflexión y reflexión sobre ámbitos mayores.

Fernando, siguiendo esta tendencia, cuenta una anécdota relacionada con su madre y que también ocupa un espacio importante en su narración:

“Anecdóticamente les cuento, por ejemplo, que yo cuando estaba niño de pronto se me ocurría pedirle un abrazo a mi mamá y mi mamá no me lo daba, ya. Mamá yo quiero un abrazo y ella “no, no, para qué usted un abrazo”. Ya ahí ustedes podrán imaginarse que es uno, fruto de todas esas cosas. Eh igualmente, eh, el comerciante, porque he sido de familia comerciante, a través de la droguería, pero comerciante” **Fernando**.

Hay dos elementos en la referencia al escenario familiar. Por un lado, si bien no se relata un hecho de violencia directa como en las citas anteriores de **Bernardo**, el relato de **Fernando** pone de manifiesto que aquello que es él resulta de una forma particular de relacionamiento que negaba o que bloqueaba la expresión afectiva para él como hombre, se define como fruto de esta forma de relacionamiento. Su relato hace parte de la descripción de lo que era antes de involucrarse en una deconstrucción de la masculinidad, estableciendo así un vínculo directo entre una forma particular de ser hombre y un contexto familiar que niega afectos. Con otras palabras, **Fernando** reconoce el escenario familiar como un espacio de relacionamiento estructurante de su ser como hombre, respondiendo en su versión hegemónica a esta ausencia de afectos.

En estos testimonios, la familia está en el fondo de la acción como un momento y un espacio de inflexión, que visto desde la retrospectiva de la narración señala y denuncia algunos laberintos culturales que propician la formación de un orden de género desigual y que otorga al hombre el lugar de la dominación. Un espacio estructurante de las relaciones, espacio de fabricación de la persona, pero, que está enmarcado en los vínculos que tiene con un contexto cultural mucho mayor. Una

de las características que hasta este punto tiene la familia es la herida, la huella que impacta de forma negativa en la vida de los hombres; un impacto que es negativo y que luego en la historia ocupa un papel central, puesto que la acción gira en torno a las formas de escapar de estos laberintos culturales. **Ricardo** se refiere a una acción específica que ocurre en este escenario familiar:

“Mi padre me saca del ballet folclórico de Antioquia, porque yo soy aceptado en una audición que hago, para ser parte de la escuela del ballet. Y a los diez años mi padre me saca y eso se constituye en una herida fuerte en mi ser” **Ricardo**.

Existe un conflicto de escenarios. La acción del padre de **Ricardo** reafirma los límites espaciales que un hombre debe habitar y aquellos que le están vedados. Por otro lado, la figura del padre nuevamente es representada en la posición de autoridad, con la capacidad y potestad de ejercer dicho control y poder sobre los miembros de su familia. Además de esto, el testimonio concluye con lo que significó esto para **Ricardo**. El relato finaliza con las consecuencias en el ser. El producto de esto es la herida, una figura que representa una irrupción violenta sobre el cuerpo, una laceración o una deformación. La forma de narrarlo asume un ser previo a la herida, un elemento que es violentado y que se constituye en una marca que, como narrará más adelante, aún persiste. De esto se puede extraer una consecuencia directa sobre la función estructurante del escenario familiar como reproductor de un orden de género hegemónico: la conformación de sujetos no solo como moldeamiento, sino como laceración, como corte directo sobre las posibilidades existenciales:

“Con un padre policía, militar. Mi tío militar, mis primos militares, que empiezan a, lo que Foucault llamaría, anatomo política y biopoder, a controlarme” **Ricardo**.

Esta precisión en la historia de **Ricardo** deja entrever los vínculos que se hacen del escenario familiar. Aquí emerge como espacio estructurado. Al mencionar a los integrantes de su familia por su filiación institucional con el ejército se traza la línea que conecta a la familia con un orden autoritario de carácter estructural. Se asume así una homo-

logación de métodos, o formas de relacionamiento entre lo familiar y lo militar. Es claro que esto no representa un patrón común en todas las narrativas, pero, sí expresa de manera directa cómo la escena familiar puede estar modulada en una racionalidad que está más allá de sus márgenes. Podría afirmarse que este elemento transversal en la historia de **Ricardo** tiene que ver con el uso de la fuerza y las relaciones jerárquicas¹⁰.

A esta visión de lo familiar podrían agregarse otro tipo de referencias que hacen los participantes sobre este escenario. Expresiones que de forma sintética marcan las líneas de un laberinto cultural en el cual la familia es reproductora de estereotipos o conductas relacionadas con la masculinidad hegemónica y dominante. Pero, y respondiendo a la heterogeneidad de los relatos, los escenarios familiares no se agotan en esta visión negativa. Existen otro tipo de relaciones internas que marcan una ruta guía en la transformación de la masculinidad, conciben un espacio de relacionamiento alternativo que abre brechas para pensar otras

- 10 En *Las Estructuras elementales de la Violencia*, Rita Segato (2010) retoma las críticas que Carole Pateman hace a la idea psicoanalítica del asesinato del padre como origen de la civilización. Afirma que previo a este hecho hay una apropiación de lo femenino que da origen a la ley de estatus, una ley del género que es previa a la ley del padre. A partir de este argumento se sustenta una dimensión estructural y simbólica de la violencia contra las mujeres y de la violación como reafirmación de dicha ley. Una idea clave para concluir que tras estos hechos lo que hay es la expresión de un mensaje que confirma el orden de género. La ley del Estatus, en términos de Segato hace parte de la estructura simbólica de las sociedades y define las relaciones de jerarquía y dueñidad de lo femenino. Por su parte precisa que lo femenino como posición de esta estructura también aplica para lo otro feminizado, esto es, para aquellos sujetos que son puestos en la posición de lo femenino como esclavos, niños, niñas, ancianos y ancianas, o personas con orientación sexual diversa. Estas ideas permiten trazar líneas que aborden cómo la ley de estatus se reproduce u opera en diferentes escenarios, estableciendo vínculos entre ellos. En el caso de **Ricardo** lo militar como afirmación y encarnación de dicha ley se hace presente también en el relato familiar y deja claro su capacidad de marcar los cuerpos a partir de la herida que genera en él el haber sido retirado por su padre del Balet folclórico de Antioquia.

formas de relacionamiento. **Darío** narra su experiencia significativa en el escenario familiar:

“Mi madre fue una mujer sola, con seis hijos y ella nos enseñó a los hombres y a las mujeres a que teníamos que asumir los trabajos de la casa, que las mujeres era para respetarlas, entonces eso viene desde ahí. Entonces, es casi que una lucha desde la casa, porque yo vi toda la vida a mi mamá trabajar para mantenernos a nosotros y después nosotros involucrarnos en el trabajo para poder sostener y vivir en familia” **Darío**.

En el fragmento la madre es un modelo de la paridad y el respeto hacia las mujeres. El primer señalamiento que se hace se aleja de lo que sería un modelo familiar nuclear, una estructura encabezada por una pareja heterosexual y que es más un modelo normativo que una realidad, como lo afirmaría Ignacio Martín-Baró (1986) en un análisis de las familias salvadoreñas. En el relato de **Darío** la madre cabeza de hogar ejerce una función pedagógica que resulta en una enseñanza de paridad y compromiso que luego él retoma como parte del escenario que abarca su proceso de cuestionamiento y deconstrucción de la masculinidad.

La ruptura es doble y aborda pistas interesantes. Por un lado, la fisura con el modelo tradicional y, por el otro, una educación relacionada con el cuidado del hogar y la vida familiar que es paritaria y no genera exclusiones basadas en el sexo. Desde esta doble disrupción acontece la familia como un escenario que expande las posibilidades existenciales de **Darío** como hombre, y en un inicio rompe con un posicionamiento jerárquico de él en el núcleo familiar solo por ser un varón. El interés en esto se conecta con una de las tesis de Severine Auffret (2019). En su trabajo, *Historia del Feminismo. De la Antigüedad a nuestros días*, defiende que las grandes transformaciones con respecto al género surgen de rupturas y reconfiguraciones de las estructuras familiares. Directamente afirma que “para que existan ideas feministas, deben moverse las estructuras de la familia y de las relaciones intersexuales” (Auffret, 2019, p. 28). Su argumentación estrecha el vínculo entre la posibilidad del feminismo y un proceso de transformación en una de las instituciones de la sociedad. El relato de **Darío** se vincula con esto pues refleja una idea feminista, paridad en las labores del hogar, con una familia que no se ajusta al canon de pareja heterosexual e hijos.

Tiempo después **Darío** resignificará esta experiencia en carne propia al enfrentarse a su paternidad y la crianza de sus hijos solo. Para él esta experiencia le hizo darse cuenta de las valoraciones diferenciadas que se hacen del criar hijos solo. Pues según relata en su caso, a un padre soltero se le adjetivaba con términos como valiente y “berraco”, mientras que a las mujeres se les tacha de manera negativa. Además, en su relato el espacio y escenario familiar se convierte en un territorio para desplegar las transformaciones necesarias para otras masculinidades:

“Una cosa bien sencilla es poder yo compartir los trabajos de la casa. Hacer una comida, que mi familia disfrute de una comida hecha por mí. Es muy rico yo involucrarme en la crianza de los hijos y eso si lo digo con propiedad y con, y con conocimiento de causa. Para mí, los mayores maestros, los mayores maestros fueron mi hija y mi hijo” **Darío**.

El involucrarse en las tareas del hogar, en el cuidado y la crianza, es para **Darío** una acción que marca la distancia entre lo hegemónico y lo otro. Sus hijos son puestos en su relato en una posición de enseñanza, como fuente de aprendizaje para él. Este tipo de referencias hace una inversión de la estructura jerárquica que se veía en los relatos de **Bernardo** y **Ricardo**. Al contrario que en estas historias, acá la enseñanza no viene dada por una posición de mayor jerarquía en la estructura familiar, sino que es vista de forma más horizontal. Pero, sobre todo, el escenario y contexto familiar, además de ser estructurante de las relaciones del sujeto, es un escenario de resistencia.

Se podría decir que, teniendo en cuenta la familia como expresión de una estructura mayor, al ser vivenciada cotidianamente desde las rupturas, constituye un escenario de lucha más en la cual se articula la posibilidad de masculinidades otras. La familia como escenario es politizado, reapropiado a la narrativa masculina de **Darío** y postula, de esta forma, una base axiológica de lo que representa para él esa masculinidad otra, una que articula acciones como el compromiso con la crianza y las labores de sostén y cuidado del hogar. Este tipo de reposicionamientos discursivos señala una discontinuidad en este escenario considerado como un espacio estructurado, su denuncia como lugar de reproducción de relaciones patriarcales o de un orden de género hegemónico deben ser revisados, toda

vez que la continuidad familiar se ve desafiada por la heterogeneidad de relaciones de este tipo que no se ajustan a lo esperado.

La cotidianidad de situaciones familiares como las narradas por **Darío** (madres solteras, padres solteros) politizan este escenario y lo despliegan como espacio de acción transformadora o diversa. Una idea que amplía la tesis de Severine Auffret (2019) dejando en evidencia que una configuración familiar no ortodoxa aporta elementos para el cultivo de ideas feministas. Pero, se revela aquí un fenómeno no intencional que vale la pena mencionar, pues estas familias no son producto necesariamente de una reflexión, sino que en muchos casos son el resultado de las relaciones desiguales y reflejan un entramado de desigualdad entre las cuales se encuentran las relaciones entre mujeres cabeza de hogar, el poco compromiso de los hombres con la crianza de los hijos y aspectos económicos como la feminización de la pobreza (ONU Mujeres, 1995).

Además de la familia como un escenario estructurante de las relaciones, en una estructura de género que la abarca, la familia es también el escenario de ruptura y acción política como lo deja en claro este testimonio. Es un lugar donde se materializan las transformaciones en un primer nivel, donde se valoran los logros de la acción y del proceso. Para **Felipe**, la relación en su hogar, y con su padre, con relación a su homosexualidad es testimonio de esto. Al respecto cuenta que:

“Con mi papá si ha sido un proceso muy bonito. Incluso él ahora comparte con mi compañero, parchan ellos dos, y él ha ido como avanzando; a pesar de que cuando me vio la primera vez dándome besos con un man nos cogió a puños a los dos” **Felipe**.

La transformación que experimenta su padre la califica como un avance. Un adjetivo que de manera implícita ubica a las posturas de rechazo a la homosexualidad como atrasadas o retrógradas. Pero, también el avance puede ser comprendido como el cambio de una posición con respecto a la sexualidad, la diversidad y la aceptación de este padre a su hijo homosexual. En este caso, el avance es una consecuencia extensiva de los procesos y luchas que **Felipe** ha dado en su historia en lo personal y político. La presencia de este hecho en su narrativa pone al espacio familiar como un escenario y contexto donde su acción repercute y tiene

incidencia directa, que es igual a decir que la actuación política se hace extensiva al espacio íntimo de la familia.

En este orden de ideas, las relaciones entre Espacio Público/Política y Espacio Privado/Cuidado, son yuxtapuestas, hasta el punto en que en la narrativa los bordes son tan difusos que el hogar es un espacio politizado y contenedor de cambios. Por otro lado, la relación que su padre tiene con su pareja, cuando afirma que “parchan” y comparten juntos, representa otra ruptura de lo familiar nuclearizado en tanto que las fronteras, los límites entre lo esperado y la cotidianidad, se ven desafiados por la presencia y aceptación de una pareja homosexual.

El escenario familiar adquiere una importancia adicional en la narrativa. Su papel no se limita a ser una expresión de un orden mayor, o un lugar donde se forman los sujetos, sino que pasa a ser un espacio de materialización política. Retomo aquí la reflexión que hace Rita Segato (2016) cuando afirma que en las sociedades comunitarias, es decir, aquellas previas al influjo del proceso de la modernidad, existía un patriarcado, sí, pero de baja intensidad que reservaba para el espacio familiar una función política importante¹¹. En su tesis, la familia nuclear cerrada, encerrada en cuatro paredes es producto de la modernidad. En este sentido, la reapropiación o habilitación política que en las narrativas se hace del escenario familiar como espacio de ruptura y acción política marca la conexión y resistencia con ese otro escenario más general que lleva adjetivos como conservador, capitalista, depredador y otros que desarrollaré más adelante.

11 “Esto se ve en el mundo indígena. Antes, la comunidad tenía su espacio doméstico atravesado por decenas de personas mirando a todo el mundo. No existía, como existe entre nosotros, la noción de vida privada, la idea de proteger la privacidad, ese valor de lo privado que es plenamente moderno, plenamente individualista. No existía lo íntimo, lo que no se puede ver, no existía esa visión de las cosas. Ese ojo colectivo se pierde con la familia nuclear. La modernización, el individualización, la nuclearización de la familia, hay en todo eso una caída abrupta del valor del espacio particular, del espacio doméstico, que se vuelve un espacio íntimo y privado. Antes no lo era. (Segato, 2016, pp. 167-168)

Para terminar este punto citaré el testimonio de **Víctor** que en parte de su narrativa cita a su familia y la relación con su padre:

“Bueno para mí siempre fue un gran héroe. ¿Qué tiene mi papá? Mi papá era artista, era restaurador, entonces hay como una sensibilidad muy fuerte frente al arte, frente a la estética que contribuye mucho en mi crecimiento, en la formación de mis hermanos” **Víctor**.

Más adelante, luego de comentar la muerte de su padre y la cercanía que tuvo en ese momento con su madre, completa su relato de la siguiente manera:

“Entender un poco que ella, en realidad sí había sufrido mucho el matrimonio, no necesariamente mi papá había sido un mal padre, pero sí, no había sido un esposo cariñoso. Y había sido como muy violento con mi mamá en muchos aspectos” **Víctor**.

Este doble retrato que presenta **Víctor** de su padre pone en cuestión la complejidad del escenario y contexto familiar. A lo largo de este apartado he descrito que la familia es un escenario que estructura las relaciones dentro de una estructura mayor que tiene como fondo el estatus, la jerarquía y el orden hegemónico del género. Vista así, la familia aparece como un escenario articulado a la acción en la medida que representa un punto de inflexión que moviliza el cambio como una especie de huida de estos patrones o una superación de estos, también como un elemento de contraste que marca límites entre lo que se espera deconstruir y un marco axiológico diverso para la masculinidad. Pero la familia también, como lo analicé en los demás relatos, es un espacio de ruptura y acción política. Lo que puedo extraer del testimonio de **Víctor**, que amplía estas reflexiones, es que puede existir una continuidad/discontinuidad en la forma como se presentan estos escenarios.

Si bien puede ser vistos como lugares negativos que reproducen la desigualdad, o ser vistos como antecedentes y presentes de una acción de transformación en términos más positivos, el relato de **Víctor**, en las dos posiciones que narra de su padre (padre y esposo), aparece este contexto en las dos formas que he presentado. Esta situación lanza una alerta de cautela a la hora de reflexionar sobre este tipo de escenarios,

pues más que unidades simples, son todo un entramado de relaciones y posiciones en el interior que deja espacio para la existencia de situaciones dilemáticas como las planteadas en este último fragmento. Para el caso de esta investigación, dicha continuidad/discontinuidad de la familia como escenario se hace presente y deja entrever que, como lugar representativo en las narrativas, en términos analíticos abarca las estructuras políticas más amplias y dinamiza las resistencias en un nivel más local. Como escenario la familia reproduce en una geometría fractal un espacio complejo de relaciones en donde está inserta, pero al cual también incide.

El escenario familiar surge en todas las narrativas. Su presencia se hace manifiesta en algún momento del relato dejando ver que la familia en sí misma puede ser considerada como un relato de carácter social, mucho mayor. Es decir, cumple una función estructurante en la forma como se narra la vida misma de los participantes. La riqueza analítica de su aparición en la trama es precisamente la que he tratado de describir en este apartado: como un reflejo de una estructura mayor, como un espacio que incide en la formación del sujeto y como un lugar de materialización y acción política. Como estructura general el relato familiar no se sustrae ni se abandona en la narrativa de los hombres que participaron del estudio, pero, su articulación con los otros elementos de la trama, la forma como son configurados en la historia proyecta luz sobre futuros escenarios de transformación de este escenario.

4.3.2 Institucionalidad: escenarios de reflexión, articulación y disputa

El auge que ha tenido el desarrollo de las perspectivas de género y el trabajo centrado en el estudio de las masculinidades ha generado que lo institucional, tanto público como privado, se desarrollen programas o acciones encaminadas a incorporar en sus objetos misionales asuntos relacionados con la masculinidad, donde se trabajan diferentes dimensiones como la salud (Fleiz et al., 2008; Organización Panamericana de la Salud, 2019), la sexualidad (Vela & Yes, 2014; Viveros, 2009), la educación (Ramos & Fokker, 2018; Rios, 2015) y la atención y prevención de la violencia contra las mujeres (Ariza-Sosa et al., 2015; Ferrer-Pérez & Bosch-Fiol, 2016).

En el abrazo de cada una de estas iniciativas se gesta la articulación de diversos elementos que promueven una acción para asumir la masculinidad desde otras perspectivas, una acción que halla su diversidad de entrada en el cuestionamiento mismo de esta posición identitaria. En las narrativas que recopilé para esta investigación las referencias institucionales tienen un espacio y dedicación importante. En algunos casos emergen como lugares donde se gesta la acción, un espacio de acogida que brinda las herramientas para articular a la existencia de los sujetos las reflexiones y transformaciones de las cuales hoy toman parte. Por otro lado, la institucionalidad se nominaliza, se constituye en diferentes momentos de la narrativa en un sujeto con el cual se interpela. Es un escenario/protagonista en la historia, un contenedor de la acción, pero, también un objetivo de esta que toma por momentos la forma de la denuncia y, en otros, de la intervención directa.

Al referirme a institucionalidad estoy haciendo referencia a organismos de carácter privado (Organizaciones No Gubernamentales) y oficiales (secretarías, oficinas o iniciativas estatales). Estos escenarios están caracterizados por ser en sí mismos una expresión articulada. Reúnen en torno a sí una serie de recursos humanos, de infraestructura y de motivaciones de acción que los caracteriza y son los que se tejen en la textura de la historia como relevante e importante. Su lugar en las narrativas abre el camino para explorar otros lugares. Cada escenario, sea familiar o institucional, es, además de un lugar, un vehículo que genera otras conexiones con protagonistas, con otros lugares o con instrumentos.

Tomando esto en cuenta, mi intención en este apartado es analizar la emergencia de estos escenarios y lo que ellos vehiculan, las trayectorias que van trazando y que a este punto, y en la medida que avance en el análisis, me permitirá mapear los diferentes posicionamientos de sujeto de los participantes y también aventurarme con un boceto de la estructura axiológica de la acción, o las formas de sujeción que marcan los límites entre lo masculino hegemónico y lo masculino otro, en términos de valores que en la narrativa y su marco temporal funcionan como un antes y un después de la acción de los participantes de la investigación.

Comenzaré entonces con el análisis de los escenarios institucionales. Empezaré con las organizaciones no gubernamentales o de la so-

ciudad civil. Este tipo de instituciones tiene como oferta de valor la posibilidad de establecer una agenda pública que contiene demandas, reivindicaciones y acciones con alta incidencia en el terreno social (Marín & Millares, 2017). En un análisis amplio, que aborde la relación Institucionalidad no oficial/Sociedad, permite pensar que la influencia es directa y ampliamente reconocida en una dinámica de tensión y facilitación. Su papel se enmarca como contraparte y aliado de la oficialidad, como un interlocutor en el desarrollo social a partir de políticas o acciones directas.

Por su parte, esta acción también tiene una incidencia a un nivel más micro, o si se quiere al nivel de la vida cotidiana. Lo que hay de nuevo, o mejor en disputa, en estas instituciones, tiene que ver con estructuras simbólicas que se juegan con modos de vida, formas de organizar las relaciones que resultan para algunos y algunas alternativas. Alberto Melucci (2010) propone que esta capacidad simbólica, expresada como acción colectiva, tiene el poder de intervenir en la vida cotidiana de las personas, cómo toman sus decisiones diarias y, para ejemplificar esto, expone el caso de las organizaciones feministas, los cambios relacionados con la elección y gestión de las relaciones afectivas, la decisión sobre la maternidad, entre otras.

Esta característica es quizás una de las primeras en manifestarse cuando se iluminan los focos sobre los escenarios institucionales en las narrativas. **Jarlan** trae a colación su encuentro e interacción con el Instituto WEM¹², luego de reconocer que en la conversación con sus amigos y amigas ya había experimentado un gusto por el tema:

12 El Instituto WEM es una organización no gubernamental de Costa Rica fundada en 1999. Toma su nombre de un vocablo de los Bribri, grupo indígena del país, que significa Hombre. En su página Web afirman que su propósito es “contribuir al estudio, investigación, reflexión, capacitación e intervención en temáticas relativas a las masculinidades y sexualidades.” (*Wem - Instituto Wem (Masculinidad, sexualidad y pareja)*, Costa Rica, s. f.). Entre sus acciones también se encuentra la organización de grupos de apoyo o terapéuticos que aporten al crecimiento personal que contribuyan a la construcción de masculinidades positivas en jóvenes y adultos.

“Comencé a ver a la gente del instituto WEM de Costa Rica, veía sus conferencias en YouTube, eh, fui a algunos talleres de ellos en El Salvador y entonces me fascinó el tema, quedé fascinado con el tema, sobre todo desde una visión política, verdad, de conseguir a través de ese tema cambios estructurales, verdad, entonces fui descubriendo que era una herramienta política, que las masculinidades son una herramienta política, que puede ayudar con más efectividad a conseguir cambios estructurales” **Jarlan**.

Participar en las acciones propuestas por el instituto WEM llevaron a **Jarlan** a expandir la red de su acción y articularla con nuevos sentidos o descubrimientos. La institucionalidad en este caso es un espacio pedagógico que propicia aprendizaje a través del descubrimiento de nuevas formas de abordar la masculinidad y que articulan esta temática a otro tipo de preocupaciones de carácter estructural. La valoración afectiva que realiza de su participación en estos espacios (“quedé fascinado con el tema”) culminan un proceso de identificación con los valores y propuestas ideológicas de la institucionalidad, cierran una alianza firmada por la identificación del abordaje que se hace de las masculinidades.

Como escenario de reflexión, la institucionalidad en este caso específico sirve como punto de encuentro y conexión, fortalece las inquietudes que en otros momentos ya habían motivado a **Jarlan** y favorecen, por medio de los descubrimientos allí narrados, articular la intención de generar cambios estructurales a partir del trabajo con las temáticas de masculinidades positivas del instituto WEM. Podría aventurarme a afirmar que, como escenario y trasfondo de la acción, este tipo de institucionalidad no gubernamental habilita la masculinidad como una posición de transformación política por medio de su reflexión y proceso de deconstrucción. El fragmento citado de la narrativa de **Jarlan** deja ver este vínculo, lo propone cuando después de narrar su relación con el instituto WEM como una curiosidad en ascenso, el haber participado y estar presente en sus acciones, da paso a una comprensión politizada de la masculinidad como herramienta de transformación estructural. Dicho de esta forma, la institucionalidad como escenario no puede limitarse solo a un espacio cerrado, sino que se configura en su relación con aquello estructural que la masculinidad habilita para transformar. El escenario aquí es entonces

vehículo para rastrear lo estructural que **Jarlan** reconoce se puede cambiar a partir de un trabajo con las masculinidades.

Por otro lado, y como lo mencionaba al inicio de este apartado, la relación institucional marca también una transformación en lo que la vida tiene de cotidiana. **Jarlan** en su narrativa establece un marco temporal en el cual se reconoce, en el pasado, como un hombre reaccionario, celoso y rabioso. Pero, en esta estructura la acción se modifica y da paso a un presente donde ha habido cambios de impacto propiciados por su participación en el escenario de las instituciones no gubernamentales:

“El mayor impacto en el cambio en las relaciones con las mujeres, y la relación con los otros hombres. Cuando en WEM nos explicaban eso de la triada de la violencia, ¿verdad? De la violencia hacía mí mismo, me di cuenta que yo era muy violento conmigo mismo en el sentido que no iba al doctor, no pasaba a consulta, me sentía triste y ni siquiera me preguntaba porque estaba triste. Hoy cuando me siento triste al menos me hago la pregunta, ¿verdad?, ¿Por qué? Y trato de trabajar eso, pero antes no, verdad, entonces sentí el primer impacto en mi vida fue emocional, en saber manejar más las emociones y he tenido cambios rotundos en eso” **Jarlan**.

En un principio, el relato da cuenta de un cambio relacional con los otros, tanto mujeres como hombres. Pero, más que describir la condición y características de este cambio, **Jarlan** continúa haciendo referencias a un relacionamiento consigo mismo. Este momento está acompañado nuevamente de una referencia a la función pedagógica de este espacio (en el instituto WEM “explicaban eso de la tríada de la violencia) y que, de forma similar a como ocurría en los *momentos de asociatividad y encuentro*, habilita una mirada específica sobre el “Yo” que revela, en forma negativa, un relacionamiento violento consigo mismo. El escenario institucional en este caso favorece una mirada hacía sí mismo, constituye un espacio que refleja figuras del “Yo” en retrospectiva, develando formas de relacionamiento consigo mismo que, en el caso de **Jarlan**, están mediadas por otra forma de asumir la emocionalidad. Su testimonio se cierra de esta forma, aludiendo a una gestión de las emo-

ciones, a un control sobre estas que se presupone no existía antes y que jugaba en contra de su bienestar.

Felipe aporta otra experiencia, esta vez con una institución de carácter público, el Museo Casa de la Memoria, una propuesta e iniciativa de la Alcaldía de Medellín a través del Programa de Atención a Víctimas:

“Una vez había en el museo de la memoria, museo casa de la memoria una socialización de un proyecto que ellos estaban iniciando que se llama “Hombres, patriarcado y guerra”. Ese proyecto, entonces yo fui, me pareció super interesante, pues yo participé. Entonces ahí quedé con el contacto de una, del psicólogo que era el editor de esa investigación. Investigación acción participativa. Entonces él me llamó y me preguntó si yo quería camellar con ellos que por qué pues mi perfil y todo esto, que le interesaba; y yo hágale” **Felipe**.

Para Felipe este espacio es un lugar en el cual articula a sus inquietudes un trabajo sobre una temática específica en masculinidades. Su participación ensambla a su acción nuevos protagonistas, personas con las que trabajaría y que harán parte de la trayectoria que sigue su historia. El contexto del escenario, además, me resulta interesante por dos razones: la primera su objeto misional, y en segundo lugar las posibilidades que este abre cuando se articula con el tema de las masculinidades. La Casa Museo de la Memoria tiene como foco principal el tejido de un relato sobre como el conflicto tuvo y tiene lugar en la ciudad. En el caso que narra **Felipe**, el conflicto es abordado con una perspectiva de género y masculinidades, constituyendo un vínculo explicativo y de abordaje entre la violencia social y las estructuras de género. Este punto presupone un trabajo previo y un posicionamiento teórico y político, y así mismo se ofrece como un escenario que para **Felipe** constituye una plataforma de pensamiento y acción. Esta situación figura el escenario institucional referido como vehículo que articula con otro tipo de situaciones y espacios sociales.

Esta característica, como citaba, con relación al testimonio de **Jarlan**, implica una politización del trabajo con la masculinidad, a partir de un ejercicio personal y de relacionamiento consigo mismo. Esto dicho en otras palabras, tiene que ver con el hecho de que el escenario institucional es un espacio de articulación entre lo personal y lo polí-

tico que permite por un lado un posicionamiento de los participantes como hombres, pues todos llegan allí a participar en condición de tal, pero este escenario explora y se expande a otras trayectorias y espacios, implica una renovación de la posición masculina como acción política volcada sobre sí misma, sobre el cuestionamiento de su participación en un orden estructural mayor. Esto queda en evidencia para **Jarlan** cuando establece la conexión entre la masculinidad y la posibilidad de establecer cambios estructurales. Para el caso de **Felipe**, esto está articulado en el vínculo que la institucionalidad establece entre masculinidad y violencia social y en el compromiso e interés de **Felipe** de participar de manera decidida en este escenario.

La institucionalidad, en los casos citados, tanto la pública como la privada, es un escenario de reflexión que articula la masculinidad con otro tipo de problemas sociales. Pero, también, como lo analicé en el caso de **Jarlan**, representa un espacio donde el “Yo” se refleja en retrospectiva y se proyecta como cambio y transformación. La institucionalidad discurre así en una estructura temporal en la narrativa que marca un punto de inflexión entre el antes y el presente. Su posición es como antecedente estructurante de la transformación que hoy ocupa su acción, es un lugar que establece un movimiento crucial en la deconstrucción de la masculinidad de los participantes. El testimonio de **Ricardo** va en este mismo sentido, pero, en este caso, el escenario responde a una institución educativa de carácter privado.

“En la Colegiatura Colombiana, y es allí a mis treinta y pico de años que se me permite desde la filosofía y la estética hacerme una pregunta para investigar. Y esa pregunta fue íntima, yo, ¿por qué este dolor?, ¿por qué? Y además que un proceso académico te lo permitiera era muy raro, porque la gente decía esto no es una terapia, esto es una especialización, pero mi pregunta es personal. Tiene que ver con las formas de ser hombre y mujer en el mundo, y sobre todo la forma, el concepto de masculinidad” **Ricardo**.

Ricardo menciona su experiencia en una especialización ofrecida por esta universidad que lleva el nombre de Intervenciones Creativas. Este escenario representa un punto de quiebre, un partearguas en el flujo

de su narración que se expresa de manera directa con la referencia a la edad en la que esta oportunidad se da. Este gesto narrativo está acompañado del verbo “permitir” que denota una habilitación, la apertura de una pregunta y una indagación que tal como él lo nombra tiene como objeto lo íntimo expresado como un dolor personal. Una mirada nuevamente hacia el “Yo” que lo focaliza desde su posición masculina para cuestionarlo. Así, la referencia a la edad marca un punto de referencia en donde la pregunta o la oportunidad de ahondar en ella no tenía al menos una materialización concreta, pero que, a partir de la participación en el escenario institucional logra tener mayor relevancia cuando se articula con otros elementos, en este caso estéticos y filosóficos.

Visto de esta forma, el escenario habilita una mirada sobre el “Yo”, pero, esta no debería entenderse como un descubrimiento, o una revelación de algo que permanecía oculto. Es una rearticulación del “Yo” que se da en la participación de estos escenarios y las conexiones que estos hacen con elementos teóricos y políticos específicos. La mirada es más una acción generativa, construye este “Yo” a partir de los instrumentos, personas y escenarios articulados en el trasfondo de la acción. En este sentido los escenarios institucionales tienen gran relevancia en la narración. Su función resalta y propicia el cambio de los valores narrativos en los relatos de los participantes, en tanto que como escenarios presentados en la historia, a su vez articulan elementos críticos en la mirada del “Yo Masculino” y vehiculan la articulación, de esta posición, con otros escenarios de interés social y político.

Adicional a esto, en los testimonios se mencionan aquellos aspectos novedosos que se habilitan en la mirada. En un caso son las relaciones emocionales y la gestión de estas. Una alusión que rompe con la racionalidad rígida asociada a la masculinidad hegemónica, que denuncia un vacío en el desarrollo masculino y un cambio importante en la historia de los participantes. En otro momento, la innovación viene de una apertura estética a la masculinidad, otra alusión que rompe con lo tradicional y acoge una expresión asociada en mayor medida a la feminidad. Estos aspectos delimitan la silueta de la resistencia a lo masculino rígido, homogéneo. Postulan además un instrumento y fin de la acción a ser incorporada. Un aspecto no menor que abordaré más adelante.

4.3.3 Telón de fondo: la racionalidad de un modelo

Para finalizar con el apartado general de los escenarios y contextos de la acción doy espacio a una serie de referencias en las narrativas que es nombrada con diferentes denominaciones, pero, tiene en común el lugar que ocupa en los relatos. En el proceso de análisis de la información una forma de agrupar estos testimonios fue bajo la categoría Modelo Político, Económico y Cultural. La razón de llamarlo de esta manera responde a que en estos fragmentos busqué recoger los señalamientos relativos a una dimensión más estructural, en donde los juicios, las apreciaciones y las menciones, se dirigían a cuestiones como la economía, la gestión política y la racionalidad que organiza las realidades sociales.

Este telón de fondo está conformado por el entrelazamiento de diferentes situaciones problemáticas. Representa un tejido complejo de amplios contrastes, pero bajo una misma tonalidad. Las relaciones económicas, el patriarcado y el machismo son de las situaciones más mencionadas como modelo de organización relacional y cultural. Como telón de fondo, su aparición en el discurso está asociada a otro tipo de escenarios, los contiene y encuentra su reafirmación en la reproducción que se hace de sí en ellos. Su presencia en la historia se hace extensiva, discurre por otros espacios cubriéndolos con su tonalidad y dándoles forma.

Cuando, por ejemplo, mencionaba a la familia como escenario estructurado lo hacía en su vínculo con este telón de fondo que se describe y se juzga una y otra vez en las narrativas. Lo familiar reúne sus contornos a partir de estos cimientos. La racionalidad de este modelo es mucho más amplia y cumple una función muy específica en el relato, su presencia configura las valoraciones de aquello que es negativo. Uno de estos momentos donde emerge es en su relación con el territorio¹³. En su relato, **Darío** ofrece una lectura del suyo:

13 Susan Paulson (2013) ha reflexionado sobre el papel del territorio en los movimientos de masculinidades de América Latina. Su propuesta hace énfasis en cómo el género, como un sistema semiótico y cultural, con capacidad de dar sentido, articula y organiza las relaciones que se dan en un espacio de-

“Es atravesado por una economía agrícola, del monocultivo del café, que es en esa, en esa economía quien tiene el poder, quien maneja la plata, eh, la economía es en sí, es el hombre. La mujer trabaja parejo en las fincas, atendiendo a los obreros que van a recolectar el café, a los agricultores. Trabaja parejo, se trasnocha igual, incluso más que el hombre, pero es quien menos recibe. O sea, las mujeres no reciben el dinero en su mayoría, pues, no son quienes reciben el dinero, ni siquiera lo ven cierto. Es una economía muy patriarcal, es un sistema económico y es un sistema organizativo en lo social que es tremendamente patriarcal” **Darío.**

Los vínculos que establece en su relato conectan el presente territorial con una forma particular de asumir las relaciones económicas, y en este contexto, en las márgenes de este modelo territorial toma lugar las inequidades de género, la subyugación de lo femenino que es explotado por y para los intereses de ganancia del sistema económico. Los valores negativos, con los cuales da cuenta de las relaciones agrícolas y la inequidad en la distribución del trabajo y las ganancias en el modelo económico de su territorio, están directamente vinculados con un orden de género específico¹⁴.

terminado. En esta relación territorio/género se determinan modelos específicos para el entendimiento y el uso de los recursos, así como la organización de la sociedad en los espacios biofísicos.

- 14 La relación entre las problemáticas ambientales y las estructuras de género ha sido desarrollada por corrientes ecofeministas. Desde estas se señala como características de un modelo patriarcal una economía productiva, centrada en la plusvalía y el crecimiento constante de la economía que desarrolla actividades como la agricultura industrial y se desarrolla a través de una dinámica contradictoria entre un sujeto productor, que por priorizar el crecimiento no piensa las consecuencias de lo que produce y un sujeto consumidor, que demanda mayor calidad de vida, más saludable y un ambiente adecuado (Mies & Shiva, 1998). El ecofeminismo señala, a manera de denuncia cómo un capitalismo patriarcal (que puede ser de privados o del Estado, en el caso del socialismo) implementa un modelo agroindustrial de concentración de tierras, sustitución de cultivos de subsistencia por cultivos comerciales, pasando de una agricultura familiar a una del monocultivo que prioriza la eficiencia y la producción a gran escala (Altieri & Nicholls, 2018) las emisiones

La economía es adjetivada por él como Patriarcal, “tremendamente patriarcal”. Este orden que sustenta una visión de lo masculino hegemónico aparece como dependiente de las relaciones de orden económicas o, dicho de otra forma, el adjetivo patriarcal vincula una relación material como el uso de la tierra y los beneficios que de esta se extraen, con un orden que direcciona la identificación de los sujetos, establece una relación de determinación donde el modelo estructura las relaciones económicas y se organiza la vida en la finca, del hogar, de lo cotidiano. La estructura de género es llevada más allá de los límites que comprenden las relaciones entre los humanos sexuados. Sin dejarlas de lado, el discurso de **Darío** también la vincula con las relaciones territoriales.

Esto lleva a que en el discurso de los participantes exista una relación homologable entre las menciones al patriarcado y al capitalismo, o al menos elementos de una relación estrecha y determinante, donde cada uno se reproduce como complemento del otro. Al respecto **Darío**, refiriéndose a los obstáculos que hay para transformar las estructuras y laberintos culturales que sustentan cierto orden de género, identifica que:

de carbono siguen incrementándose y no se vislumbran soluciones inmediatas y drásticas para frenar el calentamiento global. Parte del problema es que se requiere un cambio revolucionario que va en contra del crecimiento económico y de la hegemonía política-económica que mantiene a todo costo el sistema capitalista imperante. Es así que la agricultura industrial de monocultivos, pieza clave del sistema dominante, pretende reproducirse mediante estrategias como la Agricultura Climáticamente Inteligente (CSA). En el contexto colombiano dicha transformación se hace evidente en la gestión gubernamental del sector, teniendo como patrón la promulgación y ejecución de reformas agrarias que se ajustan a los modelos económicos imperantes (Cueto, 2014). Como consecuencia de esto, el ecofeminismo hace un llamado sobre la articulación de esta tendencia económica con las inequidades que sufren las mujeres en los territorios, además de proponer como modelo alternativo la voz de algunas mujeres que desde una posición social marginalizada han proporcionado alternativas tanto a las inequidades de género como a las urgencias ecológicas y ambientales (Holland-Cunz, 1994).

“Pues el mismo modelo económico reproduce esa cultura. Pienso que la forma en como está organizada la economía y los territorios es, es un componente muy fuerte de reproducción de la cultura” **Darío**.

Este telón de fondo aparece en las narrativas como algo que atraviesa la relación de las personas en diferentes órdenes y con una capacidad organizativa superlativa. El uso que hace **Darío** de la palabra cultura está más orientada a su comprensión antropológica, como conjunto de costumbres, un campo de acciones en un determinado espacio y tiempo. El modelo económico aquí está al servicio de la reproducción de formas de vida, que él reconoce como patriarcales. Su capacidad se extiende más allá de los recursos materiales que involucra una relación económica. Opera también en un nivel simbólico estableciendo los valores y los objetivos, y sobre este paraguas, determina formas específicas de relacionamiento.

En términos evaluativos estas narraciones también conforman una posición de resistencia articulada que no se limita simplemente a la masculina. La crítica a lo masculino hegemónico se articula de esta forma con otras demandas, con otras situaciones que se valoran de manera negativa. La masculinidad no es vista desde aquí como un simple conjunto de creencias y roles sobre un cuerpo. En su dimensión productiva, esta masculinidad es articulada en el relato con una disputa mayor, que lleva a pensar los modos de vida y existencia, y a partir de allí, construye un diagnóstico y un señalamiento a cierta forma como se organiza lo territorial y lo económico.

El testimonio de **Felipe** va en este mismo sentido, aunque su relato ubica esta tendencia en un espectro ideológico específico:

“Desde las masculinidades alternativas también nos preguntamos por las relaciones que los hombres hemos establecido con el medio ambiente, ¿cierto?, con la naturaleza precisamente. Esa perspectiva extractivista, para mí es muy masculina, para mí es muy masculina, entonces necesariamente tiene que tener un cuestionamiento ideológico y práctico muy fuerte hacia esas posturas conservadoras y derechistas del país” **Felipe**.

Las relaciones desde las masculinidades reafirman un posicionamiento claro y ponen a la masculinidad en deuda con relación al medio

ambiente. La postura sexo genérica es también una forma de caminar la tierra, habitarla, relacionarse con ella. La masculinidad encuentra en el relato de **Felipe** una valoración extractivista. Esta acción denota un ejercicio de apropiación, una forma de servirse del medio ambiente productivista y utilitarista. El Extractivismo se relaciona con un modelo económico específico que no tiene en cuenta, o al menos desestima por medio de una omisión estratégica, los impactos que tiene sobre la naturaleza. Los valores, bienes y mercancías que desde esta tendencia se comercializan, suelen estar asociados a los recursos minerales como el petróleo, el metal, el carbón, cobre, entre otros.

Que en el relato de **Felipe**, como en el de **Darío**, la conexión entre las relaciones territoriales, ambientales y económicas estén vinculadas con un orden de género específico, da cuenta del tejido discursivo que fundamenta la acción de resistencia y deconstrucción de la masculinidad que ellos emprenden. Me encuentro entonces con una figura de doble telón de fondo. Por un lado, un modelo que se entrelaza con diversos escenarios y guía una lógica de relacionamiento específico. Al tiempo un telón de fondo otro que se teje como relato alternativo y articula la cuestión sexo/genérica de los participantes de la investigación con una crítica a los modos de vida, a los modelos económicos imperantes y hegemónicos.

Al final del fragmento citado del testimonio de **Felipe** todo este telón de fondo es nombrado por él como una postura conservadora y derechista. Este posicionamiento ideológico adiciona un nodo más a esta red de articulaciones. Si bien patriarcado y capitalismo aparecían ya como términos homologables, a estos se le suma conservadurismo y derecha. Más allá de las problematizaciones que se puedan hacer a la homologación de cada una de estas categorías, lo interesante de este acontecimiento narrativo es como, en términos de la acción que describen las historias de los participantes, la deconstrucción de la masculinidad y un activismo en torno a este fin no es abarcado de forma exclusiva por un concepto o una categoría que se limite simplemente a las relaciones entre roles de género, o problemáticas asociadas a este y la sexualidad. Por el contrario, existe un desplazamiento permanente, las explicaciones causales, las atribuciones que se hacen a las problemáticas, al presente al cuál se resisten o la utopía que se desea, discurre constantemente sobre otros territorios, sobre otros escenarios. En este mosaico

que representa la red conceptual de la acción, la posición de sujeto se reafirma en un orden discursivo que encadena diferentes situaciones, unas que por lo demás trazan la silueta de una estructura axiológica sobre la cual el proceso de deconstrucción de la masculinidad se da, y de la cual encontramos pistas en las referencias al Extractivismo, el conservadurismo, entre otras.

“Evidentemente el patriarcado y esta masculinidad, llamémosla hegemónica como la llaman los teóricos, está hecha de capitalismo, o sea, es, es ese hombre o ese modelo de hombre devorador, proveedor, donde el bien individual es el que prima, el bien colectivo no importa, por eso necesitamos bien, que sea así solamente con esos atributos y usted con estos, para que no haya potencia” **Ricardo**.

El telón de fondo constituye la materia prima en la cual se edifican las posiciones de sujeto. En esta, la masculinidad es entendida como funcional a los intereses de un modelo económico y político específico. Junto a la descripción de la masculinidad se movilizan los valores y las acciones de una forma de entender las relaciones en el ámbito social. La depredación que menciona **Ricardo** en el fragmento anterior está relacionada con expresiones como el Extractivismo. Al resaltar la función proveedora vincula una de las actividades con las cuales se relaciona sobre todo la masculinidad hegemónica, más cuando este acto de proveer se entiende en un sentido económico y material. Masculinidad hegemónica y capitalismo, en este caso, terminan siendo dos engranajes que se retroalimentan uno al otro.

Yendo más allá en el análisis, este contexto de la acción tiene una función normativa en el discurso. Tiene una voz que interpela a los sujetos, no solo es materia prima, es también instrucción de uso, forma de consolidación y materialización de sujetos. **Jairo** un hombre campesino del suroeste antioqueño en Colombia narra su experiencia de vida de la siguiente forma:

“Quiero decirles que una de las cosas que a mí me atormentaba mucho eran los vicios en la juventud. Muy vicioso. Esa cultura que le manda a uno a tomar licor para sentirse hombre, y esa cultura que le manda a uno fumar dizque para uno sentirse hombre” **Jairo**.

Un elemento importante de su fragmento es la figuración de la cultura como voz imperativa, como presencia que llama a una acción específica. Lo cultural como telón de fondo da forma a través de una voz que en el discurso se enuncia como ilocutiva, que tiene una fuerza en su manifestación y demanda algo específico de los sujetos. Además de esto, el contenido del mensaje resalta la necesidad de manifestar la masculinidad a partir de la acción detallada en su relato. Si bien en su testimonio no hay referencias tan directas como en los otros con relación a lo económico o lo político, **Jairo** si enuncia actividades de consumo, beber y fumar, como muestras de una masculinidad, como credenciales de pertenencia, como reafirmación identitaria. El consumo de estas sustancias como acto performativo que materializa el horizonte y la aspiración de una posición masculina.

La complejidad de estas tramas que abrazan diferentes estructuras, esta racionalidad general con capacidad de organizar las relaciones sociales surca no solo las dinámicas más amplias de la existencia: económicas, políticas, territoriales y culturales. Su presencia se hace manifiesta en la cotidianidad misma, que no tiene otra forma que la identidad en una posición de sujeto como la masculina. **Ricardo** los expresaba como “la masculinidad hecha de capitalismo”, **Jairo** daba cuenta de una cultura que en un acto ilocutivo exigía actividades para materializar lo masculino. Podría afirmar, en consecuencia, que la conciencia de un “Yo masculino” o la aspiración a este acto identificatorio está marcado por una racionalidad que abarca múltiples procesos.

Esta multiplicidad, que en la narrativa aparece como un movimiento que articula lo económico, lo político y lo cultural con el género, da cuenta de que el posicionarse en una identidad sexo/genérica, que en mi investigación ahonda en la posición masculina, no es solo la expresión de una naturalidad biológica, algo muy abordado en las ciencias sociales, y tampoco es una voluntad soberana, de una estructura unidimensional que se impone sobre un cuerpo específico y que se limita a las expresiones de género, sus roles y las problemáticas asociadas a la sexualidad en los marcos de una cultura.

Se trata más bien de un “complejo entramado de poderes, mucho más difuso, que atañen tanto al discurso como a las instituciones” (Butler, 2018a) y que tienen una incidencia en lo más cotidiano que la vida tiene. El telón de fondo, esta racionalidad amplia que en los relatos

incluye en su repertorio el capitalismo, el conservadurismo, la derecha y el patriarcado, más allá de la disparidad de términos con los que usualmente se le nombra, configura una forma de gobierno de la vida, que no solo atañe a las relaciones más macro, sino que influye también en un nivel íntimo de las personas, que tiene que ver con:

Sus decisiones cotidianas como las referentes, por ejemplo, al cuidado del cuerpo (selección de la comida, ritmos de vida adecuados, rechazo de hábitos nocivos como el cigarrillo, etc.), cómo educar a los hijos, con quién relacionarse amorosamente, cómo llevar la vida sexual, qué tipo de intereses culturales o espirituales es necesario desarrollar, cómo potenciar el emprendimiento personal (Castro-Gómez, 2015, p. 210).

En los términos en que estoy llevando el análisis, me atrevería a afirmar que en los contextos y escenarios que guían la acción, este telón de fondo representa en el discurso de los participantes de la investigación el entramado discursivo que los ubica en su resistencia. Más que sustraídos de este escenario, los hombres que han participado en esta investigación son miembros y parte de la estructura a la que se resisten, y en términos narrativos toman de esta los elementos que prefiguran su acción, para luego reconfigurarla en su relato posterior como resistencia y lucha. Su narrativa no está por fuera. Hace parte de este telón de fondo y en diferentes momentos emerge como un reflejo del “Yo Masculino”, es decir, como un marco referencial sobre el cual entenderse como hombre, así la acción sea alejarse de esta figura. No se pueden alejar de algo que no reconocen como cercano o ya habitado. Los elementos que conforman su red conceptual de acción hacen parte de este mismo entramado discursivo. El punto de novedad está en cómo articulan estos elementos en su historia, en la reconfiguración que hacen de los mismos y las trayectorias que trazan en sus propias tramas.

El telón de fondo, con los diversos nombres usados, deja la sensación de ser una externalidad, un dominio delimitado más allá del sujeto. Pero, este movimiento discursivo parece responder más a una estrategia de consolidación, un ejercicio de comprensión que busca cerrar las brechas de aquellos elementos a los cuales se resisten, marcar las líneas rojas que sustentan la movilidad de la acción narrativa. No obstante, hay que insistir en que esta estrategia tiene un matiz importante, ya que

a pesar de que se presenta el telón como algo ajeno, también se reconoce la presencia de este en los hombres, es el material del cual se constituye la masculinidad, que al mismo tiempo es la posición de sujeto desde donde ellos se reconocen y demandan su acción.

“Por qué nos habita eso, una cosa es uno ser consciente de que hay asuntos que deben estar en guardia y reflexionar, y bueno como logro que mi vida no sea una vida en la cual yo esté, por ejemplo, eh, ejerciendo acoso sexual, constante. Pero eso todos lo traemos, es que a todos de alguna manera nos metieron eso, de que la mujer es un objeto sexual, ¿Cierto?” **Mario**.

La reflexión de **Mario** describe la relación entre este telón de fondo y su “Yo Masculino”. Reafirma que este es la materia sobre la cual se sustenta su posición identitaria y, al mismo tiempo, es un factor sobre el cual opera una vigilancia que busca dejar a un lado su total influjo. La paradoja se presenta con toda su fuerza. Como lo ha descrito Judith Butler (2017) ser sujeto es estar determinado por un poder. Uno que lo habilita al mismo tiempo para ser consciente de sí y operar sobre sí. **Mario** lo nombra en términos de algo que lo habita, algo que se encuentra en él, pero, que más bien lo constituye, y siguiendo el hilo del testimonio, que le impulsa a ejercer una forma de vigilancia sobre sí mismo, a rastrear el contexto en sus acciones y comportamientos. Esta es la doble figura del telón de fondo, la primera que da forma e interpe-la, que es materia prima de las relaciones y los sujetos. La segunda es la que permite una mirada sobre el “Yo Masculino” y sobre esta ejercer un proceso de vigilancia y resistencia.

El telón de fondo que aquí he descrito bien podría representar una descripción amplia que obviara los detalles que hice anteriormente sobre la familia y la institucionalidad. No obstante, su presentación detallada permite ver también que en esta estructura existen grietas, intencionales algunas y, otras no, que se articulan en una historia personal como fundamento y escenario de una acción que se resiste al modelo hegemónico de lo masculino. Partiendo del interés de la investigación, identificar las trayectorias de hombres que han llegado a participar activamente en procesos de deconstrucción de la masculinidad, la descripción de los

escenarios, los contextos, aquellas escenas donde la acción se desarrolla, llega a tres conclusiones.

La primera de estas es una que ya he venido mencionando tangencialmente. Tiene que ver con el hecho de que una posición masculina no está aislada de otro tipo de posicionamientos y que, en relación con cada uno de estos, se configura una red articulada de escenarios, personas e instrumentos que fundamentan la acción en el relato de los participantes. Concretando un poco más la idea, la masculinidad pensada como posición de sujeto y sometida a una acción de deconstrucción conecta con otro tipo de procesos sociales de la cual se retroalimenta y consolida la resistencia.

La segunda conclusión tiene que ver con la complejidad que representan los escenarios de la acción. En este caso, los ejemplos de lo familiar y lo institucional son casos directos en la medida que, dada su diversidad, pero también su sujeción al telón de fondo, se gestan en ellos los vehículos que dan pie a las rupturas con la masculinidad hegemónica. Esta complejidad en el tejido de escenarios da la idea de que el telón de fondo de la acción siempre deja algo no abarcado, o deja un elemento disruptivo, o por lo menos deficiente. Una falla, que articulada a otros elementos, termina configurando la acción de los participantes de la investigación.

Finalmente, como tercera conclusión, el vínculo que se realiza entre una crítica a las posiciones masculinas y los telones de fondo que organizan las relaciones económicas y políticas, estrechan los vínculos entre lo simbólico y lo material. Teniendo en cuenta que los participantes de esta investigación hacen parte de procesos colectivos que buscan alternativas a la masculinidad hegemónica y que ellos practican un activismo político, su acción no puede ser simplificada como meramente simbólica e identitaria. Es decir, su lucha no solo apunta a una identificación alternativa y denuncia una identidad específica sino que, como lo muestran los testimonios, esta posición es asumida y pensada en un entramado material y económico que atañe a las relaciones de producción. Este hecho se aleja de las posiciones que catalogan las movilizaciones sociales a partir de divisiones entre lo viejo y lo nuevo (Flórez, 2015a) y entre movimientos culturales/simbólicos y Materiales/Clases (Butler & Fraser, 2016).

4.4 Tramas íntimas y políticas

La presencia del feminismo, de los otros significativos que rodean y acompañan la acción y los escenarios donde esta se desenvuelve, están unidos en el ejercicio narrativo por una trama. Esta agrupa los elementos heterogéneos de una historia en un sentido. Agrupan lo diverso en torno a una idea que se moviliza y construye en el ejercicio narrativo (Fraser, 2004; Riessman, 1993; Nicolas Schöngut & Pujol, 2015). Es lo que la historia cuenta, lo que devela en el curso de la narración. Este elemento articulador discurre en las historias que he analizado entre dos tramas, una que he llamado íntima, no por que ocurra de manera aislada o apela a la profundidad de un sujeto, sino porque pone de protagonista al yo del narrador en su “yo masculino”. La segunda trama es una Política, que habilita y estructura un marco de acción específico donde se movilizan diferentes valores y posiciones de sujetos. Profundizaré un poco más en cada una.

4.4.1 La trama íntima: el “yo masculino” y su vigilancia

A lo largo de la exposición de resultados hice énfasis en cómo en la narración había momentos donde tanto el feminismo, los escenarios y contextos y los momentos asociativos y de encuentro, generaban una forma específica de la mirada sobre el “yo”, de manera más puntual sobre el “yo masculino”. Esto implica que hay un momento donde la reflexión de sí que se hace tomando como referencia la posición masculina, o reconociéndose en ella. Los sujetos se leen desde allí. Pero, más que un reconocimiento de algo que permanecía oculto, esta mirada constituye al “yo masculino” en un marco de ruptura que visibiliza desde su negatividad, como posición de rechazo a la cual se aspira superar, articula elementos adicionales que lo constituye.

En un ámbito teórico y discursivo, lo puedo ver en la relación con el feminismo. Como lo señalé en su momento, además de ser una herramienta teórica que nombra la acción política y le da sentido, el papel que este tiene en la narración también cumple la función de transformación en un entorno más personal, estableciendo aperturas y desplazamientos de las posiciones masculinas hegemónicas y desculpabilizando aquellas que pueden considerarse como de ruptura. El “yo”, en este

caso, encuentra tanto líneas de clausura como de apertura para consolidarse en una estructura discursiva que se ve expandida por la apropiación de las ideas feministas. Esto, en un lenguaje más puntual, es igual a decir que es a partir de esta relación que por un lado lo masculino emerge como una posición reconocida y hecha consciente, es articulada en la narrativa como factor problematizador, pero, esta habilitación del sujeto masculino, a partir de la denuncia, rompe de alguna manera con la normativa hegemónica permitiendo otra forma de posicionar el “yo masculino”

La metáfora del espejo puede ser útil aquí, un encuentro con la propia figura proyectada en él y reconocida como masculina. Pero, más allá de que lo que se vea en el espejo sea una reproducción mimética, es una imagen que se reconoce como propia, pero, que también se niega de alguna manera, es una imagen de distancia, una bifurcación que paradójicamente divide al “yo” para poder articular la acción narrada en las historias. Esto es más claro si se piensa que primero se debe reconocer la posición masculina para poder alejarse de ella, pero al reconocerla también me estoy identificando con esta en un marco que la produce, la regula, pero, al mismo tiempo la difracta. La afirmo y es a partir de este acto que puedo negarla como forma de identificación.

En estos argumentos es útil recordar los planteamientos que Judith Butler (2007) retoma de Michel Foucault con respecto al papel productivo de la norma haciendo referencia a la cualidad de esta para construir aquello que regula. Pensándolo desde la normativa de género, esta no solo reglamenta a los sujetos, sino que los constituye en ella, los habilita como tal. Pero, no controla de manera soberana su actuar, aunque sí dispone de una posición en la cual los sujetos nos constituimos, y nos capacita también para ejercer acciones sobre nosotros mismos. Unas que bien pueden ir encaminadas a constituir una forma de ser orientada a lo hegemónico, como lo describe Foucault (1990a) en relación con las tecnologías del yo¹⁵, pero que en articulación con otros discursos, tam-

15 Michel Foucault describe cuatro tipos de Tecnologías o técnicas que los sujetos utilizan para entenderse a sí mismos. Estas son las Tecnologías de Producción que hacen referencia a aquellas que permiten hacer cosas a los sujetos;

bién favorecen la apropiación táctica¹⁶ de estas para generar rupturas en lo normativo.

Aquí lo masculino hegemónico se constituye como una tecnología del yo en la medida que favorece la aplicación de la conducta de los hombres encaminada a un ideal masculino específico. Pero, en el caso de las narrativas que he analizado, la apropiación táctica que facilita el feminismo, los momentos de asociatividad y encuentro y los escenarios de las historias es el de un “yo masculino” de acuerdo con lo hegemónico, presente de alguna manera y constante, pero que, desde este reconocimiento, se combate a partir de la acción que han tomado de deconstrucción y acción política. Lo masculino hegemónico aparece como presente del “Yo” y como posibilidad de este, como posición de reconocimiento de la propia conducta, y al emerger desde esta consciencia, se vuelve también un objeto de vigilancia que no solo involucra a los narradores, sino que articula a los otros como protagonistas, como garantes de que esta posición de sujeto no emerja como la única. Lo masculino hegemónico constituye un reflejo en el espejo que no se reconoce del todo como propio a partir de una mirada que articula otras posiciones y ordenes discursivos,

Las Tecnologías de Sistemas de Signos que permite hacer uso de significados y símbolos; las tecnologías de poder que determinan la conducta de los sujetos y la someten a ciertos fines; y las Tecnologías del Yo que permiten a los sujetos por cuenta propia y/o con ayuda de otros ejercer cierto tipo de operaciones sobre sí, “sobre su cuerpo y su alma, pensamientos, conducta, o cualquier forma de ser, obteniendo así una transformación de sí mismos con el fin de alcanzar cierto estado de felicidad, pureza, sabiduría o inmortalidad” (Foucault, 1990a, p. 48)

- 16 En la *Invenición de lo Cotidiano*, Michel de Certeau (2007) hace una distinción entre estrategias y tácticas para referirse a los usos que se hacen de las cosas. Para él las estrategias son producidas en un lugar de poder y de voluntad que determina a priori el uso de las cosas, mientras que las tácticas tienen que ver con los desplazamientos y movimientos que se hace de estos usos en marcos situados y específicos. Traídos estos argumentos al análisis que propongo, busco hacer una homologación entre la normativa de género como una estrategia que determina y habilita los sujetos y las tecnologías del yo serían la herramienta para esto. No obstante, de esta se hacen desplazamientos, movimientos tácticos que desde la misma norma producen otros resultados.

que para el particular tienen que ver con la apropiación del feminismo y la asociatividad y encuentro con otros.

Esto último lo considero muy importante. Porque a pesar de que en muchos momentos las estrategias narrativas llevan a pensar que el camino de deconstrucción de la masculinidad representa una forma de liberación de una normativa de género hegemónica, que oprime a los mismos hombres, esta construcción de una mirada sobre el “yo masculino”, que lo reconoce en lo hegemónico, que lo interpela en la narración, pero que además lo plantea como presente y posibilidad, me lleva a pensar que más que un ejercicio de liberación, se instaura un acto de vigilancia de sí. A partir de una apropiación táctica de las tecnologías del yo de la masculinidad tradicional, el “Yo Masculino” es una posición habitable que requiere ser mirada, inspeccionada para poder establecer rupturas en esta.

A través de la narrativa se da cuenta de la formación de una especie de mirada al “yo masculino”. Se construye esta forma de ver en la relación con los otros, con el feminismo, con los escenarios institucionales. Esto me conecta directamente con un posicionamiento teórico que considera que la identidad y la subjetividad son más proceso y producto que una esencia constante. Pero, también marca líneas rojas sobre los riesgos que este tipo de concepciones pueden acarrear. El hecho de que se instaure esta mirada vigilante más allá del sujeto que mira, me permite argumentar que el ejercicio de deconstrucción de la masculinidad no debe ser visto simplemente desde una positividad pura que señale como horizonte de acción la posibilidad de encarnar de manera total otra forma de ser hombre. En su lugar, una masculinidad otra o un ejercicio íntimo de deconstrucción de la masculinidad acarrea más una actitud de inspección que se pondera entre un “yo masculino” bifurcado. Por un lado, el masculino hegemónico reconocido como posición presente y posible y por otro aquél “yo” que es producto de la articulación de varios elementos en donde se establece la acción vigilante.

La trama íntima consiste en la articulación de los elementos descritos anteriormente en la construcción de este proceso de vigilancia que desplaza y mueve la masculinidad hegemónica. Son historias que narran la producción de una forma de verse a sí mismos, una visión que se constituye en la articulación táctica de diferentes elementos. En consecuencia, si bien he nombrado a esta trama como íntima, por ser

un encuentro consigo mismo, esta intimidad debe ser entendida como dispuesta por la presencia de otro tipo de elementos que están más allá del individuo y que juegan un papel en su constitución como sujeto, una intimidad que refleja sobre todo la cercanía. Dicho de otra manera, las historias que he tratado de describir en este apartado dan cuenta de un proceso de formación íntima y vigilante, que es en sí el encuentro de una diversidad de elementos.

Esto en términos prácticos pueden orientar las acciones de transformación en extenso, pues más que “despertar” una conciencia en los hombres, propiciar un darse cuenta sobre una masculinidad presuntamente oculta, el ejercicio consistiría en construirla a través de una mirada vigilante. Un proceso que impida las clausuras identitarias de lo masculino y favorezcan en este sentido el desplazamiento de esta posición. Pensándolo en términos de una pedagogía para las masculinidades otras, el ejercicio consiste en una articulación táctica de la posición masculina y no simplemente la división empírica entre diversas masculinidades. Una apropiación táctica que implica trazar rutas y conexiones con otros discursos, personas, instituciones y contextos.

4.4.2 Trama política: articulaciones íntimas y plurales

Finalmente, las narrativas recolectadas para la investigación cuentan una historia sobre lucha y activismo político. Este es el motor que incita a los sujetos participantes a hablar. Los elementos que reúnen en la trama están para responder al cómo fue que se involucraron en este tipo de procesos de activismo. Lo relevante es cómo se consolida este proceso a lo largo de la historia, cuáles son los movimientos que allí se describen.

A manera de síntesis, la trama política marca dos movimientos que me parece son relevantes para la investigación. El primero de ellos es la politización de lo cotidiano y, esto último, como acción política. En el transcurso de las historias, los diferentes momentos íntimos, aquellas situaciones en las cuales se va a instaurar una mirada vigilante sobre el “yo masculino”, terminan por articular en las acciones cotidianas y los escenarios donde estas se desarrollan procesos de activismo, denuncia y resistencia. Quizás el espacio en donde este movimiento es más representativo es en el escenario y contexto familiar.

Al analizar las narrativas que hacían alusión a la familia pude trazar una ruta que me llevó a entender al escenario como estructurado por un telón de fondo mayor, pero también como estructurante de los sujetos, es decir, como un escenario que aporta elementos para su constitución. Estas dos figuras rastrean como acciones de ruptura en este escenario no solo habilitan a otras formas de ser sujeto, sino que conectan con una resistencia encadenada a un telón de fondo mucho mayor.

Entendiendo que la familia se constituye también bajo un mandato y normativa en el orden patriarcal, las acciones íntimas y cotidianas que se realizan en su interior terminan de configurar también una resistencia desde lo micro a lo macro, en otros términos, erosionan la estructura a partir de las rupturas que se generan en el interior de la trama familiar. Este análisis se acerca a una estructura teórica del feminismo consolidada, a una de las premisas que ha estructurado su acción y militancia, identificada tradicionalmente con la figura de Kate Millet (1995) y su trabajo sobre el patriarcado como sistema político y social. Una posición teórica que reivindica cómo en los procesos de socialización que van desde la familia a la escuela, y el Estado mismo, se reproducen unos patrones relacionales que reproducen constantemente la posición dual entre hombres y mujeres como relación de dominación (Romero, 2018).

Pero, más allá de la constatación de esta influencia teórica en las narrativas, las historias plantean un escenario donde la vigilancia y acción de distancia frente al “Yo masculino”, habilitada tanto por el feminismo, los momentos de asociatividad y los contextos narrados, abren un abanico de posibilidades existenciales en los hombres, que también pueden ser, y a mi juicio deben serlo, articulados a una lucha política mucho más amplia. El espacio íntimo, el espacio privado, es un lugar de acción política, pero, su dimensión no puede limitarse a un simple actuar diferente en sus límites. Es aquí donde hago mención del segundo movimiento de la trama política, un movimiento encadenado que conecta lo simbólico con lo material para configurar líneas de resistencia, no solo con una forma de identidad, sino con todo un modelo de vida organizado política y económicamente.

Esto lo describí en el último apartado de los escenarios y contextos de acción, al hacer una descripción del telón de fondo que es materia prima de la masculinidad y organizador de las relaciones sociales. Un contexto que nominalmente discurre entre patriarcado, capitalismo y

neoliberalismo, pero, que son traídos en la narrativa con una función específica: identificar una serie de axiomas que guían tanto el desarrollo personal como social del contexto donde se ubican las historias. En este punto, la trama política conecta un proceso que en apariencia es personal y simbólico (identificación de género/identificación masculina) con otro tipo de problemáticas que versan sobre lo ambiental, el individualismo, el consumo y las relaciones económicas.

Como lo señalé en el momento, estas tramas nos acercan más a los planteamientos que tanto Judith Butler y Nancy Fraser (2016), a pesar de las diferencias de abordaje que presentan, y Juliana Flórez, tienen en relación con la dicotomía entre luchas materiales y simbólicas, que en otros momentos se asocia con la analítica sobre movimientos sociales clásicos y nuevos movimientos sociales. En breve estas posturas marcan una diferenciación entre abordajes más marxistas de la movilización, centradas en las relaciones económico-materiales y postulados que apuntan más a reivindicaciones identitarias, simbólicas y/o culturales. No obstante, en la trama política que desarrollan los participantes de la investigación, tanto los espacios íntimos como los públicos están marcados por un encadenamiento de elementos que aborda ambos polos de la dicotomía. Pues si bien el activismo tiene como objetivo redefiniciones culturales, simbólicas e identitarias, estas se ven bajo un marco amplio donde también caben las relaciones materiales y económicas.

Esta situación puede leerse de manera cercana con algunos postulados del ecofeminismo, y aunque esta referencia no emergió directamente en el discurso de los participantes, una revisión preliminar de sus propuestas la postula como un referente para explorar. Desde esta lectura las brechas entre lo natural y lo cultural se cierran y permiten comprender cómo, asociado a una estructura de género, hay vinculadas una serie de consideraciones ontológicas y epistemológicas que repercuten en la forma en que nos relacionamos con la naturaleza (Fernández Guerrero, 2010). Estos vínculos han sido catalogados por María Mies (2019) como capitalismo patriarcal, haciendo alusión a cómo la búsqueda de crecimiento económico y acumulativo a gran escala del capitalismo está relacionado con procesos de dominación hacia las mujeres y la naturaleza.

También una mirada cercana a esta son las propuestas de algunas ontologías críticas y teorías de las ciencias sociales que apelan a otros modos de desarrollo que sean alternativos al modelo económico actual. Propuestas como las de Arturo Escobar (2014) conectan también las tendencias extractivistas con modelos culturales occidentales donde las relaciones de dominación son la característica. En este sentido, centra su interés, y apuesta política, en la búsqueda de alternativas que además abracen la diferencia, las ontologías otras y la diversidad de otros modos de vida. Traigo a colación estas propuestas para establecer un vínculo teórico con los encadenamientos de diferentes luchas narradas por los protagonistas. Propuestas políticas y activismos que tienen como centro la masculinidad y la posibilidad de asumirla de manera diferente al modelo hegemónico, pero, que también conectan este ámbito personal con otros fenómenos como la gestión del territorio, el modelo económico, los valores individualistas y la forma como se gestiona la política.

En términos puntuales, las historias de los participantes desarrollan una trama política en la cual una inquietud y vigilancia sobre la identidad masculina favorece, con las articulaciones de instrumentos, protagonistas y escenarios ya descritos, un encadenamiento de demandas políticas mucho más amplias. Esta anotación es importante para pensar la acción política de los participantes de la investigación y no reducirla simplemente a una cuestión de género. La trama política, que no solo se desarrolla en un espacio público, sino que también concibe su acción en escenarios como el familiar, expande al sujeto político, lo moviliza en diferentes escenarios y no lo encasilla de manera exclusiva en un polo entre lo simbólico y lo material, más bien lo posibilita en la articulación de equivalencias entre estos, entre los vínculos que se hace de las estructuras de género, políticas y económicas.

En el marco de una democracia radicalizada este es un paso necesario, “ampliar el dominio de ejercicio de los derechos democráticos más allá del restringido campo tradicional de la “ciudadanía” (Laclau & Mouffe, 2010, p. 231), lo que implica dar un paso de la concepción de lo social como mera positividad, a una perspectiva desde la articulación que considere “la apertura de lo social como constitutiva, como “esencia negativa” de lo existente, y a los diversos “ordenes sociales” como intentos precarios y en última instancia fallidos de domesticar el campo de las diferencias” (Laclau & Mouffe, 2010, p. 132). En este

sentido, la articulación y encadenamiento discursivo que los participantes de la investigación realizan constituye un sujeto político a partir de la cuestión de la masculinidad. Esta última más que un objetivo único y estático de la acción política es eslabón en una cadena mucho mayor, que facilita las alianzas con los otros.

Esta consideración me remite a la propuesta política y ética de Judith Butler y su idea de alianza política en las luchas de género. Al respecto la autora afirma que:

Los derechos por los que luchamos son de carácter plural y no se limitan a la identidad; es decir, que no es una lucha a la que únicamente puedan adscribirse unas identidades en concreto, sino que se trata de una lucha que sin duda quiere ampliar lo que entendemos por “nosotros” (Butler, 2018a, p. 71).

A mi juicio, esta invitación a ampliar lo que se entiende por nosotros, hace parte de una complejización de las relaciones sociales y de las luchas identitarias que como he tratado de demostrar en este capítulo no se limitan a una identidad y se articulan a otros procesos, denuncias y reivindicaciones.

5. Tensiones, gestión de sí y afectos. Repertorios interpretativos sobre la transformación de la masculinidad

Las metáforas son nuestra manera de perdernos en las apariencias o de quedarnos inmóviles en el mar de apariencias. En este sentido una metáfora es como un salvavidas, y no hay que olvidar que hay salvavidas que flotan y salvavidas que caen a plomo hacia el fondo.

Roberto Bolaños, 2666.

Una de las conclusiones más importantes entre las que referencí en el capítulo anterior, es la constitución de una mirada sobre el Yo a partir de las articulaciones que se hacen tanto en la trama íntima como en la política. En estas ideas centro la atención en la forma cómo a través del relato y la narrativa los participantes de la investigación marcan puntos de giro, situaciones de cambio que dibujan un movimiento de transformación entre una situación hegemónica y una en la que la apuesta es otra forma de asumir la masculinidad, anclada a un ejercicio interseccional de movilizaciones y luchas políticas. Todo esto reconociendo la función de articulación que tiene el relato narrativo en la construcción de significados y campos de acción en cada una de las historias.

En el presente capítulo tengo la intención de ampliar un poco más estas reflexiones ya no centrándome en la forma como se articula la historia, sino prestando atención al discurso utilizado y la función que este tiene en la comprensión de la masculinidad y los horizontes de cambio y transformación. Junto con esta intención, uno de los objetivos que persigo con este análisis es dar cuenta de las construcciones que de lo masculino se hacen en el discurso de los participantes de la investigación, pero, más allá de establecer una delimitación entre lo que es una

masculinidad hegemónica o una masculinidad otra, mi búsqueda tiene que ver más con la dinámica de este proceso y las puertas que abre para un análisis político de la cuestión masculina y la superación de las inequidades de género. Dicho de otra forma, lo que me propongo no es hacer una clasificación y lista de características que emergen en el discurso de los participantes con relación a la masculinidad en su versión tradicional o alternativa. En su lugar quiero analizar las estrategias retóricas y las consecuencias que la utilización de ciertos discursos deja para entender el problema y visualizar rutas de abordaje y transformación.

Con esto en mente he optado por un camino reconocido en las estrategias de análisis del discurso que se centra no solo en el contenido de este, sino que presta atención a su función, a los efectos que tiene sobre el fenómeno del que habla. De forma puntal he optado por la propuesta de Jonathan Potter y Margaret Wetherell (1987) en la cual los procesos de categorización y representación, más que aspectos naturales anexos a un fenómeno, son un logro social, es decir, son un proceso de configuración que logra un estatuto social e instituyen procesos particulares.

Estas apreciaciones implican asumir la perspectiva discursiva desde la atención y rupturas que se han hecho con relación al lenguaje en lo que se ha denominado el Giro Lingüístico. Esta referencia hace alusión a un cambio de perspectiva que tiene lugar cuando, frustrada la búsqueda de un lenguaje científico que representara la realidad tal cual es de manera universal, se comprende que el lenguaje no solo tiene una función referencial, sino que es ante todo performativa. Con esto, el interés de producir un lenguaje universal y objetivo es remplazado por la atención al lenguaje cotidiano que “sobrepasa con creces la función descriptiva, diversificándose en una enorme variedad de usos” (Ibáñez, 2006, p. 34). Este cambio viene soportado en desarrollos teóricos, tanto en la filosofía como en las ciencias sociales, que reconoce al lenguaje como una forma de acción con consecuencias en la realidad y la sociedad.

Esta mirada y cambio sobre el lenguaje es recorrida por Lupicinio Iñiguez (2006) en una ruta que resalta la relevancia de la teoría de los actos del habla, la pragmática conversacional, la etnometodología y los aportes de la teoría de Michel Foucault. Su revisión, que como él mismo explica es una versión entre muchas otras, retoma estos antecedentes para consolidar una definición del discurso y de análisis del discurso que tiene en cuenta la performatividad del lenguaje, la interacción si-

tuada como factor clave en la construcción de significados y el discurso como una práctica social que tiene un impacto sobre la realidad y el contexto en general.

Esto me acerca a una definición ampliada del discurso que está en relación con las reflexiones teóricas contenidas en los primeros capítulos de este trabajo. De manera específica, en relación al proceso por el cual en una matriz discursiva se organizan los elementos dispersos articulándolos en una normativa social específica que tiene como consecuencia la producción particular de sujetos. Partiendo de esto, la concepción de discurso que asumo es aquella que lo entiende como “un conjunto de prácticas lingüísticas que mantienen y promueven ciertas relaciones sociales” (Íñiguez & Antaki, 1994, p. 63).

En esta definición resalto la consideración del discurso como prácticas y su efecto en la estructuración de relaciones u ordenes sociales. Esto favorece no solo una mirada categorial sobre los enunciados, abre también la posibilidad para establecer analíticamente los asuntos epistemológicos y ontológicos que implica como práctica. Es lo mismo que afirmar que a través del análisis del discurso como práctica, lo que se pretende no es clasificar ni establecer la frecuencia de contenidos en un discurso, como establecer las funciones de articulación y poder que hay en la forma de hablar de los sujetos y cómo esto implica un reto para la búsqueda de conocimiento como para la comprensión y constitución de la realidad de los sujetos y los contextos sociales.

Este trasfondo pragmático y performativo hace que, con relación a la producción discursiva de los sujetos, la mirada se centre en las consecuencias que este tiene, en las implicaciones que conlleva determinado discurso para el abordaje de una problemática particular. Con esto se renuncia a la pretensión de afirmar si lo que se dice es falso o verdadero o a entender el lenguaje como un vehículo de una representación cognitiva que tienen los sujetos sobre una determinada situación. La noción central del discurso como una acción implica entonces prestar atención a cómo, en la práctica discursiva, los sujetos generan interpelaciones, establecen ámbitos de indagación y escenarios de intervención, promueven y mantienen relaciones ideológicas y de poder, instituyen prácticas sobre sí y los otros y desplazan los límites normativos de determinados ordenes o los refuerzan (Íñiguez et al., 2011).

Con esta base teórica, la estrategia ya mencionada de Jonathan Potter y Margaret Wetherell consiste en el “desarrollo de hipótesis sobre los propósitos y las consecuencias del lenguaje” (Wetherell & Potter, 1996, p. 64). La mirada sobre los enunciados discursivos pretende traer al análisis las consecuencias o efectos de estos discursos sobre lo que se habla, al mismo tiempo que se indaga sobre su papel en la conformación y ratificación de cierto orden discursivo. La perspectiva discursiva concibe entonces al discurso no solo como una propiedad de los sujetos hablantes, sino como una estructura en la cual los hablantes encuentran una voz. Decir esto es afirmar que el discurso es parte constitutiva de la acción de los sujetos, y como mencionaba en los primeros capítulos, es en este discurso donde se estructura la matriz de inteligibilidad y las condiciones de posibilidad para reconocernos como sujetos particulares. De esto se infiere que no existe siempre una acción consciente e intencionada sobre aquello que se dice, sino que en el discurso emergen estructuras diseminadas por el tiempo, que exceden al sujeto y representan un proceso histórico y cultural consolidado en el tiempo y que se reafirma en la voz actual del hablante.

Encontrar la función del discurso es una tarea del analista que debe contar con la variabilidad que este tiene. Con esto se hace énfasis en la diversidad de discursos, imágenes y metáforas que pueden emerger en la acción del hablante y que no necesariamente tienen una consistencia lógica, sino que pueden ser contradictorios en diferentes momentos. Esto no implica ningún error o riesgo para la consideración del discurso, pues esta variabilidad es medida en relación con la función (Wetherell & Potter, 1996). Teniendo en cuenta esto, uno de los objetivos fundamentales de esta propuesta de análisis de discurso es la identificación de repertorios interpretativos. Estos son, en palabras de los autores, “sistemas de términos recurrentes utilizados para caracterizar y evaluar acciones, eventos y otros fenómenos” (Potter & Wetherell, 1987, p. 149).

Estos repertorios interpretativos están constituidos por una “restringida gama de términos usados de una manera estilística y gramatical específica” (Wetherell & Potter, 1996, p. 66). De forma resumida un repertorio más que una unidad aislada es el conjunto de diversos términos, metáforas, adjetivos y expresiones que se agrupan según la función que el discurso tiene en la construcción particular que los hablantes hacen de él. La presencia de diferentes repertorios, como lo indiqué en

relación con su variabilidad no implica que los discursos estén limitados a una pertenencia social específica, sino que estos son puestos en práctica en diferentes situaciones, que por la complejidad social son diversas y cambiantes (Nigel, 2001). En este sentido, mi trabajo analítico en el presente capítulo consistió en la revisión de las consistencias y variabilidad discursiva para agruparla en tres repertorios interpretativos de los cuales hipotetizo sobre su función. Cada uno de los tres corresponde a un bloque de términos utilizados durante las entrevistas para referirse a la masculinidad hegemónica y a las posibilidades que existen en las masculinidades otras.

Teniendo todo esto en cuenta presentaré uno a uno los tres repertorios, analizando fragmentos de las entrevistas y orientando mi narrativa académica en la comprensión de la función. Para llegar a esto he seguido los pasos propuestos por los propios Jonathan Potter y Margaret Wetherell (1987) en su trabajo *Discourse and Social Psychology: Beyond Attitudes and Behaviour*. En este texto los autores proponen el análisis en nueve etapas:

1. *Preguntas de Investigación:* antes de iniciar el análisis se propone la construcción de preguntas de investigación que guíen el proceso. En el caso de mi investigación estas preguntas están orientadas a la forma cómo se entiende la masculinidad, qué relaciones sociales son puestas en el discurso sobre la masculinidad y qué acciones o prácticas son interpeladas a partir de estas prácticas discursivas.
2. *Elección de la Muestra:* en este apartado los autores recalcan la importancia de escoger una muestra adecuada en términos analíticos y logísticos. Es decir, que las personas entrevistadas puedan articular discursos significativos sobre el fenómeno y que la extensión de esta muestra no dificulte una buena comprensión de este. Para mi trabajo, he tomado como muestra las entrevistas realizadas con los quince participantes de la investigación.
3. *Recolección de información y grabaciones:* consiste en la recolección de documentos o grabaciones previas de conversaciones o discursos que sirvan como material de análisis. Dado que la única fuente de información que utilicé para mi investigación fue el discurso producido por los participantes durante las entrevistas, no se tuvieron en cuenta documentos o grabaciones previas.

4. *Entrevistas:* en esta etapa se realizaron entrevistas en profundidad con cada uno de los participantes. Estas se estructuraron inicialmente para que el producto central fuera una narrativa, la cual se analizó en el capítulo 3. Pero, una vez finalizado esto se siguieron una serie de preguntas que buscaban profundizar en los aspectos emergentes del discurso. Cada entrevista se grabó y se guardó una copia digital.
5. *Transcripción:* cada una de las entrevistas las transcribí personalmente, aprovechando este ejercicio para hacer un acercamiento mucho más íntimo con cada una. La transcripción consistió en pasar el audio a texto guardando siempre la exactitud de las expresiones y oraciones utilizadas por cada uno de los hablantes.
6. *Codificación:* este paso es propuesto por los autores como un momento preliminar del análisis en el cual el texto es dividido en diferentes trozos que se agrupan en sistemas de códigos. Esto favorece la organización del material para un análisis mucho más profundo. Teniendo esto en cuenta, utilicé un sistema de códigos que ordenaba el discurso en torno a Figuras Retóricas (metáforas, metonímias, etc.), Valoraciones Morales Positivas, Valoraciones Morales Negativas, Acciones, Cambios logrados, cambios esperados y Agentes (Ver Anexo 2). Cada uno de estos códigos abarca una serie de subcódigos que se utilizaron para destacar aspectos particulares de cada segmento del texto.
7. *Análisis:* este paso consiste en identificar patrones en el discurso, tanto como variabilidad (diferencias que se presentan en los diversos tópicos) como consistencias (aquellas características compartidas). Posterior a esto analizar estos patrones en relación con su función, es decir, a lo que se hace y los efectos que estos tienen.
8. *Validación:* este proceso consiste en una revisión crítica de parte del analista en relación a la coherencia de las explicaciones, la relación con nuevos problemas emergentes a partir del análisis y la posibilidad de generar explicaciones novedosas que puedan, en contraste con otras, expandir el campo del problema y las soluciones. Teniendo en cuenta esto, he justificado cada repertorio interpretativo con una serie de fragmentos del texto que serán presentados en cada sección y discutidos de forma analítica.

9. *El reporte*: como paso final los autores proponen la construcción de un texto en el cual se presenten cada uno de los resultados. En este caso, el presente capítulo es el resultado de ese proceso de análisis y es la síntesis de este momento final.

Esta enumeración de pasos para el análisis no implica una sucesión lineal en el proceso. Los resultados aquí expuestos son un continuo ir y venir que tiene como terreno de movilidad el texto y los datos utilizados. En este movimiento constante, más que delimitar un suelo firme de conclusiones, pretendo encontrar vectores de movimiento que dinamicen la reflexión sobre la cuestión masculina y favorezca la germinación de otros análisis y formas de abordaje. Es por esto que, una vez presentados los tres repertorios interpretativos, cerraré el capítulo con un análisis generalizado de los tres que abre preguntas que exceden el campo de lo discursivo. Con esto último, espero dar pie para una discusión final de este trabajo.

5.1 Repertorio de tensión y fuga

En este repertorio se hallan una serie de expresiones lingüísticas que buscan constantemente ejercer trazos y marcar líneas de delimitación que producen a su vez una materialización específica del problema de la masculinidad, tanto en su comprensión hegemónica como en las acciones encaminadas a resistirse o establecer acciones diferentes. Su presencia en el discurso está mediada por una especie de diálogo y denuncia constante. Un ejercicio que como intentaré demostrar tiene una función particular para consolidar una contra normativa en relación con la cuestión masculina.

Este repertorio aparece continuamente en el discurso de los participantes como una forma de materializar y hacer objetivo aquello que se denomina masculinidad hegemónica. Siguiendo este proceso, se opera una división ontológica donde la masculinidad, además de ser una forma de identificación, es también un modelo que constriñe y/o encierra el cuerpo y la vida de los varones. **Mario**, en un fragmento de su relato, comenta esas condiciones que considera negativas en relación con la

masculinidad: el uso de la fuerza, la puesta en práctica de conductas de riesgo, la supresión emocional y, al final, concluye que:

“Todo este tipo de cosas que, la gente se va metiendo en esa camisa de fuerza, se va metiendo en ese molde desde niño, desde joven, cuando uno menos piensa tiene esa camisa pegada pues como a la piel y es difícil quitársela” **Mario**.

Este fragmento, por un lado, deja ver la utilización de la fuerza como adjetivo que acompaña el proceso que está narrando. Esta cualidad está entre dos elementos implícitos en su expresión que entran en clara tensión y que podría resumir en la imagen de un sujeto que es sometido a una fuerza externa y que está siendo constreñido por un objeto exterior. De esto último, en la expresión de arriba, se dan varios ejemplos entre ellos un “molde” y “la camisa”. Este último es el que cierra la expresión y su fusión o asimilación por parte de la piel que enuncia un proceso que concluye con una especie de asimilación.

Estos elementos o características de la expresión toman el fenómeno de la masculinidad y producen la división ontológica que enuncié anteriormente. Esta consiste en el trazo de un sujeto ajeno que se impone por la aplicación de una fuerza y moldea y reviste la masculinidad hegemónica. Un discurso de este tipo se acerca y conecta con una posición culturalista que afirme la masculinidad como un elemento externo al sujeto que se le impone y que al final es incorporado. Pero, adicional a este vínculo con un discurso generalizado en un campo teórico y de corte académico, la expresión que he traído de **Mario** puede indicar un proceso de exteriorización, un movimiento que toma algo que se reconoce como propio en su fase final (la camisa adherida a la piel), pero, que en el proceso de explicación es lanzada hacia afuera y puesta en relación con la fuerza como característica central de la relación que se establece.

Las metáforas como el encierro, la cárcel o incluso camisas de fuerzas adheridas al cuerpo sirven para simbolizar y trazar esta distinción. El resultado de esta división es una externalización de la masculinidad que es puesta como algo ajeno al sujeto. Supone el posicionamiento de los varones ante un marco normativo o un molde que ejerce una función

coercitiva, limitante, toda vez que reduce las posibilidades existenciales de los sujetos. **Darío** expresa esta relación de la siguiente manera:

“El obstáculo principal es la cultura. La cultura patriarcal. Porque es que mira, una de las cosas tenaces que enfrentamos los hombres cuando decidimos cambiar, cuando decidimos cambiar nuestro comportamiento es la crítica de los mismos hombres. Y en los territorios se da eso con mucha fuerza y tiene mucha potencia eso para impedir el cambio de los hombres” **Darío**.

Este fragmento de texto pone un nombre más convencional, y un poco más concreto, a esa exterioridad. La cultura patriarcal es dibujada como aquello Otro con lo que se entra en tensión. De hecho, esta última es nombrada de manera directa como obstáculo que se pone a quienes deciden asumir de otra forma la masculinidad. Pero esta externalidad sigue manteniendo una presencia opaca, su materialización no puede darse a expensas de un cuerpo de hombre en el cual se exprese. La tensión aquí escala el conflicto que se presenta con los hombres que deciden cambiar y alejarse de la masculinidad hegemónica, es ahora con los mismos hombres que, en un marco territorial que maximiza los patrones culturales, están frente a frente poniendo trabas a los procesos de transformación.

El elemento común, y de sobra interesante, en el fragmento de **Darío** es la común nominación de los sujetos como hombres, con el único factor diferencial de que unos parecen estar o buscan estar al margen de la cultura patriarcal, mientras los otros la encarnan, se postula así la posibilidad de cambio, de una bifurcación y por medio de esta la oportunidad de escapar y tomar distancia. Visto esto de cerca me lleva a inferir la presencia de la división Naturaleza/Cultura como un recurso estilístico presente en este repertorio. Su utilización pone en el primer polo de esta dicotomía lo natural representado por el cuerpo de los varones, por su potencialidad existencial que es limitada y cercenada por una presión e impostura cultural.

El sujeto del discurso se esencializa de alguna forma en este movimiento retórico. Su existencia se separa del modelo con quien tiene una relación de tensión, de quien recibe la aplicación de un mandato de tal fuerza y magnitud que produce dolor y herida en los varones. Esta

tensión, este frente a frente de un hombre ante el modelo es constituida en el discurso de **Ricardo** de la siguiente forma:

“Esto tiene mucho de la vida personal y lo debe tener porque fue en el dolor de mi relación con el patriarcado, pues yo no sabía cómo llamarlo en un momento. De mi relación con ese sistema que me decía como peinarme, qué estudiar, dónde estudiar, cómo moverme y a quién amar, bueno. Fue en ese dolor que se cultivó mi resistencia posterior” **Ricardo**.

La presencia de esta exterioridad continúa siendo opaca, con esto quiero decir que se reconoce como algo externo, pero no se materializa de forma directa con un solo cuerpo o una única institución, sino que parece que su existencia y reconocimiento es móvil. Continuando con el fragmento de la entrevista de **Ricardo**, en el discurso se marca un punto de revelación cuando esta externalidad que deviene en Otro que impone normativas puede ser identificada por un nombre (Patriarcado). Detrás de esto puedo inferir la presencia de marcos conceptuales que facilitan el proceso de nominación. Esto ya lo tocaba en el capítulo tres cuando, refiriéndome a la relación con el feminismo, este aparecía no solo como un marco conceptual, sino como una posibilidad existencial en los hombres, de allí que la apropiación de un discurso feminista puede favorecer la movilidad y articulación con otras posiciones de sujeto y/o expandir el campo de representación y simbolización de estas. En este caso, presupongo que la extensión de su discurso permite a **Ricardo** encontrar ese nombre que ahora usa para describir la tensión con eso otro que limita y genera heridas; esto tiene una función específica sobre sí mismo porque lo posiciona en un lugar de resistencia contra este sistema; allí nuevamente la tensión es la característica puesta en juego como recurso retórico para describir la cuestión masculina.

En esta cita, la externalidad ya no solo es puesta como un modelo, como una camisa o como un elemento que encierra al sujeto. En este caso también se le da una voz que tiene una carga normativa alta. Interpela a los sujetos a comportarse de determinada manera, desde su performance estético hasta el control de sus deseos, gustos y sentimientos. Hay en consecuencia una función que se desprende de la que he venido analizando y que puede ser agrupada bajo la categoría de Exteriori-

zación y Objetivación. Lo que viene después de esta es una forma de otorgar una especie de Agencia Desencarnada a lo exteriorizado.

Como efecto de esto, el patriarcado que es uno de los nombres más comunes con los que se cierra este proceso de exteriorización y objetivación, es dotado y reconocido de un poder sobre el cuerpo de los sujetos. En el fragmento de **Ricardo** esto es evidente en la lista de interpelaciones que esta voz le hacía antes de asumir una postura de resistencia (cómo peinarse, qué estudiar, dónde hacerlo, a quién amar). Esta relación de tensión y agencia no se reconoce como un proceso siempre visible o consciente. Hay algo de esta relación que es oculto a los sujetos, que no se presenta claramente y que puede sugerir la necesidad de generar este proceso de exteriorización y objetivación de la masculinidad hegemónica en ese otro cultural denominado patriarcado. **Víctor** expresa algo en este sentido de la siguiente forma:

“Porque lo que yo no, pues el ángulo ciego que no me permite ver cómo se ha construido mi realidad, no me permite ver cuándo he sido violento, que es la pregunta que yo constantemente le hago a mi compañera, le hago a mi hermana, y es como ¡ey! vos te sentís mal por eso, que además es que uno no lo ve, esas, además, como, es además el principio sobre el que se funda la sociología es que el fenómeno está por fuera de la comprensión constante de uno” **Daniel**.

Este fragmento de discurso asume un estilo un poco más académico al final cuando la referencia a la sociología sirve de soporte a la reflexión que el participante está haciendo. Unido a esto, la opacidad es retratada como constructora de realidad detrás de una característica de ceguera. Frente a frente, el modelo de masculinidad (amparado en el concepto más amplio de cultura) entra en tensión con el sujeto varón que experimenta toda su influencia y se ve alcanzado por los diferentes procesos de socialización. Queda como resultado de este ejercicio el reconocimiento de una agencia desencarnada, de una voluntad externa del sujeto que lo rivaliza y le imprime sus imposiciones.

Como agencia se le reconoce su capacidad de actuar, y en su condición desencarnada se resalta su presencia opaca y casi omnipresente, una forma de estar que en la mayoría de los casos se hace invisible al sujeto que recibe su influencia, de allí que la tensión sea alimentada por

las metáforas de la lucha, aquellas expresiones que resaltan el conflicto presente con un Yo que se ve influenciado por el modelo hegemónico sin que se entere en la mayoría de situaciones.

La división ontológica analizada en el discurso cumple varias funciones según varía su aparición en el relato de los participantes de la investigación. Como puede quedar claro ya con lo dicho, este proceso de externalización y el reconocimiento de la agencia desencarnada parece dejar el problema de la masculinidad en un terreno ambiguo, posicionando a los varones como sujetos independientes de esta influencia. No obstante, la persistencia opaca de lo que en muchos casos se llama modelo, implica un reconocimiento sobre la influencia que este tiene en los sujetos. Partiendo del reconocimiento de la agencia desencarnada lo que queda en evidencia es la imposibilidad de ejercer un control total y absoluto sobre la propia conducta, o por lo menos una consciencia de que hay algo que se escapa al control, ya que en ella hay mucho que es producto de su cercanía a diversas influencias culturales.

Este proceso es paradójico por que la función de exteriorización y objetividad, reforzada por el reconocimiento de la agencia de eso externo, más que generar una división radical entre los hombres y la masculinidad hegemónica, lo que parece advertir es una dualidad orgánica, un vínculo muy estrecho que se hace invisible en los sujetos y hace parte en varios pasajes de su existencia, de su reconocimiento y acción. Si aquello que en el discurso aparece como externo tiene la capacidad de determinar aspectos de su existencia y al mismo tiempo no está incorporado en la conciencia de la vida que dirige, es factible suponer que antes de que llegue cualquier proceso de darse cuenta, de reconocimiento de la presencia de esta agencia, el sujeto la entienda como parte constitutiva de su Yo. Dicho de otra forma, aquella agencia externa que aparece en los discursos que he traído al análisis solo es tal cuando se toma conciencia de ella, ya que de otra forma no existe una distinción entre la agencia del modelo y la del sujeto, ambas serían entendidas como la cualidad de un sujeto hombre y no como dos entidades diferenciadas.

Esta particularidad me lleva a reconocer el valor que las articulaciones discursivas tienen para la consolidación del problema y para la activación de una acción encaminada al cambio. En este caso, el ensamblaje con discursos sociológicos y feministas, que dan forma a la relación de tensión que se establece entre los sujetos y las imposiciones culturales,

además del ejercicio nominativo que implica reconocer lo Otro bajo categorías como patriarcado, favorecen la movilidad de los sujetos y el hacer un reconocimiento de sí en la postura que adquieren frente a lo Otro revelado. Dicho de forma diferente, al identificar al Patriarcado como algo externo que ha tenido influencia en el propio Yo y que ahora es revelado, se constituye también un desplazamiento, un movimiento del sujeto, vehiculado por la articulación discursiva con las categorías del feminismo que favorecen tomar la distancia necesaria para que el modelo cultural tenga límites y pueda ser entendido como algo más allá del Yo o Sí mismo.

Con esta reflexión, surge la necesidad de describir otra función de este repertorio de Tensión y Fuga. Por un lado, está la ya mencionada Externalización y Objetivación y el reconocimiento de esta agencia desencarnada y, por muchos momentos, opaca. Pero, una vez establecidas estas diferencias ontológicas, ¿qué función práctica y de dimensiones políticas puede tener este proceso? Mi hipótesis es que este proceso discursivo tiene la función de establecer, en la interpelación, pero también como horizonte contranormativo, la acción que encamina una transformación de la masculinidad. Dicho en otras palabras, establece la función de fuga del repertorio, pero, para que algo pueda fugarse debe existir un Otro que genere la retención y para que esta distancia pueda darse debe encarnarse y diferenciarse un Yo que sea capaz de recorrer esa distancia. Detallaré más este análisis con fragmentos del discurso de los participantes.

Para empezar, quiero traer un fragmento tomado de la entrevista que realicé con **Isaac** en el cual, conversando sobre su participación en diversos grupos políticos y cómo la presencia del discurso feminista ha impactado estos espacios, afirma:

“Pero esa reflexión, que se viene haciendo, me genera precisamente unos cuestionamientos muy en cómo nos relacionamos y no solamente con las mujeres, sino entre los hombres. Pues porque el sistema patriarcal, el sistema machista, eh, incentiva mucho la violencia, es un sistema violento” **Isaac**.

Su cita puede llamar la atención sobre varios aspectos. Por un lado, su referencia al sistema patriarcal y a las subsiguientes nominaciones

que dejan ver una función de sinónimos que en otros casos y otros discursos incluso llegan a establecer homologaciones entre lo patriarcal, lo económico y lo político. Pero junto a esto se enlista una acción propia de la agencia del sistema que luego se convierte por la utilización del verbo “ser” en un adjetivo identificable de eso otro externo. Con esto, además de reconocer la agencia del “sistema machista” y su influencia sobre las relaciones entre los sujetos, indiferente de su sexo, también se hace un cierre sustantivo sobre ese otro exteriorizado y se le asigna una característica específica: el ser violento.

Esta función la he llamado Demarcación Axiológica, pues tiene como efecto generar las bases para una teoría de los valores que marcará la distancia entre la masculinidad hegemónica y la masculinidad otra. De forma más directa, la función aquí presente es la de identificar y asignar una serie de características a lo Otro externo que servirán como soporte para una acción de resistencia que, como dejaré claro más adelante en el siguiente repertorio, son un punto de partida para una regulación de la propia conducta y la priorización de ciertas actitudes, valores y comportamientos con la intención de asumir una masculinidad otra o diferente. De forma más puntual, la relación con lo violento es un primer trazo de esta función discursiva, presente en el repertorio de tensión y fuga. En este mismo sentido, puede analizarse el siguiente fragmento de **Jairo**:

“Quiero decirles que una de las cosas que a mí me atormentaba mucho eran los vicios en la juventud. Muy vicioso. Esa cultura que le manda a uno a tomar licor para sentirse hombre, y esa cultura que le manda a uno a fumar disque para uno sentirse hombre” **Jairo**.

La relación de la dualidad orgánica que representa la tensión entre un modelo que interpela y un sujeto que, asumiendo dicho mandato experimenta una forma de sufrimiento, se configura en una imagen dibujada por este repertorio. Esta se convierte en un patrón constante en la utilización del repertorio de tensión y fuga. Pero, en este caso específico la demarcación axiológica se hace presente, poniendo en la balanza de lo negativo a los vicios como representación de la masculinidad hegemónica, como mandato de esta e incluso como una forma de asumirla. Su discurso estrecha la función identitaria con la representación

de un mandato cultural, ser hombre, bajo esta normativa hegemónica, implica más que una certeza interna el ajuste conductual y afectivo a un modelo específico, a un mandato. Dicho mandato también es en determinado momento una forma de reconocimiento, que en este fragmento me permite asumir que lo que hoy **Jairo** reconoce como tormentoso, en su momento fue un punto de afirmación de su identidad como hombre, fue su propia búsqueda de encarnar el modelo y seguir el mandato. Que aparezca ahora como un hecho tormentoso refuerza esa función de externalización, ese movimiento de huida y fuga que favorece también la demarcación axiológica. **Jarlan**, en referencia a este modelo agrega otro elemento de esta demarcación axiológica:

“Una forma eh, monolítica, que es la que promueve el patriarcado, esa forma tradicional de ser hombre, cerrada, monolítica, incambiable”
Jarlan.

La rigidez es en este caso otro trazo que demarca los valores y anti-valores en la tensión sujeto y mandato cultural. Adicional a la violencia, a los vicios, como característica negativa de este otro exteriorizado está su solidez y homogeneidad, la radicalidad como se presenta e impide una significación más fluida, una posibilidad de cambio una flexibilidad frente a otras subjetividades y procesos de subjetivación. La aparición constante de estas adjetivaciones, efecto de lo que denominé función de demarcación axiológica, la exteriorización y objetivación, y la asignación de esta agencia desencarnada, termina por individualizar la normativa del modelo hegemónico de la masculinidad y, por medio de este proceso, se hace un aislamiento y se marcan las zonas de riesgo que se deben tener en cuenta para un ejercicio de transformación.

El repertorio de Tensión y Fuga lo he llamado de esta forma porque, como intenté demostrar en las citas y análisis anteriores, su función escenifica la tensión al establecer la división ontológica que exterioriza la masculinidad como un modelo externo al sujeto, y por medio del reconocimiento de la agencia desencarnada, representa un conflicto entre los hombres que se ven interpelados y que por medio de la exte-

rriorización¹⁷ reconocen y nombran a este Otro como modelo patriarcal, machista, entre otros. Como función adyacente de este proceso se realiza una demarcación axiológica. Esta individualiza la normativa de lo que sería la masculinidad hegemónica y, en un horizonte de cambio, resistencia y alternativa, sienta los límites para la consolidación de una contranormativa, de una forma otra de subjetivar la masculinidad. Aquí surge la fuga como movimiento que busca tomar distancia de lo tradicional masculino. Este movimiento no se hace como un desplazamiento sin lugar, sin referente, sino que en él se trazan trayectorias que conectan con diversos dominios. Un fragmento de la entrevista de **Felipe** me sirve como punto de partida para profundizar en este análisis. En esta se hace una invitación, se deja un mensaje a los hombres que buscan dar el paso de transformación a masculinidades otras:

“Que se atrevan como a salir de la cárcel del género, porque los estereotipos hegemónicos del género como que no concuerdan con absolutamente con nadie, y siempre es como una lucha con uno mismo encajarse en esos estereotipos hegemónicos de género” **Felipe**.

La referencia a la cárcel expresa esa definición de amenaza y tensión, aporta una imagen para pensar el papel coercitivo de los modelos y reforzar la división entre cultura/sujeto. Este énfasis es puesto en función de una interpelación, de la recomendación que **Felipe** hace para un grupo hipotético de hombres a los que se dirige en su expresión. La figuración de la cárcel muestra cómo asumir masculinidades diferentes, resistirse a estos, es un proceso de fuga, que requiere un distanciamien-

17 El concepto de Exteriorización ha sido utilizado en el contexto de las terapias narrativas como una forma de afrontar los problemas que afectan la estabilidad de los sujetos. Desde un abordaje terapéutico “insta a las personas a cosificar y, a veces, a personificar, los problemas que las oprimen” (White & Epston, 2010, p. 53). El uso que hago aquí, como una función del repertorio de Tensión y Fuga tiene una operatividad similar pero adicional a su utilidad terapéutica, resalto su función política y de resistencia.

to. La fuga se convierte así en un imperativo de acción, marca un movimiento a seguir que orienta la transformación de las masculinidades y que pone a esta acción como proyecto e invitación a otros. No obstante, estos actos de distancia y fuga son un efecto de la Externalización y Objetivación de la masculinidad en Otro cultural, en la figura más generalizada del patriarcado. Además de esto, la acción de fuga, de distanciamiento solo es posible si se reconoce la estancia en el interior de aquello de lo que se pretende escapar. La agencia liberadora en este caso responde a la paradoja de la subjetivación que describe Judith Butler (2007, 2017) y que desarrollé en el primer capítulo de este trabajo. Aquí se puede ver en tanto que la acción del sujeto, el reconocimiento de su agencia en el movimiento de fuga, solo es posible por la condición previa de sujeción a la que está sometido. Usando las expresiones del fragmento de entrevista de **Felipe**, la agencia que implica escapar, tomar distancia, es producto de una condición previa de encarcelamiento. Así, el reconocimiento de un agente que se proyecta en una masculinidad otra es producto de la pertenencia y estancia en algún momento en aquello de que se quiere escapar.

Esta reflexión se complejiza cuando, en esta misma cita, **Felipe** concluye que este proceso también “siempre es como una lucha con uno mismo”. En el ámbito discursivo esto es interesante porque el adverbio de tiempo utilizado remite a la continuidad y a la acción constante, es decir, que la fuga y el escape parecen ser procesos nunca acabados, por lo que aquello de lo que se escapa termina siendo algo que uno siempre lleva o que de alguna forma tiene un vínculo que no se puede romper del todo. Visto de esta forma, la fuga como expresión para reunir las acciones que surgen de todo el proceso que he descrito en este repertorio, no debería entenderse como un acto de liberación. Esto ya lo expuse en el capítulo tres cuando en referencia a la constitución de una forma de la mirada que se constituye en la narrativa de los sujetos dentro de una trama íntima planteaba que la transformación de la masculinidad es más una vigilancia que una liberación. Con esto doy pie para la descripción del segundo repertorio interpretativo, dejando desde ya explícito la conexión entre ambos.

5.2 Repertorio de gestión de sí

Con la Externalización y Objetivación y la determinación de una Agencia Desencarnada a eso Otro externo, hay un proceso que pone en el centro de atención al Yo que está frente a frente del modelo patriarcal y que ve su influencia. Al reconocerse lo Otro externo y su influencia, una de las reflexiones que surge es sobre los efectos que eso tuvo sobre el propio sujeto. Hay un fragmento de la entrevista de **Ismael** que me despliega el análisis sobre esto:

“Reconozco que mi accionar fue contrario a las posturas políticas, éticas. No estoy de acuerdo con ese accionar. Reconozco que una de las personas agredidas en ese accionar fue usted compañera” **Ismael**.

Esta cita es extraída de un momento en la entrevista en la que el participante describe las consecuencias que tiene asumir un marco conceptual feminista y cómo con base en este se evalúan las acciones. El punto crítico de la cita reside en la focalización que el discurso hace sobre el Yo. Las acciones evaluativas que se describen aquí son producto de una revisión de sí mismo, pero, esta vez a la luz de un nuevo conocimiento y describen una incongruencia auto detectada. La acción y las posturas políticas tienen una distancia, pero ambas son propiedad del sujeto. Hay una incongruencia posible, se abre la posibilidad de que, en la unidad de reconocimiento de un mismo sujeto, puedan desarrollarse procesos que van por caminos diferentes. Este hecho es sometido a revisión y visibilizado, justo cuando entra en la historia de los participantes un marco discursivo como el feminismo que favorece demarcar y limitar los puntos de contradicción.

En este discurso hay también un prisma temporal. El lugar de enunciación está determinado en un presente donde la toma de consciencia evalúa el pasado del modelo encarnado en la propia acción. En otros términos, y retomando las reflexiones del repertorio anterior de Tensión y Fuga, lo que hoy es visto como externo, como un punto de referencia para establecer la fuga fue en el pasado una característica del sujeto. Dicho de esta forma, este repertorio de la gestión de sí refuerza la función de externalización y consolida la división ontológica que pone al Yo frente a frente al modelo y en una relación de influencias, tensión

y fugas. Pero, a diferencia de las reflexiones del apartado anterior, el centro ya no está en una lectura y determinación de características de lo otro externo, como en una revisión constante de sí mismo en torno a ese modelo, una revisión sobre qué, de él, estaba presente en el propio Yo y se encarna, o se encarnó en algún momento.

Igual que lo mencioné antes, aunque de manera tangencial, este repertorio se articula con discursos estructurados en una tradición epistemológica y política específica. Las propuestas conceptuales del feminismo, presentes en diferentes propuestas filosóficas y sociológicas, movilizan esta división que refuerza una mirada específica sobre el Yo. **Ricardo** expresa unas ideas relacionadas con esto que permiten continuar con este análisis:

“Y lo segundo la academia, desde la creación artística con la intervención creativa. Es cuando yo, tengo la pregunta por la masculinidad, que yo digo voy a estudiar, voy a acceder a estos textos, a estos libros, y ahí empiezo a verlo, ah es que esto se llama así, esto tiene nombre, esto es, ah, ya entiendo que es lo que me pasaba, que es lo que me pasa”

Ricardo.

La pregunta sobre la masculinidad se establece en su discurso como una consecuencia de la academia. La aparición temporal de este cuestionamiento de la masculinidad se da simultáneamente con los procesos académicos y de intervención artística. De esta forma, se establece una relación de causalidad que convierte la reflexión académica como una pieza fundamental del proceso de transformación. Pero, de este fragmento, lo que más me interesa destacar es lo que genera en relación con su Yo, lo que se nombra aquí y la función que esto tiene si se ve la narrativa en un marco político encaminado a la transformación de la masculinidad.

Al final del fragmento, **Ricardo** habla sobre el nombre que “esto tiene” y vincula ese nombre con una lectura sobre sí mismo que es transformadora. Esto podría reconocerse como una retórica del “insight”, muy vinculada con una tendencia psicológica que acepta la existencia de factores de la personalidad y la conducta que no son directamente identificables para el sujeto y que solo pueden ser descubiertos si se aplica cierto proceso de toma de conciencia y conocimiento. Es-

tos factores serían producto de procesos de socialización, adaptación y aprendizaje y el darse cuenta, el acto de consciencia que acontecen con la posibilidad de nombrar lo que pasa, instaura al Yo como un sujeto de autointervención, en primer lugar de una revisión y posteriormente como actuación.¹⁸

El repertorio de Gestión de Sí sería entonces el conjunto de expresiones, imágenes, metáforas entre otros recursos discursivos que establecen una función de observación y focalización del Yo. En este sentido, su función es complementaria de las funciones del repertorio de Tensión y Fuga, y aunque este último está centrado en marcar los límites de una masculinidad como mandato que es externo, el de Gestión de Sí resalta la incorporación y vínculo orgánico que existe entre el sujeto y el modelo. Este se constituye como una amenaza constante, los adverbios de tiempo aquí asumen un papel protagónico para marcar, por un lado, los procesos de toma de consciencia y, por el otro, la amenaza constante de estar bajo la influencia del mandato de masculinidad si no se ejerce la revisión constante.

18 La idea de una retórica del insight, en un marco psicológico, la relaciono con los postulados de Nikolas Rose (2005) en su trabajo *Governing the soul: the shaping of the private self*. En este texto el autor plantea que posterior a la Segunda guerra mundial se abonó el terreno para el desarrollo de una psicología clínica que tenía como centro de sus objetivos el manejo del self y el autocontrol de la conducta. Para esto fue necesario el desarrollo de una psicología que desde una retórica científica trazó límites con el tratamiento orgánico de la psiquiatría y el estudio del inconsciente del psicoanálisis. En lugar de esto desarrolló la tesis de que muchos de los problemas de comportamiento venían de patrones adquiridos a partir del aprendizaje y que para transformarlos hacía falta un ejercicio de revisión, toma de conciencia y aplicación de técnicas que modificaran la conducta. La cercanía de estos planteamientos develan la cercanía con las tesis de Michel Foucault y su idea de Tecnologías del Yo (Foucault, 1990a). Estas ideas han sido retomadas también para explicar la tendencia de subjetivación relacionada con discursos como el management o la administración de sí (Castro-Gómez, 2015; Martínez Guzmán, 2015).

Mario en su relato hace énfasis en la necesidad de esta revisión, en su entrevista afirma que:

“Nos habita eso, una cosa es uno ser consciente de que hay asuntos que deben estar en guardia y reflexionar, y bueno cómo logro que mi vida no sea una vida en la cual yo esté, por ejemplo, eh, ejerciendo acoso sexual constante” **Mario**.

El sujeto se presenta como un espacio abierto que puede ser habitado por presencias externas. De su discurso puedo inferir que aquello que nos habita es el modelo patriarcal o este mandato de masculinidad. Su opacidad y agencia sobre el comportamiento se convierte así en una señal de alerta, en una constatación que instaura la mirada constante sobre este yo, sobre aquello que lo habita y como esto influye en su comportamiento. Este proceso tiene el efecto de devolver al sujeto algo de su agencia, algo de control sobre los designios que toma su vida. Partiendo de esto, y del análisis que se puede hacer al fragmento de entrevista de **Mario**, este Repertorio de Gestión de sí implica y constituye la función de Vigilancia que ya mencionaba en el capítulo 3. Este proceso que resulta de la articulación de los otros significativos y de los marcos conceptuales apropiados por los participantes de la investigación (como la relación con el feminismo), es performado en el ámbito discursivo a través de la utilización de este repertorio. Podría decir que, el repertorio de Gestión de Sí pone en práctica recursos lingüísticos que refuerzan la división ontológica entre modelo/sujeto, pero, a diferencia del repertorio de Tensión y de Fuga centran la atención sobre el Yo.

Víctor hace una evaluación de esto a partir de una crítica sobre la noción de sistema. Afirma que este concepto corre el riesgo de ser muy estático y esto provoca que:

“Todos los hombres hoy están diciendo que no son machistas. Hasta los más machistas, o sea, nadie está haciéndose como...y por qué no hay discusión, porque no hay una discusión que a él le diga cómo, parece el sistema no es una cosa alejada, el sistema también es usted” **Víctor**.

En su crítica lo externalizado se acerca y es traído nuevamente al Yo. Los hombres se constituyen como los anfitriones del modelo, pero,

se hace según lo nombra de una forma inconsciente o no reconocida. De allí que se plantee la necesidad de preguntarse a sí mismo, de que los hombres establezcan una discusión consigo mismos para identificar las encarnaciones y las materializaciones que hacen del modelo patriarcal o mandato de masculinidad. La invisibilidad y opacidad que se hace explícita en estos discursos sirven para plantear la necesidad de un proceso de reflexión de sí mismos, de un examen y una discusión que no tienen otro objetivo que el Yo. Igual que lo pregunte antes, con respecto al repertorio de Tensión y Fuga, ¿cuál puede ser la función práctica y política del repertorio de Gestión de Sí? ¿Cómo entender esta focalización del Yo y qué funciones subyacentes trae consigo?

Para aportar respuestas en este sentido tomaré como punto de partida un extracto de la entrevista de **Ramiro**, en el cual habla sobre su proceso de encuentro con un grupo que tenía en sus objetivos el trabajo crítico sobre cuestiones de género:

“Me encontré con un grupo muy bacano, lleno de gente muy rara, de diferentes lugares de la ciudad, pero también de diferentes apuestas políticas y sociales. Eh, unos hombres con los que hemos trabajado tres cosas: uno es la relación consigo mismo que creo que es fundamental y lo quise hacer no solo porque Kaufman lo diga, sino porque fue mi primer problema. Mi primer problema fue aceptar esa forma de ser masculina mía” **Ramiro**.

La referencia al encuentro con las personas que menciona no las tocaré a fondo en esta ocasión ya que esta relación la he analizado más a fondo en el análisis narrativo que presento en el capítulo anterior. Mi interés ahora se centra en cómo la relación consigo mismo se vuelve un foco de trabajo. Cómo a partir de la lectura del propio proceso de transformación de la subjetividad se despliega una metodología de trabajo que, si bien en el discurso trata de desvincularse de un paradigma académico, esta salvedad ya introduce la relación entre el proceso que se describe y las tradiciones académicas desde las cuales se sustenta. De esta forma, el Yo se instaura como objeto de vigilancia, de examen, desencadenando una serie de interpelaciones que, en relación con las demarcaciones axiológicas que se van trazando, van configurando una orientación normativa de la acción de transformación de la masculini-

dad. El efecto de esto es palpable en el discurso de varios de los participantes de la investigación, cuando como en el fragmento que presento a continuación, se habla de esas masculinidades otras, de esas acciones que la determinan:

“Una cosa bien sencilla es poder yo compartir los trabajos de la casa. Hacer comida, que mi familia disfrute de una comida hecha por mí. Es muy rico yo involucrarme en la crianza de los hijos y eso lo digo con propiedad y con, con conocimiento de causa” **Darío**.

En este fragmento, la experiencia personal es dotada de una autoridad que define al espacio familiar como un lugar de transformación, pero, que también prescribe el compromiso con este y sus labores como una acción que da cuenta del proceso de cambio, de la configuración de una masculinidad alternativa que se aleja de los mandatos tradicionales. De allí se desprende que el repertorio de Gestión de Sí, además de instaurar un proceso de observación y conocimiento sobre sí, también establece y marca líneas para la incorporación y puesta en marcha de diferentes prácticas y acciones relacionadas con la demarcación axiológica que se hizo sobre la masculinidad hegemónica. Así, se establece una contra normativa de resistencia, se propone un marco normativo alternativo que busca rivalizar con el tradicional, por medio de la orientación de sí hacia ciertas acciones y comportamientos específicos. Este análisis lo apoyo en las reflexiones que Judith Butler (2016) hace en la introducción de su texto *Los sentidos del sujeto*. Allí la filósofa llama la atención sobre cómo la ruptura con una serie de normas solo puede suceder si existe la intervención de normas compensatorias, y esto al mismo tiempo establece por un lado la dependencia relacional del Yo con respecto a la norma que lo constituye, pero, también que la matriz de relaciones que conforma al sujeto no es una red armónica e integrada, sino un campo de antagonismos y disputas (Butler, 2016).

Presento este fragmento de la entrevista de **Ricardo** para seguir analizando sobre esto. Allí se narra un momento clave de cambio cuando, en su proceso, empieza a generar fugaz del modelo de masculinidad tradicional:

“Entonces empecé a sentirme incómodo con las formas que me proponían. Yo quería, yo me identificaba en lo femenino. Yo no entendía en ese momento que eso se veía muy mal. Porque lo femenino insisto no es sinónimo de mujer, y hay unos atributos morales, psicológicos, estéticos que se separaron contundentemente entre masculino y femenino como si fueran orillas de dos, de un río, pero intocables” **Ricardo.**

La ruptura que narra **Ricardo** cuestiona la normativa tradicional binaria y establece lo femenino como un terreno de identificación legítimo. Lo contranormativo surge en la resignificación que hace del significante femenino, separándolo del de mujer. Este movimiento que también se asienta en la dicotomía cuerpo/cultura, es usado estratégicamente como una forma de reafirmar lo femenino como un campo legítimo de performance masculino. En este sentido, como un efecto rebote de la demarcación axiológica se generan a partir del discurso de la Gestión de Sí interpelaciones de comportamiento sobre lo masculino otro. Se empieza a delimitar y marcar vectores de movimiento sobre la forma de leerse a sí mismo y de gestionarse a sí mismo con relación a valores alternativos o diferentes. Con relación a esto está este fragmento de la entrevista de **Mario:**

“Es que por eso de andar otros caminos en la masculinidad es por ejemplo rescatar y valorar la propia fragilidad. La propia vulnerabilidad. Eh, reconocer de que uno no es más o menos hombre por la fuerza, o por su cuerpo o por sus rasgos de virilidad o no, o por su tono de voz o el tamaño de su pene. Pues, que nada de eso te va a definir necesariamente como hombre” **Mario.**

En estas palabras el contraste es mucho más evidente. Se configura una imagen de contraste donde la vulnerabilidad y fragilidad disputan el terreno de lo posible en la configuración de la masculinidad con la fuerza y la virilidad, con las figuras y representaciones de lo masculino (Tono de Voz, Tamaño del Pene). Además de esto, la orientación de la acción es claramente indicativo en este fragmento de la entrevista de **Mario.** La relación de equivalencia que establece entre andar otros caminos en la masculinidad y el descubrimiento de los aspectos relacionados con la vulnerabilidad merecen un análisis en este sentido. En

primer lugar, la referencia al “andar” establece el vínculo de transformación como acción y proceso, esto es igual a decir que lo masculino otro, más que un logro final, un proceso terminado es un proceso, lo cual conecta con la idea de que es un proceso constante, no un logro concluido. En segundo lugar, este andar se vincula directamente con la acción de “rescatar y valorar la propia vulnerabilidad”. La orientación a la acción es en resumen este reconocimiento que se establece como un determinante lógico y necesario para asumir otras formas de subjetivar la masculinidad. El objeto de este reconocimiento busca traer a la luz y la aceptación algo del sujeto que parece haberse negado, esa vulnerabilidad que en un proyecto alternativo de la masculinidad deberá ser observada y valorada. Pero, al ser algo que se oculta, al ser algo que exige el reconocimiento del sujeto, se deduce que se debe hacer una acción de observación de sí que facilite su encuentro.

El repertorio de Gestión de Sí, comprende dos dimensiones que son usadas en el discurso para establecer normas compensatorias para el quiebre con la masculinidad tradicional. Amplia la matriz de inteligibilidad sobre la que una lectura del Yo es posible. Las dos dimensiones son, primero, un examen y conocimiento de sí y, segundo, una regulación de la conducta sobre la cual se incorporan otras actividades, la presencia en otros espacios e incluso una gestión emocional. Relacionado con esto último está este testimonio de **Jarlan**:

“Hoy cuando me siento triste al menos me hago la pregunta ¿verdad?. ¿Por qué? Y trato de trabajar eso, pero antes no, verdad, entonces sentí el primer impacto en mi vida fue emocional, en saber manejar más las emociones y he tenido cambios rotundos en eso” **Jarlan**.

La novedad que **Jarlan** narra de su vida tiene que ver con una dimensión de esta que antes era ignorada. El que ahora no lo sea, el que hoy se le tenga en cuenta, implica una alusión a una acción sobre la percepción y monitoreo de sí que visibiliza las emociones como un factor importante. Posteriormente, esta revisión y monitoreo emocional, la pregunta sobre la presencia de emociones como la tristeza que antes pasaban inadvertidas, activa una acción de manejo sobre estas. Todo esto tiene una función normativa y sostengo esto apoyado en la idea de *determinación de la sustancia ética* entendida como “la manera en que el

individuo debe dar forma a tal o cual parte de sí mismo como materia principal de su conducta moral” (Foucault, 1986, p. 32).

El monitoreo de sí conlleva una acción sobre sí mismo orientada en acciones relacionadas con el hogar, con la apertura al reconocimiento de lo femenino y, como queda en evidencia en el fragmento de **Jarlan**, en una atención y manejo de las emociones. En el andar de estas masculinidades otras, la determinación de una sustancia ética cruza por medio del discurso en espacios y situaciones que los hombres deben habitar y asumir. En este caso, el reconocimiento de las emociones y el manejo de estas constituye un logro que evidencia la transformación subjetiva, y se enuncia como una señal, como esa dimensión de la subjetividad que se abre y da lugar a una masculinidad otra¹⁹.

Continuando por este camino analítico, quiero ahora centrarme en analizar un recurso retórico que aporta a instaurar esta Gestión de Sí. Me refiero a metáforas que hacen hincapié en la posibilidad de ejercer, una vez establecida cierta conciencia sobre sí y sobre la cuestión de la masculinidad, un control sobre la conducta, la subjetividad y la identidad. Al respecto presento la siguiente cita de la entrevista de **Ramiro** en la que reflexiona sobre los aspectos positivos y negativos de la masculinidad, y en este inventario, llega a formular un proyecto de sí:

“Quizás cargar algunas cosas que son chéveres cargar, por ejemplo, el tipo de ropa que me gusta, esto me gusta, ¿cierto?, mi barba me encanta, como esas cosas que son como unos rasgos y unas cosas masculinas que son chéveres de cargar, pero otras que no son tan chéveres” **Ramiro**.

Cabe agregar que esta cita es parte de una respuesta que le hago a una imagen que él menciona antes. Esta es la de la mochila y su relación con la masculinidad. Es así como en este inventario de cosas enuncia aspectos a cargar y otros a sacar. La idea subyacente en este fragmento

19 La emergencia de esta dimensión afectiva también puede ser ampliada en otro análisis. Soy consciente de esto y dejaré para más adelante una reflexión más detallada sobre lo que implica nombrar lo afectivo como un elemento crucial de una masculinidad otra.

reconoce a la subjetividad y la identidad como una construcción o ensamblaje, como un proceso que puede ser objeto de cierta voluntad y que tiene al sí mismo como un proyecto. Este último toma forma no solo por el conocimiento o consciencia de sí que se pueda tomar, sino que implica en este inventario de uno mismo, determinar qué aspectos pueden ser conservados y cuáles no²⁰. En este registro se enlistan aquellos aspectos de una identidad masculina que pueden ser benéficos en contraste con otros que deberían dejarse a un lado o, siguiendo con la metáfora de **Ramiro**, sacados de la mochila.

El repertorio de Gestión de Sí toma en consecuencia la metáfora del devenir de la identidad como una base retórica sobre la cual sustentar el conocimiento de uno mismo y las acciones correctivas que conduzcan al proyecto de asumir una masculinidad diferente. La presencia de estos argumentos en el discurso se hace necesaria y manifiesta para devolver al sujeto parte de la agencia que en otras expresiones se había colocado en otro lugar. En otros términos, las metáforas tipo construcción, mochila, relacionadas con la identidad masculina retoman la posición de un Yo constructor sobre el cual se deposita la responsabilidad de cambio. **Darío** aporta un testimonio relacionado con este análisis

20 Un análisis que apoya esta hipótesis está contenido en las reflexiones que en *La Historia de la Sexualidad: la inquietud de sí* realiza Michel Foucault (1987). Estas ideas aparecen de manera más específica en los primeros capítulos del libro cuando, haciendo alusión a las ideas de algunos filósofos estoicos como Epicteto y Séneca, llama la atención sobre el establecimiento de una relación de sí mismo enmarcada en un arte de la existencia. Esta se resume en el término griego *epimeleia heatou* que hace relación al Cuidado de Sí, no como una forma utilitarista de ascenso y supervivencia social, sino como ejercicio de una virtud, como forma de alimentar y moldear el alma. En este propósito un conocimiento de sí se demanda como fuente principal del cuidado, y este en algunas tradiciones toma la forma de administración, como una revisión y repaso por cada una de las acciones para luego tomar las determinaciones que hagan falta.

“Hay mucho que deconstruir en uno, todos los días hay que deconstruir en uno. Todos los días tiene uno que estársela pillando porque uno es un ser social, se creó en la casa, en la sociedad, tiene una psiquis, está inserto en una lógica patriarcal, también se le pegan muchas cosas” **Darío**.

La metáfora de construcción es puesta aquí al servicio de un imperativo. El ejercicio de deconstrucción debe ser un proceso que, en las palabras de **Darío**, guarda cierta responsabilidad, se presenta como un deber constante en el tiempo. El Yo es objeto de una especie de intervención que requiere estársela “pillando”, una expresión que resume las dos funciones del repertorio de Gestión de Sí, una revisión constante sobre el Yo y una acción encaminada a dar forma a un sujeto masculino otro. Pero adicional, en el fragmento presentado, se instituyen nuevamente algunas divisiones ontológicas que son necesarias para ubicar la responsabilidad del Yo, pero, que son paradójicas también en como se articulan en el discurso. Ese “uno” que debe “estarselas pillando” es reconocido como un ser social expuesto a las influencias de “una cultura” y “una lógica patriarcal”. Ese Yo que debe ejercer la transformación de sí, es indefectiblemente un Yo que previamente ha sido tocado y afectado por la sociedad, por lo cual también su presencia es de algún modo el resultado de estas influencias anteriores.

Esto último me pone en un lugar cercano a los planteamientos teóricos que ya había expuesto en los primeros capítulos de este trabajo. Por un lado, con relación a la Masculinidad Hegemónica, había descrito cómo en las relaciones de poder que estas comprenden implicaban también la puesta en práctica de ciertas Tecnologías del Yo. Adicional a esto, en la conceptualización del sujeto encadené mis argumentos con aquellas posturas que reconocen el vínculo pasional como el fundamento de un sujeto sujetado, de un Yo formado siempre a consecuencia de la relación con lo otro que está enmarcado en cierto orden discursivo. Desde esta perspectiva, la Masculinidad implica una estructura discursiva particular que demanda a los sujetos unas prácticas sobre su propio cuerpo, su deseo y la relaciones que deben cumplirse para obtener el reconocimiento como sujetos. Esto es lo que Rita Segato denomina *Mandato de Masculinidad*, que también puede ser entendida en los términos y procesos que he descrito con relación al Repertorio de Gestión de Sí.

No obstante, en este escenario, la articulación difiere con relación al reconocimiento que se quiere lograr. Aquí La Gestión de Sí es utilizada para delinear el proceso de transformación de la masculinidad, no su mandato. De esto puedo concluir que el proceso de pensar y proyectar una subjetividad otra no se constituye como una huida total del orden discursivo que comprende lo hegemónico. De manera metafórica, asumir una masculinidad otra, tal y como se presenta en el discurso de los participantes de la investigación, no es el abandono de la parcela de la masculinidad, el retiro total para habitar otras praderas. En su lugar es andar reconociendo la pertenencia constante a este terreno, pero articulando otros elementos en su frontera que terminan, inevitablemente, rompiendo con la solidez de lo hegemónico y dilatan los límites o líneas de una subjetividad masculina.

Esto podría justificar que La Gestión de Sí, como un repertorio interpretativo presente en el discurso y con una función clara de vigilancia del Yo e Intervención de este esté presente en ambas propuestas. Es decir, haga parte de la forma como opera la masculinidad hegemónica y también la búsqueda de alternativas. La diferencia radicaría en que la articulación a otras posiciones y dimensiones del sujeto favorece la aplicación de este dispositivo en un camino opuesto al de la masculinidad tradicional. Dicho de otra forma, la instauración de un sujeto por parte del dispositivo sexo/genérico establece la consciencia y las divisiones ontológicas para que las personas ejerzan sobre sí mismas algún control. Este antecedente de la formación del sujeto, cuando se desplaza y articula con otras posiciones de sujeto como la raza, la orientación sexual, la filiación política, entre otras, favorece lecturas alternativas que dilatan los límites que determinaron su formación.

En conclusión, El repertorio de gestión de sí permite ver cómo a través del discurso se empieza a configurar un ejercicio de inventario de la subjetividad y la aplicación de prácticas para romper el modelo tradicional y ofrecer una alternativa. Pero más allá de su descripción funcional, este repertorio conecta con la cuestión del sujeto, su formación y el papel que el dispositivo sexo/genérico tiene. Esto tiene que ver con la idea de que la gestión de sí, tal como la he descrito en este punto, no es el ejercicio de una consciencia plena porque su fuerza retórica, la razón por la cual emerge en el discurso, está fundamentada en la opacidad que tiene la agencia de la masculinidad hegemónica sobre los sujetos.

En los fragmentos que he traído aquí para el análisis, toda esta revisión de sí, esta aplicación de procedimientos que alcancen el proyecto de una masculinidad otra, se fundamenta en la aceptación de la influencia de lo otro externalizado, ya sea el patriarcado, la lógica machista o el nombre que se le asigne. Llevado esto a la generalidad más amplia de la constitución del sujeto, me lleva a pensar que, incluso en su versión no hegemónica, la subjetivación es un proceso determinado siempre por la marca y afectación que eso otro externalizado deja en uno y sobre la cual se constituye la voz de un yo que se hace consciente de sí mismo.

5.3 Repertorio estético-afectivo

Un repaso por cada uno de los fragmentos de entrevistas, con los cuales he establecido un diálogo en este trabajo, permite que en su relectura emerjan elementos comunes en el discurso que tienen una función específica y de los que haría falta generar una reflexión mucho más amplia. Mi propósito en este apartado es reunir aquellas menciones, referencias o expresiones que incorporan en la sintaxis palabras como el cuerpo, la emoción, la sensibilidad, el arte y/o lo estético. En este repaso, alejándome de las frecuencias de utilización de la palabra, centro mi interés en esclarecer cómo se configura un repertorio Estético-Afectivo que ensambla elementos ajenos al marco normativo de la masculinidad hegemónica y configura una acción política que se pregunta por lo material como fundamento de su acción.

No pretendo con este ejercicio hacer una reflexión profunda sobre el papel de las emociones y la estética en la transformación de la masculinidad, puesto que para este ejercicio excede los alcances metodológicos que he llevado a cabo en esta investigación. Mi propósito, en cambio, en este apartado, pretende hipotetizar sobre el valor retórico que tiene la utilización del repertorio estético afectivo y sobre cómo en su utilización se movilizan y constituyen las fronteras y demarcaciones axiológicas que ya he mencionado antes y cómo se agrupan, como una caja de herramientas, acciones y prácticas para la reflexión y transformación de la masculinidad. Para ser claro, en este punto me centro más en el uso discursivo que se hace de lo afectivo y lo estético, dejando para

otro momento la reflexión que esto conlleva en sí mismo más allá de las fronteras del discurso.

La recurrencia de experiencias con el arte o con herramientas artísticas llama la atención sobre este repertorio. Para iniciar el análisis discutiré una cita tomada del discurso de **Darío**.

“Es que el arte es una herramienta de transformación. Para transformar tremenda. Yo te decía ahora que yo era presidente de una corporación cultural y nosotros constantemente utilizamos el arte para generar cambios” **Darío**.

Las referencias en este fragmento de texto son directas y claras. El arte como asociación estética llevada al terreno de una transformación social. Como instrumento denota también un sujeto que la aplica, un “nosotros” que utiliza constantemente esta herramienta y que constata su efectividad para la producción de cambios. Así, el énfasis que se hace en su conveniencia traza un mapa metodológico sobre el trabajo en la transformación de las masculinidades que empieza a abrir grietas para tocar las repercusiones epistemológicas que este repertorio puede llegar a tener. Una de las cosas que no puedo dejar olvidar es que los participantes de esta investigación ejercen un activismo que tiene como objetivo la reflexión sobre la masculinidad y la necesidad de trascender modelos tradicionales y hegemónicos. De allí que su referencia al arte como herramienta de trabajo delimita esta ruta de actuación.

La constatación de que este camino que usa recursos estéticos es efectivo proviene más de la experiencia propia, de la forma cómo se ha experimentado el trabajo, pero no arroja más información sobre la aplicación o reflexión de otras metodologías. Esto podría explicarse por la referencia que hace **Darío** a su pertenencia a una corporación cultural, pues el arte aparece en este contexto, de una manera más implícita, no solo como estrategia de transformación de otros hombres, sino como punto de encuentro, como cruce de otras acciones y posiciones de sujeto que favorecen el trabajo activo por la transformación de las masculinidades. Esta corporación de la que habla **Darío**, cuyo objeto misional y fundacional no estaba relacionado con temas de género, si aparece en su referencia como un antecedente importante de sus acciones en la actualidad, como una antesala de trabajo metodológico que le articula

sus intereses y transformaciones en la cuestión masculina. El arte, el recurso estético es acá un antecedente de la historia que favorece conexiones importantes. En este sentido, analizaré el siguiente fragmento del testimonio de **Víctor**:

“Para mí siempre fue un gran héroe. ¿Qué tiene mi papá? Que mi papá era artista, era restaurador entonces hay como una sensibilidad muy fuerte frente al arte, frente a la estética que contribuye como mucho en mi crecimiento, en la formación de mis hermanos” **Víctor**.

A diferencia del anterior, en este fragmento el antecedente con el arte y lo estético no está marcado por una pertenencia organizacional previa, sino que se refiere a un espacio mucho más cercano e íntimo. Se junta la idealización de un padre que es descrito en sus valores artísticos y a partir de allí se define la influencia que esta dimensión subjetiva pudo tener en la vida de **Víctor** hasta el punto de llevar a que se materializara la posibilidad de que este asumiera su masculinidad de una forma diferente. El repertorio Estético-Afectivo, usado de esta forma, me lleva a pensar en su función como una acción de ruptura con lo que en el capítulo 3 describía como escenario de la acción (la racionalidad de un modelo complejo que establece paridades entre lo económico, lo político y el género) y que en este apartado he descrito como la función de externalización y objetivación propia del repertorio de Tensión y Fuga.

La pregunta en este punto es: ¿Qué implica el arte en el discurso? La primera respuesta que puedo dar es que es un elemento diferenciador, que traza en el caso de **Darío** una pertenencia asociativa previa que lo dota de la experiencia para reconocer en ella su efectividad como estrategia metodológica, y en el caso de **Víctor**, distancia un modelo paternal alternativo, toda vez que su caracterización artística marca una diferencia en su padre que se extiende a su formación y educación y que termina repercutiendo en la forma cómo él asume su masculinidad, a partir del desarrollo de una sensibilidad diferente que le favorece tomar distancia de los modelos hegemónicos. En ambos casos, a pesar de la diferencia que pueda haber en el análisis, el arte surge como acción y relación alternativa al modelo y con una comprobada eficiencia para cambiar los procesos de subjetivación masculina.

Continuaré con un fragmento de la entrevista de **Ricardo**, donde relata el surgimiento de la acción más central de su activismo:

“Creé un taller, un performance y un laboratorio creativo llamado caballito de mar, para que nos preguntáramos a través del juego y los imaginarios culturales, porque azul y rosado, porque los juguetes de las niñas esto, porqué, eh, la estética, por qué, por qué, por qué. Y en esos por qué la gente se dio cuenta que tenía la respuesta, pero igual seguía en el esquema” **Ricardo**.

El recurso estético, en su característica creativa, es una herramienta de indagación, que favorece esa mirada sobre el Yo con respecto a su conformación performativa en un género determinado. Si en los repertorios anteriores se demarcaba la función del discurso que centra la atención sobre el Yo, y como lo describí en la trama íntima, se establece en la trayectoria de cuestionamiento de la masculinidad una especie de mirada vigilante sobre sí mismo. Este repertorio Estético-Afectivo marca un proyecto metodológico que a partir de intervenciones artísticas articula los reflejos que posicionan el objeto de indagación. En la cita de **Ricardo** esto además tiene un componente íntimo-político, puesto que el cuestionamiento de los “por qué” está ligado con su nominación de *performance*. Al respecto de esta última palabra y referencia, el concepto abarca, como lo ha descrito Diana Taylor (2012) las acciones cotidianas que se realizan en torno a una forma de subjetivación, pero, es también una referencia a una acción fundamentada en el cuerpo que tiene un compromiso político de crítica y transformación. El recurso estético narrado en estos fragmentos construye el vínculo entre esa forma íntima de relacionarse con lo masculino y la acción artística como una estrategia de intervención política que se hace desde el territorio íntimo/público de la identidad.

Esto conlleva un postulado político en estos discursos. El arte como acceso a la sensibilidad e instrumento estético se concibe más allá de la obra de arte y se constituye en acción y escenario de transformación. Continuando con otro fragmento del testimonio de **Ricardo**, intentaré dar cuenta de este vínculo:

“La política, la política, la ética y la estética. En la política lo masculino primó ¿cierto?, el poder y la administración. La estética fue la que se le asignó como ese atributo femenino, y en esas medidas como que perdió peso, como que se entendió como si la estética fuera algo menor, secundario, decorativo” **Ricardo**.

La función que deduzco del repertorio Estético-Afectivo a partir de este fragmento de texto, tiene que ver con los contrastes y diferencias que realiza, y la forma como se vincula lo estético como campo de posibilidad y alternativa. El arte y lo estético cumplen una función de ensamblaje en la medida que es traído al discurso para señalar y motivar la articulación de otros campos, usualmente reconocidos como femeninos, en la acción de los sujetos masculinos. En otros términos, la utilización de este repertorio integra dimensiones sociales y personales como el arte y la estética asociadas a la posición femenina, marca el camino que vincula los elementos dicotómicos y antagónicos desde un punto de vista tradicional.

En este último punto, el repertorio Estético-Afectivo despliega un movimiento interesante en relación con la separación y resistencia de los modelos hegemónicos. La cita de **Ricardo** permite sospechar sobre esto cuando ofrece una explicación sobre la relación política/masculinidad y estética/feminidad y la división dicotómica allí presente. Así, el repertorio se ofrece como oposición a los modelos y racionalidades que favorecen y sostienen estas relaciones. Lo estético y lo artístico se presentan como posibilidad, como conciencia alternativa. Ligado a esto, **Felipe** comenta como esto está relacionado con la transformación de la masculinidad:

“Entonces pasa también por ver otro cine, escuchar otras músicas, sobre todo, armarse otros referentes de vida” **Felipe**.

Otros cines y otras músicas es la invitación central. Pensar estas expresiones artísticas desde una otredad remite a la oportunidad de encontrar opciones culturales que no representen y reproduzcan los modelos tradicionales, al tiempo que exige reconocer que parte de la agencia de ese Otro externalizado se efectúa en su influjo cultural. En el discurso de **Felipe** el camino a una masculinidad otra, que se aleje,

resista y desplace los límites de lo tradicional no implica una ruptura con la huella que la cultura deja en la propia subjetividad, no implica asumir un camino solitario donde surge un Yo más prístino y auténtico, sin influencias externas. Al contrario, el proceso se muestra como la articulación de referentes externos, pero, como elemento novedoso representan otras opciones artísticas y culturales, sugiere un camino de identificaciones que se abre a expresiones diversas y no se encasilla en una sola forma.

Esta es una de las principales funciones del repertorio, aparece constantemente como una referencia a todo lo que está mal o excluido en la idea normativa de masculinidad hegemónica, como denuncia o señalamiento a algo de lo que se ha privado a los hombres. Por su parte, cuando el discurso varía y se orienta más a bosquejar lo que debería ser una masculinidad diferente, que subsane o se aleje de los errores de la normativa imperante, el repertorio Estético-Afectivo cumple una función de ensamblaje y articulación que está contenida tanto en una dimensión individual, o en la trama íntima que señalo en el capítulo 3, pero también se articula en la trama mucho más amplia de carácter cultural y político.

En este punto la pregunta que me surge es ¿qué hay en esta concepción estética que postula al arte como una herramienta de transformación? Para responder a esta pregunta dentro de los límites discursivos de los participantes de la investigación, tomaré como ejemplo el testimonio de **Mario** quien, hablando sobre su experiencia de trabajo, narra las posibilidades que abre la utilización de instrumentos artísticos:

“Un trabajo que hemos hecho con hombres es también la fabricación de calimbas²¹, porque el hombre que logra conectarse con la sensibilidad, disfrutar de un instrumento que le permita, eh, digámoslo, ¿cómo es que dice la gente? “desestresarse”, ¿cierto? O sea, hacer cierta medi-

21 Las Calimbas son un instrumento de fabricación artesanal de origen africano. Consiste en una caja de madera hueca que emite un sonido por resonancia cuando se activan unas láminas de metal duras pero flexibles adheridas a la parte externa y frontal de la caja.

tación, estar tranquilo, estar en silencio, sentirse, entonces va a ser un hombre que, de alguna manera u otra, eh, lo podemos ir jalando hacia temas, y hacía vivencias un poco más, más bonitas, más armoniosas, más pro-equidad, ese tipo de cosas” **Mario**.

Hay por lo menos dos elementos de esta cita sobre los cuales quisiera llamar la atención. El primero de ellos es la asociación que hay entre el uso del arte y la estética con el desestresarse. Esta cercanía en el fragmento presentado acopla una relación lógica causal entre la masculinidad y un estado de malestar. Este recurso plantea la masculinidad como un factor de riesgo para el mismo sujeto que la encarna y el acercamiento a ciertas prácticas artísticas favorecería una ruptura con este malestar que redundaría en un efecto en la identidad masculina. De allí que la cuestión de la masculinidad no sea tenida en cuenta como simplemente una acción hacia el exterior, una simple representación que se hace en un escenario o campo social, sino que la asociación realizada por **Mario** tiene la función de posicionar el asunto de la identidad de género en un registro también afectivo en la cual determinada forma de ser en el género tiene consecuencias emocionales, en este caso estresantes y desagradables.

Esta asociación masculinidad/estrés me remite al segundo elemento que quiero destacar de esta cita: la conexión con la sensibilidad. Esta alusión a lo sensible, que también estaba presente en otra de las citas que expuse más adelante, tiene un papel central para hallar hipótesis sólidas sobre la función del Repertorio Estético-Afectivo. Esta conexión facilitada por el uso de las calimbas y otros recursos artísticos se representa en el discurso como un terreno o una dimensión sustraída de la experiencia masculina tradicional. A este hecho se le da un valor explicativo sobre la conexión entre masculinidad hegemónica, sufrimiento e inequidad. Por esta razón, el arte entendido como un catalizador de esta sensibilidad, de este registro afectivo olvidado y ocultado, favorece la movilización de procesos contrarios a la exclusión, violencia y poder de un modelo patriarcal tradicional. El campo afectivo, en consecuencia, por medio de la intervención artística, emerge como acción de resistencia y transformación y en la agrupación que de estas referencias he hecho en el repertorio Estético-Afectivo. Así, su función se hace patente como forma de proyectar metodológicamente el trabajo con las mascu-

linidades, pero al mismo tiempo, recurriendo a la división dicotómica razón/masculinidad y emoción/feminidad, desplaza los límites de la subjetividad de los hombres en el ensamblaje de su propio proceso de los elementos y dimensiones otorgados a lo femenino.

Lo artístico y lo estético como herramienta de trabajo, como proyecto metodológico, vinculan la dimensión afectiva como campo de acción y transformación en relación con las masculinidades. Este trabajo de articulación está presente en aquellos enunciados que retomando lo excluido, lo nombran como una posibilidad existencial, como un factor de transformación de la masculinidad propia y como un horizonte de exploración para una política y una ética masculina diferente. En este contexto, lo estético y lo afectivo se constituyen como una polaridad de la masculinidad hegemónica, se plantea la sensibilidad como la posibilidad de un retorno, reconexión y vinculación afectiva más horizontal con los otros, con un compromiso emocional que se direcciona al cuidado y la expresión de emociones como el miedo, el amor, entre otros.

La función de ensamblaje y articulación en este sentido consiste en la enunciación de estas dimensiones como negaciones a la masculinidad en una estructura de género tradicional, no sólo en términos abstractos, sino en la experiencia de sí que los participantes de la investigación tienen. Se articula discursivamente esta dimensión como una característica propia del cambio que se debe realizar en la masculinidad, como un terreno que debe ser explorado y que es facilitado por el uso de herramientas, instrumentos y metodologías artísticas. Estos vínculos terminan por describir una acción política que no se desarrolla en los términos tradicionales por ser precisamente estos una representación de lo que se quiere trascender. La acción, en consecuencia, postula un cambio no solo en el contenido sino también la forma. Analizaré esto con el siguiente fragmento de **Ricardo**:

“Cuando el hombre abrace la economía del cuidado, por ejemplo, cuando el hombre abrace otra estética o la explore, y que no tiene nada que ver con la orientación sexual, que cuando ponga en la agenda política temas que están en la ética y la estética y no solamente en la política, aunque todo eso es un entramado, eh..., puede tener eco” **Ricardo**.

Los condicionantes de este fragmento generan un lazo estrecho e inseparable entre los objetivos de la acción política y las formas cómo esta se ejerce. La cita anterior centra la transformación en cómo la transformación de la masculinidad puede tener un eco en el remplazo de las formas tradicionales de la política por la utilización de la estética y la ética como novedades del ejercicio. Por otro lado, las referencias también estrechan el vínculo entre modelos económicos y políticos con ciertas versiones de la masculinidad. Este movimiento es muy interesante, se encuentra con la idea de que el conocimiento sobre cómo funciona nuestra sociedad está ligado a una crítica de nosotros mismos que, en la temática específica de este trabajo, tiene que ver con la masculinidad. Esta es la función de la referencia a la economía del cuidado, vinculada con lo femenino en nuestra cultura y como polaridad de un modelo financiero desregularizado que prioriza la explotación, apropiación y crecimiento económico con fin en sí mismo.

La importancia de estas últimas ideas remarca la función de resistencia y desplazamiento del repertorio Estético-Afectivo en lo que he denominado como una tensión epistemológica y metodológica. Con esta me refiero a la posición y demanda de una forma diferente de entender la masculinidad y transformarla, dejando a un lado la exclusividad de los modelos modernos que se centran en el conocimiento como único acceso a la verdad y en su lugar establecen el terreno de lo sensible y lo afectivo como campo exploratorio de conocimiento y transformación política. Así, demarcado este contexto de tensión epistemológica, lo metodológico tiene cabida en lo artístico como una acción que genera este rescate, que favorece una conexión diferente en combinación con los objetivos políticos. Me parece pertinente, para reforzar esta idea, traer parte del relato de **Andrés**:

“Y al darse cuenta uno de, por ejemplo, el trabajo con la sensibilidad, con las pieles, con...claro que yo venía haciendo eso con el teatro, pues, desde la EPA, pero hubo un acercamiento más distinto, más reflexivo, cierto, que lo otro era más sensitivo, a partir de la piel hubo algo más reflexivo, entonces hay un acercamiento más a las masculinidades” **Andrés**.

Si bien se narra un pasado en el cual el ejercicio artístico y el trabajo teatral ya estaban presentes e incorporados en la experiencia del participante, en su narrativa el vínculo con la intencionalidad política favorece una racionalidad afectiva que antes no estaba presente. La imagen que figura cómo “a partir de la piel hubo algo más reflexivo” condensa este movimiento y tensión epistemológica y metodológica. La piel como órgano sensible es un vehículo de una razón diferente que antecede y favorece la transformación de la masculinidad, pero, allí no se agota esta metáfora. En términos más técnicos, el tacto es el único de los cinco sentidos que es “indispensable para la vida, en particular si incluimos en él la sensibilidad no consciente de frío o calor; es además responsable de proporcionarles a todos los seres vivos tanto placeres como los sufrimientos más intensos” (Rosselli C & Diego Andrés, 1997, p. 208). Su relación directa con la sensibilidad y las sensaciones de placer y dolor expresan la posibilidad de afectación del sujeto por el medio externo, marcan un límite poroso donde los estímulos, y las diversas fuentes de donde estos puedan provenir, interactúan con un sujeto y dejan su marca, su huella. Pero adicional a esto, los receptores sensitivos de la piel no informan solo sobre lo que hay más allá del sujeto, sino que informan también sobre el sujeto mismo, “recogen información de lo que sucede en la superficie del cuerpo y en su interior” (Soriano Mas et al., 2007, p. 43). En este sentido, destaca la propiocepción que informa sobre el cuerpo mismo, su posición y relación con el espacio.

De esta reflexión, la doble función de la piel tiene amplió potencial para extender analíticamente esta metáfora. En la utilización discursiva del repertorio Estético-Afectivo se llama la atención sobre el cuerpo, sobre su potencial para ser afectado, pero también para informar sobre la presencia del sujeto mismo. En este sentido hay una politización que retorna la mirada sobre lo corpóreo como campo de intervención estética y apertura afectiva, siempre leído y puesto en práctica en una escena política. Siguiendo el rastro de este argumento, hay un fragmento de la entrevista con **Ismael** que sigue este camino y establecer, además, con mayor profundidad la tensión epistemológica que se crea con este repertorio. En esta cita, reflexiona sobre la subjetividad latina, como él la entiende, y la reconoce como un base para la transformación de la masculinidad:

“O sea, ese cariño que vamos dando, el abrazo, parece, o sea, yo no he salido del país, pero mucha gente me dice que cuando sale a otros contextos fuera del latinoamericano es muy frío, es muy tosco, muy seco. Nosotros vivimos todo el tiempo “ey parece ¿cómo estás?”, el abrazo, “que bueno verte”, nos decimos entre nosotros mismos “gordo”, “hola gordo, ¿cómo estás?” **Ismael.**

Todas las descripciones que se realizan en esta cita marcan una particularidad territorial y hacen alusión a una condición latinoamericana que, en una retórica colonial emerge como territorio en disputa y sometido al condicionamiento de una racionalidad occidental. Esto, como parte de la construcción discursiva de posibilidades para la masculinidad acerca dos posiciones de sujeto, la de género y la territorial, que se ven interpeladas entre sí para configurar una salida al modelo tradicional. La condición política, y la lectura que del territorio y cultura latina hace **Ismael**, articula en una reflexión de la masculinidad los procesos políticos, históricos y coloniales que se aplican sobre esta realidad territorial llamada Latinoamérica. Dicho en palabras más concretas, la mirada de la pertenencia geopolítica permite tensionar, expandir y difractar lecturas posibles de la masculinidad. Esto no lo digo en un marco normativo ideal, es decir, con la pretensión de afirmar categóricamente que este vínculo conlleva de manera directa a una masculinidad más solidaria, menos violenta o más democrática. Lo que intento afirmar es que esta unión, este encuentro de dos posiciones de sujeto en la lectura política de la masculinidad, abre posibilidades para pensar estos significantes desde posiciones más fluidas y diversas.

Un segundo aspecto del fragmento de **Ismael** tiene que ver con la forma en que el cuerpo aparece como superficie de contacto y cercanía con el otro. La vivencia del cuerpo como la posibilidad de huida a los marcos hegemónicos en una resignificación política que el contacto cultural tiene para los hombres. Se hace aquí, además del acercamiento geopolítico, un desplazamiento a lo que venía nombrando en relación con el sentido de la piel. De hecho, en los adjetivos que utiliza para ilustrar el contraste, todos remiten al sentido del tacto. El frío, lo tosco y la sequedad son un recurso retórico que se vale de esta afectación posible del cuerpo. De forma resumida, el cuerpo emerge como lugar frente al otro y como vehículo de cercanía y contacto, pero también como

recurso político y de conocimiento que ubica la razón en otros contextos y genera aperturas para pensar otras subjetividades masculinas. Es precisamente en este punto donde se marca, de manera integral la tensión epistemológica y metodológica, al ubicar en el ejercicio reflexivo y de transformación política aspectos que van más allá del conocimiento y la razón.

En este último punto, la razón parece ser dejada a un lado como un proceso central en la organización de una masculinidad otra. Esto está en consonancia con una serie de reflexiones que retoman la idea de occidente, capitalismo y masculinidad hegemónica como un núcleo normativo que da prioridad a la razón como eje de transformación personal y política (Wallerstein, 2006). La función de ensamblaje y articulación de este repertorio toma un nuevo matiz porque, identificando estos elementos de la cultura occidental como una figura retórica que globaliza los objetos de la crítica, la referencia a otras expresiones o inclusive a lo latinoamericano como factor excluido por occidente, toma mucha relevancia en la exploración de las alternativas. El significado de lo negado, de lo forluido, se desplaza a esta suerte de valores auténticos o de desarrollos históricos minimizados y su cercanía y ensamblaje como posibilidad de fuga y resistencia al modelo patriarcal imperante.

Finalmente, el Repertorio Estético-Afectivo pone al cuerpo como protagonista de la acción de transformación personal y política. Aparece incluso como uno de estos elementos que deben ser ensamblados y articulados. De esta forma, el cuerpo es una realidad material que marca los límites de la idea de poderío del mandato de masculinidad. Se perfila como algo olvidado, omitido en la construcción de la masculinidad y como terminal fundamental para entrar en el camino de transformación de la masculinidad. Esto no es un hecho menor porque esta referencia al cuerpo marca una división tradicional del pensamiento occidental, que puede dejar en evidencia una contradicción en el discurso, pero, que a mi juicio es más una pregunta y una posibilidad de construcción teórica y analítica. De forma puntal el cuerpo como lugar de ensamblaje de esta sensibilidad y estética perdida es posible porque existe un actor que determina su exclusión. Este suele ser la cultura y los procesos de socialización de un modelo patriarcal. Este razonamiento, si bien reproduce el discurso naturaleza/cultura, siendo lo natural esa esencia negada corporal y la cultura todas estas constricciones que

demandan e interpelan a los varones, esta división es útil para pensar la resistencia como una articulación, como la certeza y búsqueda de otras formas de conocimiento y política. En conclusión, el repertorio Estético-Afectivo genera una tensión epistemológica y metodológica. Llama la atención sobre la construcción de conocimiento y posiciona al arte como resistencia política en y para el cuerpo, argumentando que este trabajo facilita tránsitos a otras sensibilidades y formas de conocer.

6. Discusiones y conclusiones: consideraciones teóricas y metodológicas para pensar la masculinidad y sus transformaciones

La cuestión es que la política actual y sus modos de organización social atacan el centro de la vida misma. El problema, por lo tanto, es de crisis civilizatoria en toda su extensión, y no únicamente está relacionada con los efectos de un capitalismo desbocado, aunque es evidente que también.

Ansun Pié Balaguer, La Insurrección de la vulnerabilidad.

Llegado a este punto quisiera presentar algunas reflexiones que se derivan de los resultados que ya he presentado. A continuación, despliego una narrativa académica que entra en diálogo con las consideraciones teóricas que realicé al inicio del trabajo. Con este ejercicio busco dejar una síntesis parcial de algunas consideraciones teóricas y metodológicas que derivo de mi ejercicio. La parcialidad mencionada radica en el hecho de que en el proceso emergen vetas analíticas e investigativas que exceden los objetivos de la investigación. Cuando esto ocurra, intentaré dejar en claro que son líneas de exploración futura y que valdría la pena desarrollar más adelante.

Este es entonces un ejercicio de discusión y conclusión con el cual despliego mi propia narrativa académica y con el cual busco dejar de manera más sólida la forma cómo comprendo la temática una vez realizada la investigación. Para lograr esto estableceré un diálogo entre los resultados, las teorías, las ideas y reflexiones que me surgen de todo este proceso.

6.1 Racionalidad, materialidad y afecto. Una triada comprensiva para pensar la cuestión de la masculinidad

Las historias que he analizado en este trabajo podrían resumirse siguiendo una estructura narrativa tradicional, en un par de puntos de giro o acontecimientos que cambian el curso de la acción. Estos tienen que ver con lo expuesto en el capítulo 3, y de forma más puntual, con lo que allí describía como trama íntima y trama política. Así, uno de los momentos cruciales en las narraciones puntualiza en un darse cuenta de sí mismo, una forma de instaurar una mirada sobre el propio yo masculino que a su vez moviliza el curso de las acciones en pro de su transformación y en un activismo político.

Pero, más que un proceso de revelación, esta mirada sobre el sujeto se constituye en una intimidad que representa sobre todo cercanía, una articulación de escenarios, encuentros, marcos conceptuales y herramientas que van dando forma a esta revisión de sí mismos. En este sentido, la intimidad no solo habla de ese ejercicio de relación consigo mismo, sino a la articulación de diversos elementos que terminan por configurar una mirada sobre la propia masculinidad. Como lo afirmé en su momento, este proceso sigue la trayectoria que los estudios de masculinidades han tenido a un nivel macro, a saber, la articulación de diferentes referentes conceptuales y herramientas analíticas y existenciales para posicionar lo masculino como objeto de reflexión, crítica y transformación.

La constitución de esta mirada sobre el yo masculino en las tramas presentadas tiene implicaciones tanto metodológicas como teóricas que están articuladas a los repertorios interpretativos que presenté en el capítulo 4. En este último ejercicio he descrito tres repertorios interpretativos, que a mi juicio, permiten un análisis sobre los procesos y rupturas que los participantes de la investigación ejecutan en su hablar sobre el tema y constituyen una forma de comprender la articulación tanto de las tramas íntimas como de las políticas. En el análisis de sus discursos y narrativas propongo una trayectoria que describe los movimientos por los cuales los sujetos se hacen objeto de su propia reflexión con respecto a su masculinidad y como este ejercicio determina un ideal axiológico que se cataliza políticamente.

En mi intención de comprender las posiciones de sujeto y tránsitos identitarios que conlleva el cuestionamiento de la masculinidad, los repertorios interpretativos expuestos me llevan a ver la presencia y tensión de diversos discursos, que como ya he mencionado, generan una división ontológica fundamental entre un modelo cultural patriarcal y un sujeto hombre que se ve sometido por este, un proceso de externalización que tiene un perfil paradójico porque más que una división radical, representa una complementariedad que se debe tener en cuenta.

Así, a partir del repertorio de Tensión y Fuga y de Gestión de Sí, he intentado bosquejar un proceso que implica 4 funciones y movimientos. El primero de ellos es una exteriorización y objetivación de la masculinidad como un mandato cultural que la pone en tensión con el sujeto. En segundo lugar, se otorga y reconoce una agencia desencarnada a esto Otro exteriorizado. Se reconoce su posibilidad de actuar sobre los sujetos, interpelándolos y haciéndose presente en la forma como estos asumen su subjetividad. Esto conlleva al tercer proceso que consiste en hacer demarcaciones axiológicas que luego tendrán una repercusión en la orientación de la acción y el activismo político de los participantes de la investigación. En otras palabras, al reconocer el machismo o la masculinidad hegemónica como la agencia impuesta sobre unos sujetos varones por parte de un modelo externo a ellos, se aísla el problema para así adjetivarlo, para tenerlo como un punto de partida que marque la distancia y favorezca el reconocimiento de los valores buscados y los rechazados.

En cuarto lugar, el reconocimiento de la agencia desencarnada y la demarcación axiológica permite una variación discursiva que lleva la atención de lo externo al sujeto mismo. En este sentido se advierte que la agencia del mandato de masculinidad se les oculta a los varones, no es del todo consciente, y en esta opacidad hay mucho de ese “Yo masculino” que se asume como propio, desconociendo las articulaciones externas que lo hicieron posible. Se establece una Gestión de Sí que consiste en una revisión, reflexión y gestión que saca a la luz esta presencia opaca de la masculinidad hegemónica para, en consecuencia, ejercer una serie de acciones sobre el pensamiento y la propia conducta que conllevan a un modelo de masculinidad alternativo.

Todo este proceso, resume un movimiento que promueve una agencia individual como relación consigo mismo a partir de la marca

que el modelo ha dejado sobre el sujeto, una gestión de sí que surge del reconocimiento de la huella que la masculinidad hegemónica dejó en este. De allí que la gestión funcione como una interpelación constante, pues no representa el ejercicio de una voluntad plena, sino que es el resultado de su ausencia. Es decir, la gestión de sí interpela, por el reconocimiento de la agencia desencarnada, a una vigilancia constante de la conducta y el pensamiento que, como consecuencia, promueve una acción individual y política que busca superar las constricciones que el modelo generó. Se hace necesario volver la mirada sobre el sujeto, porque algo de él se hace opaco y se oculta.

Visto de esta forma, estos dos repertorios tienen unas funciones muy específicas en la constitución de las tramas íntimas y políticas. Por un lado, generan la división ontológica necesaria para que el escenario de tensión tenga la matriz de inteligibilidad sobre la cual hacer un reconocimiento de sí como sujeto hombre, afectado por un mandato externo cultural, pero, con la posibilidad de romper o dilatar estos límites para alcanzar formas de subjetivación mucho más benéficas en un nivel íntimo y político. Además de esto, estos dos repertorios por medio de la demarcación axiológica constituyen la matriz normativa que rige la masculinidad hegemónica y, al mismo tiempo, van trazando las líneas de expansión y de fuga que implican una contra normativa que establece un actuar moral diferente, delimitando y materializando los ideales de transformación que luego son llevados a cabo por ellos mismos y movilizados como acción política.

En este sentido, pensar el ejercicio de una masculinidad otra o alternativa no es una liberación de marcos normativos que den paso a un sujeto que, exento de estas limitaciones, actúa conforme a una naturaleza benéfica y lejos de cualquier influencia cultural o social. Por el contrario, y como traté de describirlo en el repertorio de Gestión de Sí, las búsquedas de otras alternativas para asumir la masculinidad surgen de saberse afectado por el mandato cultural y que este tiene una presencia perdurable en el tiempo. Por medio de esta consciencia de sí, hace falta establecer los marcos normativos de un actuar diferente.

Esta es una de las principales consideraciones teóricas que propongo en este trabajo. Tiene que ver con la comprensión del género como un dispositivo que está involucrado en la emergencia de los sujetos. Para ser más específico, como lo mencioné en los primeros capítulos, el

género no es algo que uno es o algo que uno tiene, sino que uno se hace sujeto en un género. La condición de sujeto, y lo que de ello se deriva, se consolida en la pertenencia a un género determinado. De esta forma, la normativa del género estructura las bases sobre las cuales los sujetos se reconocen a sí mismos y es a partir de esta que se instaura una consciencia de sí. Todo esto me lleva a la cuestión masculina como una fase de este dispositivo que organiza los elementos en torno a ciertas formas de reconocerse sujeto hombre y, siguiendo a Judith Butler (2006), toda consideración de algo externo a este dispositivo o normativa paradójicamente implica reconocer que lo alternativo está ya determinado por lo hegemónico, y en esta medida, la búsqueda de una masculinidad otra surge del reconocimiento y afirmación de la masculinidad hegemónica, no solo como algo fuera de mí, sino con lo que estoy involucrado de muchas maneras..

En otras palabras, la masculinidad responde a un dispositivo generador de sujetos. Por esta razón, los hombres que apelan a una masculinidad alternativa lo hacen, no como el despliegue de una forma de ser ontológicamente separada y ajena a los modelos tradicionales sino que, como se devela en la complementariedad del repertorio de Tensión y Fuga y de Gestión de sí, el sujeto masculino que habla en nombre de lo alternativo lo hace desde el reconocimiento de ya haber sido afectado por el dispositivo del cual aspira tomar distancia.

Esto implica un análisis adicional, pues si la consolidación de una identidad de género masculina proviene de la pertenencia y la emergencia del sí mismo en un dispositivo que excede la voluntad del sujeto y sus límites, cabe pensar que la consciencia y motivación que guían la búsqueda de una masculinidad diversa también responden a una emergencia articulada y no a un factor metafísico de los hombres. Es decir, la agencia y la voluntad de cambio emergen también de una articulación que excede al sujeto y que puede reconstruirse a partir de los resultados presentados en los capítulos 3 y 4. Para comprender esta articulación propongo un modelo comprensivo de tres eslabones (Ver figura 5).

El primero de ellos sería el **Racional**. Con esto se hace alusión a un marco cognitivo y conceptual que permite instaurar la mirada sobre sí mismos y articularla en una estructura de inteligibilidad. Esto es más claro con las referencias que hacen los participantes de la investigación del feminismo y que en el capítulo 3 describía en el apartado de relacio-

nes con él. Allí hacía referencia al papel estructurante que tienen el encuentro con los conceptos de este campo teórico y cómo su arquitectura conceptual materializa el problema y hace de los hombres un objeto de indagación. Aquí tienen un papel importante los conceptos y las categorías con las que se nombra el problema, los modelos de causalidad que se atribuyen y los análisis que se construyen fundamentados en determinadas teorías. En esta medida, lo racional tiene un vínculo con un ejercicio intelectual que se arma de estructuras conceptuales para dar cuenta de los fenómenos. En el caso particular de mi investigación, esto se hace evidente en la utilización y apropiación de conceptos como género, patriarcado, masculinidad hegemónica, entre otros, de los cuales es posible hacer un rastreo teórico.

El segundo eslabón sería el **afectivo**. Sus rastros pueden seguirse en el lugar que ocupa el encuentro y relación con otros significativos en las narrativas, cómo este encuentro genera un impacto, producen una impresión en los participantes de la investigación que es generativa y favorece la movilidad de los sujetos. Lo afectivo sería entendido como la posibilidad de afectar y ser afectado. En esta medida, surge una dimensión relacional que implica reconocer el agenciamiento de otros cuerpos que entran en interacción conmigo y la forma cómo estos se acercan o se alejan dejando una impresión en mí y participando en la construcción de mi propio cuerpo (Ahmed, 2017). Este eslabón puede rastrearse en el protagonismo que otros significativos tienen en las historias (familia, amigo(a)s, instituciones y contextos) y en la configuración de la trama íntima y política, pero, adicionalmente, puede instaurarse su pertenencia en la construcción de este ejercicio de transformación en las apelaciones que se realizan en el Repertorio Estético-Afectivo, pues este es utilizado frecuentemente como mención al encuentro con otros, a la necesidad de abrir a los otros y experimentar otras experiencias sensoriales.

El tercero de los eslabones sería el **material**. Igual que el anterior, este puede rastrearse a partir del repertorio Estético-Afectivo. Con respecto a este, había dicho antes que mi interés no era hacer un análisis

de lo que es afectivo o estético. Mi objetivo era ver más cómo se usaban en el discurso para establecer ciertas actuaciones. No obstante, si mencioné que este discurso ensambla al cuerpo como un lugar de acción, como un territorio que, usando estratégicamente la división naturaleza/cultura, es reclamado como una necesidad en los procesos de transformación. En esta medida, se sugiere con esto una especie de *retorno a la materialidad*, a la naturaleza. Al margen de lo problemático que puede ser reafirmar la dicotomía naturaleza/cultura, el llamado a la materialidad, el retorno al cuerpo, volver a conectarse con él y su sensibilidad, son evidencia de una separación insostenible en la actualidad (Domínguez & Lara, 2016).

La referencia al cuerpo se hace como retorno a una condición excluida por la cultura, pero, su aparición no se exige al margen de las tramas políticas y culturales. Su retorno se exige como un actor más, como una voz a tener en cuenta, articulada a los desarrollos culturales, en suma, a una complejización del sujeto por la inclusión de la materialidad como nodo de análisis. El llamado a tener la estética y lo afectivo como repertorio político implican pensar una materialidad política, al tiempo que se debe buscar una política material, no en el sentido marxista, puesto que la materialidad no sería un bien u objeto de control y apropiación de alguna clase social específica, sino como un actor más que delinea e interpela el desarrollo social y político. En este contexto, se legitiman las interpelaciones estéticas que surgen a lo largo de las narrativas y la relación que estas tienen en conexión con objetos y materiales como piedras, ropas, aromas, espacios y formas plásticas, cómo puede llevarse el cuerpo mismo y experimentarse. En esta articulación opera otra externalización de la masculinidad que trasciende la concepción del sujeto y de su cuerpo, llevando el análisis a una constatación en la cual lo masculino alternativo se constituye articulando otros elementos o actantes que están de por sí fuera del sujeto y de su superficie corporal.

Figura 5 Modelo triádico racionalidad, materialidad y afectividad.



Esta triada **razón, afecto y materialidad** constituye un modelo de comprensión de cómo se instituye una conciencia alternativa sobre la masculinidad y se moviliza en la narrativa de los participantes de la investigación un paso a la acción para transformar los modelos tradicionales de género. Pero, sobre todo, la triada deja sentadas las bases para entender que este proceso de pensar y transformar lo que significa ser hombre, narrado en primera persona por los participantes de este estudio, más que el reflejo de una esencia o sustancia metafísica, es un proceso articulado, el producto de una reorganización de los elementos del dispositivo sexo/genérico y los desplazamientos y movimientos que esto genera en la posición de los sujetos hombres, hasta el punto de favorecer una reflexión y gestión de sí que es alternativa a los modelos tradicionales y que puede traducirse en un activismo político posterior.

Las implicaciones teóricas de esta triada están relacionadas con concepciones relacionales y asociativas del sujeto como las que he descrito en el capítulo 1, y en lo metodológico, este tipo de reflexiones pueden brindar sendas de trabajo y acción encaminadas a lograr procesos de transformación de la masculinidad relacionados con los ideales de justicia y equidad entre los géneros. Pero, antes de abordar estas posibles acciones, cabe aclarar que la triada que estoy presentando no es exclusiva de formas alternativas de la masculinidad o una referencia calcada de las intenciones y conceptualizaciones de los participantes de la investi-

gación. En su lugar, los eslabones **racional**, **afectivo** y **material** deben leerse como un modelo comprensivo de la cuestión de la masculinidad en general, que derivo del análisis de la información. En relación con esto, podría plantearse que los patrones de una masculinidad hegemónica también pueden ser comprendidos a partir de estos tres elementos, pero, las organizaciones y exclusiones serían diferentes con respecto a masculinidades otras.

Esta triada puede presentarse como una variación del modelo de Connell, que describía en el capítulo 2, y puedo mencionar que aporta otro tipo de elementos que están presentes en otras propuestas relacionadas con los asuntos de género. Para ampliar esta complementariedad comprensiva que anuncio quisiera detenerme y dedicar unas reflexiones a expandir las implicaciones que la triada *Racionalidad, Afecto y Materialidad* tienen en diálogo con las dimensiones de Poder, Económicas y de Catexis de Connell (2003).

En primer lugar, el eslabón racional involucra los esquemas de pensamiento y los sistemas categoriales con los cuales los sujetos dan cuenta de su mundo. De esta forma, amplía las dimensiones propuestas por Connell y articula de manera consciente y protagónica el papel de la producción académica en los asuntos de género. Con esta se hace explícita la necesidad de evaluar, revisar y producir estructuras de pensamiento capaces de abarcar la alternatividad y la diversidad a la que se apela para trascender los modelos de masculinidad hegemónica. Esta idea está fundamentada en el valor social que la producción académica y científica tiene en las sociedades occidentales y, de manera muy relevante, en cómo este conocimiento tiene una función en la estructuración de la vida cotidiana. Por esta razón, la cuestión racional tiene importancia porque esta es utilizada en algunos casos y contextos para justificar las diferencias e inequidades de género, pero, como quedó expresado en el testimonio de los participantes de la investigación, desde un enfoque feminista tiene la virtud de favorecer la movilidad y la toma de posición de estos hombres con respecto a su responsabilidad y compromiso en la transformación de la masculinidad.

El lugar de las categorías con las cuales describimos el mundo tiene aquí gran relevancia y muchas de ellas están sustentadas en los ejercicios tanto políticos como académicos de diversas tradiciones. Siguiendo a Sandra Harding (2006), esta dimensión o eslabón racional que aquí

propongo, parte del papel protagónico que la producción científica tiene en la justificación de cierto misticismo y naturalismo argumentado en determinadas construcciones teóricas e investigativas que apelan a la objetividad como garantía última. No obstante, una ciencia “máximamente objetiva, natural o social, será aquella que incluya un examen autoconsciente y crítico de la relación entre la experiencia social de sus creadores y los tipos de estructuras cognitivas promovidas en su investigación” (Harding, 2006, p. 216). De esta forma, puede entenderse que en las narrativas de los participantes de la investigación se hace presente una racionalidad que, derivada de los ejercicios teóricos del feminismo, permiten incluir la reflexión sobre la propia posición de sujeto desde una postura crítica y objetiva. Modelos teóricos que señalan esta precaución de hacer visible y consciente el lugar de enunciación, favorecerían entonces una articulación diferente y, en consecuencia, una producción subjetiva diversa que pueda estar más coherente con ciertos procesos que buscan eliminar las barreras, brechas e injusticias fundamentadas en ciertas ideas identitarias.

En el ámbito teórico, implica pensar que toda reflexión en torno a los sujetos, su constitución, y en el caso específico de mi trabajo, cualquier análisis de la masculinidad, no está al margen de las estructuras y procesos de conocimiento que proveen y configuran las matrices conceptuales con las cuales el fenómeno es entendido y se hace una comprensión de la condición de sujeto. En lo metodológico, esta dimensión racional deja abierto el debate y le aporta sobre la necesidad de una ciencia y conocimientos situados, como los propone Haraway (1995), que prescinden de las visiones universalistas abstractas o del truco divino, para resaltar que todo conocimiento es en sí producido desde algún lugar y este tiene una incidencia tanto en su forma como en su contenido y que, en consecuencia, todo conocimiento remite de manera directa a la cuestión del sujeto.

En una escala más general, esta dimensión racional debe ser importante a la hora de proponer y explorar rutas de trabajo para incentivar cambios en las estructuras de género tradicionales y en los modelos de masculinidad hegemónicos. Basados en el efecto y protagonismo de la racionalidad feminista en cada una de las historias, una de las alternativas para revisar tiene que ver con una generalización y universalización de los conceptos y debates feministas en los procesos educativos

de diferente nivel. Así, a partir de su estudio y lectura se podrían favorecer procesos de posicionamiento crítico de parte de los varones, es decir, de reconocimiento de sí como afectado por marcos culturales que impactan en aquello que soy y generar en esta medida sentidos críticos sobre la propia masculinidad que sean generativos y propositivos de otros contextos y situaciones sociales (hooks, 2008). Adicional a esto, la revisión de propuestas epistémicas teóricas que se centran en la historicidad de los sujetos también puede jugar un papel importante en esta consolidación racional. Su potencial radica en la capacidad de hacer ensamblajes, como lo manifestaron algunos participantes, entre pensamientos ambientalistas, decoloniales, progresista con la cuestión de género. Pero, más allá de una idealización de ciertas corrientes de pensamiento, el interés deberá estar dirigido a evaluar críticamente a como las formas de racionalidad general favorecen el pluralismo y la movilidad de los sujetos o se asienta en fundamentalismos que ahondan en las situaciones contrarias (Castro-Gómez, 2019).

Adicional a esta reflexión sobre lo racional, que en el modelo de Connell no es tenida en cuenta de manera directa, los otros dos eslabones que propongo también tienen un papel complementario de su propuesta original. Uno de ellos tiene que ver con la dimensión **material**. Como ya lo mencioné esta refiere no solo a una valoración del propio cuerpo, sino que también tiene que ver con la relación y articulación de elementos materiales que favorecen la construcción de una mirada sobre el yo masculino. En el caso de mi investigación, la articulación con espacios como la cocina, el hogar, aromas, texturas entre otras, facilitan los procesos de deconstrucción de lo masculino hegemónico y aportan a la construcción de una versión alternativa. En este sentido, contribuyen a la constitución de esta mirada sobre sí mismo y gestión de sí, pero también se vuelven instrumentos al servicio de la movilización política que realizan los participantes de la investigación en su activismo.

Dicha materialidad puede pensarse como una expansión o un factor adyacente, de lo que Connell nombra como dimensión **Económica**, solo que en su condición genérica de materialidad no hace referencia de manera exclusiva a las relaciones de producción y a los efectos materiales que de esta se deducen. De forma ampliada, lo material incluiría estas relaciones productivas, pero, permitiría pensar otras que están al margen de esta visión de lo económico. Así, elementos y relaciones

materiales con un carácter lúdico y/o artístico pueden inscribirse como una dimensión que aporta en la constitución de los sujetos. Aspectos como el juego, el acceso a ciertos elementos, sustancias, herramientas, olores, entre otros, abrirían un campo de indagación teórica y metodológica que exceden los objetivos de mi investigación, pero, que podrían representar a futuro otros proyectos e iniciativas investigativas. Este es un camino abierto que, como afirman Todd Reeser y Lucas Gottzén (2018), abre posibilidades metodológicas que, sin dejar de lado las perspectivas culturalistas sobre el género, permiten pensar el cuerpo, las emociones, los afectos y la materialidad como escenarios legítimos de indagación, comprensión y transformación de la masculinidad.

Otro punto importante con esta reconsideración del eslabón material y de su expansión, más allá de las relaciones de producción, es la incorporación de una analítica para la diversidad de relaciones territoriales y culturales que pueden incidir en la constitución de alternativas a la masculinidad hegemónica. Al pensar la relación con materiales, ambientes, instrumentos y/o herramientas, se puede incluir en el ejercicio reflexivo preguntas y conjeturas sobre el valor que diversas prácticas territoriales, claramente localizadas, tienen en la constitución de masculinidades alternativas. Ejemplo de ello podrían ser las interacciones que hombres del sur global tienen con sus ecosistemas, con sus tradiciones culturales y con sus prácticas específicas de producción. Esta propuesta trasciende el materialismo encapsulado en la lucha de clases y que apela a sujetos abstractos en categorías económicas. En su lugar, piensa la relación de los sujetos, tanto en su dimensión simbólica como material/corporal, con los demás elementos y actantes que se articulan en determinada versión de la masculinidad y que aportan un excedente y sobredeterminación para analizar y potenciar su transformación. Las líneas de investigación que se pueden explorar a partir de esta consideración abarcarían la relación entre masculinidad y prácticas laborales, ambientales e incluso lúdicas y deportivas.

Siguiendo esta línea, la visión ampliada de la materialidad tanto en su referencia al cuerpo como a otros elementos, provee una herramienta para pensar la distribución del trabajo no solo en un marco dicotómico entre hombre y mujer, sino de forma más ampliada con otros actores no humanos sobre los cuales un modelo determinado de masculinidad se constituye. Dicho de otra forma, expandiría la reflexión económica y

centraría las bases para un análisis conjunto de las relaciones de trabajo entre hombres y mujeres, así como de la gestión distribución y tratamiento de factores ambientales y ecosistémicos. Esta relación género y medio ambiente, que ha sido pensada de forma más amplia por las corrientes ecofeministas, es otra línea de indagación que puede explorarse en el futuro, pero, enfocada más en la cuestión de los estudios de género de masculinidades. Un vínculo que además de sustentarse teóricamente también encuentra su expresión empírica en las narrativas de los participantes de la investigación.

En otras palabras, esta dimensión material en su condición genérica comprende las relaciones y articulaciones que los participantes de la investigación hacen con factores naturales o ambientales. De esta forma, se aporta un punto de anclaje para entender cómo en la constitución de los sujetos, en determinado dispositivo genérico, no está exento de las inclusiones o exclusiones que se hace de otras entidades materiales con las cuales se entra en relación. En el ámbito metodológico, esta reflexión sienta además las bases de un proceso de transformación de la masculinidad que se materializa a partir de la apertura y exploración de otras prácticas mediadas por la presencia y acceso a otros referentes y elementos. Una idea que tiene además una resonancia política al indagar sobre las condiciones de distribución, acceso y uso de ciertos recursos y elementos en diferentes estratos de la sociedad y las consecuencias que tiene esto para pensar una transformación general y amplia de los modelos hegemónicos de masculinidad.

Por su parte, el eslabón **afectivo** está relacionado, de forma expansiva, con la dimensión de la Catexis de Connell (2003) que hace referencia a las formas en cómo el deseo es orientado en una estructura de la acción de género. No obstante, visto desde allí, la catexis solo aporta elementos para analizar relaciones afectivas entre hombres y mujeres, en una matriz heterosexual y de relaciones afectivo-románticas. Por esto, pensar lo **afectivo** como la forma en que el afectar a otros y la posibilidad de ser afectado por los otros favorece la inclusión de otro tipo de relaciones, emociones y deseos presentes en la constitución de la masculinidad y en su transformación.

Desde este punto de vista, podría vincularse la propuesta de dos ejes de la masculinidad de Rita Segato (2010, 2016, 2018). Según la autora la masculinidad puede leerse en un eje vertical donde el poder, dominio

y jerarquía sobre otros feminizados se hace evidente. Pero adicional a esto, hay un eje horizontal donde la relación con los otros hombres adquiere la figura de cofradía y en la cual se demandan diversas acciones que sustentan la pertenencia a dicho grupo. En otras palabras, el eje horizontal analiza las acciones que los hombres realizan para sustentar su masculinidad ante otros hombres.

Por esta razón, considero más pertinente pensarlo con relación a una dimensión o eslabón Afectivo, porque si bien articula al análisis las relaciones verticales y las románticas, también posibilita abordar otras relaciones como la amistad, las parentales, de colegaje, entre otras. Esta consideración no es menor, ya que en las narrativas el encuentro con otros hombres y la transformación colectiva de la masculinidad tienen un papel preponderante en cada una de las historias. En esta medida, puedo afirmar que la transformación de la masculinidad tiene implicaciones en las relaciones que los hombres tienen con las mujeres, eje vertical, como en la que tienen entre ellos mismos, eje horizontal.

La dimensión afectiva que propongo en esta triada implica pensar esta afectación en doble eje, e incluso ampliarla en múltiples ejes interrelacionados entre sí, marcados ellos por la cercanía o lejanía con los otros. Este eslabón parte de la condición de intimidad a la cual ya he hecho referencia en diferentes momentos en este trabajo. En este sentido, lo afectivo se comprende como requisito de la constitución de la mirada sobre el yo masculino en las narrativas de cada uno de los participantes de la investigación. Hace alusión a como la presencia de estos otros cercanos, y la apertura a otros, tiene la posibilidad de dejar una impresión constitutiva del sujeto que a su vez es formadora de la mirada que este hace de sí mismo y que es fundamental para establecer la propia masculinidad como objeto de observación y transformación. En su relación con los otros se articulan elementos materiales y racionales que marcan los puntos de giro en la historia de los participantes de la investigación. Aquí cabe recordar las relaciones con los amigos que llaman la atención sobre la propia conducta, o los amigos con los que se juega buscando otras sensibilidades, así como maestras feministas, padres y madres que expanden las posibilidades existenciales.

A manera de síntesis, este modelo trídico, para comprender las tramas que ya he descrito antes, en diálogo expansivo con otros marcos conceptuales para pensar la cuestión masculina deja tras de sí algunas

ideas que quisiera dejar claras. Una de ellas es la idea de que la masculinidad como tal no es la expresión de una naturaleza inmodificable, una idea que de por sí ya ha sido bien discutida en el campo de las ciencias sociales. Pero adicional a esta constatación, la descripción de unas tramas íntimas en las historias que componen este estudio permite rastrear la constitución de una mirada sobre sí mismo que se convierte en una gestión intencionada para transformar los modelos de masculinidad.

Esto podría resumirse afirmando que uno de los factores involucrados en el compromiso de los hombres en la transformación de la masculinidad es producto de una visión de sí que devela su posición problemática ante estos modelos y estructuras de género. Dicha visión, según lo he presentado en esta reflexión, es también un proceso de articulación y no el descubrimiento o salida a flote de una naturaleza reprimida por un modelo. De allí que haya afirmado que, más que una retórica de la liberación, lo que parece ser más claro es un ejercicio constante de vigilancia y gestión de sí que implica un proyecto inconcluso de la masculinidad alternativa, un proceso perdurable en el tiempo que debe estar presente en todo momento. Lo alternativo en este sentido tiene también una condición productiva y esta está determinada por las articulaciones racionales, materiales y afectivas que realizan los participantes de la investigación.

6.2 La cuestión ético-política en la transformación de las masculinidades

Al hablar de masculinidad estamos hablando de una cuestión que atañe directamente a los sujetos y a la experiencia que estos tienen de sí mismos en relación con su identidad de género. No obstante, la condición de sujeto no describe de manera aislada una entidad cerrada sustraída de la influencia de factores externos y culturales. Por el contrario, como he asumido en este trabajo, la condición de sujeto es el producto de diferentes y complejos procesos de articulación.

Asumir esta posición no es menor e implica profundizar en una cuestión fundamental que puede tener tanto repercusiones teóricas como metodológicas. Me refiero a una cuestión de orientación que determina la ontología del trabajo que se pueda hacer en relación a la mas-

culinidad y que puede resumirse en la siguiente pregunta ¿es el trabajo con masculinidades un asunto del fuero de los varones y sus formas de comportarse a un nivel subjetivo, o atañe una transformación política mucho más amplia que excede los marcos analíticos de una categoría como la identidad de género?

Por un lado, podría argumentar que, a la luz de los resultados de la investigación, la cuestión de la masculinidad está tranzada de manera directa con una forma de asumirse sujetos al margen de las estructuras normativas que determinan lo que un hombre debe de ser. En el proceso de externalización surge una demanda de autonomía y libertad que se traduce en “hacer otro hombre” en “ser hombre de otra manera”. La transformación de la masculinidad constituye de esta forma una cuestión ética, entendiendo por ella la materialización de un *ethos* particular que se deriva de un trabajo sobre la propia vida. En pocas palabras, la transformación de la masculinidad podría entenderse como un compromiso de los varones por la autonomía que representa el hacerse cargo de sí al margen de racionalidades o doctrinas que buscan gobernar su vida.

Visto de esta forma, la cuestión masculina implica una revolución de carácter *molecular*, es decir, en la subjetividad. Es un proceso de desobjetivación, un trabajo que se ejerce sobre sí mismos y que relaciono con lo que Foucault entendía como un Cuidado de Sí, al margen de la política institucional (Dreyfus & Rabinow, 2001; Foucault, 1994). Esto se traduce en una “estética de la existencia”, vivir la propia vida como si fuera una obra de arte, razonamiento que, como lo señala Santiago Castro-Gómez (2016), está inspirado en lo que representó el movimiento de las vanguardias para el arte de la época: una ruptura con los valores estéticos tradicionales de la mimesis y una búsqueda de la belleza al margen de estos. Trasladado al análisis de la transformación de la masculinidad, lo ético consistiría en la ruptura, tensión y fuga con un modelo que pretende homogenizar la subjetivación masculina en un modelo estático, jerárquico y desigual, para en su lugar hacer de la propia experiencia subjetiva un escenario de cambio.

En el contexto de la reflexión que llevo a cabo, la cuestión masculina es algo que se vive y transforma en la cotidianidad de los sujetos, en las formas como constituyen su propia masculinidad. La transformación masculina, podría relacionarse con el Cuidado de Sí, doctrina que Foucault (1994) rastrea en el pensamiento griego clásico y helenís-

tico bajo el concepto de *epimeleia heautou*. A partir de allí se hace una reflexión sobre la relación del sujeto con la verdad que pueda decir sobre sí mismo, pero, al margen de la concepción cristiana, que enfatiza en el Conócete a ti mismo a partir de un marco cognitivo, el Cuidado de Sí se relaciona más con una técnica, con una praxis sobre el sujeto mismo que lo lleva a una relación diferente con la verdad que él mismo representa.

Esto podría articularse en los resultados que presenté en esta investigación. Las historias de los participantes dan cuenta de esta técnica, de este cuidado de sí que forja la vida a partir de un proceso de desubjetivación con lo masculino hegemónico. Una forma de hacer la propia masculinidad a un nivel molecular que queda reflejado en las relaciones cercanas con los otros, en la apropiación de conductas de cuidado del propio cuerpo, de los familiares, de los amigos, en la apropiación de espacios y conductas como las relacionadas con la intimidad del hogar y con la búsqueda de una dimensión estética en la experiencia de la masculinidad. La transformación en esta lógica cumple con la demanda de un conocimiento sobre uno mismo cuando se instaura la vigilancia sobre el yo masculino, pero, esta deviene también en una técnica cuando en la búsqueda de una masculinidad otra lo que se pone en juego es la propia forma de cómo se conduce la vida.

La incorporación y ejecución intencionada de actividades, que en la racionalidad hegemónica se consideran femeninas, hace parte de este llevar la propia vida en un sentido diferente, en contraste con las normativas que trazan las líneas divisorias entre lo permitido y lo prohibido. Cocinar, cuidar, abrazar, llorar hacen el juego en este ejercicio de transformación en un ámbito subjetivo, convierten la propia acción en un determinante del cambio de orientación y al mismo tiempo expanden los límites del significante de masculinidad. En este proceso, la simultaneidad de un conocimiento de sí se estrecha fundamentalmente con el actuar. Saber y hacer son caras de una misma moneda de una resistencia y transformación en lo subjetivo. La incorporación de acciones que pueden ser calificadas como contrahegemónicas requiere de un saber y una evaluación racional de aquellas situaciones que marcan el límite con lo tradicional y movilizan en último término la transformación.

Al hablar de la transformación de la masculinidad se estaría haciendo referencia directa a un trabajo ético. Un compromiso que se materializa en las prácticas llevadas a cabo por los varones y que apoyan la

relación con el enunciado y la enunciación de una masculinidad otra o alternativa. Transformar la masculinidad es un trabajo ético que se fundamenta en la ruptura crítica con los modelos culturales y sociales que determinan las matrices de inteligibilidad. Su consecución está en una mirada que se dirige al sujeto mismo, que se indaga y evalúa y que, en consecuencia, de esta revisión, lleva a cabo una serie de acciones sobre sí mismo que terminan por marcar el rumbo de su alternatividad.

La cotidianidad de esto se vincula con la trama íntima presente en cada una de las historias. Asumir un compromiso con otra forma de ser hombre no se concibe como un proceso exclusivamente normativo o legislativo. Las transformaciones a las cuales se apela no se hayan en una modificación institucional, no de manera exclusiva. La búsqueda de cambio está enfocada, desde esta trama íntima en una relación que los hombres establecen consigo mismo, en una revisión constante sobre su subjetividad, buscando con este ejercicio develar las influencias y presencias opacas de un modelo que los determina a ciertas modalidades de asumir su identidad de género. En suma, una expansión existencial, una forma de conducir de manera diversa la vida, y los espacios que esta despliega al margen de la política institucional, de las normativas y legislaciones.

En este ejercicio ético, la autonomía se confronta ante una racionalidad exterior que pretende normativizar y homogenizar. Pero, dicha autonomía no surge como característica de un sujeto autocontenido. En su lugar emerge una idea más relacional en donde la acción de sí es producto del cruce e interacción de diferentes elementos dispuestos en la trama social. El ejercicio de ruptura con marcos hegemónicos de la masculinidad y conducir la vivencia de la propia masculinidad en un diagrama diferente al tradicional emerge de una confluencia racional, material y afectiva que se caracteriza por el excedente de lo normativo. Dicho de otra forma, la articulación diversa de los elementos dispuestos en la consolidación de un Yo Masculino, marcan el trabajo ético como la materialización, apropiación y movilización de lo otro no contenido en el mandato de masculinidad. Se sustenta en su exterioridad, en la expansión existencial que se hace del significativo al traerlo al discurso, pero, en relación con los elementos que este en su versión tradicional excluye.

Lo ético consiste en un ejercicio constante de desobjetivación y producción subjetiva al mismo tiempo. El proceso de transformación de la masculinidad apunta más allá de una objetivación de esta. Apela a una dimensión procesual donde la relación consigo mismo, la gestión de sí que ya he mencionado, requiere una aplicación creativa y estética. Una acción que apunta al núcleo de la propia experiencia del sujeto en una categoría de género como plataforma de transformación y resistencia personal, como un ejercicio de bifurcación que articula diversos elementos en una subjetividad, que en palabras de Guattari (1996), sea parcial, prepersonal, colectiva, polifónica y maquina.

No obstante, concluir el análisis aquí sería incompleto. Lo que queda de manifiesto es que, si bien esta relación consigo mismo tiene un papel protagónico en las historias, los relatos de los participantes también enfatizan en los vínculos que existen entre el ser sujetos masculinos y racionalidades como el neoliberalismo y el patriarcado. Se levanta un puente entre la experiencia molecular, la trama íntima y una dimensión mayor de orden más estructural. La interpelación para transformar la masculinidad viene acompañada de un ideal de mayor escala. No se trata simplemente de ser hombres de otra manera, sino que con ello viene asumir las relaciones sociales, económicas y políticas de otra forma, al margen de la racionalidad que hace de la masculinidad hegemónica una forma de subjetivación violenta, excluyente e inequitativa.

Las historias de una transformación íntima, que vive cada uno de los participantes, constantemente se conecta con un ideal social y cultural de transformación. Se ancla a valores modernos y con pretensión de universalización como la democracia, la equidad, el cuidado del medio ambiente, el antirracismo, entre otros. En este punto, el puente construido, permite transitar del orden ético al político. La revolución de la masculinidad implicaría no solo una relación con uno mismo en un acto de transformación de la vida, sino que implica que esta reflexión sobre el sujeto conlleve a una lectura de la realidad social institucional que se expande más allá de las reflexiones específicas sobre el género.

La pregunta sobre la masculinidad se conecta con la pregunta sobre el sujeto económico que consume, o sobre el sujeto económico en relación con el medio ambiente, sobre el sujeto político en relación con los regímenes neoconservadores, o el sujeto político y su compromiso con la democracia. Se hace manifiesta una articulación que excede cualquier

fundamentación última y aislada. El ser hombre, ser masculino, queda representado en un escenario mayor de conexiones y articulaciones, en donde la condición de sujeto emerge. No hay solo una lectura de los sujetos en su condición masculina, sino que esta se proyecta y desplaza constantemente en otras posiciones de sujeto que complejizan la reflexión, pero, también favorecen la sobredeterminación que hace posible el cuestionamiento de una postura identitaria tan persistente como la masculinidad hegemónica.

La experiencia de la masculinidad y la transformación que es narrada por los participantes de la investigación no está al margen de la experiencia que ellos tienen con otras matrices de poder y dominación. Como quedó claro en diferentes testimonios, la cuestión sobre el género muchas veces viene después de unas preocupaciones sociales y políticas previas. Muchos se han preguntado y han ejercido un activismo sobre cuestiones ambientales, de explotación minera o también se han involucrado en luchas estudiantiles, reivindicaciones comunitarias y territoriales, activismos de izquierda, entre otros.

La presencia de estas situaciones en las narrativas adquiere importancia por varias razones. La primera muestra la posible articulación de diferentes activismos y la posibilidad de encontrar diálogo entre ellos para establecer horizontes de acción que abarquen un número mayor de personas (Butler, 2018a). En segundo lugar, cada una de estas luchas puede ser leída desde un enfoque territorial. Hay que recordar que todos los participantes de la investigación son hombres latinoamericanos, y en este sentido, las cuestiones ambientales, las educativas, las políticas y las territoriales están relacionadas con las matrices de poder que han marcado, en cada una de estas luchas, el devenir histórico de la región.

Esto último lo considero relevante porque permite la articulación con reflexiones decoloniales como las que he señalado en otros momentos en este trabajo, pero, adicional, me parece de gran interés porque deja ver las posibilidades que hay en categorías como la interseccionalidad para entender y potenciar la reflexión sobre las masculinidades. La perspectiva interseccional hace énfasis en la complejidad de los procesos políticos al llamar la atención sobre la presencia de múltiples categorías como la raza, el género, la nacionalidad, entre otras (Ordaz & Jiménez, 2015; Viveros, 2016). La presencia de esta multiplicidad no es vista bajo una lógica aditiva, sino que implica que, en la articulación de di-

cha pluralidad en las posiciones de sujeto, surjan formas alternativas de subjetividad que exceden la suma de categorías.

La manifestación de esto, en los diferentes relatos, puede rastrear-se cuando la historia narrada no hace referencia exclusiva a la masculinidad, sino que constantemente se tejen vínculos con situaciones, reflexiones, arengas y proyecciones políticas que exceden los determinantes de género. El resultado es que el activismo propuesto para la transformación de la masculinidad transita también en una búsqueda política que atañe a factores institucionales como lo económico y lo legislativo. Existe adicional a la transformación de la propia vida una demanda de cambio en aspectos y dimensiones que en la racionalidad moderna competen directamente al Estado y a la transformación de sus estancias primordiales. En este sentido, la revolución ética que mencionaba al inicio de esta sección no queda al margen de una movilización política. La cuestión de la subjetividad no se limita exclusivamente a una estética de la existencia, como queda manifiesto en la idea de *epi-meleia heautou* de Foucault, sino que también implica un pensar mucho más macro, *molar*.

En consideración con esto, el trabajo sobre la transformación de la masculinidad que presenté en esta investigación es sobre todo un ejercicio ético-político. Una transformación que apunta a la transformación de los sujetos, a la desobjetivación de marcos hegemónicos que capitulan una manera determinada de ser hombres. Pero este ejercicio se desplaza, conecta y discurre sobre una aspiración política que se expande en la sobredeterminación de las múltiples posiciones de sujeto. En la articulación de diversos elementos que constituyen las matrices de inteligibilidad del sujeto, la masculinidad es una más en relación con otras de orden territorial, racial y de clase que fundamentan el vínculo de lo ético con lo político. La reflexión sobre la masculinidad queda conectada sobre una pregunta por la economía, por el ambiente, por los sistemas de representación, entre otras cuestiones. La narración sobre la transformación subjetiva no logra consolidarse en el reconocimiento de una única matriz de inteligibilidad y dominación. En el ejercicio de narrarse a sí mismo acontece un cruce, una intersección de diversas posiciones de sujeto que expande los alcances de la reflexión y favorecen que esta ética que al principio apelaba a una relación individual consigo mismo, vaya más allá de la cuestión de los varones y reflexione sobre

otro tipo de problemas que atañen a otros sujetos como las mujeres, comunidades de base, ambientes y ecosistemas, entre otros.

6.3 Cruce de caminos, cuestionar la masculinidad y más allá

La cuestión masculina como un trabajo ético-político implica un compromiso con una transformación de la propia vida y abre la posibilidad de consenso y transformación general en un terreno plural que implica la cohabitación con otros. Transformar la masculinidad no solo es una cuestión sobre las formas de vida de los hombres, es también una reflexión y disputa sobre las hegemonías que determinan las relaciones en un ámbito más amplio. La conclusión que extraigo de todo esto es que una acción política centrada en el sujeto y en la transformación de la subjetividad no está al margen de reivindicaciones y luchas políticas que también se disputen en el orden institucional, puesto que la condición de sujeto está relacionada con la articulación de diversas relaciones de poder que constituyen los marcos de inteligibilidad en los cuales me reconozco como tal. Por esta razón, no existe una condición de sujeto al margen de estas relaciones y la disputa de una transformación subjetiva, como lo es la identidad de género, se verá conectada indefectiblemente con asuntos del orden político, económico, ambiental, racial, étnico, entre otros.

Esta reflexión la pondría bajo la fórmula de que *toda crítica a la fundamentación del sujeto está articulada con las condiciones políticas y sociales donde este sujeto es producido*. En este sentido, *toda transformación subjetiva de la masculinidad implicaría una crítica y transformación política; y en el otro sentido, no puede existir una transformación política que no atañe a los aspectos moleculares de la vida de cada sujeto particular*. En palabras de otro “se hace claro que no basta con desgubernamentalizar la subjetividad, y que la lucha por la *hegemonía cultural* del sentido común debe ir acompañada de la lucha por la *hegemonía política* de las instituciones públicas” (Castro-Gómez, 2016, p. 419).

La transformación de la masculinidad como un hecho ético-político va más allá de un cambio de actitud de los hombres en sus relaciones cotidianas. Implica además un cuestionamiento y crítica de las racio-

nalidades que determinan los modos de vida, e implica una lucha en el ámbito político por establecer otras determinaciones axiológicas que superen las condiciones de inequidad que son articuladas a la condición de la masculinidad hegemónica. La transformación de lo personal deviene en su condición política y la política implica además una mirada crítica sobre el sujeto que actúa y que se reconoce como producido y afectado por dicha racionalidad.

Para ampliar un poco más esta idea, es conveniente retomar algunas de las críticas y advertencias que se hacen a los colectivos de hombres y algunas posturas teóricas que tienen como centro de reflexión y acción la transformación de la masculinidad. Anteriormente mencionaba como Melissa Fernández Chagoya (2016) señala que en los discursos relacionados con las nuevas masculinidades o la transformación de la masculinidad pareciera existir una persistencia en ser hombres que asume una entidad ontológica naturalizante del ser varón y que ubica el proceso de transformación en una retórica de la liberación de los hombres, haciendo énfasis en su condición de género como único núcleo de la crítica. Adicionalmente, esto supone una consideración de los varones en la posición de víctimas, haciendo opaco al mismo tiempo una analítica sobre el rol reproductor que pueden tener en el modelo hegemónico.

También señalaba que Luciano Fabbri (2016), surcando las tensiones y precauciones que el trabajo con las masculinidades y los colectivos de hombres tiene, resalta la necesidad de superar esta postura victimizante y autoflagelante, pues persistir en ella implica simplificar el ejercicio de transformación de la masculinidad a una suerte de adición de comportamientos exentos de un análisis de las relaciones de poder involucradas en los procesos de subjetivación del género. Así mismo, esto puede conllevar un autocentramiento, poniendo la figura del hombre y el varón nuevamente en el lugar protagónico y con la voz más sobresaliente a costa de otras invisibilizaciones.

Estas críticas resaltan la necesidad de entender la cuestión de las masculinidades desde una postura ético-política que no atañe exclusivamente a la esfera y dimensión subjetiva, sino que discurre indefectiblemente sobre conexiones y articulaciones diversas que están en juego en la constitución de la subjetividad y las relaciones sociales. Todo este ejercicio requiere de un entendimiento de la masculinidad como proce-

so y producto de diversas relaciones y conexiones que exceden cualquier límite que se pueda imponer desde una perspectiva individualista.

Desde este punto de vista, una mirada íntima al proceso de transformación de la masculinidad debe tejerse de forma estrecha con una reflexión y crítica de los contextos políticos donde determinada subjetividad toma protagonismo. Para esto, la noción crítica a la que invita Judith Butler (2007) de revisar constantemente las categorías con las cuales nos reconocemos como sujetos, adquiere mayor relevancia y desplaza la retórica de la liberación masculina a una práctica analítica donde se cuestionen los efectos positivos o negativos de determinadas posiciones de sujeto y fundamentaciones identitarias. Así, la reflexión sobre la masculinidad no recaerá estérilmente sobre sí misma ya que lejos de toda centralidad se la entenderá en su relación y sobredeterminación con otras relaciones sociales, políticas y culturales.

El modelo triádico que he presentado más adelante pretende ofrecer algunos asideros analíticos y de acción en este sentido. Mi intención es mostrar como la constitución de la masculinidad hegemónica, como la instauración de una mirada crítica sobre esta se encuentra más allá de una simple caracterización de lo que significa ser hombre. Al hacer énfasis en la naturaleza articuladora de la identidad de género y llamar la atención sobre la constitución colectiva de una mirada sobre el propio “Yo Masculino”, busco dejar claro que preguntarse sobre sí mismo es una tarea de preguntarse por la relación con los otros y por los contextos donde mi identidad y subjetividad se produce y adquiere sentido.

Con esto en mente, es posible prevenir con mayor contundencia la posibilidad de una endogamia en los esfuerzos por transformar la masculinidad y se abre el escenario para la construcción de otro tipo de alianzas que propendan por un alcance mayor de reivindicaciones sociales, justicia y equidad. La articulación ético-política abre los canales de unión para que el cuestionamiento y transformación de la masculinidad caminen en paralelo con la crítica a determinadas estructuras y dominios de poder que reproducen condiciones jerárquicas y desiguales entre los sujetos.

Se trata de entender las transformaciones personales y subjetivas en un marco más amplio, de cohabitación donde el reconocimiento de los malestares masculinos no opaque asumir la responsabilidad en la reproducción de estas estructuras sexo genéricas y en consecuencia

con los otros y las otras, donde una pregunta por la masculinidad desde la vivencia subjetiva no deje al margen una pregunta sobre la vida de quienes están más allá de esta identificación de género. Donde la pregunta sobre el propio género se conecte con las demás matrices de dominación que se desenvuelven en un tiempo y espacio determinado.

Una de las perspectivas que se ajusta a esta cuestión es la herramienta analítica de la interseccionalidad entendida como una visión compleja de las relaciones sociales y las diferentes matrices de dominación que están imbricadas en los diversos fenómenos sociales. Por medio de esta perspectiva, se superan las visiones centristas o limitadas y se da paso a una racionalidad relacional capaz de articular, en torno una problemática, los vínculos con diversas situaciones sociales (Hill Collins & Bilge, 2016). Adicionalmente, dicha perspectiva también habilita una acción crítica que, desde la perspectiva de una transformación de la masculinidad, lleve a los varones involucrarse en otras acciones donde la crítica y movilización en torno a la masculinidad se une a otro tipo de movilizaciones que van más allá e involucra un contexto colectivo mucho más amplio.

Pensar como una cuestión ético-política la transformación de la masculinidad es entender, en el ejercicio crítico de su transformación, un nodo más de articulación en una acción política que propenda por una superación de las relaciones de poder basadas en la sumisión de los otros y la estratificación y jerarquización. Visto así, un ejercicio ético-político que problematice los marcos normativos y hegemónicos de la masculinidad implicará ir más allá de la experiencia de los varones e incluir en los pensamientos y las acciones los vínculos entre una determinada forma de ser y las relaciones sociales circundantes en las cuales dicha subjetividad puede ser funcional. Cuestionar y reformular la masculinidad no debe ser un ejercicio que se limite en sí mismo, debe ir más allá y cruzar los caminos para hallar una cohabitación con los demás que se sustente en el ideal de una sociedad más equitativa y democrática para todos y todas.

Todas estas razones enfatizan en una postura interseccional y/o compleja en el abordaje de la masculinidad. Con esta afirmación, pretendo dejar claro que pensar la masculinidad desde una perspectiva ético-política es seguir un cuestionamiento crítico que entiende las identidades de género en su relación con otras categorías y en la consolidación de diferentes matrices de inequidad e injusticia social.

También es reconocer y motivar un trabajo y activismo que no se límite a transformaciones subjetivas y relativas a una categoría identitaria. En su lugar, es promover una acción más amplia que tenga como base el cuestionamiento de la propia subjetividad y que esto sea el paso principal para conectar la propia vida con las situaciones de otros y otras, de los contextos políticos, económicos y ambientales.

Estos argumentos justifican el trabajo con las masculinidades y los varones, entendiendo que el cuestionamiento de los procesos de subjetividad que dan estructura a las identidades de género es un punto de anclaje en una reflexión que se extiende a otros nodos y relaciones sociales a los cuales se conecta y de los que es extensivo. Cuestionar la masculinidad es una oportunidad de reflexión y trabajo para indagar problemáticamente sobre las dinámicas que gobiernan la vida, pero también aquellas situaciones en las cuales el excedente que genera la incertidumbre. La pregunta por la masculinidad, y su cuestionamiento encarnado en los varones, conduce a un ejercicio crítico que constituye una mirada sobre el propio yo por medio de la articulación de ideas, categorías, afectos y relaciones múltiples. Es un ejercicio de apertura que en ningún momento deberá limitarse a una reivindicación identitaria o un acto flagelante. En cambio, será un ejercicio que por medio del cuestionamiento de la propia identidad de género abra caminos y puertas para otro tipo de cuestionamientos urgentes dirigidos a las relaciones sociales de poder jerarquizadas.

7. Nota entre los márgenes, la investigación en mi piel

Al final de este día queda lo que quedó de ayer y quedará mañana: el ansia insaciable e innúmera de ser siempre el mismo y otro.

Fernando Pessoa, El libro del desasosiego.

Me encuentro en este último paso, intentando hilar algunas ideas sobre lo que implica un final virtual de mis reflexiones. Cada vez que retomo una lectura sobre lo escrito voy dejando en el texto alguna que otra modificación. Una simplificación gramatical, una sustitución de palabras o incluso la reescritura de alguna idea central. Al final se hace imperativo tomar la decisión de dejar al texto tal como está ante la amenaza de una repetición infinita que impida que la tesis sea leída por alguien más y me permita cumplir el ciclo doctoral. Abandonar el texto por que en cada relectura este se aleja un poco de uno mismo. Como si en él aconteciera un reflejo de un yo pasado, una fotografía en sepia del propio pensamiento. El texto queda, se va o lo dejo ir de mis manos, pero el proceso que con él inició, el recorrido y trabajo que él representa no se queda allí, porque además del papel, continúa escribiéndose en mi piel.

Cuando inicié mi proceso doctoral fueron muchas las expectativas y angustias. Muchas de ellas, debo confesar, respondían a la vanidad de hacerse un espacio, aunque minúsculo, en el basto campo del pensamiento y la academia. La imagen de mí mismo, llamándome doctor, presentándome como tal sin duda representa un gesto narcisista, un aliciente motivacional que estuvo presente desde el primer momento de este proceso. No obstante, y debo decir que afortunadamente, la vanidad cedió su espacio a otro tipo de proyecciones. Me dejó explorar en un tema que si bien conocía y reconocía como importante no había

estudiado a fondo, me refiero a los estudios de género y, de forma particular, a los estudios de género sobre las masculinidades.

Pensar la cuestión masculina implicó para mí una revelación en todo sentido. Me acercó a un campo de indagación que antes no conocía. La construcción de mi problema de investigación se convirtió en un descubrimiento de mí mismo como hombre. Si tuviera que ponerlo en alguna imagen pensaría en el barro y en mis manos esculpiendo alguna figura que antes del contacto con la materia prima no tenía ni idea en que iría a devenir, pero, que de alguna forma, termina siendo una réplica de mí, una figura que me llevan a mirarme y reflexionarme. Lo que quiero decir es que la pregunta por la masculinidad no fue en un primer momento mi primera pregunta. Como lo dije en la introducción, llegué a ella por las derivas que implicó para mí explorar el tema de la violencia contra las mujeres, pero una vez llegué a esta pregunta también hallé un cuestionamiento personal.

Podría decir, en consecuencia, que yo no encontré mi problema de investigación, sino que el problema y yo nos fuimos encontrando mutuamente durante el proceso ¿las consecuencias de esto? El doctorado pasó de ser una simple búsqueda intelectual y devino en una transformación personal. Mi interés vanidoso fue dejando lugar a una motivación más íntima. Yo quería hacer una tesis que no solo transformara mi pensamiento, sino que me transformara a mí mismo. Una tesis que en uno o múltiples sentidos me hiciera un hombre diferente, me posibilitara encontrar en mi propio ser la transformación que escuchaba en la narración de los participantes de la investigación.

Ahora, en el epílogo de este proceso no me atrevería a decir que esta pretensión de transformación aconteció de forma íntegra. Es claro que hasta hoy hay muchos cambios logrados en lo cognitivo y en lo intelectual. Se consolidaron estructuras de pensamiento que me permiten abordar de otra manera los diferentes problemas y reflexiones y he concretado un corpus de conceptos y teorías que me han permitido asumir con mayor criterio mi labor intelectual. Pero en lo personal, más que la construcción de estructuras el proceso fue contrario. Me halle en una situación de cuestionamiento constante que hoy perdura. Una pregunta sobre mi propia masculinidad y una apropiación de esta posición de sujeto como punto de partida para otras articulaciones. En el fondo de este proceso, lo que me quedó fue un camino abierto para repensar

mi masculinidad, pero sobre todo un llamado a ejercer una acción más contundente por esta transformación social.

Al escribir una tesis sobre masculinidades no pude apartarme del hecho de que mi propia subjetividad está marcada por la categoría social que indagaba. Pero, además, fue también darme cuenta que dicha marca no acontecía en mi de forma alternativa, sino en su versión hegemónica. El relato de los participantes de la investigación se me devolvía constantemente como una muestra del machismo que yo mismo había ejercido con mis parejas, con mi familia, con mis compañeras. Este proceso implicó encontrarme treinta años después de mi nacimiento, con una figura que no me agradaba, que me incomodaban, con un cúmulo de identificaciones que se me hacían pesadas y poco soportables.

Reconocerse desde esta visión negativa es sin duda doloroso, pero también aconteció un proceso de revisión constante que abrió otros caminos, pues la incomodidad con mi masculinidad no fue lo único que mi tesis trajo. Al acercarme al pensamiento de mujeres como Judith Butler, Rita Segato, bell hooks, Angela Davis, entre otras feministas. Al compartir también con diversas colegas, amigas y maestras que me compartieron sus reflexiones y enseñanzas me tope con un cúmulo de posibilidades para transformar e indagar de forma productiva sobre aquello que empezaba a pesarme. Las ideas feministas sin duda representaron un gran incentivo para indagar mi posición con perspectiva crítica, pero, también con una intención creativa orientada al cambio. La tesis inauguró así, no solo un campo nuevo de investigación para mí, sino un proceso que, como lo describo en la conclusión del trabajo, es una cuestión ética que me inspira a gestionar mi vida de una manera alternativa y política porque pone en el horizonte de mi praxis la necesidad de actuar consecuentemente por otro tipo de racionalidad que por medio de un cambio subjetivo se convierta en una creación y lucha colectiva.

Todo esto representó una gran ganancia para mí, pero trajo también otros cuestionamientos. Por ejemplo ¿por qué sólo en mi formación doctoral llegaron estos cuestionamientos? La sola posibilidad de esta pregunta revela ya un vacío en toda mi formación profesional e investigativa, una situación crítica marcada por la distancia entre lo que aprendemos sobre el mundo y la forma como nos concebimos como sujetos. Me formé como psicólogo sin ser consciente del sexismo que anida en muchas posturas teóricas, sin cuestionar el lugar desde el cuál

exploraba los fenómenos psicológicos, me formé como magister cuestionando de manera crítica la racionalidad moderna, incluso conociendo algunas posturas feministas, pero, no cuestionando mi propia posición de sujeto masculino. Me formé, en síntesis, desde unas posturas en las cuales pensarme a mi mismo en cuestiones de género no era necesario o era difuminado por una serie de posiciones privilegiadas que alejaban mis propias acciones de una mirada crítica.

Al mismo tiempo, el sólo hecho de hacer consciente mi marca de género en mi formación doctoral también representa una situación crítica. Estudiar un doctorado en Colombia no es un asunto de voluntad sino de poder y posibilidad económica. El tener una beca, precedida de la posibilidad de haber podido costear estudios previos, implica una barrera para que muchos hombres en condiciones económicas desfavorables encuentren en su formación el camino para la deconstrucción de su posición de género. La fortuna de haber sido alfabetizado, de acceder a diferentes bibliografías y recursos, libros físicos o incluso comerciar con ellos por internet, hacen que mi posición sea una puerta de entrada privilegiada para cuestionar mi masculinidad, develando al mismo tiempo los retos para democratizar estos procesos con enfoque de género. Para mí quedó claro que los trayectos por recorrer son muchos, las discusiones son abundantes y las acciones por concretar siguen a la espera si tenemos en nuestro horizonte la transformación de las estructuras sexistas. Cuestionar la masculinidad no debería estar anclada a un proceso exclusivamente académico, con un lenguaje abstracto y denso que en lugar de articulaciones genere exclusiones. Ser un hombre diferente, asumir la masculinidad de otras formas no debería ser un logro académico individual, sino una conquista política y social.

Que mi tesis se haya convertido en un proyecto de transformación personal no me pone en un lugar de superioridad moral, pues llegar a esto ha sido también producto de un privilegio. En este sentido, es que dicha transformación que pretendía y que era una expectativa cuando inicié esta tesis hoy es una pregunta recurrente sobre las formas y los caminos para democratizar este proceso. Es una indagación, en ocasiones desde la impotencia, por encontrar otros lenguajes, otras comunicaciones que permitan el flujo y circulación de estas cuestiones más allá de los círculos de la academia. El proyecto de transformación es aún vigente, pues una vez materializado el proceso académico en este

texto, queda pendiente la inscripción de estos resultados en mi piel. La movilización de estas reflexiones en mi cuerpo que se encuentra, afecta y se ve afectado por otros cuerpos.

Esta nota, que he titulado entre los márgenes, resume el punto personal, teórico y político que queda abierto para mí después de mi tesis. Es entre los márgenes porque, aunque la he producido en los límites de la academia, debe salir de allí, no para abandonarla, sino para conectarla con otras esferas del campo social y personal. Así como una indagación académica se convirtió en un asunto de transformación personal para mí, este ejercicio debe continuar y conectarse con una intencionalidad política que siga cuestionando las bases estructurales de las inequidades, violencias y exclusiones. Pero, para lograr esto hará falta también una metamorfosis del lenguaje, de los vehículos simbólicos que utilizamos para desplazar significantes como el género o la masculinidad. Hará falta hallar los caminos para encontrar cómo cada uno de los márgenes se entrelazan para que cuestionar la masculinidad sea un ejercicio académico y personal, pero lo sea también político y social.

Si tuviera que resumir lo que esta investigación y esta tesis representó, o mejor representa para mí sería la de una puerta abierta entre diversas márgenes, que me invita a cruzar mis propias fronteras. De forma paradójica, la conclusión de este proceso es una apertura no solo investigativa o teórica, es una invitación a una praxis personal y colectiva porque, como lo ha planteado Rita Segato, se trata de encontrar otras formas y categorías para este mundo que movilicen una transformación en donde sea posible una cohabitación de la diversidad. De indagación académica a transformación personal y, por último, a una interpelación ético-política. Ese es el punto en el que estoy cuando dejo de escribir estas palabras...

Referencias bibliográficas

- Agamben, G. (2011). ¿Qué es un dispositivo?. *Sociológica*, 26(73), 249-264.
- Aguayo, F., Barker, G., Keijzer, B. de, Duarte Quapper, K., Figueroa Perea, J. G., Franzoni, J., Greene, M., Guajardo Soto, L. G., Guida, C., & Madrid, S. (2011). *Masculinidades y políticas públicas: Involucrando hombres en la equidad de género*. Universidad de Chile.
- Aguayo, F., & Nascimento, M. (2016). *Dos décadas de Estudios de Hombres y Masculinidades en América Latina: Avances y desafíos*. *Sexualidad, Salud y Sociedad* 22, 207-220. <https://doi.org/10.1590/1984-6487.sess.2016.22.09.a>
- Ahmed, S. (2017). *La política cultural de las emociones*. Centro de Investigaciones y Estudios de Género UNAM.
- Altieri, M. A., & Nicholls, C. (2018). *Agroecología y cambio climático: ¿adaptación o transformación?* *Revista de Ciencias Ambientales*, 52(2). <https://doi.org/10.15359/rca.52-2.13>
- Álvarez-Uría, F. (2001). *Elementos para una genealogía de la subjetividad moderna*. En E. Crespo & C. Soldevilla, *La constitución social de la subjetividad* (pp. 17-44). Catarata.
- Amigot, P., & Pujal, M. (2009). *Una lectura del género como dispositivo de poder*. *Sociológica*, 24, 115-151.
- Apodaka, E., & Villareal, M. (2015). *Psicología social e identidad colectiva: Demonización o salvaguardia crítica*. *Papeles del CEIC. International Journal on Collective Identity Research*, 2015(2). <http://www.ehu.es/ojs/index.php/papelesCEIC/article/view/14951>
- Arisó, O., & Mérida, R. (2010). *Los géneros de la violencia. Una reflexión queer sobre la violencia de género*. Egales.
- Ariza-Sosa, G. R., Gaviria, S. L., Geldres-García, D. A., & Vargas-Romero, R. (2015). *Hombres cuidadores de vida: formación en masculinidades género-sensibles para la prevención de las violencias hacia las mujeres en Medellín*. *Revista Colombiana de Psiquiatría*. 44(2), 106-114. <https://doi.org/10.1016/j.rcp.2015.01.005>

- Arranz Lozano, F. (2015). *Meta-Análisis De Las Investigaciones Sobre La Violencia De Género: El Estado Produciendo Conocimiento*. Athenea Digital, 15(1), 171-203. <https://doi.org/10.5565/rev/athenea.1394>
- Auffret, S. (2019). *Historia del Feminismo. De la Antigüedad a nuestros días* (1ra ed.). Editorial Ateneo.
- Austin, J. (1962). *Cómo hacer cosas con palabras*. Barcelona: Paidós.
- Azpiazu Carballo, J. (2017). *Masculinidades y feminismos* (Primera edición). Virus.
- Badillo, L. (2015). *Marcos interpretativos para acercarnos al proceso de emergencia del problema de las violencias hacia las mujeres en Colombia*. Reflexión Política, 17(33), 52-63.
- Badinter, E. (1994). *XY, La Identidad Masculina*. Editorial Norma.
- Balaguer, V. (2002). *La interpretación de la narración: La teoría de Paul Ricœur* (1. ed). Ediciones Universidad de Navarra.
- Banister, P., Burman, E., Parker, I., Taylor Maye, & Tindall, C. (2004). *Métodos cualitativos en psicología: Una guía para la investigación*. Universidad de Guadalajara.
- Baquerín, I. S. (2019). *Masculinidades y transformación social: Un análisis crítico de las políticas queer en la interpretación de Judith Butler*. Encrucijadas - Revista Crítica de Ciencias Sociales, 17(0), 1708.
- Bauman, Z. (2006). *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Siglo XXI.
- Bosch-Fiol, E., & Ferrer-Pérez, V. (2012). *New map of the myths about gender violence in XXI century*. Psicothema, 24 (4), 548-554. Scopus.
- Bosch-Fiol, E., Ferrer-Pérez, V., & Alzamora, A. (2006). *El laberinto patriarcal: Reflexiones teórico-prácticas sobre la violencia contra las mujeres* (1ra ed.). Anthropos.
- Bourdieu, P. (2000). *La Dominación Masculina*. Editorial Anagrama.
- Brown, G. A., Fuentes, C. C., & Astete, Á. C. (2012). *Análisis de las concepciones de la masculinidad a la base de la intervención en hombres propuesta por el plan de seguridad pública del Ministerio del Interior*. Revista de Psicología, 21(1), 159-184.
- Bruner, J. (2009). *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*. (1er ed.). Alianza Editorial.
- Burke, K. (1969). *A grammar of motives*. University of Carolina Press.

- Butler, J. (2006). *Deshacer el género* (1a ed.). Paidós.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Paidós.
- Butler, J. (2009). *Dar cuenta de sí mismo. Violencia ética y responsabilidad* (1a ed.). Amorrortu.
- Butler, J. (2010). *Marcos de Guerra. Las Vidas Lloradas*. Paidós.
- Butler, J. (2016). *Los sentidos del sujeto*. Herder.
- Butler, J. (2017). *Mecanismos Psíquicos del Poder* (8a ed.). Ediciones Cátedra.
- Butler, J. (2018a). *Cuerpos aliados y lucha política. Hacia una teoría performativa de la asamblea* (3ra ed.). Paidós.
- Butler, J. (2018b). *Cuerpos que importan: Sobre los límites materiales y discursivos del «sexo»* (2da ed.). Paidós.
- Butler, J., & Fraser, N. (2016). *¿Reconocimiento o Redistribución? Un debate entre marxismo feminismo*. Traficantes de Sueños.
- Camilo Cardona, J., Casas Guerra, L. P., Constanza Cañón, S., Castaño Casttrillón, J. J., Godoy García, A. K., Henao Mendoza, D. F., & Valencia Valencia, L. K. (2015). *Sexismo y Concepciones De La Violencia De Género Contra La Mujer En Cuatro Universidades De La Ciudad De Manizales (Colombia)*, 2015., Archivos de Medicina 15(2), 200-219.
- Carabí, A., & Armengol, J. M. (Eds.). (2015). *Masculinidades alternativas en el mundo de hoy* (Primera). Icaria Editorial.
- Carabí, A., & Segarra, M. (Eds.). (2000). *Nuevas masculinidades*. Icaria.
- Carvajal, J. (2007). *El desarrollo del pensamiento moderno: La filosofía de la naturaleza de Descartes*. Universidad Pontificia Bolivariana.
- Castro-Gómez, S. (2010). *La hybris del punto cero: Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Castro-Gómez, S. (2015). *Historia de la Gubernamentalidad I. Razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*. (2da ed.). Siglo del Hombre Editores.
- Castro-Gómez, S. (2016). *Historia de la gubernamentalidad II: Filosofía cristianismo y sexualidad en Michel Foucault*. Siglo del Hombre Editores.
- Castro-Gómez, S. (2019). *El Tonto y los canallas. Notas para un republicanismo transmoderno* (1ra ed.). Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

- Certeau, M. (2007). *La invención de lo cotidiano. Artes de Hacer* (1a ed.). Universidad Iberoamericana.
- Chase, S. E. (2015). *Investigación narrativa. Multiplicidad de enfoques, perspectivas y voces*. En N. K. Denzin & Y. Lincoln, *Métodos de recolección y análisis de datos. Manual de Investigación Cualitativa Volumen IV* (pp. 58-114). Gedisa Editorial.
- Cioran, E. M. (2014). *Breviario de podredumbre*. Taurus.
- Clatterbaugh, K. (1995). *Mythopetic Foundations and New Age Patriarchy*. En M. Kimmel (Ed.), *The Politics of Manhood. Profeminist Men respond to the Mythopoeic Men's Movement*. (1ra ed.). Temple University Press.
- Coffey, A., & Atkinson, P. (2003). *Encontrar el sentido a los datos cualitativos: Estrategias complementarias de investigación*. Editorial Universidad de Antioquia.
- Connell, R. (2003). *Masculinidades* (Primera). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Cueto, I. P. T. (2014). *Reformas agrarias en Colombia: Experiencias desalentadoras y una nueva iniciativa en el marco de los Acuerdos de Paz en la Habana*. *Ensayos de Economía*, 24(45), 35-60.
- Davis, Á. (2016). *Mujeres, raza y clase* (3a ed.). Akal.
- del Campo, N. M. S., & Moraga Rodríguez, A. (2015). *Creencias acerca del sexo, el género y la masculinidad en adolescentes de distintos niveles de enseñanza*. *Medisan*, 19(10), 3012-3019.
- Dobles, I. (2018). *Investigación Cualitativa, Metodología, Relaciones y ética*. (1a ed.). Editorial UCR.
- Domènech, M., & Tirado, F. J. (1998). *Sociología Simétrica* (1ra ed.). Gedisa Editorial.
- Dominguez, G. E., & Lara, A. (2016). *El Giro Afectivo y la psicología social*. En J. O. Nateras, *Arciga, Salvador, & J. Mendoza, Psicologías Sociales Aplicadas. Temas clásicos, nuevas aproximaciones y campos interdisciplinarios*. (1ra ed., pp. 325-351). Biblioteca Nueva.
- Dreyfus, H. L., & Rabinow, P. (2001). *Michel Foucault: Más allá del estructuralismo y la hermenéutica*. Nueva Visión SAIC.
- Duany Navarro, A., & Hernández Marín, G. (2012). *Alcohol, función sexual y masculinidad*. (*Spanish*). *Revista Cubana de Medicina General Integral*, 28(4), 611-619.

- Durán, M., Campos-Romero, I., & Martínez-Pecino, R. (2014). *Obstáculos en la comprensión de la violencia de género: Influencia del sexismo y la formación en género*. *Acción Psicológica*, 11(2), 97-106. <https://doi.org/10.5944/ap.11.2.14177>
- Erma, J. E. (2009). *Cuerpo, (bio)política y vulnerabilidad*. En J. C. Loredó, T. Sánchez-Criado, & D. López, *¿Dónde reside la acción? Agencia, Constructivismo y Psicología* (1ra ed., pp. 223-235). UNED.
- Escalante Gómez, E. (2013). *La perspectiva ricoeuriana y el análisis de las narrativas*. *Fundamentos en Humanidades*, XIV(27), 175-192.
- Escobar, A. (2014). *Sentipensar con la tierra. Nuevas lecturas sobre el desarrollo, territorio y diferencia*. Ediciones UNAULA.
- Fabbri, L. (2016). *Colectivos de hombres y feminismos. Aportes, tensiones y desafíos desde (y para) la praxis*. *Sexualidad, Salud y Sociedad* (Rio de Janeiro), 22, 355-368. <https://doi.org/10.1590/1984-6487.sess.2016.22.16.a>
- Fernández Chagoya, M. (2016). *Hombres en el feminismo: Zigzaguear entre lo público y lo privado. Construyendo un método de investigación para analizar la masculinidad*. En R. Ramírez de Garay, R. Parrini, S. Cruz, O. Tena, O. Jiménez, M. L. Tovar, C. Juárez, C. Herrera, M. Fernández Chagoya, & B. De Keijzer, *Debates y reflexiones en torno a las masculinidades: Analizando los caminos hacia la igualdad de género* (pp. 46-57). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Fernández Guerrero, O. (2010). *Cuerpo, espacio y libertad en el ecofeminismo*. 27, 243-256.
- Fernández, S. Y. (2016). Varones y masculinidades en clave feminista: Trascendiendo invisibilidades, ausencias y omisiones. *Sexualidad, Salud y Sociedad*, 22, 249-277. <https://doi.org/10.1590/1984-6487.sess.2016.22.11.a>
- Fernández-Villanueva, M. C., Revilla, J. C., & Domínguez, R. (2015). *Psicología Social de la Violencia*. Síntesis.
- Ferrer, V. A. (2017). *Feminismo y Psicología Social* (Primera). Grupo 5.
- Ferrer-Pérez, V., & Bosch-Fiol, E. (2016). *Las masculinidades y los programas de intervención para maltratadores en casos de violencia de género en España*. *Masculinidades y cambio social*, 5(1), 28-51.
- Fleiz, C., Sugiyama, E., Medina-Mora, M. E., & Ramos, L. (2008). *Los malestares masculinos: Narraciones de un grupo de varones adultos de la Ciudad de México*. *Salud mental*, 31(5), 381-390.

- Flick, U. (2007). *Introducción a la investigación cualitativa* (1ra ed.). Ediciones Morata.
- Flood, M. (2015). *El activismo masculino contra la violencia y la construcción de masculinidades igualitarias*. En A. Carabí & J. Armengol, *Masculinidades alternativas en el mundo de hoy* (1a ed., pp. 47-66). Icaria Editorial.
- Flórez, M. J. (2015a). *Lecturas Emergentes: Vol. I* (Segunda). Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Flórez, M. J. (2015b). *Lecturas Emergentes: Vol. II* (Segunda). Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Foucault, M. (1977). *Historia de la Sexualidad: 1. La voluntad de Saber*. Siglo XXI.
- Foucault, M. (1986). *Historia de la Sexualidad: 2. El uso de los placeres*. Siglo XXI.
- Foucault, M. (1987). *Historia de la Sexualidad: 3. La Inquietud de sí*. Siglo XXI.
- Foucault, M. (1990a). *Tecnologías del Yo y otros textos afines*. Paidós.
- Foucault, M. (1990b). *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*. Siglo xxi.
- Foucault, M. (1994). *Hermenéutica del sujeto* (F. Alvarez Uría, Trad.). La Piqueta.
- Fraser, H. (2004). *Doing Narrative Research: Analysing Personal Stories Line by Line*. *Qualitative Social Work*, 3(2), 179-201. <https://doi.org/10.1177/1473325004043383>
- Galeano, M. E. (2012). *Estrategias de Investigación Social Cualitativa. El giro en la mirada*. La Carreta Editores.
- García, G. E., & Nava, A. (2016). *Psicología Social y Género: La familia, la escuela y el trabajo como ámbitos de aplicación*. En J. O. Nateras, S. Arciga, & J. Mendoza, *Psicologías sociales aplicadas. Temas clásicos, nuevas aproximaciones y campos interdisciplinarios*. (Primera, pp. 171-202). Biblioteca Nueva.
- García-Borés, J. (2011). *La subjetividad, sin más. Concepto e implicaciones epistemológicas e interventivas*. *Estudios de Psicología*, 32(3), 321-332.
- Gergen, K. (2016). *El ser relacional. Más allá del yo y de la Comunidad*. Desclée De Brouwer.

- Gómez, A., Pérez, S., & Matés, R. M. V. (2015). Sexual Commercialization and Masculine Rhetoric: Prostitution in Spain. *Masculinities & Social Change*, 4(3), 241. <https://doi.org/10.17583/mcs.2015.1511>
- Gómez-Etayo, E. (2011). *Masculinidades, normalidade e violência masculina. Uma abordagem a partir da Hannah Arendt*. Perspectivas Internacionais, 7(1). <http://revistas.javerianacali.edu.co/index.php/perspectivasinternacionales/article/view/834>
- Gómez-Etayo, E. (2014). *Ni ángeles, ni demonios, hombres comunes: Narrativas sobre masculinidades y violencia de género*. Universidad Autónoma de Occidente.
- Gonzalez, M. M. (2014). *Violencia contra las mujeres y masculinidades: Un balance de la política española de cooperación internacional al desarrollo entre 2005 y 2010*. RIPS. Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas, 13(1), 71-86.
- Guattari, F. (1996). *Caosmosis*. Manantial.
- Guzmán, G. S. (2014). *Semblanza Histórica De Asociaciones De Hombres De Habla Hispana Que Abogan Por La Igualdad, Resignifican Lo Masculino Y Luchan Contra La Violencia De Género*. Prisma Social, 13, 944-959.
- Haraway, D. (1995). *Ciencia, Cyborgs y Mujeres. La reinención de la naturaleza*. (1 a). Ediciones Cátedra.
- Harding, S. G. (2006). *Ciencia y feminismo*. Morata.
- Hernández, I. G. (2010). *Intervención Con Hombres Y Perspectiva De Género: Asumiendo Las Masculinidades Sensibilizando Varones*. Revista Internacional de Ciencias Sociales y Humanidades, SOCIOTAM, XX(1), 179-202.
- Hernández, I. G. (2014). *El ser del varón y el diseño de políticas públicas e intervención social con perspectiva de género*. Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales, 59(222), 209-233. [https://doi.org/10.1016/S0185-1918\(14\)70216-8](https://doi.org/10.1016/S0185-1918(14)70216-8)
- Herrera, A. A. (2001). *La navaja de dos filos: Una reflexión acerca de la investigación y el trabajo sobre hombres y masculinidades en México*. Revista de Estudios de Género, La Ventana E-ISSN: 2448-7724, 2(14), 102-125. <https://doi.org/10.32870/lv.v2i14.586>
- Herrera, C. (2019). *Hombres que y no hacen sufrir por amor. Transformando las masculinidades*. (1ra ed.). Catarata.
- Hill Collins, P., & Bilge, S. (2016). *Intersectionality*. Polity Press.
- Holland-Cunz, B. (1994). *Ecofeminismos*. Catedra.

- hooks, bell. (2004). *The Will to Change: Men, Masculinity, and Love*. Atria Books.
- hooks, bell. (2008). *El feminismo es para todo el mundo*. Traficantes de Sueños.
- Ibáñez, T. (2001). *Municiones para disidentes: Realidad, verdad, política*. Gedisa Editorial.
- Ibáñez, T. (2006). *El Giro Lingüístico*. En Análisis del discurso. Manual para las ciencias sociales. (2da ed., pp. 23-46). UOC.
- Ibarra Meló, M. E., & García Otero, M. A. (2012). *La violencia contra las mujeres: Un asunto público*. La manzana de la discordia, 7(2), 23-34.
- Íñiguez, L. (2001). IDENTIDAD: *De lo personal a lo social. Un recorrido conceptual*. En E. Crespo (Ed.), *La Construcción Social de la Subjetividad* (pp. 209-225). Catarata.
- Íñiguez, L. (2006). *El lenguaje en las ciencias sociales: Fundamentos, conceptos y modelos*. En L. Íñiguez, *Análisis del discurso. Manual para las ciencias sociales*. (2da ed., pp. 26-56). UOC.
- Íñiguez, L., & Antaki, C. (1994). *El análisis del discurso en Psicología social*. Boletín de psicología, 44, 57-75.
- Íñiguez, L., Martínez, A., & Flores-Pons, G. (2011). *El discurso en la psicología social: Desarrollo y prospectiva*. En A. Ovejero & J. Ramos, *Psicología Social Crítica* (pp. 96-114). Biblioteca Nueva.
- Izcara Palacios, S. P. (2014). *Manual de investigación cualitativa*. Fontamara.
- Javaid, A. (2015). *The Dark Side of Men: The Nature of Masculinity and Its Uneasy Relationship With Male Rape*. *The Journal of Men's Studies*, 23(3), 271-292. <https://doi.org/10.1177/1060826515600656>
- Jiménez, I. M., Consejero, E. M., Guzmán, J. I. N., & Merelo, I. V. (2015). *Intervención En Hombres Condenados Por Violencia De Género*. *International Journal of Developmental and Educational Psychology*, 2(1), 405-417.
- Jiménez, J. A., Suarez, A., & Arboleda, J. C. (2016). *La movilización Social como Logística de la Identidad Colectiva*. *Revista SOMEPSO*, 1(2), 38-60.
- Jiménez, M. L., & Guzmán, R. (2015). *El caleidoscopio de la violencia contra las mujeres en la pareja desde la desigualdad de género: Una revisión de enfoques analíticos*. *Revista de Estudios Sociales*, 54, 93-106. <https://doi.org/10.7440/res54.2015.07>

- Jovchelovitch, S., & Bauer, M. W. (2000). *Narrative interviewing*. En M. W. Bauer & G. Gaskell (Eds.), *Qualitative Researching With Text, Image and Sound: A Practical Handbook* (pp. 57-74). Sage. <http://www.sagepub.co.uk/>
- Kimmel, M. (2008). *Los estudios de la masculinidad: Una introducción*. En A. Carabí & J. Armengol (Eds.), *La masculinidad a debate* (1ra ed.). Icaria Editorial.
- Kimmel, M. S. (2005). *The history of men: Essays in the history of American and British masculinities*. State University of New York Press.
- Kimmel, M. S., Hearn, J., & Connell, R. (Eds.). (2005). *Handbook of studies on men & masculinities*. Sage Publications.
- Kvale, S. (2011). *Las entrevistas en investigación cualitativa*. Morata.
- Laclau, E. (1995). *Universalismo, Particularismo y el tema de la Identidad*. *Revista internacional de filosofía política*, 5, 38-52.
- Laclau, E., & Mouffe, C. (2010). *Hegemonía y Estrategia Socialista. Hacia una radicalización de la democracia* (3ra ed.). Fondo de Cultura Económica.
- Lamas, M. (2014). *Cuerpo, sexo y política*. Océano.
- Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social—una introducción a la teoría del actor-red* (1a ed.). Manantial.
- Lugones, M. (2008). *Colonialidad y Género: Hacia un feminismo decolonial* (De W. Mignolo; 1era ed., pp. 16-54). Del Signo.
- Mankayi, N. (2014). *Male Soldiers' Constructions of Masculinity, Sexuality and Sexual Violence*. *Journal of Psychology in Africa*, 20(4), 591-599. <https://doi.org/10.1080/14330237.2010.10820417>
- Marín, E. M., & Millares, N. (2017). *Las organizaciones de la sociedad civil latinoamericana y su oferta de valor. Estudio de caso: México, Brasil, Colombia y Argentina*. *Oasis*, 25, 187-221. <https://doi.org/10.18601/16577558.n25.11>
- Martín-Baró, I. (1986). *La ideología familiar en El Salvador*. *ECA*, 41(450), 291-304.
- Martinez Guzmán, F. A. (2015). *Las nuevas categorías sexuales y la psicología del sujeto como «empresario de sí»: Un análisis sobre los dilemas de la disidencia sexogenérica en el contexto neoliberal*. *Universitas Psychologica*, 14(5), 1539-1550. <https://doi.org/10.11144/Javeriana.upsy14-5.ncsp>

- Martínez, J. E. (2014). *Subjetividad, biopolítica y educación: Una lectura desde el dispositivo*. Ediciones Unisalle.
- Martínez, J. E. (2017). *Dispositivos de producción de subjetividades perspectivas conceptuales*. Universidad de la Salle.
- Medina-Vicent, M., & Vicente Pallarés-Domínguez, D. (2017). *Las huellas del Neurosexismo en la literatura popular del management dirigida a mujeres*. *Política y Sociedad*, 54. <https://doi.org/10.5209/POSO.53074>
- Melucci, A. (2010). *Acción Colectiva, vida cotidiana y democracia*. (1a ed.). El Colegio de México: Centro de Estudios Sociológicos.
- Messerschmidt, J. (2005). *Men, Masculinities, And Crime*. En M. S. Kimmel, J. Hearn, & R. Connell, *Handbook of studies on men & masculinities*. Sage Publications.
- Mies, M. (2019). *Patriarcado y acumulación a escala mundial* (1ra ed.). Traficantes de Sueños.
- Mies, M., & Shiva, V. (1998). *La praxis del ecofeminismo. Biotecnología, consumo y producción*. Icaria Editorial.
- Millet, K. (1995). *Política Sexual* (1a ed.). Ediciones Cátedra.
- Moebius, S. (2012). *Posestructuralismo y Ciencias Sociales*. En E. de la Garza & G. Leyva, *Tratado de metodología de las ciencias sociales. Perspectivas actuales*. (pp. 488-533).
- Moreno, M. C. G., & Gómez, D. C. (2013). *Desandando Las Rutas De La Masculinidad*. *Comunidad y Salud*, 11(1), 66-76.
- Morin, E. (1994). *La Noción del Sujeto*. En I. Prigogine & D. Fried Schnitman (Eds.), *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad* (1. ed, pp. 67-91). Paidós.
- Morin, E. (1996). *Introducción al pensamiento complejo* (2da ed.). Gedisa Editorial.
- Nigel, E. (2001). *Analysing Masculinity: Interpretative reportaires, Ideological Dilemmas and Subject Positions*. En W. Margaret, S. Taylor, & S. Yates, *Discourse as Data. A guide for analysis* (1a ed.). Sage.
- Núñez Noriega, G. (2016). *Los estudios de género de los hombres y las masculinidades: ¿qué son y qué estudian?* *Culturales*, 4(1), 9-31.
- Ochoa-Marin, S. C., & Vásquez-Salazar, E. A. (2012). *Salud sexual y reproductiva en hombres*. *Revista Colombiana de Enfermería*, 14(1), 15-27.

- Oddone, C. (2017). *Poner el foco en los hombres para eliminar la violencia contra las mujeres*. CIDOB., 117, 145-169. <https://doi.org/10.24241/rcai.2017.117.3.145>
- ONU Mujeres. (1995). *Declaración y Plataforma de Acción de Beijing*. Organización de las Naciones Unidas.
- Ordaz, R., & Jiménez, M. L. (2015). *La Interseccionalidad como Instrumento Analítico de Interpelación en la Violencia de Género*. Oñati international Institute for the Sociology 5(2), 17.
- Organización Panamericana de la Salud. (2019). *Masculinidades y Salud en la región de las Américas*. Organización Panamericana de la Salud.
- Osborne, R. (2009). *Apuntes sobre Violencia de Género*. Edicions Balleterra.
- Paulson, S. (2013). *Masculinidades en Movimiento. Transformación Territorial y Sistema de género*. Teseo.
- Peretz, T. (2017). *Engaging Diverse Men: An Intersectional Analysis of Men's Pathways to Antiviolence Activism*. Gender and Society, 31(4), 526-548. Scopus. <https://doi.org/10.1177/0891243217717181>
- Pié Balaguer, A. (2019). *La insurrección de la vulnerabilidad: Para una pedagogía de los cuidados y la resistencia*. Universitat de Barcelona.
- PNUD. (2019). *Informe sobre desarrollo humano 2019. Más allá del ingreso, más allá de los promedios, más allá del presente: Desigualdades del desarrollo humano en el siglo XXI*. Organización de las Naciones Unidas. https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=1&cad=rja&uact=8&ved=2ahUKewjFsJ7t6p_oAhUoneAKHeR7DSgQFjAAAgQIBhAB&url=http%3A%2F%2Fhdr.undp.org%2Fsites%2Fdefault%2Ffiles%2Fhdr_2019_overview_-_spanish.pdf&usg=AOvVaw33_9JInCPyBDKLOSaiNc12
- Potter, J., & Wetherell, M. (1987). *Discourse and social psychology: Beyond attitudes and behaviour*. Sage Publications.
- Quijano, A. (2000). *Colonialidad del Poder y Clasificación Social*. Journal of world-systems research, XI(2), 342-386.
- Quiroz, F., & Duque, J. P. (2009). *Subjetividad, identidad y violencia: Masculinidades encrucijadas*. Universitas Humanística, 67(67). <http://revistas.javeriana.edu.co/index.php/univhumanistica/article/view/2130>
- Ramírez, C. C. (Ed.). (2010). *Ley 1257 de 2008 sobre no violencias contra las mujeres. Herramientas para su aplicación e implementación*. Sisma Mujer.

- Ramos, C. A. O., & Fokker, B. de K. (2018). *Se solicitan hombres: La experiencia masculina en talleres sobre afectividad*. *Quaderns de Psicologia*, 20(1), 7-22. <https://doi.org/10.5565/rev/qpsicologia.1378>
- Reeser, T. W., & Gottzén, L. (2018). *Masculinity and affect: New possibilities, new agendas*. *NORMA*, 13(3-4), 145-157. <https://doi.org/10.1080/18902138.2018.1528722>
- Reny, T. T. (2020). *Masculine Norms and Infectious Disease: The Case of COVID-19*. *Politics & Gender*, 1-8. <https://doi.org/10.1017/S1743923X20000380>
- Ricoeur, P. (2000). *Narratividad, fenomenología y hermenéutica*. Anàlisi: quaderns de comunicació i cultura, 25, 0189-0207.
- Ricoeur, P. (2004). *Tiempo y Narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico* (5ta ed.). Siglo XXI.
- Riessman, C. K. (1993). *Narrative Analysis*. SAGE.
- Rios, O. (2015). *Nuevas masculinidades y educación liberadora*. *Intangible Capital*, 11(3), 485-507. <http://dx.doi.org/10.3926/ic.654>
- Romero, R. (2018). *kate Millett: Género y Política* (1ra ed.). Ediciones Sequitur.
- Rose, N. S. (2005). *Governing the soul: The shaping of the private self* (2. ed., [reprint]). Free Association Books.
- Rosselli C & Diego Andres. (1997). *Neuro: Introduccion a las neurociencias*. Centro Editorial Javeriano (Ceja).
- Rottenbacher, J. M. (2010). *Sexismo ambivalente, paternalismo masculino e ideología política en adultos jóvenes de la ciudad de lima*. *Pensamiento psicológico*, 7(14), 9-18.
- Rubin, G. (2013). *El tráfico de mujeres: Notas sobre la Economía política" del sexo*. En M. Lamas (Ed.), *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual* (1a ed., pp. 35-96). Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa.
- Sabo, D. (2005). *The study of Masculinity and Men's health*. En M. S. Kimmel, J. Hearn, & R. Connell, *Handbook of studies on men & masculinities*. Sage Publications.
- Sabsay, L. (2012). *De sujetos performativos, psicoanálisis y visiones constructivas*. En P. Soley-Beltran & L. Sabsay, *Judith Butler en disputa. Lecturas sobre la performatividad* (1a ed.). Egales.

- Schöngut, Nicolás. (2014). *Violencia y masculinidad: Una aproximación narrativa al problema de la violencia contra adolescentes varones*. Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research, 15(1), 26.
- Schöngut, Nicolas, & Pujol, J. (2015). *Relatos metodológicos: Difractando experiencias narrativas de investigación*. Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research, 16(2).
- Segato, R. (2010). *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. (2da ed.). Prometeo Libros.
- Segato, R. (2016). *La Guerra Contra las Mujeres* (1ra ed.). Traficantes de Sueños.
- Segato, R. (2018). *Contra-Pedagogías de la crueldad* (1a ed.). Prometeo Libros.
- Soriano Mas, C., Guillazo Blanch, G., Redolarm Ripoll, A., Torras García, M., & Vale Martínez, A. (2007). *Fundamentos de neurociencia*. UOC.
- Strauss, A. L., & Corbin, J. (2002). *Bases de la investigación cualitativa: Técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundamentada*. Universidad de Antioquia Medellín.
- Suárez, L., & Hernández, R. A. (2008). *Descolonizando el feminismo. Teorías y prácticas desde los márgenes*. (1a ed.). Catedra.
- Taylor, D. (2012). *Performance*. Asunto Impreso Ediciones.
- Tirado, F. J., & Domènech, M. (2009). *El problema de la agencia en la Psicología Social: Retos y perspectivas*. En J. C. Loredó, T. Sánchez-Criado, & D. López, *¿Dónde reside la acción? Agencia, Constructivismo y Psicología* (1ra ed.). UNED.
- Tomasini, M. E. (2010). *Escuela y construcción de identidades de género: Una aproximación a la masculinización de los varones en edad pre-escolar*. Revista de Psicología, 19(1), 9-34.
- Touraine, A. (2000). *Crítica de la modernidad* (A. L. Bixio, Trad.). Fondo de Cultura Económica.
- Vela, L. A. S., & Yes, B. V. C. (2014). *Educación hacia las nuevas masculinidades: Una propuesta de prevención del embarazo adolescente*. Revista Cultura de Guatemala, 35(2), 79-98.
- Viveros, M. (2009). *La esterilización masculina. ¿Un punto de inflexión en las trayectorias anticonceptivas y reproductivas? Reflexiones a partir de un estudio de caso colombiano*. Sexualidad, Salud y Sociedad - Revista Latinoamericana, 0(1), 11-29.

- Viveros, M. (2016). *La interseccionalidad: Una aproximación situada a la dominación*. Debate Feminista, 52, 1-17. <https://doi.org/10.1016/j.df.2016.09.005>
- Wallerstein, E. (2006). *Abrir las Ciencias Sociales* (Novena). Siglo XXI.
- Wem—Instituto Wem (*Masculinidad, sexualidad y pareja*), Costa Rica. (s. f.). Recuperado 22 de enero de 2020, de <https://www.institutowemcr.org/>
- Wetherell, M., & Potter, J. (1996). *El Análisis del discurso y la identificación de repertorios interpretativos*. En J. L. González (Trad.), *Psicologías, discursos y poder*. Visor.
- White, M., & Epston, D. (2010). *Medios narrativos para fines terapéuticos*. Paidós.
- Zuluaga, M. (2014). *Identidad y Devenir* (1a ed.). San Pablo.

Anexos

Anexo 1: Tabla de códigos análisis narrativo estructural

Para el análisis estructural en las narrativas de los participantes de la investigación se construyó el siguiente sistema de códigos. El primer criterio para la construcción de los códigos fueron los aspectos resaltados como elementos paradigmáticos en la propuesta narrativa de Burke. Cada uno constituyó una familia que a su vez agrupaba otros códigos. Las familias son: ACCIONES, AGENTES, CAMBIOS, ESCENARIOS, INSTRUMENTOS, SEÑALAMIENTOS, MOTIVACIONES. En cada una de estas familias se construyeron códigos teóricos y analíticos específicos al contenido y sentido de cada cita.

AP/ACCIONES - Apertura a lo Otro	Este código extrae los fragmentos de las entrevistas en los cuales se mencionan la apertura a los otros como un acto de inclusión. Son momentos y situaciones específicas donde la diversidad identitaria, reconocida en los otros, es abrazada como oportunidad de cambio de la propia masculinidad.
AP/ACCIONES - Encuentro y Organización	Este código hace referencia a diferentes procesos que son narrados como experiencias que han hecho parte del asunto de transformación de la masculinidad y del posicionamiento crítico desde la masculinidad a las violencias contra las mujeres.
AP/ACCIONES - Formación y Sensibilización	Resalta las experiencias de formación y sensibilización que han tenido muchos hombres. Se destacan aquí procesos de capacitación, talleres y otros espacios, incluyendo los universitarios, donde el encuentro con ideas feministas y la sensibilización frente a los problemas de las masculinidades tradicionales son un hito importante para generar e impulsar las transformaciones de estos hombres.

<p>AP/ACCIONES - Fugas al modelo Patriarcal</p>	<p>Este código hace referencia a las acciones narradas como alternativas o que buscan marcar una distancia con un modelo de masculinidad hegemónica, descrito por cada uno de los participantes.</p>
<p>AP/ACCIONES - Movilización e Incidencia Política</p>	<p>Este código también agrupa experiencias en pasado y en futuro. Pero a diferencia de otros agrupa más expresiones que dan cuenta de un horizonte de acción, o en otras palabras, de las aspiraciones del movimiento social. La Movilización e Incidencia Política da cuenta de dos procesos que, aunque tienen sus diferencias, deben entenderse arropados bajo unos valores similares y unos discursos que los estructuran.</p>
<p>AP/ACCIONES - Reordenar la Mochila</p>	<p>Reordenar la mochila es una de las metáforas utilizadas por los hombres para referirse a la masculinidad. En algunas ocasiones se la define como una carga que no se desea, que se impone y se lleva en una mochila. De allí que muchas de las acciones que se propongan tengan que ver con sacar cosas de esta bolsa y también con poner otras en su interior. En este sentido reordenar la mochila tiene que ver con un proceso de reconocimiento y revisión personal.</p>
<p>AP/AGENTES- Organización Civil y Movilización Social</p>	<p>Este código se utiliza cuando en la narrativa se señalan organizaciones civiles y movilizaciones sociales como agentes protagónicos en el proceso de transformación de la masculinidad.</p>
<p>AP/AGENTES - Grupos de Hombres</p>	<p>El código se utiliza cuando en la narrativa se señalan grupos conformados por hombres en los cuales se genera algún tipo de relacionamiento que es entendido como positivo para la transformación de la masculinidad.</p>
<p>AP/AGENTES - Grupos Primarios</p>	<p>Hace alusión a vínculos cercanos que tienen estos hombres y que conforman un papel protagónico en la narración. Son generalmente miembros de la familia, amigos y algunos maestros y maestras. Su aparición en los relatos resalta el acompañamiento que estos grupos han tenido en las transformaciones personales.</p>
<p>AP/AGENTES - Institucionalidad</p>	<p>Se refiere a entidades públicas o privadas que tienen un papel estructural en la sociedad y que además, a partir de sus procesos organizativos, tienen un rol importante en la narración. De manera específica aparecen El Estado, la Universidad y las Organizaciones No Gubernamentales.</p>

AP/AGENTES - Modelo Político/ Económico	Agrupar las referencias en la narrativa cuando estas hacen algún tratamiento ontológico del modelo político y económico como agente que influye en la subjetividad masculina. El modelo Político Económico, nombrado la mayoría de las veces como capitalismo depredador, o simplemente como Capitalista es uno de los agentes que aparecen con mayor frecuencia en las narraciones.
AP/AGENTES - Movimientos Feministas	Señala los momentos en que se cita a los movimientos feministas como protagonistas de la acción de transformación de la propia masculinidad.
AP/AGENTES - Otro Feminizado	<i>Esto otro feminizado</i> representa a los agentes que son de una u otra forma exclusiones de la masculinidad o víctimas de la masculinidad hegemónica. Lo interesante de <i>este otro feminizado</i> es que agrupa una diversidad de agentes, indiferente de su sexo o de su condición.
AP/AGENTES - Patriarcado	Agrupar las referencias que se hacen sobre el patriarcado como una agencia externa a los sujetos y que se relacionan de forma conflictiva con ellos.
AP/AGENTES - Yo Masculino	El Yo Masculino es una forma en cómo el “Yo” es puesto en el discurso posicionado desde el lugar sexo/genérico. Las condiciones de su aparición ocurren como una necesidad, como la interpelación a un agente que debe tomar un papel protagónico en la transformación de las inequidades de género.
AP/CAMBIOS - Conocimiento y Revelación	Se utiliza este código para señalar las menciones a cambios que hacen los hombres en sus narraciones y que refieren de forma específica a la adquisición de conocimientos.
AP/CAMBIOS - Estructurales	Hace referencia a las transformaciones que apuntan a un cambio de visión general en la sociedad. Su función más que enunciar de manera clara una realidad latente, es establecer un horizonte de transformaciones que es lento, que requiere tiempo, pero sobre todo que es posible.
AP/CAMBIOS - Relacional/Existencial	Señala las transformaciones en las cuales se incluyen diversas relaciones y cambios en las formas de asumir su propia existencia como cuerpos masculinos y en su interacción con los otros.
AP/ESCENARIO - Estructurantes	Son escenarios de un nivel de abstracción y abarcamiento mayor. En ellos es común encontrar alusiones y referencias al territorio como un espacio donde la organización de las relaciones y la asignación de posiciones, particularmente de género, económicas y políticas, está configurada en una estructura de estatus y patriarcal.

<p>AP/ESCENARIO - Reproductores y en Conflicto</p>	<p>Estos escenarios son traídos en el curso de la narración desde una valoración negativa. En ellos, encontramos frecuentemente referencias a la Familia, La Educación y la Política Institucional como escenarios donde se ponen en práctica y reproducen los modelos hegemónicos de la masculinidad.</p>
<p>AP/ESCENARIO - Ruptura y Construcción</p>	<p>Se refiere a lugares o espacios que no tienen una connotación <i>per se</i>, pero en los cuales se pueden dar transformaciones si se cumplen determinadas cualidades en las relaciones que se viven, o en este caso específico, se visionan como más adecuadas y en concordancia con una deconstrucción y alternativa al modelo patriarcal actual.</p>
<p>AP/INSTRUMENTOS - Académicos y Formativos</p>	<p>Hace referencia de manera puntal a procesos formativos y educativos que tienen la capacidad para movilizar las transformaciones necesarias para aspirar a otras formas de reconocer la masculinidad.</p>
<p>AP/ INSTRUMENTOS - Artísticos y Culturales</p>	<p>Estas referencias dan cuenta del papel que puede tener el arte en los procesos de transformación de la masculinidad.</p>
<p>AP/ INSTRUMENTOS - Políticos y Legislativos</p>	<p>Esta es una de las estrategias que aparece en algunas narrativas como herramienta para favorecer los procesos de transformación que tienen que ver con la aplicación de herramientas jurídicas y políticas como las Políticas Públicas.</p>
<p>AP/MOTIVACIONES - Alternativas para el Territorio</p>	<p>Agrupar las referencias que se hacen sobre las alternativas al territorio como una de las motivaciones para la transformación de la masculinidad. Son expresiones que entienden que transformar la masculinidad es una herramienta útil para trasfigurar las relaciones territoriales.</p>
<p>AP/MOTIVACIONES - Experiencias de sí y de los otros</p>	<p>Hace referencia a la posición relevante que tienen las experiencias de vida propias en la acción presente de los participantes. Estas experiencias familiares, de vida, profesionales, entre otras, configuran un núcleo de justificación de las acciones que buscan una transformación de la masculinidad y la eliminación de relaciones violentas entre hombres y mujeres.</p>
<p>AP/MOTIVACIONES - Masculinidades otras</p>	<p>Las motivaciones están enmarcadas en la posibilidad de construir unas masculinidades que abarquen lo que en la masculinidad hegemónica ha sido forcluido y que eliminen los sufrimientos que los modelos tradicionales generan a los hombres.</p>

AP/MOTIVACIONES - Relacionalidad Alternativa	<p>La fuente que motiva las acciones de estos hombres es la posibilidad de encontrar otras formas de relacionamiento en donde la división sexual, o la orientación sexual no sean un factor de discriminación y jerarquía que genere desigualdades en las relaciones.</p>
AP/ SEÑALAMIENTOS - Estructurales y Culturales	<p>Los señalamientos se articulan con la reflexión sobre la masculinidad, a través de otro tipo de situaciones y problemáticas sociales de orden estructural y cultural.</p>
AP/ SEÑALAMIENTOS - Limitaciones de Acción	<p>Las limitaciones de acción son señalamientos que dan cuenta de una omisión en el abordaje de las problemáticas. Esta omisión considera a los hombres como objetos de intervención.</p>
AP/ SEÑALAMIENTOS - Masculinización Política	<p>Esta referencia tiene que ver con la idea de la separación entre lo masculino y lo femenino en relación con los espacios públicos y privados y las acciones que a éstos se les atribuyen.</p>
AP/ SEÑALAMIENTOS - Persistencia del Modelo	<p>Hace referencia a aquellos señalamientos en la narración que denuncian la persistencia de modelos de racionalidad favorables a una subjetividad masculina hegemónica.</p>
AP/ SEÑALAMIENTOS - Privilegios y Desigualdad	<p>Señala las situaciones en las cuales la subjetividad masculina es asumida como fuente de privilegio para los varones y productora de desigualdades</p>
AP/ SEÑALAMIENTOS - Procesos de Socialización	<p>Hace referencia a las situaciones negativas que favorecen la construcción de masculinidades hegemónicas y las consecuencias que en los ámbitos personal y relacional estas tienen. Mencionan cómo en la construcción de la masculinidad, tanto en los escenarios territoriales, familiares y escolares, lo masculino se construye como negatividad y rechazo de lo femenino.</p>

Anexo 2: Tabla de códigos análisis repertorios interpretativos

Para el análisis de los repertorios interpretativos se construyeron los códigos con el ánimo de resaltar las figuras retóricas presentes en las narrativas de los participantes, y anexas a estas, las codificaciones específicas en relación con el sentido de cada una de las citas. También se construyeron códigos relacionados con las valoraciones morales hechas por los participantes en relación a la masculinidad, para identificar los repertorios interpretativos que usan al referirse a la masculinidad y a los procesos de subjetivación.

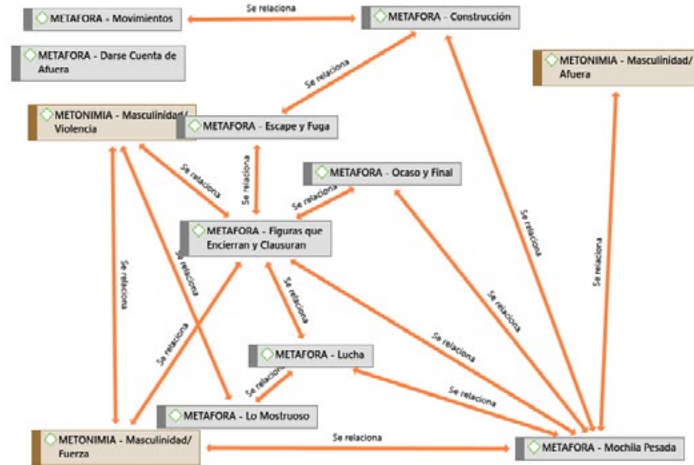
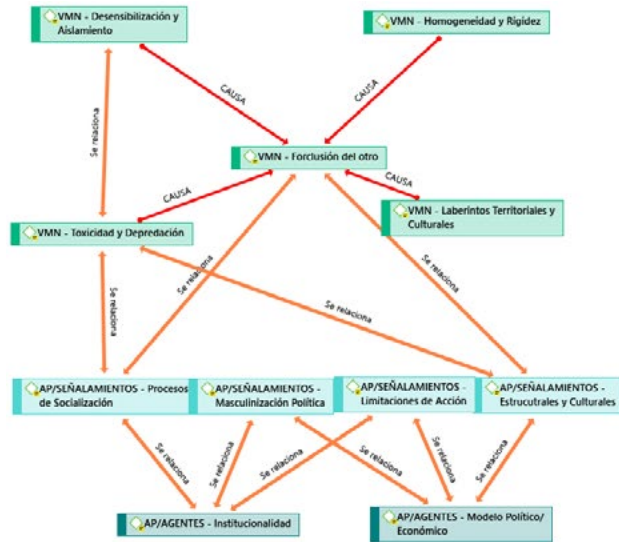
METÁFORAS	Encierro y clausura	Agrupar expresiones que referencian a la masculinidad a través de metáforas de encierro.
	Lucha	Expresiones que utilizan la metáfora de la lucha para dar cuenta de los procesos de transformación de la masculinidad.
	Escape y Fuga	Metáforas que representan el proceso de transformación de la masculinidad a través de un escape o una fuga.
	Lo Monstruoso	Señalan las referencias a la masculinidad hegemónica como algo monstruoso, hiriente y lesivo.
	Mochila	Expresiones que asemejan la masculinidad hegemónica con una mochila que se carga.
	Construcción	Asemeja el proceso de transformación de la masculinidad con un proceso de construcción.
	Movimientos	Refieren el proceso de transformación como una acción de movimiento (caminar, navegar, entre otras).

METONIMIAS	Masculinidad/ Afuera	Asumen la masculinidad hegemónica como un habitar los espacios exteriores.
	Masculinidad/ Fuerza	Asumen la masculinidad hegemónica como sinónimo de fuerza.
	Masculinidad/ Violencia	Asumen la masculinidad hegemónica como sinónimo de violencia.
VALORACIONES MORALES POSITIVAS	Sensibilización y Vulnerabilidad	Hacen referencia a la sensibilización y vulnerabilidad como valores positivos en la transformación de la masculinidad.
	Democracia	Referencian los valores democráticos alineados con los procesos de transformación de la masculinidad.
	Diversidad y Apertura	Valoraciones positivas a la inclusión y apertura a los demás, y sus diversidades como acción fundamental para la transformación de la masculinidad.
	Relacionamientos Comunitarios y Sensibles	Expresiones que señalan positivamente las relaciones de colaboración y afectividad como elementos favorecedores de la transformación de la masculinidad.
	Paz y no Violencia	Expresiones que señalan estos valores como deseables en la transformación de la masculinidad.
	Cuidado y Compromiso	Expresiones que señalan el cuidado y el compromiso como características de una masculinidad diferente a la hegemónica.

VALORACIONES MORALES NEGATIVAS	Toxicidad y Depredación	Adjetivos y expresiones que se usan para mostrar el potencial destructivo de la masculinidad hegemónica.
	Desensibilización y Aislamiento	Expresiones que señalan el aislamiento y la privación emocional que implica la encarnación de una masculinidad hegemónica.
	Esencialización	Referencias a la esencialización como una característica estática que justifica y naturaliza las masculinidades hegemónicas.
	Forclusión del otro	Mención a los procesos de exclusión, de diferencia y diversidad en referencia a una masculinidad hegemónica.
	Homogeneidad y Rigidez	Expresiones que señalan como característica negativa de las masculinidades hegemónicas, la dificultad para el cambio y la transformación.
	Laberintos territoriales	Señala las imbricaciones que hay entre determinadas relaciones territoriales y los modelos de masculinidad hegemónica.

SEÑALAMIENTOS	Estructurales y Culturales	Señalamientos a los determinantes culturales y estructurales que se relacionan con la masculinidad hegemónica.
	Limitaciones de Acción	Señalamientos a las dificultades que se encuentran para poder ejercer una transformación activa de las masculinidades.
	Masculinización de la Política	Señalamientos a cómo el ejercicio político está alineado con las características negativas de la masculinidad hegemónica.
	Persistencia del Modelo	Señalamientos a la persistencia que tiene el modelo hegemónico de masculinidad. En otras palabras, a la presencia aún muy vigente de sus características y consecuencias.
	Privilegios y Desigualdad	Señalamientos a las condiciones desiguales de privilegios que implica la persistencia de una masculinidad hegemónica.
	Procesos de Socialización	Señalamiento a los procesos de socialización que favorecen la emergencia y la reproducción de una masculinidad hegemónica.

Anexo 3: Red de análisis masculinidad hegemónica repertorios interpretativos



Transformar la masculinidad: entre lo íntimo y lo político



SU OPINIÓN



Para la Editorial UPB es muy importante ofrecerle un excelente producto. La información que nos suministre acerca de la calidad de nuestras publicaciones será muy valiosa en el proceso de mejoramiento que realizamos.

Para darnos su opinión, comuníquese a través de la línea (57)(4) 354 4565 o vía correo electrónico a editorial@upb.edu.co

Por favor adjunte datos como el título y la fecha de publicación, su nombre, correo electrónico y número telefónico.

El presente trabajo explora en las narrativas y discursos de hombres latinoamericanos que realizan algún tipo de activismo por la transformación de la masculinidad y la eliminación de inequidades e injusticias de género. El objetivo fue analizar cómo se tejen en las narrativas las transformaciones identitarias y los repertorios interpretativos que emergen en el relato de cada participante. Para cumplir con este propósito se recurrió a un análisis narrativo, centrado particularmente en develar los elementos estructurales de la narración para luego ahondar en las tramas de significado que entretejen y unen las historias. Este ejercicio fue complementado por un análisis de discurso enfocado en la identificación de repertorios interpretativos usados por los participantes para constituir el problema de la masculinidad y sus orientaciones de cambio y transformación.

